

que les diesen algo más de comer, porque habían callado. En el coche ó carro en que ella iba, señalaba una á quien las demás obedeciesen como á ella misma, lo cual hacía no solamente por el ejercicio de la obediencia, sino también por tomar experiencia del talento que tenía para gobernar.

En llegando á la posada, luego tomaban un aposento donde se encerraban ellas solas: los que las acompañaban quedábanse allá fuera, y ponía una portera que tomase los recaudos de comer, y lo que fuese menester. Si era venta ó posada tan pobre que no tuviese aposento apartado, hacía atajar un pedazo con paños de jerga para que nadie las viese, y allí las traían lo que habían menester. Ella era la primera que despertaba á todos, y la postrera que se acostaba. Siempre había de llevar quien confesase y dijese misa, y esa era la primera hacienda cada día, y luego comulgaba ella: esto, por más priesa que llevase (habiendo aparejo para ello), nunca se había de dejar.

Llevaba consigo agua bendita, y algunas veces un niño Jesús en los brazos. Con esto no la causaba el camino distracción, ni la hacía más el andar que el estar, ni los negocios que la quietud, ni los trabajos que el descanso. Antes era tanto lo que el Señor daba á su alma de bienes y sentimientos espirituales, que para poderlos sufrir era menester distraerse algo con los embarazos y trabajos que de día y de noche se le ofrecían. Iba por el camino tan en oración y en la presencia de Dios, que casi nunca la perdía; y esto no como en otras personas devotas, sino de un modo muy alto, que allá en lo más interior de su alma traía las tres personas divinas, y las sentía de una manera maravillosa en sí, y siempre la parecía la iban acompañando, y por eso jamás sentía soledad, ni quisiera hablar con nadie, sino gozar de aquella tan dulce compañía; pero con todo eso, cuando era menester hablar, lo hacía con una alegría como si tuviera mucha gana de hacerlo, por consolar á las personas que iban con ella. Y iban tan de buena gana, que ni se cansaban de los trabajos, ni se hartaban de la suavidad y gracia de sus palabras, porque eran muy apacibles y alegres.

Sacaba de lo que se ofrecía por el camino pláticas de Dios, con que entretenía mucho á los que la acompañaban, y los que solían ir jurando y jugando gustaban más de oírla que de todos los placeres que entonces podían tener, como ellos lo decían alguna vez. Aunque la iba tan bien en estos caminos, deseaba ella harto más, si la dejaran, estarse recogida y dándose á oración; pero por una parte su General la había mandado que fundase cuantos Monasterios pudiese, y por otra el Señor la daba priesa.

Ya vimos en la fundación de Malagón cómo un día, después de la comunión, entre otras cosas la dijo que no era entonces tiempo de descansar, sino que se diese priesa á hacer estas casas, porque con las

almas de ellas tenía él descanso, y así la animaba mucho. El año de 1571, mediado febrero, la dijo el mismo Señor: «Siempre deseas los trabajos, y por otra parte los rehusas; yo dispongo las cosas conforme á lo que sé de tu voluntad y no conforme á tu sensualidad y flaqueza. Esfuérzate, pues ves lo que te ayudo. He querido que ganes tú esta corona: en tus días verás muy adelante la orden de la Virgen» (1). También hallé en un papel escrito de su mano estas palabras: «Estando pensando una vez con cuánta más limpieza se vive estando más apartada de negocios, y cómo, cuando yo ando en ellos, debo andar mal y con muchas faltas, entendí: *No puede ser menos, hija: procura en todo recta intención y desasimiento, y mirarme á Mí, que vaya lo que hicieres conforme á lo que yo hice*» (2).

Los que no sabían esto, ni la conocían, ni tenían noticia de la caridad en que su corazón ardía para buscar la gloria de Dios y de su Santísima Madre, y el bien de las almas, murmuraban muchas veces de ella, y sentían mal de estos sus caminos, y hablaban con más libertad que convenía, sin saber ni mirar lo que hablaban, ó por mejor decir, sin saberlo ellos hablaba por su boca el demonio, procurando por las vías que podía estorbar la fundación de estos Monasterios, como cosa con que tan mal le iba. De esto hacía ella poco caso, porque como á mí me dijo una vez en Salamanca, Jesucristo es el Rey á quien ella había de servir; y como entendiese la voluntad de Dios, no se le ponía nada delante para dejarla de cumplir. Una vez, como era tan humilde y prudente, púsose á pensar en ello, y dejó escritas en un papel estas palabras: «Estando pensando si tenían razón los que les parecía mal que yo saliese á fundar, y que estaría mejor empleándome siempre en oración, entendí: *Mientras se vive, no está la ganancia en gozarme más, sino en hacer mi voluntad.*» Después dice: «Parecióme á mí que pues San Pablo dice del encerramiento de las mujeres, que me lo han dicho poco ha, y aun antes lo había oído, que ésta sería la voluntad de Dios, díjome: *Diles que no se rijan por sólo una parte de la Escritura, que miren otras, y que si podrán por ventura atarme las manos*» (3).

(1) Hallábase la Santa en el monasterio de Salamanca.

(2) Cfr. La Fuente. *Obras*, I, pág. 151, col. 2.<sup>a</sup>

(3) Probablemente le hizo Dios esta merced en el monasterio de Medina del Campo á mediados de Julio de 1571. Cfr. La Fuente, *Obras*, I, pág. 152, col. 2.<sup>a</sup>



# LIBRO TERCERO

DE LA

## VIDA DE LA MADRE TERESA DE JESÚS

---

### PRÓLOGO

**En que se trata de la estima que se ha de tener de las reglas  
y constituciones que dió la Madre Teresa de Jesús,  
y del modo de proceder que escogió**

Cuando yo considero la perfección de esta primera regla que tomó la Madre Teresa de Jesús, y la de las constituciones que para mayor guarda de ella hizo con tanta prudencia y con tanto espíritu de Dios, y los muchos caminos y trabajos y aflicciones que á ella la costaron estos monasterios: mucho deseo me da que la regla y constituciones se guarden siempre muy bien, y las que en ellos viven, conozcan enteramente la singular merced que el Señor las hizo en traerlas como á pie enjuto, y tan sin trabajo, á orden que con tanta fatiga se renovó y fundó. Esto es venir á mesa puesta de muchos y muy costosos manjares espirituales, y cuanto menos ha costado á las que vienen á ella, tanto más han de poner de su parte de agradecimiento á este Señor, á este hombre que ha hecho esta gran cena y llamado á muchos.

El agradecimiento no ha de ser solamente de palabras sino también de obras, en que él más verdaderamente se muestra, y éstas han de ser, tener siempre en pie estas constituciones, y honrarlas como cosa sagrada y digna de toda reverencia, y no tomar ni querer otro camino sino el que ellas muestran, porque es verdaderamente

muy acertado y derecho para el cielo. Tenerlas en pie y honrarlas, llamo no consentir que se mude en ellas cosa, pues con tanta consideración y experiencia, y con tanta oración y luz de Dios fueron hechas. ¿Quién no ve que, pues Dios quiso escoger para fundadora de estos Monasterios á la Madre Teresa de Jesús, más que á otra persona alguna, la había de dar mayor conocimiento de las cosas que para el gobierno y conservación de ellos fueran necesarias que á otros, pues son siempre las obras de Dios perfectas? Muy bien han ido hasta ahora los Monasterios con estas constituciones, y mucho se han acrecentado: señal es que son ésas las que convienen, y mudándose ellas, no sabemos cómo ellos irán; antes, por ventura, con esa mudanza perderán ellas de su autoridad y de la reverencia que se las tiene, y ni se guardará lo mandado, porque ya se quitó, ni lo que de nuevo se ordenare, porque se verá que con la misma facilidad se quitará otro día, que es cosa que se debe mucho pensar y considerar.

El no tomar otro camino es, que ni de libros espirituales que se leyeren, ni de sermones que se oyeren, ni de consejos que los confesores dieren, se tome cosa que diga mal con esta regla y con estas constituciones, aunque sea buena y aparezca acertada, porque serálo para otras personas, pero no para las de esta religión, si no viene bien con el espíritu y modo de proceder de ella. Y porque la Madre ordenó, y en sus libros encargó mucho, que sus monjas tratasen las cosas de su espíritu con hombres de letras y de espíritu, y tuvo gran razón en encomendárselo muchas veces y encargárselo mucho, porque de no se hacer así, se verían grandes y manifiestos daños, y ciertos peligros: deben las prioras hacer toda la diligencia que les fuere posible, para que no solamente sean hombres doctos y tengan experiencia de cosas espirituales, sino que también sepan lo que en esta religión se pretende, y los medios más convenientes con que se ha de alcanzar, y tengan gran afición al modo de proceder de ella.

Esto entiendo, no de los que una vez ú otra se hablan para preguntarles alguna duda, sino de los que más veces, ú ordinariamente han de ser consultados. Y en los que muchas veces se hablan, presto se podrá esto entender, y será bien meterles pláticas algunas veces en que ellos hayan de declarar lo que sienten, y en entendiendo que no tienen la afición y estima dicha, conviene mucho desviarse luego de ellos, de cualquier estado ó religión que sean. Y adviértase, que el tener esto que ahora digo, no consiste en traer este hábito ó el otro, sino en haberse dado á ello. Y que ahora sean de una religión, ahora de otra, conviene que sean personas de edad y experiencia y ciencia. Así que, no se dice esto para que con color de eso se les quite á las religiosas el trato con personas aprobadas, ó seglares, ó religiosas, porque eso sería con ocasión de hacerlas guardar las constituciones, ir contra ellas, quitando la libertad y ayuda que ellas les dan,

como se ve en el capítulo VI de ellas. Cualquiera de estas tres cosas que les falte, puede hacer mucho daño. Si no son letrados, hallarán pecado donde no le hay, y otras veces no le hallarán donde le hay; lo que es engaño é ilusión aprobarán por seguro, y lo que es seguro condenarán por ilusión. Si no son experimentados en estas cosas, no sabrán desenredar las almas ni consolarlas, y lo que es tentación, creerán que es espíritu de Dios; no sabrán curar ni dar medicinas con que se excuse la enfermedad, ni á las que estuvieren curadas dar el regimiento conveniente para convalecer y conservar la salud.

Estas dos cosas ya se saben: en la tercera, por ventura, no se repara tanto ó quizá nada, y es en gran manera necesaria: porque si trata las almas persona que, ó no sepa el modo de proceder de la religión, ó no lo estime en mucho, en poco tiempo podrá entrar en ella un espíritu peregrino y ajeno, y ó se dejarán de cumplir muchas constituciones, ó se tendrán en poco por pensar que hay otra cosa que conviene más. Con esto puede venir una monja, siendo buena y religiosa, á no ser más religiosa de esta orden que de otra cualquiera, sino es en el hábito, y ese no hace al monje. Cuando el demonio ha llevado la cosa á este punto, no piensa que ha hecho poco: y tiene razón de pensarlo, porque no estimando las cosas de la religión, poco á poco vendrá á no ser religiosa, aunque se quede con el hábito y con la profesión; quiero decir, á no tener de religiosa sino lo de fuera, y aun de eso faltará mucho, y quebrantaré constituciones, y hará á otras que las quebranten, y inquietará el Monasterio. Plega al Señor que así como esto es muy necesario, lo ponga en los corazones de quien tuviere en los Monasterios el gobierno, porque si hay descuido, vendrá á apagar. Y cuál sea el fin y los medios de esta religión, y la manera con que ella procede, por lo que habemos dicho en el libro segundo, y ahora diremos en este tercero, se podrá entender, y mejor en lo que se dirá en el cuarto, donde se verá todo platicado y obrado en el perfectísimo dechado que allí mostraremos.

---

## CAPÍTULO PRIMERO

### De cómo la mandaron ir á la Encarnación, y lo que en aquel tiempo la aconteció

En este tiempo que íbamos diciendo, que es en el año de 1571, después de fundado el Monasterio de Alba, se volvieron la Madre é Inés de Jesús á Salamanca, porque como tenían allí las monjas poca comodidad de casa, y mucha pobreza, y no las conocía nadie, quisolas consolar algunos días con su compañía. Y pasados estos, se fueron las dos á Medina para averiguar cierta diferencia que había entre una novicia y sus parientes: porque ella quería dar á la casa, que estaba pobre, alguna parte de su hacienda, y ellos quisiéranla más para sí. Allí la quiso el Señor pagar sus buenos pasos con darla un poco de más ganancia. Para esto es menester saber que sólo san José de Avila estaba sujeto al Obispo, y los demás Monasterios que estaban fundados, estaban debajo de la obediencia de los Padres Carmelitas del Paño, que es á lo que la Madre se inclinaba mucho, aún quando fundaba el primer Monasterio. Volviendo, pues, ellas por la novicia como debían, los Padres ayudaban más á sus parientes, y parecióles que sería buen medio para lo que pretendían sacarlas de allí. Allegóse á esto, que ellos estaban también ofendidos de que la Madre hubiese sacado á Inés de Jesús de Medina para la fundación de Alba, sin su licencia, siendo Priora del Monasterio, y ella no había reparado en eso, porque como tenía licencia para ir á fundar, y no había de ir sola, escogía las compañeras que más á cuento la venían para lo que iba á hacer.

Estando, pues, las dos bien descuidadas de eso, envíalas el Provincial un mandato con graves censuras, que luego el mismo día salgan de Medina y quede por Priora doña Teresa de Quesada, aunque esto duró poco tiempo, porque ella no se hallaba bien, y se volvió presto á la Encarnación. Y así estuvo el Monasterio de Medina sin Priora casi medio año. Ellas obedecieron con humildad, sin dete-

nerse más de lo que fué menester para buscar en qué ir, y aquella misma noche salieron para Alba. A esta sazón nombró el Papa Pío V, de santa memoria, visitadores para las órdenes y para la de Nuestra Señora del Carmen, así de Calzados como de Dezalzos: señaló al Padre Presentado Fray Pedro Hernández, de la orden de Santo Domingo, hombre de valer, prudencia y santidad. Este Padre tenía ya noticia de la Madre Teresa de Jesús, porque dudando primero y pareciéndole no debía de ser tanto como se decía (aunque lo decían personas de autoridad, y entre ellas el Padre Maestro Fray Domingo Báñez, como quien lo sabía), él quiso hablarla y entender sus cosas, y quedó tan satisfecho, que decía mucho de sus virtudes, con ser hombre que tenía pocos encarecimientos, y al Padre Maestro Báñez le dijo: «Habíanme dicho que era mujer ésta, no es sino hombre barbado»; y estimábala en tanto, que estando ciertas personas graves delante de él murmurando de ella, les dijo con muchas veras: «Eso no tengo yo de sufrir, que se diga mal de una persona tan buena; y si esa conversación pasa adelante, yo me iré de aquí.»

Estando, pues, la Madre en Avila, vino á ella el Visitador Apostólico Fray Pedro Hernández, y dijola que en aquella casa no era ella menester, y que era bien acudiese adonde había más necesidad. Mandóla que fuese á Medina, porque habian visitado allí los Padres del Paño, y habían quitado la Priora que ella había puesto, y dado el oficio á doña Teresa de Quesada, como habemos dicho, y esto había causado alguna inquietud en las monjas. Para remediar esto, hizo Priora de allí á la Madre, con votos de las monjas, y sacóla de Avila, donde también lo era, y tuvo el oficio como dos ó tres meses; porque visitando él mismo en Avila el Monasterio de la Encarnación, parecióle que convenía llevarla allí por Priora, para que con su presencia y ejemplo en todo se mejorase aquella casa.

Ella sentía mucho esto, porque su deseo era estarse en sus Monasterios, adonde la parecía tendría más quietud y más lugar para servir á Nuestro Señor. Movíala también ver la necesidad que ellos tenían de que los viese y gobernase, y que esto no lo podría hacer así desde allí, porque como un Provincial gobierna los Monasterios de su provincia y los visita, así gobernaba ella sus Monasterios, y escribía y respondía á todos, y de todos los negocios la daban cuenta, y monjas y freilas ella las escogía y ponía en ellos, y en todo ayudaba; que es maravilla grande una mujer tan flaca y con tantas enfermedades, poder hacer lo que hacía, y poner á las monjas en la santidad y perfección en que las puso, y ocuparse ella en lo temporal y espiritual de tantas casas, acudiendo de tal manera á lo uno, que no faltaba á lo otro, y más en tiempo de contradicciones y persecuciones grandes.

Pues el amor que tenía á sus monjas no la hacía pequeña contra-

dicción, porque quedaban en gran soledad y como huérfanas. Con esto se andaba deteniendo, hasta que aconteció lo que ella dejó escrito de su mano, que decía así: «Estando yo un día, después de la octava de la Visitación, encomendando á Dios un hermano mío en una ermita del monte Carmelo, dije al Señor (no sé si en mi pensamiento porque está este mi hermano adonde tiene peligro su salvación): Si yo viera, Señor, un hermano vuestro en este peligro, ¿qué hiciera por remediarle? Parecíame á mí que no me quedara cosa que pudiera, por hacer. Díjome el Señor: *¡Oh hija, hija! hermanas son mías estas de la Encarnación, y te detienes. Pues ten ánimo; mira que lo quiero yo, y no es tan dificultoso como te parece, y por donde piensas perderán estotras casas, ganarán lo uno y lo otro. No resistas, que es grande mi poder*» (1). Con esto quedó tan convencida, que sin réplica obedeció á lo que el Visitador la mandaba. Cuatro días después de esto hizo en San José de Avila públicamente renunciación de la regla mitigada, y prometió la primera regla.

Para esto es menester saber que la Madre, para asegurar más su vivienda en San José, sacó un breve del Nuncio Alejandro Cribello, Cardenal, dado en Madrid á 2 de agosto de 1564 años, el cual yo he visto: y en él la da licencia para que con voluntad de su Provincial pueda salir del Monasterio de la Encarnación, donde era profesa, y venga á vivir á San José, y quede exenta de la Encarnación. Y aunque ella tenía este breve, y había renunciado desde el principio la regla mitigada, como se entiende de las palabras de la misma renunciación que luego referiré; pero porque el Padre Fray Pedro Hernández había hecho un estatuto, que cualquiera de las monjas de la regla mitigada que quisiere quedar en los Monasterios de las Descalzas y guardar la primera regla, hiciese renunciación en público de la regla mitigada, quiso ella ser la primera. Y las palabras de la renunciación que contenía la cédula firmada de su nombre, que ella leyó allí delante de muchos y graves testigos, son éstas:

«Digo yo, Teresa de Jesús, monja de Nuestra Señora del Carmen, profesa en la Encarnación de Avila, y ahora de presente en San José de Avila, donde se guarda la primera regla (y hasta ahora yo la he guardado aquí con licencia de nuestro Reverendísimo Padre Fray Juan Bautista Rubeo, que también me la dió para que, aunque me mandasen los Prelados tornar á la Encarnación, allí la guardase), que es mi voluntad de guardarla toda mi vida, y así lo prometo, y renuncio todos los breves que hayan dado los Pontífices para la miti-

(1) Acaecióle esto en el monasterio de Medina del Campo el día 10 de Julio de 1571. El hermano á quien se refiere la Santa era Agustín de Ahumada, que venía de Chile, más preocupado en acaudalar riquezas que en los intereses de su alma. Cfr. La F., I, pág. 152, col. 2.<sup>a</sup>



gación de la dicha primera regla, y con el favor de Nuestro Señor, la pienso y prometó guardar hasta la muerte. Y porque es verdad, lo firmo de mi nombre. Fecha á trece del mes de julio de 1571.

TERESA DE JESÚS, CARMELITA. » (1)

Esta aceptó el Padre Visitador, á nueve de octubre del mismo año, y por la autoridad Apostólica que tenía, la quitó de la conventualidad que tenía de la Encarnación, y la hizo conventual de los conventos de la primera regla, y por entonces la hizo conventual del de Salamanca, aunque era ya Priora de la Encarnación.

En esto de llevarla por Priora á la Encarnación, como también en lo demás, procedió él con mucha prudencia, porque la necesidad de aquel Monasterio era entonces tan grande, que ni las daban de comer á las religiosas, ni tenían de qué, y decían que habían de pedir licencia para irse á casa de sus deudos que las sustentasen. Y habiendo tantas, y en la casa tanta necesidad, había grande ocasión para que se faltase en el recogimiento y en la religión que era razón haber, y parecióle que nadie podría remediar esto mejor que la Madre Teresa de Jesús. Esto hizo él como Visitador Apostólico usando del poder que tenía, aunque para determinarse, hizo primero capítulo de los frailes del Paño, y él y los Definidores votaron que se hiciese. Así que no fué por votos de las monjas de la Encarnación, sino antes contra la voluntad de muchas de ellas. Por esta razón, cuando fué allá la Madre, fué muy mal recibida, aunque la habían traído el Provincial y sus frailes, y hubo grande alboroto, é hicieron toda la resistencia que pudieron, y dijeron muchas palabras de gente enojada. Había caballeros y gente de la ciudad de parte de las monjas. Mas el Padre Provincial las hizo juntar en el coro bajo, y las leyó las patentes. Luego algunas monjas de las más recogidas y devotas de la casa, tomaron la cruz para recibirla, y los frailes, haciendo gran fuerza, la metieron. Las de la parte contraria daban gritos y lloraban. Unas decían: *Te, Deum, laudamus*, otras decían palabras muy diferen-

(1) Según el autógrafo cuyo facsímile publica el Padre Vandermoere, página 509, esta fórmula dice así, con la propia letra y ortografía de la Santa:

«digo yo teresa de Jesus, monja de ntra. Sra. del carmen, profesa en la encarnacion, de avila, y aora de presente, estoy en San Josef, de avila, adonde se guarda la primera rregla, y asta aora, yo la e guardado, aquí, con licencia de nro. Rmo. padre general Fray M.º bautista, y también me la dió, para que aunque me mandasen los prelados, tornar a la encarnacion allí la guardase, es mi voluntad de guardarla toda mi vida, y así lo prometo y renuncio, todos los breues que ayan dado los pontifices, para la mitigacion, de la dicha primera regla, que con el favor de nro. Sr. la pienso y prometo guardar asta la muerte, y porque es verdad lo firmo, de mi nombre, echa a XIII dias del mes de Julio, año de 1571.

tes (1). Pero la Madre con su mucha paciencia y prudencia, y con excusarlas lo que podía, las venció poco á poco, de manera que la recibieron; y las que más la contradijeron y más bravas estuvieron, se vinieron después á amansar de tal manera, que la cobraron grandísimo

(1) Las unas, dice Yepes (*Vida*, lib. II, cap. XXV), cantaban *Te Deum laudamus*, otras maldecían á la Priora, y á quien se la había enviado. Estaba el Provincial enojadísimo; pero la Santa, mientras esto pasaba, estaba de rodillas delante del Santísimo Sacramento, y levantándose de allí, mostró tener grande lástima de las monjas, de que las trajesen Priora contra su voluntad, y decía al Provincial que no se maravillase de cuanto decían, que tenían razón de no querer tan mala Priora.

Y viendo que algunas que, ó ya fuese por la grande pena, ó ya por ser enfermas de corazón, se habían desmayado de la alteración y grita que habían pasado, movida á compasión se llegaba disimuladamente á ellas, y tocándolas con las manos, como apiadándose mucho de su enfermedad, volvían luego en sí, y quedaban libres y buenas, y cuando alguno notaba esta y otras semejantes maravillas, decía la Santa que traía consigo un *Lignum Crucis*, que tenía grandes virtudes, todo por disimular lo que el Señor había puesto en sus manos.

Este era el recibimiento que hacían las monjas á la nueva Priora, y no parara aquí si el Señor no lo remediara; porque se juntaron de gavilla algunas que estaban protervas y obstinadas en su parecer, para descomedirse contra ella en la primera ocasión. La Santa Madre mostró aquí su singular prudencia y espíritu, porque echando de ver cuán enconados estaban los corazones, determinó de arreglarles las voluntades con halagos y blandura. Principalmente mostró esta admirable prudencia en el primer capítulo que celebró, donde las monjas esperaban que había de desenvainar la espada, y comenzar á cortar abusos y quitarles las libertades de que ellas gozaban con tanto gusto: y así entraron muchas conjuradas para resistir con palabras á sus mandatos, y aun si necesario fuere, poner en ella las manos; pero la Santa Madre usó de este divino artificio: Puso en la Silla Prioral, que era donde ella se había de asentar á presidir en el capítulo, una muy hermosa imagen de Nuestra Señora, hecha de talla, y las llaves del convento en sus manos, dando á entender cómo ella no era nada, y que la Virgen Santísima, cuya era esta Religión y Casa, era la verdadera Priora que las había de gobernar, y ella se asentó á sus pies para hacer desde allí su Capítulo.

Cuando entraban las monjas y ponían los ojos en la silla de la Priora, y veían en ella aquella novedad tan grande, comenzaban á temer y á refrenar con esto sus pensamientos, y á muchas les temblaban las carnes, como ellas muchas veces contaron. Asustadas las monjas en el Capítulo, esperando que las palabras de la Santa Madre habían de ser algunos rayos ó relámpagos que las pusiesen turbación y temor, la Santa no les dijo más que las palabras siguientes:

«Señoras Madres y Hermanas mías. Nuestro Señor, por medio de la obediencia, me ha enviado á esta casa para hacer este oficio, y de esto estaba yo descuidada, cuan lejos de merecerlo. Hame dado mucha pena esta elección, así por haberme puesto en cosa que yo no sabré hacer, como porque á vuestras mercedes les hayan quitado la mano que tenían para hacer sus elecciones, y les hayan dado Priora contra su voluntad y gusto, y Priora que haría harto si acertase á aprender de la menor que aquí está lo mucho bueno que tiene. Sólo vengo para servir las y regalarlas en todo lo que yo pudiere; y á esto espero que me ha de ayudar mucho el Señor, que en lo demás cualquiera me puede enseñar y reformarme. Por eso vean, señoras mías, lo que yo puedo hacer por cualquiera, aunque sea dar la sangre y la vida lo haré de muy buena voluntad. Hija soy de esta casa y hermana de todas vuestras mercedes. De todas, ó de la mayor parte, conozco la condición y las necesidades, no hay para que se extrañe de quien es tan propia suya. No teman mi gobierno, que aunque hasta aquí he vivido y he gobernado entre Descalzas, sé bien, por la bondad del Señor, cómo se han de gobernar las que no lo son. Mi deseo es que sirvamos todas al Señor, con suavidad: y eso poco que nos manda nuestra Regla y Constituciones lo hagamos por amor de aquel Señor, á quien tanto debe-

amor y la quisieran tener allí mucho más de lo que estuvo. Entonces sacó á doña Isabel Arias de Valladolid, adonde la había dejado por Priora, porque la pareció convenía así, y con buena disimulación la llevó por Superiora suya á la Encarnación, y dejó por Priora de Valladolid á la Madre María Bautista, que lo fué después muchos años.

Bien se echó de ver luego en el Monasterio y en las monjas la buena Priora que tenían, porque en lo espiritual había gran concierto con mucha suavidad, y cada día se iba mejorando; y en lo temporal comenzó nuestro Señor á proveer con larga mano, y desde entonces nunca faltó á las monjas su ración con mucho concierto, ni aún las ha

mos. Bien conozco nuestra flaqueza, que es grande; pero ya que aquí no lleguemos con las obras, lleguemos con los deseos; que piadoso es el Señor, y hará que poco á poco las obras iguálen con la intención y deseo.

Con esta plática y con la devoción y vista de la Imagen (que les había hecho grande impresión aquel espectáculo) quedaron enternecidas todas y tan sujetas, que luego postraron el corazón al servicio de Dios y obediencia de su Prelada, determinándose y ofreciéndose á cualquiera reformatión que la Santa Madre ordenase, porque veían y tocaban con la experiencia, por una parte su grande santidad y por otra el grande amor que con palabras y obras las mostraba.

Crecía con esto el amor de todas para ella, convirtiéndose la acedia y disgusto que antes habían mostrado en un entrañable amor y reverencia: ganóles en breve las voluntades, y luego puso grandes medios para ganar las almas; porque puso en la portería y sacristía y en los demás oficios, personas de confianza, y comenzó á quitar visitas, conversaciones y otras correspondencias, que son la ponzoña de los monasterios.

Los que antes solían visitar el de la Encarnación, unos se retiraban, otros sentían mucho tanta estrechura y recogimiento de las monjas. Particularmente un caballero principal de aquella ciudad, como viniese muchas veces al monasterio y le respondiesen siempre, de parte de la Priora, que estaba la monja que venía á buscar ocupada, encolerizósse mucho y hizo llamar á la Santa Madre á la reja y díjola muchas palabras, con gran descomedimiento y desenvoltura: ella las oyó con mucha humildad y paciencia, y acabándolas de oír, con un brío y gravedad, cual ella sabía tener cuando entendía convenir para la gloria de Dios, afeándole mucho el inquietar á las esposas de Jesucristo, le dió tal mano y le trató y castigó su atrevimiento cual él merecía, y amenazóle que si asomaba á los umbrales de la Encarnación, había de hacer que el Rey le cortase la cabeza. Fueron las palabras que la Santa le dijo de tanta fuerza y eficacia, que no vió la hora de irse de allí, temblando del rigor con que la Madre le había tratado, y determinado de dejar del todo la conversación que en el monasterio tenía trabada; comenzó luego á echar voz entre los que solían ir al monasterio, que buscasen otros entretenimientos, que los de la Encarnación eran ya acabados.

Ya que la Madre tenía tan bien pertrechada su casa por de fuera, y cerradas las puertas y locutorios, acordó, para remediar el mal de raíz, que viniesen los confesores Descalzos y así pidió al visitador le enviase para ello al Padre Fray Juan de la Cruz y á otro Padre llamado Fray Germán, ambos de singular virtud y religión.

La mudanza fué tan notable que al poco tiempo estaba aquel monasterio completamente transformado como lo indica la misma Santa Madre en carta de 7 de Marzo de 1572. Dice así: «Es para alabar á Nuestro Señor la mudanza que en ellas ha hecho. Las más recias están ahora más contentas y mejor conmigo. Esta cuaresma no se visita mujer ni hombre, aunque sean padres, que es harto nuevo para esta casa. Por todo pasan con gran paz. Verdaderamente hay aquí grandes siervas de Dios y casi todas se van mejorando. Mi Priora (la imagen de la Virgen Santísima) hace estas maravillas.»

faltado después acá. Y como Dios bendijo la casa y hacienda de Labán, después que entró en ella Jacob; y la de Putifar, después que vino á ella José, y las hinchó de bienes, así bendijo aquel Monasterio, después que le tomó su sierva á cargo y le hizo otro, como hasta ahora se ve.

Era cosa de admiración, porque luego la primera Cuaresma eran tantas las mortificaciones que había en refitorio y otros ejercicios santos, que la Madre inventaba para moverlas á devoción, que parecía tanto y más que en las Descalzas. Puso también allí, con licencia del Visitador, dos frailes Descalzos por confesores, y ayudaron mucho para la reformatión del Monasterio. Lo uno y lo otro se conoció bien en la ciudad, y movió á muchos á alabar á Dios.

No por eso dejaba de acudir también á las necesidades de sus Monasterios. Antes, como San Pablo desde las cárceles en que estaba, escribía á las iglesias y las gobernaba, ella desde esta casa, donde por la obediencia de Dios entonces estaba como encarcelada, escribía á sus Monasterios y consolaba y animaba á sus hijas.

Lo primero que allí hizo, fué poner en la silla prioral del coro una nuestra Señora de bulto, y ofrecióla la casa y las llaves de ella, dándolas á entender que ella no era nada, y que la Virgen Santísima, cuya es esta religión, era la verdadera Priora que las había de gobernar.

Cuánto esto contentase á nuestra Señora, ella lo declaró de allí á pocos días, de la manera que la Madre escribió en un papel, diciendo así: «La víspera de San Sebastián, el primer año que vine á la Encarnación á ser Priora, comenzando la Salve, vi en la silla prioral, adonde está puesta nuestra Señora, bajar con gran multitud de ángeles la Madre de Dios y ponerse allí. A mi parecer no vi la imagen entonces, sino esta Señora que digo. Parecióme se parecía algo á la imagen que me dió la condesa, aunque fué de presto el poderla determinar, por suspenderme luego mucho. Parecíame estaban encima de las camas de las sillas y sobre los antepechos, muchos ángeles, aunque no con forma corporal, que era visión intelectual. Estuvo así toda la Salve y díjome: *Bien acertaste en ponerme aquí; yo estaré presente á las alabanzas que hicieren á mi Hijo, y se las presentaré.* Después de esto quedéme yo en la oración que traigo, de estar el alma con la Santísima Trinidad, y parecíame que la persona del Padre me llegaba á Sí y me decía palabras muy agradables. Entre ellas me dijo, mostrándome lo que me quería: *Yo te di á mi Hijo y al Espíritu Santo y á esta Virgen. ¿Qué me puedes dar tú á mí?* (1). Después dice: «Octava del Espíritu Santo me hizo el Señor una mer-

(1) Desde la aparición de la Virgen en la silla prioral del coro, y de los ángeles en las camas de las sillas, ni las Prioras ni las monjas han vuelto á ocuparlas: por reverencia, siéntanse al pie de ellas en unos escabeles.

ced, y me dió esperanza que esta casa se iría mejorando, digo, las almas de ella» (1).

Esta imagen, que dice la dió la condesa, está ahora en San José de Avila, y es la más hermosa y grave que yo he visto. Dióselo doña María de Velasco y Aragón, condesa de Osorno. Por esto y por otras cosas que diremos adelante, cuando vengan á propósito, se ve que si á las monjas de la Encarnación estuvo bien tener allí á la Madre, á ella no la estuvo mal, porque mereció mucho y la hizo el Señor grandes regalos, y vió cuán provechosa y de cuánta ganancia es la obediencia, y por donde parece ha de desmedrar una persona, viene á medrar más por seguirla (2).

(1) Esta merced se la hizo el Señor en Mayo de 1572.

(2) Fueron realmente singularísimas y regaladísimas las mercedes que recibió del Señor la Santa Madre, durante su priorato de la Encarnación, además de las que quedan referidas.

«El día de la Magdalena (22 de Julio de 1572) dice la Santa, me tornó el Señor á confirmar una merced que me había hecho en Toledo, eligiéndome en ausencia de cierta persona en su lugar.» Esta cierta persona no era otra que la misma María Magdalena, según se infiere claramente de estas palabras del Padre Yepes (*Vida*, lib. I, cap. XIX.) «Como un día de la Magdalena estuviese la Madre con una envidia santa de lo mucho que el Señor la había amado, la dijo: *A ésta tuve por amiga mientras estuve en la tierra y á ti tengo ahora que estoy en el cielo.* Y esta merced le confirmó el Señor después por algunos años, el mismo día de la Magdalena.» A mediados de Noviembre de este mismo año, la regaló su Divina Majestad con aquella visión que refiere el Padre Ribera más adelante en el libro IV, cap. X, y por este mismo tiempo también la favoreció con aquella otra que refiere en mismo libro, cap. XVII.

## CAPÍTULO II

### **De cómo siendo Priora de la Encarnación, fundó el nono Monasterio, que fué de San José del Carmen, en Segovia, y de cómo se deshizo el Monasterio de Pastrana**

Al cabo de dos años que la Madre estaba en la Encarnación, las monjas de Salamanca pidieron al Padre Fray Pedro Hernández, que estaba en la misma ciudad entonces, la mandase venir allí para que se comprase casa y se acomodasen; y él, viendo lo mucho que pasaban, se lo mandó, y se hizo todo como lo dijimos en el capítulo XVI del libro pasado.

Y en este tiempo, estando ella allí un día en oración, la mandó el Señor que fuese á fundar á Segovia. Parecíala esto á ella casi imposible, porque no podía ir sin licencia del Padre Fray Pedro Hernández, y él no tenía gana que fundase más por entonces, sino que asistiese al gobierno de aquel gran Monasterio, y juzgaba que tenía razón de no se la dar, pues no eran cumplidos los tres años.

Estando pensando en esto, la dijo el Señor que se la pidiese, que si daría. Con esto le escribió luego un billete, diciendo que ella tenía precepto de su General, de fundar donde quiera que hubiese para ello comodidad, y que de presente la había en Segovia, porque el Obispo y la ciudad habían dado su consentimiento para ello, y que esto le escribía por cumplir con su conciencia; pero que con lo que él hiciese quedaría satisfecha y contenta. Visto el billete, dió luego la licencia al Padre Visitador, de que no se maravilló poco la Madre, porque le había visto antes de muy contrario parecer. La licencia de la ciudad y del Obispo don Diego de Covarrubias, que después fué presidente del Consejo Real, había procurado un caballero de Segovia, llamado Andrés de Gimena, hermano de la madre Isabel de Jesús, Priora que es ahora de San José de Salamanca. Y como la ciudad venía en ello de tan buena gana y el Obispo también, parecióle á este caballero



que bastaba darle el Obispo licencia de palabra, y no hizo más diligencia.

Había ya algunos días que la Madre tenía esta licencia; pero no había salido á usar de ella por no poder. Entonces con la licencia del Visitador, envió luego á una señora viuda de allí, conocida suya, que se llamaba doña Ana Gimena, para que la alquilase una casa, porque tenía experiencia ya, que era mejor tomar casa alquilada para fundar, que comprarla, aunque hubiese con qué, porque se hacía así más fácilmente y con menos ruido, y después había lugar para escoger despacio el sitio de la casa que se hubiese de comprar.

Hecha esta diligencia, se partió, aunque con buena calentura y hastío, y otros males, que lo recio de ellos duró tres meses, y en casi medio año que estuvo allí no se le quitaron. A estos males se allegaban otros cuando partió, que la dolían más, que eran sequedades y obscuridad en el alma. Pero como no había cosa que bastase á espantarla, para dejar de hacer lo que entendía que era gloria de Dios, partió de Salamanca andados algunos días de marzo, y llevó consigo á Isabel de Jesús, de quien poco ha dije, porque era de Segovia, y otra hermana freila, que se llamaba María de Jesús, que había venido de allá con la misma Isabel de Jesús. Fué por Alba, y entonces fué lo que ella cuenta en las Moradas, que la metió la duquesa doña María Enríquez en un camarín de cosas curiosísimas; lo cual ella aplicó á otra más alta y mejor, como allí está escrito (1). De aquel Monasterio sacó consigo á Guiomar de Jesús, y fué por Avila, y de allí sacó á Isabel de San Pablo, su sobrina, y ésta ayudó en la fundación, pero no quedó allí, sino la Madre se la llevó por compañera

(1) He aquí el pasaje á que alude el P. Ribera: «Deseando estoy acertar á poner una comparación para si pudiese dar á entender algo de esto que voy diciendo, y creo no la hay que cuadre: mas digamos esto. Entrás en el aposento de un rey ú gran señor (creo camarín los llaman) á donde tienen infinitos géneros de vidrios y barro y muchas cosas puestas por tal orden, que casi todas se ven en entrando. Una vez me llevaron á una pieza de estas en casa de la duquesa de Alba (á donde viniendo de camino me mandó la obediencia estar, por haberlos importunado esta señora), que me quedé espantada en entrando, y consideraba de qué podía aprovechar aquella baraúnda de cosas, y veía que se podía alabar al Señor de tantas diferencias de cosas, y ahora me cae en gracia cómo me han aprovechado para aquí. Y aunque estuve allí un rato, era tanto lo que había que ver, que luego se me olvidó todo, de manera, que de ninguna de aquellas piezas me quedé más memoria, que si nunca las hubiera visto, ni sabría decir de qué hechura eran; mas por junto acuérdome que lo vi. Así acá estando el alma tan hecha una cosa con Dios, metida en este aposento del cielo Empíreo, que debemos tener en lo interior de nuestras almas, porque claro está, que pues Dios está en ellas, que tiene algunas de estas moradas, y aunque cuando está así el alma en éxtasis, no debe siempre el Señor querer que vea estos secretos, porque está tan embebida en gozarle, que le basta tan gran bien, algunas veces gusta que se desembeba, y de presto vea lo que está en aquel aposento, y así queda después que torna en sí, con aquel representársele las grandezas que vió; mas no puede decir ninguna, ni llega su natural á más de lo que sobrenatural ha querido Dios que vea.» *Moradas*, VI, cap. IV.

cuando partió de Segovia. Y aunque tenía, como está dicho, el consentimiento del Obispo y del regimiento, con todo eso no quiso entrar en Segovia hasta la víspera del día en que se había de tomar la posesión, que fué víspera del glorioso San José.

Y doña Ana de Gimena la tenía alquilada la casa, y aun compradas algunas cosillas para ella, y aderezadas otras para la iglesia, y por esta razón se pudo bien tomar el día siguiente la posesión, y así se tomó el día de San José por la mañana con gran contento de la Madre, por haber acertado á ser en aquel día, año de 1574, diciendo la primera misa, y poniendo el Santísimo Sacramento Julián de Avila. El nombre del Monasterio fué San José del Carmen.

El Obispo, que era el que había dado la licencia, no estaba entonces allí, y el Provisor, á quien no se había dado cuenta de lo que se hacía, como lo supo la misma mañana, vino con grande enojo al mismo Monasterio, donde estaba á la sazón diciendo misa un canónico (1) que yendo á su iglesia pasó por allí, y como lo vió tan bien puesto y tan aseado, le tomó gana de decir allí misa. También se enojó el Provisor con él, y le dijo luego que aquello estuviera mejor por hacer. Andaba procurando saber quién había hecho aquello, y puesto el Santísimo Sacramento; pero las monjas estaban encerradas y Julián de Avila se escondió detrás de una escalera porque, á topar con él, llevárale sin duda preso. Topóse con el Padre Fray Juan de la Cruz, que también había ido con la Madre, y si no fuera fraile, enviárale á la cárcel. Tras esto descompuso el altar y todo lo que se había puesto en la iglesia, y deja un alguacil á la puerta para que nadie entrase á decir misa, y envía él un clérigo que consuma el Santísimo Sacramento,

La Madre tenía poca pena de todo esto, porque ya estaba como tomada la posesión; no se la daba mucho de lo que después sucedía; su miedo todo era antes de tomarla. Acogióse luego á la Compañía de Jesús, donde siempre hallaba favor, y envió á rogar al Superior de ella, que era el Padre García de Zamora, que hablase al Provisor, y hizolo luego, y en eso, y en cuanto él pudo, las hizo mucha caridad; pero estaba tan enojado, que no se hizo nada. Metiéronse también en ello unos caballeros parientes de la Madre Isabel de Jesús, y en fin, se acabó con él que se hiciese información de cómo el Obispo había dado licencia, y hecha ésta, se aplacó y dió la licencia él también para que se dijese allí misa, pero no para tener el Santísimo Sacramento.

Sosegada esta borrasca, envía luego la Madre á Julián de Avila y á Antonio Gaitán, natural de Alba, hombre noble y siervo de Dios, que también la había acompañado en aquella fundación, para que traigan á Segovia todas las monjas que estaban en el Monasterio de

(1) Era este Juan Orozco de Covarrubias, pariente del Obispo de Segovia, canónico de aquella iglesia Catedral y más tarde creado Obispo de Guadix.

Pastrana. La causa de deshacerse el Monasterio, fué ver que tenfan allí algunas ocasiones de inquietud, y podía haber más adelante, y que la paz del alma valia más que todos los bienes del mundo, y por esto deseaba mudar sus monjas adonde estuviesen mejor (1). Trató con los Prelados y con hombres de letras y de espíritu, y así, en fundando en Segovia, con la misma paz y liberalidad, con que había aceptado el Monasterio, le dejó, y con él todo lo que las habían dado, trayéndose aun consigo algunas monjas, que allí se habían recibido sin dote ninguno.

Quedó la Madre tan contenta de esto, que decía después algunas veces, que jamás había tenido ni primer movimiento de pesar de que aquella casa se hubiese deshecho, y la razón que daba era, porque decía que adonde se atravesara interés y respeto humano, siempre temía que con dificultad se podía dejar de condescender en algunas cosas con que poco á poco se fuese relajando la religión.

A esto fueron los dos que he dicho, y trataron el negocio con la madre Isabel de Santo Domingo, que era la Priora, con todo el secreto que pudieron, y buscaron cinco carros en que viniesen las monjas, y algunas alhajas que ellas habían llevado, que de lo de allá nada sacaron, como ya he dicho. Aderezado todo esto, consumió un sacerdote el Santísimo Sacramento, y salieron á la media noche. Pastrana está en un bajo, y para salir de ella, habían de subir una cuesta, y en lo alto de ella estaban los carros esperando, y fueron á pie hasta allá.

Llegaron á Segovia martes ó miércoles de la Semana Santa, donde fueron muy bien recibidas de su Madre, que estaba con grandísima alegría por verlas ya consigo (2). Detúvose allí cosa de medio año, porque siempre deseaba no salir del Monasterio que fundaba,

(1) Era realmente intolerable la situación en que se hallaban las pobres Religiosas del monasterio de Pastrana, á causa de las excentricidades de la trívola y altanera princesa de Eboli, la cual á la muerte de su esposo, Ruiz Gómez, favorito de Felipe II, de la noche á la mañana, se había metido religiosa en aquel convento. «El primer día, dice La Fuente, tuvo un fervor violento; al segundo mitigó la regla; al tercero la relajó, y principió á tratar con seglares dentro de la clausura. Era además tan profunda su humildad, que exigía á las monjas le hablasen de rodillas; además porfiaba porque se admitiese á las que quisiese proponer, alegando que el convento era suyo.» Y en otra parte añade: «La Providencia dispuso que se rompiera toda comunicación entre la pura y casta virgen de Avila y la altanera y liviana viuda de Ruiz Gómez, cuyos devaneos vinieron á influir hasta en la política de aquel tiempo, antes que se lanzara en el camino de perdición, que escandalizó á la Corte y obligó á ponerla presa. Al saber la madre Isabel de Santo Domingo, Priora de aquel convento, que la princesa se quería meter monja, exclamó al punto: ¡La Princesa monja! Se acabó el convento. Y así sucedió en realidad.» Cfr. *Obras de Santa Teresa*, I, págs. 3 y 209, nota.

La Santa Madre, en carta al Padre Báñez, le decía: «He gran lástima á las de Pastrana; aunque se ha ido á su casa la princesa, están como cautivas; cosa que fué ahora el prior de Atocha allá, y no las osó ver. Ya está también mal con los frailes, y no hallo por qué se ha de sufrir aquella servidumbre.» Ibid, II, p. 31.

(2) Cfr. Julián de Avila. *Vida*, 2.<sup>a</sup> p., cap. VIII, pág. 275 y sigs.

hasta dejarlas en casa propia y bien acomodadas. En ésta tuvo poco trabajo, porque doña Ana de Gimena dió para la iglesia y para la casa lo que era menester. Pero pagóselo nuestro Señor muy bien y presto, porque en fundándose la casa se entraron en ella, ella y doña María de Bracamonte, su hija, bien parecida á su madre en la virtud y recogimiento, y hallaron dentro de aquellas pobres paredes el sosiego y alegría que nunca en el mundo habían podido hallar. La Madre se llamaba Ana de Jesús, y la hija María de la Encarnación, y viven todavía en el mismo Monasterio.

Con la entrada de estas dos señoras y de otras, se pudo presto comprar casa, aunque con la compra vinieron muchos pleitos. Por una parte contradecía el Cabildo, porque tenía un censo sobre aquella casa, por otra los Padres de la Merced, porque era cerca de su casa. Lo del Cabildo se acabó con dineros que se le dieron, lo de los frailes, con pasarse ellas á la casa secretamente: porque como ellos vieron esto, hubiéronse de concertar. Y entonces se puso en ella el Santísimo Sacramento, dos ó tres días antes de San Miguel. En estas cosas hubo muchas demandas y respuestas y pesadumbres, y también hartos consuelos de nuestro Señor, que dijo á la Madre que se le había de hacer mucho servicio en aquella casa. Pero lo que más ella sentía era, que no la faltaban ya entonces sino siete ú ocho días para cumplirse los tres años del oficio de Priora, y había de estar para entonces forzosamente en la Encarnación. En fin, se acabó con esto que hemos dicho, y dejando en Segovia por Priora á la madre Isabel de Santo Domingo, como lo era en Pastrana y lo fué mucho tiempo allí, y por Superiora á la madre Isabel de Jesús, se partió y pudo llegar á tiempo á la Encarnación, y hizo que se eligiese por Priora á Isabel de la Cruz, de quien ella tenía mucha satisfacción.

Las monjas de San José de Avila, que deseaban mucho tener consigo á su Madre, hicieron una buena diligencia para hacerla volver á su casa, y fué elegirla Priora al mismo tiempo que acababa en la Encarnación. Era entonces Priora la madre María de San Jerónimo, parienta de la Madre, como lo ha sido después muchos años y lo es ahora. Ella acudió al tiempo dicho al Obispo don Alvaro de Mendoza, que era su Prelado, y hizo que la absolviesen del oficio para que se hiciese nueva elección, como se hizo, y la trajeron á su casa.

---

### CAPÍTULO III

#### De la fundación del décimo Monasterio, que fué San José del Salvador en Veas

Estando la Madre Teresa de Jesús en Salamanca (cuando vino allí siendo Priora de la Encarnación, según ya habemos dicho, antes de fundar en Segovia), una señora, natural de la villa de Veas, que está casi á la raya de Andalucía, que se llamaba doña Catalina Godínez, la hizo un propio escribiéndola ella y el Beneficiado de allí y otras personas, para que fuese á fundar un Monasterio en aquella villa, que tenía ya casa, y no faltaba más que ir ella.

Parecióla esto á la Madre cosa imposible, porque aunque la tierra era muy buena y á propósito, estaba muy lejos, y el Comisario ó Visitador apostólico Fray Pedro Hernández, nada inclinado á estas fundaciones, y estuvo por despedir al mensajero. Con todo, porque no faltase por ella obedecer al mandato que tenía de su General, envió las cartas al Padre Fray Pedro Hernández, y él la respondió que se había edificado de la devoción de aquellas personas, y que no las desconsolase, sino que las escribiese que, como tuviesen la licencia que era necesaria del Ordinario, iría luego, pero que estuviese segura que no la podrían alcanzar, porque era aquella villa de la Encomienda de Santiago, y habían de sacar la licencia del Consejo de Ordenes, y que él sabía de otras partes que en muchos años no se habían podido alcanzar semejantes licencias. Si supiera este Padre que la licencia se había de alcanzar, ó estaba ya alcanzada, fuera posible no la dar él para la fundación; pero como el Señor quería que se hiciese, dejóle engañar, para que después, habida la licencia, no la pudiese negar.

El principio de esta fundación fué tan extraordinario y maravilloso, que aunque sea un poco largo, no puedo dejar de contarle, tocando á lo menos lo más principal.

Había en la villa de Veas un caballero llamado Sancho Rodríguez de Sandoval, y su mujer, doña Catalina Godínez. Tuvieron hijos y dos hijas: la mayor se llamaba doña Catalina Godínez, la menor doña María de Sandoval, que son las fundadoras del Monasterio. A la mayor de ellas, que era doña Catalina, siendo de catorce años, y estando muy lejos de dejar el mundo, y pareciéndola que era todo poco para ella cuanto su padre pretendía en casamientos que la traían, mudó el



Señor un día de tal manera leyendo el título de la Cruz que estaba en un Crucifijo, y mirando el mismo Crucifijo, y la tocó tan fuertemente, que en un punto la trocó y hizo como de nuevo. Vino una gran luz á su alma, y un maravilloso conocimiento de su bajeza y miseria, y con éste grandísimo deseo de padecer por Dios, y profunda humildad y grande aborrecimiento de sí, y unos encendidos deseos de hacer gran penitencia. A la hora prometió castidad y pobreza y le vino tanta gana de ser sujeta á ajena voluntad, que quisiera para esto solo ser llevada á tierra de moros.

Estando ella en esto oye un gran ruido sobre la pieza donde estaba, que parecía todo se venía abajo, y unos grandes bramidos, de manera que duraron algún espacio y alteraron mucho á su padre, que estaba en otra pieza junto. Hacía todo esto el demonio muy descontento de que esta doncella se hubiese así mudado y mejorado, y hubiese de dar tan ilustre ejemplo á otras muchas para dejar el mundo. Quedóla gran deseo de entrar en religión, y tres años anduvo peleando con sus padres, y nunca lo pudo alcanzar.

Desde luego comenzó á tener cada día sus horas de oración, y mortificábase en cuanto podía, y metíase en un corral, y mojábase el rostro, y poníale luego al sol para parecer mal, y que nadie quisiese casarse con ella. Viendo ya que no bastaba nada con su padre, al cabo de estos tres años pónese en hábito honesto un día del glorioso San José, y sale luego á la iglesia con él, porque su padre no se le pudiese quitar, y estuvo cuatro años haciendo extrañas penitencias, porque no las comunicaba con nadie, ni tenía quien la fuese á la mano. Acontecióla una Cuaresma traer junto á las carnes una cota de malla de su padre. La oración era casi toda la noche, porque de día la ocupaban sus padres. Muchas veces la comenzaba á las diez de la noche, y no se sentía hasta la mañana. El demonio la hacía grandes burlas.

Pasado este tiempo, la dió Dios grandísimas enfermedades, como calentura continua, hidropesía, mal de corazón, y un zaratán que la sacaron, y estuvo con ellas diez y siete años, que pocos días en ellos estuvo buena. A los cinco años de su enfermedad murió su padre. Su hermana doña María, un año después que ella hizo esta mudanza, se puso también en hábito honesto, aunque era muy amiga de galas, y comenzó á tener oración. Su madre las ayudaba á todo tanto, que las dió licencia para que, poniendo el mundo debajo de sus pies unas señoras tan nobles, tomasen oficio de enseñar niñas á labrar de balde, por criarlas bien y enseñarlas á servir á Dios.

Después murió ella también, y luego doña Catalina trató de meterse monja en otra parte. Sus parientes la dijeron, sin entender lo que decían, que pues tenían hacienda, sería más servicio de Dios hacer en su mismo lugar un Monasterio, y allí podrían serlo. Parecióla



bien esto á doña Catalina, y trató luego de sacar la licencia del Consejo de Ordenes, y en casi cuatro años no se pudo haber. Viendo esto sus deudos la dijeron que lo dejase, que no era posible salir con ello, y que ella estaba tal, que en ningún Monasterio la recibirían. Tenían ellos, mirando la cosa con ojos de hombres, harta razón para decir esto, porque había entonces más de medio año que no se levantaba de la cama, y más de ocho años que no se podía menear de ella, y en todos ellos con calentura continua, y estaba ética y tísica y hidrópica, y un calor en el hígado tan extraño, que sobre la ropa se sentía; también tenía gota artética y ciática. Estando con todos estos males les respondió: que si en un mes el Señor la daba salud, entenderían que era Él servido de que se hiciese el Monasterio, y ella misma iría á la corte por la licencia. Imposible era esto naturalmente, pero ella tenía buena prenda para decirlo, porque era como á diez y nueve de diciembre, y el agosto antes, estando una vez en oración, suplicó á nuestro Señor que, ó la quitase aquel deseo tan grande que tenía de ser monja y hacer el Monasterio, ó diese orden como se hiciese. Respondióla el Señor interiormente que estuviere cierta que estaría buena á tiempo que pudiese ir á la Cuaresma por la licencia. Dentro de un mes que ella dijo esto á sus deudos, víspera del glorioso mártir San Sebastián, la vino un temblor interior, que pensó su hermana que ya se acababa, y en un punto se vió buena del todo en el cuerpo, y en el alma también notablemente mejorada. Ella deseó mucho encubrir esto, pero ni su confesor ni el médico dieron lugar á eso, ni era posible.

Luego á la Cuaresma fué á procurar la licencia á la corte, donde estuvo tres meses sin poder hacer nada, hasta que echó una petición al rey mismo; y como él supo que era el Monasterio de Descalzas Carmelitas, luego se la dió. La razón que hubo para que ella quisiese que el Monasterio fuese de esta orden, fué una visión maravillosa que tuvo una noche, como veinte años antes que se fundase.

Acostóse, como ella lo contaba, con gran deseo de hallar la más perfecta religión que hubiese en la tierra, para ser en ella monja; y queriéndola el Señor mostrar la que más á ella la convenía, y para la que la tenía guardada, representósele en sueños que iba por un camino muy angosto en que había peligro de caer en unos grandes barrancos, y vió un fraile del hábito de los Descalzos Carmelitas, que la dijo: «Ven conmigo, hermana»; y la llevó á una casa de gran número de monjas, donde no había otra luz sino la de unas velas encendidas que ellas traían en las manos. Ella las preguntó de qué orden eran, y todas callaron, y alzaron los velos y los rostros alegres riéndose, y la Priora la tomó la mano y la dijo: «Hija, para aquí te quiero yo»; y mostróla la regla y las constituciones. Ella despertó con un contento grande, que la parecía haber estado en el cielo, y pasó mucho tiempo que no lo dijo á persona ninguna, ni hallaba quien la su-

piese decir de esta religión; pero escribió lo que se pudo acordar de la regla que la habían leído. Vino allí después un Padre de la Compañía de Jesús (1), que sabía sus deseos, y mostróle lo que había escrito, diciendo que si ella hallase aquella religión, estaría muy contenta, porque entraría luego en ella. Pues de esa orden son, la respondió el Padre, los Monasterios que funda ahora la Madre Teresa de Jesús. Y entonces escribió á la Madre, como habemos dicho, para que viñese á fundar allí.

Cuando llegó la respuesta que dijimos de la Madre, ya otra vez estaba tan mala, que la dijo su confesor que se sosegase, que aunque estuviera ya recibida, la tornaran á echar estando como estaba. Ella se afigió, y hizo á Nuestro Señor una muy ardiente oración, suplicándole como primero, ó que la quitase estos deseos, ó la diese cómo se le cumpliesen. Entonces oyó una voz dentro de su alma, que la dijo: «Cree y espera, que yo soy el que todo lo puedo; tu tendrás salud, porque el que tuvo poder para que tantas enfermedades, todas mortales de suyo, no hiciesen su efecto, más fácilmente podrá quitarlas.» Con esto ella quedó consolada y llena de confianza, y tornó á escribir á la Madre que tenía ya la licencia del Consejo de Ordenes, y así ni el Padre Visitador pudo volver atrás de lo que había dicho, ni la Madre quiso dejar de acudir á tanta devoción. Esta fué la causa porque, después de haber venido de la fundación de Segovia, se detuvo tan poco en Avila. Allí llegó á principio de Octubre de 1574, y el Marzo siguiente estaba ya en Veas, pasando por Toledo, de donde llevó consigo á la Madre María de San José, Priora que es ahora de Lisboa, y á la Madre Isabel de San Francisco, que lo es de Sevilla, y también llevó á la Madre Ana de Jesús, y María de la Visitación, y Leonor de San Gabriel, y Beatriz de San Miguel.

En la primera jornada á Veas de Malagón, yendo la Madre con calentura y muchos males juntos, mirando lo que tenía por andar, y viéndose cuál estaba, acordábase del Santo Profeta Elías, cuando iba huyendo de la reina Jezabel, y dijo á Dios: «Señor, cómo tengo yo de poder sufrir esto, miradlo vos»; y en un punto se la quitó la calentura y todo el mal que tenía (2). Cuando llegaba á Veas, salieronla

(1) Los Padres Eraso y Bustamante.

(2) A la postrera jornada, pasando por Sierramorena perdieron los carreteros el camino, de manera que no sabían por donde iban, y por ser la tierra tan fragosa era mucho el peligro en que estaban. La Santa Madre dijo á las monjas que iban en su compañía pidiesen á Dios y al glorioso Padre San José las encaminase, porque los carreteros decían que iban perdidos, sin hallar remedio para salir de unos riscos altísimos, donde se hallaban metidos, sin que les fuese posible pasar adelante ni volver atrás. Pusiéronse todas en oración, y al punto oyeron grandes voces que les daba, desde la hondura de un profundo valle, un hombre anciano. Teneos, les decía, que vais á despeñaros si pasáis adelante.

Pararon los carros á estas voces, y los carreteros preguntaron á gritos al que les avisaba del peligro, qué remedio tendrían para salir del estrecho peligroso en

muchos á recibir, y entre ellos hartos de á caballo, que decían gentilezas y alegrías delante de los carros, y acompañáronlas hasta llegar cerca de la iglesia, donde las estaba mucha gente esperando, y los clérigos, con sus sobrepellices y cruz, las llevaron en procesión á la casa de las dos hermanas, que tanto las habían deseado, donde se había de hacer el Monasterio. El placer que las unas y las otras tuvieron, mejor se puede entender que escribir; Doña Catalina, en viendo las monjas, conoció ser aquellos los rostros que se la habían representado en la visión, y así lo decía después; y estando allí la Madre la vino á ver un fraile lego Descalzo Carmelita, de quien diremos adelante, llamado Fray Juan de la Misericordia, y dijo doña Catalina que la parecía el mismo que había visto en la misma visión. Así, con gran contento de todos se fundó el Monasterio, día del glorioso Apóstol San Matías, año de 1575. Llamóse San José del Salvador. Las dos hermanas le dieron su hacienda enteramente, y tan sin condición, que si después no las quisieran recibir, no tenían por dónde lo pedir.

El mismo día se les dió el hábito, y la mayor se llamó Catalina de Jesús, la menor María de Jesús. Ya á este tiempo estaba buena la mayor, como el Señor lo había prometido, y iba adelante su salud y sus virtudes, y particularmente la humildad y obediencia. Procuró mucho ser freila y no monja de coro, hasta que la Madre la escribió mandándoselo, y riñéndola mucho porque en aquello no obedecía luego. Después murió siendo Priora del mismo Monasterio, poco ha, llena de virtudes. Su hermana vive, y es ahora Priora en el Monasterio de Córdoba, que ha poco que se fundó. Puso allí la Madre por Priora á la Madre Ana de Jesús, que lo es ahora en Madrid, y por Superiora á la Madre María de la Visitación (1).

que estaban. El les respondió que echasen todos hacia cierta parte, para lo cual había tan mal paso, que no fué menor milagro atravesar por él, que salir del peligro en que estaban. Fueron algunos en busca del que les había avisado, pero mientras iban, dijo la Santa Madre á todas las religiosas, con mucha devoción y lágrimas: «No sé para qué los dejamos ir, que era mi Padre San José, y no le han de hallar.» Y así fué que no hallaron rastro de él, aunque llegaron á la hondura del valle. Desde entonces caminaron las mulas con tanta ligereza, que afirmaban los carreteros que más que andar, parecía que volaban. Todo fué necesario para llegar aquel día de buena hora á la villa de Veas. *Cfr. Yepes*, lib. II, cap. XXVIII.

Hallándose en esta fundación, recibió la Santa Madre una merced regaladísima del Señor, que ella refiere con estas palabras: «Estando un día en el convento de Veas me dijo nuestro Señor que, pues era su Esposa, que le pidiese; que me prometía que todo me lo concedería, cuanto yo le pidiese, y por señas me dió un anillo hermoso con una piedra á modo de amatista, mas con un resplandor muy diferente de acá, y me lo puso en el dedo. Esto escribo por mi confusión, viendo la bondad de Dios y mi ruin vida, que merecía estar en los infiernos, mas ¡ay! hijas, encomiéndenme á Dios y sean devotas de San Josef, que puede mucho; esta boberia escribo. *Cfr. La F*, I, p. 524, col. 2.<sup>a</sup>»

(1) Este monasterio no existe ya. La comunidad se dispersó durante la guerra civil, pasando varias religiosas al convento de Jaén. La iglesia está abierta al culto y sirve de parroquia. *Cfr. La F.*, *Manual del peregrino*, cap. XV.— Julián de Avila, parte 2.<sup>a</sup>, cap. VIII, pág. 277 y sigs.

## CAPÍTULO IV

### **De la fundación de los Descalzos Carmelitas, y particularmente de los dos primeros Monasterios de Mancera y Pastrana**

Había pensado, si pudiese, acabar las fundaciones de los Monasterios de Monjas, antes que viniese á las de los Padres Descalzos; mas van las cosas trabadas unas con otras de manera, que no se entenderá bien lo que adelante dijere, si primero no digo esto. Pero será con brevedad, tocando solamente lo que me hace al caso para mi historia, que es lo que en ellos hizo la Madre Teresa de Jesús, por donde se verá ser ella verdaderamente fundadora de los frailes, como lo es de las Monjas. Dejamos esto en el capítulo décimo del libro segundo, en los dos frailes que la Madre se halló en Medina, para comenzar esta tan santa y provechosa obra, que fueron el Padre Fray Antonio de Heredia, que después se llamó Fray Antonio de Jesús, y el Padre Fray Juan de la Cruz. Después de esto, como no tenía remedio para tener casa en que estos dos Padres comenzasen, todo su negocio era pedirselo á Nuestro Señor.

En el año de 1568, antes que fuese á la fundación de Valladolid, estando en Avila, vino á ella un caballero de allí, llamado don Rafael de Avila Megía, que habiendo oído que se quería hacer un Monasterio de Descalzos, la ofreció para eso una casa que en Duruelo, aldea de Avila, de muy pocos vecinos, tenía, para un rentero que recogía el pan de renta que él tenía allí. La Madre bien vió, conforme á esto, lo que la casa podía ser; pero con todo eso se alegró, y dió al Señor muchas gracias. Estaba este lugar en el camino por donde ella había de ir para Medina y Valladolid, adonde iba á fundar, y llegando allí muy tarde y deseando verla, estaba tal, que no se atrevieron á quedar en ella aquella noche por estar muy desacomodada. Todo el edificio de ella era un portal razonable, y una cámara doblada, y una cocinilla. Luego la Madre trazó allí su Monasterio: el portal para iglesia,

el desván de la cámara para coro, la cámara para celdas y la cocinilla para refectorio.

Llegada á Medina, trató con el Padre Fray Antonio, que quisiese comenzar en aquella casita, que demás de no tener cosa mejor de presente, venía bien aquello para que se alcanzase la licencia de los Prelados, y que tuviese por muy cierto que el Señor lo remediaría muy presto, que todo era comenzar. Cuando ella decía esto, estaba tan confiada, como si hubiera ya hecho todo lo que ahora se ve y lo que se verá. El salió muy bien de ello, y la Madre le encomendó que buscase entretanto lo que pudiese para la casa. Al Padre Fray Juan de la Cruz se llevó consigo á la fundación de Valladolid, y los días que allí estuvo, le dió noticia de la manera de vivir que se guardase en sus Monasterios, y de las penitencias y mortificaciones, y de todo lo que se había de hacer, para que lo llevase bien entendido y se usase entre ellos así. Faltaba la licencia, que conforme á la patente que el Padre General la había dado, no se podía hacer Monasterio de frailes sino con licencia del Provincial que entonces era, que se llamaba Fray Alonso González, y de Fray Angel de Salazar, que era el pasado. Ella habló al Provincial con tanta fuerza, que le hizo luego que la diese, y del Padre Fray Angel la hubo por medio de doña María de Mendoza, á quien Dios quiso que él entonces hubiese menester. La Madre daba gran priesa porque no hubiese algo que lo estorbase; y envía delante al Padre Fray Juan de la Cruz para que acomodase la casa, y hecho esto, renunció su priorato el Padre Fray Antonio, hizo voto de guardar la primera regla, y fuese á Duruelo. Dijose la primera misa primero ó segundo domingo de Adviento, año de 1568. Allí vivían así estos dos Padres, conforme á lo que la Santa Madre les había dicho, con grande alegría, dándose mucho á la oración, y haciendo gran penitencia, y aprovechando mucho, con su doctrina y ejemplo, á los lugares comarcanos.

De allí á poco se pasaron á la villa de Mancera, porque don Luis de Toledo, Comendador de Alhanje y señor de las cinco villas, conociendo su santidad, les dió allí una iglesia, donde tenía una famosa imagen de Nuestra Señora, que se había traído de Flandes, de gran devoción y hermosura, y les edificó un pequeño Monasterio; mas no fué pequeño el galardón que por él recibió de Dios, pues fuera de otras mercedes que le ha hecho, trajo á la misma orden á doña Isabel de Toledo, su hija, que triunfando de las pompas del mundo, y queriendo más la pobreza de Cristo que el regalo de la casa de su padre, entró en el Monasterio de las Descalzas en Salamanca, adonde ahora vive (1). Faltaba en el nuevo Monasterio el agua, y no sabían de

(1) Siguiendo el ejemplo de su hermana, Enrique de Toledo, á los 18 años de su edad entró Carmelita Descalzo en Salamanca, muriendo santamente á los pocos años de religión. Vid. *Reforma de los Descalzos*, lib. II, cap. XXXIX, núm. 6.



donde la traer, y un día hablando de esto en la claustra, el Padre Fray Antonio de Jesús, que era Prior, con sus frailes, hirió con un bordón que tenía en la mano el suelo, y dijo que cavasen allí, y á poco que cavaron, hallaron mucha agua y muy buena.

El año siguiente de 1569, yendo la Madre á Pastrana á fundar, pasó por Madrid, y fuese con sus compañeras á posar á un Monasterio de monjas de la orden de San Francisco, con doña Leonor Mascareñas, que le hizo y vivía en él. Esta señora fué aya del rey don Felipe nuestro señor, el segundo de este nombre, muy sierva de Dios y muy amiga de todos los buenos, y por eso hospedaba á la Madre siempre que pasaba por allí. Díjola esta señora que había venido á buen tiempo, porque estaba allí un ermitaño que la deseaba ver, y la parecía que la vida que él y sus compañeros hacían, conformaba mucho con la regla que ella tenía. Este ermitaño se llamaba Mariano de San Benito, italiano, hombre letrado y de mucho valer, y muy amigo de trabajar y hacer penitencia. Traía consigo un compañero mancebo, que se llamó Fray Juan de la Miseria, muy simple en las cosas del mundo, pero muy hábil en las de Dios. Habían estado los dos en el desierto que llaman el Tardón, junto á Sevilla; y porque por el Concilio Tridentino se deshacía aquella Congregación de ermitaños, que no era religión, él trataba de ir á Roma para traer licencia para poderse estar como de primero. La Madre le habló y le mostró su regla, y en fin, pudo tanto con él, que se determinó de seguirla, no con poca admiración suya, como él lo decía después, que una mujer tan presto le hubiese mudado. Díjola que Ruiz Gómez les había dado en Pastrana una ermita muy buena, que se llama San Pedro, donde hiciesen vida de ermitaños, y que él quería tomar el hábito y hacerla Monasterio. Luego la Madre escribió al Padre Fray Alonso González, Provincial del Carmen, y al Padre Fray Angel de Salazar, porque sin su licencia no se podía hacer el Monasterio, y dióse tan buena maña, que la alcanzó por medio del Obispo don Alvaro de Mendoza.

Hecho esto, y estando la Madre en la fundación del Monasterio de monjas, vinieron á Pastrana, como se lo habían prometido, Mariano y su compañero, y ella envió á Mancera á llamar al Padre Fray Antonio de Jesús para que se fundase el Monasterio, y entretanto la Santa les hacía los hábitos para que no hubiese dilación. Había también enviado á Medina por monjas para fundar, porque no había llevado consigo sino dos, y al mismo tiempo estaba allí un Padre del Carmen, buen predicador, llamado Fray Baltasar de Jesús, y de buena edad. Este Padre, como supo que se hacía aquel Monasterio en Pastrana, se fué con las monjas, con intento de mudar el hábito y hacerse Descalzo, como lo hizo luego. El dió el hábito al Padre Mariano y á su compañero para legos, que no se pudo acabar otra cosa con el Padre Mariano, hasta que su General le mandó se ordenase de



misa. Esta fué la causa porque Nuestro Señor dijo á la Madre, cuando no quería ir á Pastrana, como queda dicho en aquella fundación, que fuese, que á más iba que á lo de las monjas, y llevase la regla, que mostró después al Padre Mariano.

En este Monasterio se recibieron después muy buenos frailes, y entre ellos el Padre Maestro Fray Juan de Jesús, y el Padre Maestro Fray Jerónimo Gracián de la Madre de Dios, á quien Dios tenía guardado, para estos principios de esta santa renovación de la primera regla del Carmen, para que la asentase y acrecentase, y la pusiese enteramente en orden, como lo ha hecho, con la santidad y prudencia y letras que el Señor le ha dado. Era este Padre Colegial Teólogo en la Universidad de Alcalá, y muy ejemplar, no solamente entonces, sino desde su primera edad. Y yendo á Pastrana á concertar que recibiesen allí las Descalzas una monja, cuadró tanto á la Madre Isabel de Santo Domingo, Priora de aquel Monasterio, y á sus monjas, que luego con ayunos y disciplinas y grandes oraciones, le pidieron á Nuestro Señor para su orden, y valieron tanto, que él se quedó desde entonces en ella.

Pasando después de esto la Madre por Malagón, cuando iba á fundar á Veas, había allí un clérigo muy recogido y dado á oración y penitencia, y como la vió y entendió lo que hacía, se aficionó mucho á su orden, y se fué con ella á Veas, y allí le dió el hábito en la iglesia con gran solemnidad el Padre Jerónimo Gracián, y llamóse Fray Gregorio Nacienceno, Vicario que fué poco ha de la provincia de Castilla, con mucha edificación, y ahora lo es de Portugal. Estos dos Monasterios fueron el Seminario de los demás, y en breve tiempo se fundaron hartos, siempre tratándose el negocio con la Madre, de manera que antes que muriese vió fundados diez ó más Monasterios. Y no han parado en las provincias de España, porque en Génova fundaron también por medio del Padre Fray Nicolás de Jesús María, que es de aquella ciudad, y en Méjico tienen convento.

## CAPÍTULO V

### De la fundación del undécimo Monasterio, que fué San José del Carmen, en Sevilla

Estando, así Descalzas como Descalzos, sin propio Provincial, y sujetos á los del Paño, fué nombrado por Comisario y Visitador apostólico de ellos, en la provincia de Andalucía, el Padre Fray Jerónimo Gracián; porque aunque había pocos años que estaba en el orden, su religión y prudencia y las demás virtudes y buena condición, resplandecían tanto, que le hacían merecedor de aquella y cualquiera otra honra mayor. Y estando la Madre en Veas la fué á visitar (1). Ella,

(1) «Estando en la villa de Veas, dice la Santa en el capítulo XXIII del Libro de las Fundaciones, vino á verme allí un Padre de nuestra Orden, de los Descalzos, llamado el maestro fray Jerónimo de la Madre de Dios Gracián, que había pocos años que tomó nuestro hábito estando en Alcalá, hombre de muchas letras, entendimiento y modestia, acompañado de grandes virtudes toda su vida, que parece Nuestra Señora le escogió para bien de esta Orden primitiva, estando en Alcalá, muy fuera de tomar nuestro hábito, aunque no de ser religioso; porque aunque sus padres tenían otros intentos por tener mucho favor con el rey y su gran habilidad *(era el padre de Gracián secretario de Felipe II)*, él estaba muy fuera de esto. Desde que comenzó á estudiar le quería su padre poner á que estudiase leyes, él con ser de harto poca edad sentía tanto, que á poder de lágrimas, acabó con él que le dejase oír teología. Ya que estaba graduado de maestro, trató de entrar en la Compañía de Jesús, y ellos le tenían recibido, y por cierta ocasión, dijeron que se esperase unos días...

En este tiempo entróse un gran amigo suyo por fraile de nuestra Orden en el monasterio de Pastrana, llamado fray Juan de Jesús, también maestro. No sé si por ocasión de una carta que le escribió de la grandeza y antigüedad de nuestra Orden, ó qué fué el principio... ¡Oh sabiduría de Dios y poder!... Bien veía nuestro Señor la gran necesidad que había en esta obra, que su Majestad había comenzado, de persona semejante. Yo le alabo muchas veces por la merced que en esto nos hizo, que si yo mucho quisiera pedir á su Majestad una persona, para que pusiera en orden todas las cosas de la Orden en estos principios, no acertará á pedir tanto, como su Majestad nos dió. Sea bendito por siempre.»

Comentando este pasaje de Santa Teresa, dice La Fuente: «En efecto, el carácter del Padre Gracián era más de jesuita que de carmelita descalzo. Su gran afición al púlpito y al confesonario, su erudición, ingenio y otras cualidades para la vida activa, parecen más de jesuita que no de religioso dado á la vida contemplativa casi exclusivamente. Con todo, la reforma del Carmen necesitaba un hombre activo, inteligente y de mucho despejo, y la Providencia se lo deparó

como entendió bien lo que en él había, quedó en gran manera contenta y satisfecha, y no se hartaba de dar gracias á Dios. Estando allí le envió á llamar el Nuncio, y le hizo tambien Visitador de la provincia de Castilla, como lo era de la de Andalucía. Pero antes de esto, queriendo la Madre volver á Castilla, díjola el Padre Gracián que sería gran servicio de Nuestro Señor fundar en Sevilla, porque

á Santa Teresa en la persona del Padre Gracián. Por otra parte, acostumbrada Santa Teresa á la dirección de los jesuitas, halló en su orden un sujeto con las cualidades de aquéllos, y le prestó voto de obediencia. Cuando ya estaba terminada la reforma, y muerta Santa Teresa, pareció Gracián fuera de su centro y fué expulsado de la orden.

A decir verdad era digno de mejor suerte aquel varón singular á quien Santa Teresa profesó tan maternal cariño y colmó de tantas alabanzas. Hoy día se reconoce generalmente que casi todas las acusaciones lanzadas contra él por sus émulos, y que motivaron su expulsión de la orden, fueron dictadas por la pasión.

Nació el Padre Gracián en Valladolid el 6 de Junio de 1545. Fueron sus padres Don Diego Gracián de Aldarete, secretario de Carlos V y de Felipe II, y Doña Juana Dantisco, hija del Embajador de Polonia en la corte de España. Después de haber cursado las humanidades y retórica en el Colegio de la Compañía de Jesús de Alcalá, siguió los cursos de filosofía y teología en la Universidad de aquella misma ciudad, graduándose en estas dos facultades. Ordenado de sacerdote pidió ser admitido en la Compañía, pero una coincidencia providencial encaminó sus pasos al Carmelo Reformado, cuyo hábito vistió en Pastrana el 25 de Marzo de 1572.

Al año siguiente, después de hecha su profesión, nombróle visitador de los Descalzos de Andalucía el Padre Francisco de Vargas, Visitador Apostólico de los Carmelitos Calzados. En 1574 fundó el convento de Nuestra Señora de los Remedios de Sevilla, y en 1575 tuvo su primera entrevista con Santa Teresa en el monasterio de Veas. Desde entonces puede decirse que fué Gracián el brazo derecho de la Santa Reformadora.

Al hacerse en 1581 la separación entre Calzados y Descalzos fué nombrado Gracián Provincial de los segundos, con gran satisfacción de Santa Teresa que lo deseaba ardientemente: pero muy poco tiempo después de la muerte de la bienaventurada Madre, aun antes de concluir su provincialato el Padre Gracián, comenzaron sus émulos á minarle el terreno, y apenas se vieron en el poder, procuraron deshacerse de él á todo trance. Fué el Padre acusado, condenado y expulsado de su orden el 17 de Febrero de 1592.

En su *Peregrinación de Anastasio*, narra el mismo Gracián la serie lastimosa de dolores, ignominias y afrentas que tuvo que sufrir, y al mismo tiempo los favores singulares con que le consolaba Dios, entre tantas tribulaciones.

Durante su viaje á Roma en 1593, le prendieron los corsarios, llevándole cautivo á Túnez, donde se vió varias veces en inminente peligro de perder la vida. Rescatado de su cautiverio en 1595 se encaminó segunda vez á Roma y, por orden del Papa Clemente VIII, fué admitido por los Carmelitos Calzados. En 1600 volvió á España, donde residió varios años ocupado en obras de celo, y en 1607 pasó á Flandes en compañía del Archiduque Alberto. Murió santamente en Bruselas el 21 de septiembre de 1614, el mismo año en que fué beatificada Santa Teresa de Jesús.

Cfr. La Fuente, *Obras de Santa Teresa*, t. II, pp. 434-485 — Gregorio de San José, *El P. Gracián de la Madre de Dios, Carmelita Descalzo, y sus jueces*. Trad. del francés por el P. A. M. de S. T., Burgos 1904. — *Excelencias, vida y trabajos del Padre Fray Jerónimo Gracián de la Madre de Dios, Carmelita*, que corre con el nombre del Lic. Andrés del Mármol, aunque el verdadero autor sea el Padre Fray Cristóbal Márquez, carmelita. La primera parte de esta Vida, dice Nicolás Antonio (*Bibl. Hispana Nova*, t. I, pág. 247), fué escrita por el Padre Cristóbal Márquez, y la segunda por el propio Padre Gracián: el Lic. Mármol no hizo otra cosa que juntar los dos partes y publicarlas.

se lo habían pedido algunas personas que tenían para dar luego casa, y demás de eso el Arzobispo, que favorecía mucho á la orden, gustaría harto de ello. Ella ninguna inclinación tenía á fundar en Andalucía, sino causas bien bastantes para no ir á Sevilla; pero en fin, se sujetó al parecer del Padre. Y porque entraba ya el calor, fué menester abreviar, y el Padre se fué al Nuncio, á Madrid, y la Madre, habiendo estado en Veas tres meses, se partió para Sevilla con seis monjas, muy escogidas y muy ejercitadas en la oración y mortificación, cuales el Señor veía que eran menester para lo que allá se había de padecer, y para ser Madres de las de aquella provincia, que fueron las Madres María de San José, Isabel de San Francisco, María del Espíritu Santo, Isabel de San Jerónimo, Leonor de San Gabriel, y Ana de San Alberto (1). Iban además en la comitiva el Padre Fray Gregorio Nacienceno, á quien se había dado el hábito en Veas, el Padre Julián de Avila, y Antonio Gaitán.

Pasaron en el camino muy gran trabajo, por ser muy grandes los calores y malas las posadas, y algunas veces hallar hombres malos en ellas. Otro trabajo tuvieron en el camino, no pequeño, que fué una gran calentura que dió á la Madre, víspera de Pascua de Espíritu Santo, como á manera de modorra, que iba como enajenada. El regalo que la podían hacer era echarla agua, pero estaba tan caliente del sol, que daba poco refrigerio; y llegadas á la posada, el que en ella hallaron, fué una camarilla á teja vana en la fuerza del sol, y sin ventana ninguna, y si la puerta se abría se henchía del sol, que no se podía sufrir. La cama, por unas partes alta, por otras baja, parecía toda ella de piedras agudas. No pudo parar allí la Madre, sino luego se partieron, porque tuvo por mejor sufrir el sol del campo, que el de aquella camarilla. Consideraba ella de allí, qué será de los del infierno, que han de estar quedos por fuerza, y no se pueden mudar. Las hermanas sentían tanto aquel mal de la Madre, y encomendábanla al Señor con tantas veras, que no duró lo recio de él más de un día, cosa que otras veces solía ser bien diferente.

Andando más adelante, hubieron de pasar por una barca el Guadalquivir, y no era posible pasar con los carros derecho por donde estaba la maroma, sino que habían de torcer algo. No sé cómo dejaron del todo la maroma los barqueros, y la barca iba río abajo sin maroma ni remos, con uno de los carros que llevaba. Todos daban voces, y las monjas en sus corazones las daban á Dios. Un caballero les miraba de un castillo, y envió quien las ayudase. Quiso Dios que

(1) «Seis que iban conmigo eran tales almas, dice Santa Teresa, que me parece me atreviera á ir con ellas á tierra de turcos, y que tuvieran fortaleza, ó por mejor decir, se la diera nuestro Señor, para padecer por El; porque estos eran sus deseos y pláticas, muy ejercitadas en oración y mortificación.» *Fundac.*, cap. XXIV.

la barca encalló en un arenal donde había poca agua, y así pudo haber remedio, y el que vino del castillo les sirvió de guía para sacarles al camino, que de otra manera no acertaran, por ser ya noche.

Pero aun más sintió la Madre otra cosa que les aconteció el primer día de Pascua de Espíritu Santo. Diéronse mucha priesa por llegar muy de mañana á Córdoba para poder oír misa sin ser vistos, que esto de haber de estar entre gente que las viese la daba mucha pesadumbre, y por esta razón, siempre que hallaba ermita fuera de los lugares, iba allá á oír misa. Quiso hacer lo mismo en Córdoba, y encamináronla á una que estaba fuera de la ciudad, en pasando la puente. Antes de llegar á ella hubo mucho trabajo, porque no podían pasar carros por la puente sin licencia del corregidor, y ésta les decían sería muy dificultosa de alcanzar. La Madre envió á Antonio Gaitán á pedirla, y alcanzóla; pero después de habida la licencia, había otro trabajo, que los carros eran anchos y la puerta de la puente angosta, y parecía imposible caber por allí, y decían sería necesario cortarlos; en fin, los pusieron de manera que pudieron pasar. Pero tardóse en lo uno y en lo otro más de tres horas, y entretanto ellas estaban metidas en sus carros, que venían de todas partes bien cubiertos, y mucha gente se llegaba á ellos á ver qué gente era la que allí venía.

Cuando hubieron llegado á la ermita, fué el trabajo mayor, porque la advocación de ella era del Espíritu Santo, y estaba llena de gente, porque había procesión y sermón y danzas, y no oyendo aquí misa habían de andar por la ciudad á buscar donde la oír. Esto dió mucha pena á la Madre, tanto, que si sin escrúpulo pudiera dejar de oír misa, lo hiciera por no entrar con sus monjas entre tanta gente; pero hubieron de entrar como en procesión, con sus capas blancas y velos abajados, con no pequeña admiración de todos los que en la ermita estaban, porque no habían visto cosa semejante. Entonces se le acabó de quitar á la Madre la calentura con aquella alteración que tomó de verse entre tanta gente, y tan alborotada. Aunque esto se remedió mucho con la caridad de un hombre de bien, que entrando en la iglesia se llegó á ella, guiándola y apartando la gente. La Madre le rogó las llevase á una capilla, y así lo hizo, y no las dejó hasta sacarlas de la iglesia. Pocos días después de esto le vino una buena hacienda de que él estaba bien descuidado, y decía que por esta buena obra que había hecho á las siervas de Dios, le había venido.

En aquella capilla las dijo misa Julián de Avila, y las comulgó á todas, y saliendo de allí lo más presto que pudieron, se fueron á tener la fiesta debajo de una puente, en lugar harto desacomodado.

Estos trabajos y otros muchos pasaron en este camino, pero con grandísimo contento, porque la Madre les tenía á todos tan buena y



graciosa conversación, que les entretenía mucho, unas veces hablando cosas de mucho peso y animándolas, otras hablando con alegría de lo que se ofrecía.

Llegaron á Sevilla el jueves antes del domingo de la Trinidad, donde ya el Padre Fray Mariano de San Benito les tenía alquilada casa, y en entrando en ella pensó la Madre tomar luego la posesión, como en otras partes había hecho, y que el negocio estaba concluído, porque el Arzobispo, que entonces era don Cristóbal de Rojas (1), favorecía mucho á los Descalzos, y á ella la había escrito algunas veces mostrándola mucho amor, y el Padre Gracián y el Padre Mariano entendían le hacían gran servicio en que la Madre fuese allá. Pero sucedió todo muy al revés, porque quería el Señor que la costase trabajo esta fundación, como las demás.

El Arzobispo era muy enemigo de Monasterio de monjas que no tuviesen renta, y fué providencia del Señor que no le hubiesen dicho nada de lo que la Madre quería hacer, porque á decirselo antes que ella estuviera allá, no diera licencia, y no se hiciera el Monasterio. Bien deseaba él que ella viniese y trajese monjas; pero no para hacer Monasterio de pobreza, sino para repartirlas por los Monasterios que estaban á su cargo, para que los reformasen. Decíala el Padre Mariano, que para Monasterios de pobreza, el Arzobispo no daría licencia, ni la había jamás querido dar, ni en Sevilla ni en Córdoba, donde primero había sido Obispo, y que tuviese por bien fuese el Monasterio de renta. Esto no quería la Madre, porque Monasterios de renta no los hacía ella sino en lugares pequeños, donde ó no se habían de hacer, ó habían de tener con que se sustentaran: y demás de eso tenía tantos dineros para echarlos en renta, que con sólo una blanca entró en Sevilla. En fin, por la importunidad del Padre Fray Mariano, dió licencia el Arzobispo para que se dijese la primera misa el día de la Santísima Trinidad, que fué á veinte y nueve de mayo del año de 1575; pero mandó que no se tañese campanilla, ni se supiese; mas ya estaba puesta, y aun envió un criado suyo que dijese la misa, y con esto se tomó la posesión y se comenzaron á decir los oficios divinos: el nombre del Monasterio, es San José del Carmen.

Lo que fué menester para acomodar como quiera la casa, lo buscó el Padre Mariano, porque ellas, si no era con lo que traían cubiertos los carros, ninguna otra cosa traían. No había dado enteramente la licencia el Arzobispo, mas de para que se dijese misa, y la Madre, de eso y de otras cosas, estaba tan poco contenta, que si no fuera por no dar disgusto al Padre Visitador Fray Jerónimo Gracián y al

(1) Fué presentado para la iglesia metropolitana de Sevilla en 1571, habiendo sido antes Obispo de Oviedo y de Córdoba. Asistió al Concilio de Trento, y era tan celoso en puntos de jurisdicción y disciplina, como caritativo con los pobres. Muró en 1580.



Padre Mariano, sin ninguna pesadumbre se volviera con sus monjas. El Padre Maestro Mariano iba poco á poco ablandando al Arzobispo, y él decía que vería presto á la Madre.

En este mismo tiempo vinieron los Padres del Paño á saber por dónde se había fundado aquel Monasterio, y la Madre les mostró la patente que tenía de su General, y con esto se seogaron. Quiso Dios que no supiesen lo poco que el Arzobispo gustaba de él, que á saberlo pudiesen, si quisieran, ser parte para deshacerle. Pasados algunos días, fuéla á ver el Arzobispo, y hablóle la Madre de tal manera, que no pudo resistir á Dios que hablaba en ella, y la dijo que fuese todo como ella quisiese, y de allí adelante siempre la favoreció en todo lo que se ofrecía (1).

(1) A propósito de esta fundación de Sevilla y de la primera religiosa que tomó el hábito en aquel monasterio, narra Santa Teresa una historia muy edificante. Dice así, *Fundaciones* cap. XXVI: De la primera que aquí entró quiero tratar, por ser cosa que os dará gusto. Es una doncella hija de padres muy cristianos, montañés el padre. Esta, siendo de muy poca edad, como de siete años, pidióla á su madre una tía suya para tenerla consigo, que no tenía hijos; llevada á su casa, como la debía regalar y mostrar el amor que era razón, unas sus mujeres debían tener esperanza que les había de dar su hacienda, antes que la niña fuese á su casa, y estaba claro que, tomándola amor, lo había de querer más para ella.

Acordaron quitar aquella ocasión con un hecho del demonio, que fué levantar á la niña que quería matar á su tía, y que para esto había dado á la una no sé qué maravedis que la trajese de solimán. Dicho á la tía, como todas tres decían una cosa, luego las creyó, y la madre de la niña también, que es una mujer harto virtuosa.

Tomó la niña y llevóla á su casa, pareciéndole se criaba en ella una muy mala mujer. Díceme la Beatriz de la Madre de Dios, que así se llama, que pasó más de un año, que cada día la azotaba y atormentaba, y hacía dormir en el suelo, porque le había de decir tan gran mal. Como la muchacha decía que no lo había hecho, ni sabía qué cosa era solimán, parecíale muy peor, viendo que tenía ánimo para encubrirlo. Afligíase la pobre madre viéndola tan recia en encubrirlo, pareciéndole nunca se había de enmendar. Harto fué no se lo levantar la muchacha, para librarse de tanto tormento, mas Dios la tuvo, como era inocente, para decir siempre verdad; y como su Majestad torna por los que están sin culpa, dió tan gran mal á las dos de aquellas mujeres, que parecía tenían rabia, y secretamente enviaron por la niña á la tía, y la pidieron perdón, y viéndose á punto de muerte, se desdijeron; y la otra hizo otro tanto, que murió de parto. En fin, todas tres murieron con tormento, en pago del que habían hecho pasar á aquella inocente. Esto no lo sé de sólo ella, que su madre fatigada después, que la vió monja, de los malos tratamientos que la había hecho, me lo contó con otras cosas, que fueron hartos sus martirios; y no teniendo su madre más y siendo harto buena cristiana, permitía Dios que ella fuese el verdugo de su hija, queriéndola muy mucho. Es mujer de mucha verdad y cristiandad.

Habiendo la niña como poco más de doce años, leyendo en un libro que trata de la vida de Santa Ana, tomó gran devoción con los santos del Monte Carmelo, que dice allí, que su madre de Santa Ana iba á tratar con ellos muchas veces (creo se llama Merenciana), y de aquí fué tanta la devoción que tomó con esta Orden de nuestra Señora, que luego prometió ser monja de ella, y castidad. Tenía muchos ratos de soledad, cuando ella podía, y oración. En especial le hacía Dios grandes mercedes y nuestra Señora, y muy particulares. Ella quisiera luego ser monja, no osaba por sus padres, ni tampoco sabía á donde hallar esta Orden, que fué cosa para notar, que con haber en Sevilla monasterio de ella, de la regla mitigada, jamás vino á su noticia, hasta que supo de estos monasterios, que fué des-

pués de muchos años. Como ella llegó á la edad para poderla casar, concertaron sus padres con quien casarla, siendo harto muchacha; mas como no tenían más de aquélla, que aunque tuvo otros hermanos muriéronse todos, y ésta, que era la menos querida, les quedó; que cuando le acaeci6 lo que he dicho, un hermano tenía, que éste tornaba por ella, diciendo no lo creyesen. Muy concertado ya el casamiento, pensando ella no hiciera otra cosa, cuando se lo vinieron á decir, dijo el voto que tenía hecho de no se casar, que por ningún arte, aunque la matasen, no lo haría.

El demonio que los cegaba, ó Dios que lo permitía, para que ésta fuese mártir (que ellos pensaron que tenía hecho algún mal recaudo, y por eso no se quería casar) como ya habían dado la palabra, y ver afrentado al otro, diéronla tantos azotes y hicieron en ella tantas justicias, hasta quererla colgar, que la ahogaban, que fué ventura no la matar. Dios que la quería para más, le dió vida. Díceme ella á mí, que ya á la postre casi ninguna cosa sentía, porque se acordaba de lo que había padecido Santa Inés, que se lo trajo el Señor á la memoria, y que se holgaba de padecer algo por El y no hacía sino ofrecérselo. Pensaron que muriera, que tres meses estuvo en la cama que no se podía menear.

Parece cosa muy para notar: una doncella que no se quitaba de par de su madre, con un padre harto recatado, según yo supe, cómo podían pensar de ella tanto mal; porque siempre fué santa y honesta, y tan limosnera, que cuanto ella podía alcanzar era para dar limosna. A quien nuestro Señor quiere hacer merced de que padezca, tiene muchos medios, aunque desde algunos años les fué descubriendo la virtud de su hija, de manera, que cuanto quería dar de limosna la daban y las persecuciones se tornaron en regalos. Aunque con la gana que ella tenía de ser monja todo se le hacía trabajoso, y así andaba harto desabrída y penada, según me contaba.

Acaeci6 trece ó catorce años antes que el padre Gracián fuese á Sevilla, que no había memoria de Descalzos carmelitas, estando ella con su padre y con su madre y otras dos vecinas, entró un fraile de nuestra Orden vestido de sayal, como ahora andan, descalzo. Dicen que tenía un rostro fresco y venerable, aunque tan viejo que parecía la barba como hilos de plata, y era larga, y púsose cabe ella, y comenz6 á hablar un poco en lengua que ni ella ni ninguno lo entendió; y acabando de hablar, santigu6la tres veces diciéndole: *Beatriz, Dios te haga fuerte*, y fuése. Todos no se meneaban, mientras estuvo allí, sino como espantados. El padre le preguntó que quién era. Ella pensó que él le conocía. Levantáronse muy presto para buscarle, y no pareció más. Ella quedó muy consolada, y todos espantados, que vieron era cosa de Dios, y así ya la tenían en mucho, como está dicho. Pasaron todos estos años, que creo fueron catorce, después de esto, sirviendo ella siempre á nuestro Señor, pidiéndole que cumpliese su deseo.

Estaba harto fatigada, cuando fué allá el padre maestro fray Jerónimo Gracián; yendo un día á oír un sermón en una iglesia de Triana, á donde su padre vivía, sin saber ella quién predicaba, que era el padre maestro Gracián, vi6le salir á tomar la bendición. Como ella le vió el hábito y descalzo, luego se le representó el que ella había visto que era así el hábito, aunque el rostro y edad era diferente, que no había el padre Gracián aún treinta años. Díceme ella que de grandísimo contento se quedó como desmayada; aunque había oído que habían allí hecho monasterio en Triana, no entendía era de ellos. Desde aquel día fué luego á procurar confesarse con el padre Gracián, y aun esto quiso Dios que le costase mucho, que fué más, ó al menos tantas, doce veces, que nunca la quiso confesar. Como era moza y de buen parecer, que no debía de haber entonces veinte y siete años, él apartábase de comunicar con personas semejantes, que es muy recatado. Ya un día estando ella llorando en la iglesia, que también era muy encogida, díjole una mujer que ¿qué había? Ella le dijo que había tanto que procuraba hablar á aquel padre, y que no tenía remedio, que estaba á la sazón confesando. Ella llev6la allá y rog6le que oyese aquella doncella, y así se vino á confesar generalmente con él. El como vió alma tan rica, consol6se mucho, y consol6la con decirle que podría ser fuese monja Descalza, y que él haría que la tomasen luego; y así fué, que lo primero que me mandó fué que fuese ella la primera que recibiese, porque él estaba satisfecho de su alma, y así se lo dijo á ella. Cuando íbamos, puso mucho cuidado en que no lo supiesen sus padres, porque

no tuviera remedio de entrar. Y así el mismo día de la Santísima Trinidad dejó unas mujeres que iban con ella, que para confesarse no iba su madre, y era lejos el monasterio de los Descalzos, adonde siempre se confesaba, y hacía mucha limosna, y sus padres por ella. Tenía concertado con una muy sierva de Dios, que la llevase, y dice á las mujeres que iban con ella, que era muy conocida aquella mujer por sierva de Dios en Sevilla, que hacía grandes obras, que luego vendría: y así la dejaron tomar su hábito y manto de jerga, que yo no sé cómo se pudo menear, sino con el contento que llevaba todo se le hizo poco. Sólo temía, si le habían de estorbar, y conocer cómo iba cargada, que era muy tuera de como ella andaba. ¡Qué hace el amor de Dios! Como ya ni tenía honra ni se acordaba sino de que no impidiesen su deseo, luego la abrimos la puerta. Yo lo envié á decir á su madre; ella vino como fuera de sí, mas dijo, que ya veía la merced que Dios hacía á su hija; y, aunque con fatiga, lo pasó, no con extremos de no hablarla, como otras hacen, antes en un ser nos hacía grandes limosnas.

Comenzó á gozar de su contento tan deseado la esposa de Jesucristo, tan humilde y amiga de hacer cuanto había, que teníamos harto que hacer en quitarle la escoba; estando en su casa tan regalada, todo su descanso era trabajar. Con el contento grande fué mucho lo que luego engordó. Esto se le dió á sus padres de manera, que ya se holgaban de verla allí.

Al tiempo que hubo de profesar, dos ú tres meses antes, porque no gozase tanto bien sin padecer, tuvo grandísimas tentaciones, no porque ella se determinase á no la hacer, mas parecíale cosa muy recia; olvidados todos los años que había padecido por el bien que tenía, la trafa el demonio tan atormentada, que no se podía valer. Con todo, haciéndose grandísima fuerza, le venció de manera, que en mitad de los tormentos concertó su profesión. Nuestro Señor que no debía de aguardar á más de probar su fortaleza, tres días antes de su profesión la visitó y consoló muy particularmente, y hizo huir al demonio. Quedó tan consolada, que parecía aquellos tres días que estaba fuera de sí de contenta, y con mucha razón, porque la merced había sido grande. Dende á pocos días que entró en el monasterio, murió su padre, y su madre tomó el hábito en el mismo monasterio, y le dió todo lo que tenía en limosna, y está con grandísimo contento madre y hija, y edificación de todas las monjas, sirviendo á quien tan gran merced las hizo. Aun no pasó un año, cuando se vino otra doncella harto sin voluntad de sus padres, y así va el Señor poblando esta su casa de almas tan deseosas de servirle, que ningún rigor se las pone delante, ni encerramiento. Sea por siempre jamás bendito y alabado por siempre jamás. Amén.

---

## CAPÍTULO VI

### De lo que la Madre Teresa de Jesús pasó en Sevilla, y cómo dejó á sus monjas en casa propia antes que se fuese

Con ser Sevilla lugar tan rico, y donde tan gruesas limosnas se hacen, y que parecía que se había luego de hallar quien las ayudase para comprar casa y para sustentarse, ejercitó nuestro Señor allí á la Madre y á sus compañeras tan bien, que en ninguna parte se vió con tanta necesidad; porque no solamente no tenían casa en algunos meses, sino aun para tener lo necesario para pasar la vida había harto trabajo. La casa desacomodada y desproveída, no tenían en qué dormir, ni qué comer, y aconteciólas, para hacer unos huevos, andar á buscar por casa algunos pedazuelos de sogá con que hacer lumbre: aunque esto con grande alegría lo llevaban. Nadie las conocía, ni las visitaba, y sobre todo esto la Madre enfermó, y á las demás tampoco probó la tierra, porque entraron allí en lo recio de los calores, y tenían tan mala comodidad como habemos dicho.

Monjas no entraban, y las que antes de venir la Madre deseaban entrar, después, espantadas con el rigor de aquella vida, no osaban. Después entraron algunas, que ayudaron hartó, y más una señora viuda que descó entrar, y la segunda vez que vino á hablar de ello las trajo, sin pedirla nada, dos mil y setecientos ducados en tejos de oro y reales; y dilatando su entrada hasta que ella acabase algunos negocios que tenía, la llevó el Señor y dejó su hacienda al Monasterio. Pero una entró luego al principio, que ayudó más que todas para probar la paciencia y virtud de las demás, y diólas tanto en que entender, y puso á la Madre y á todas en tanto extremo de aflicción, que como la misma Madre decía, había sido bien menester escoger las que habían de venir á Sevilla entre todas, para que pudiesen llevar lo que llevaron. Los que trataban que se recibiese ésta, decían de ella cosas tan grandes, que les dijo la Madre, que si aquella monja no hacía milagros, no salían ellos con su honra. Estuvo en la religión

algunos meses, y porque ella estaba hecha á otra manera de vivir diferente de ésta, en fin, la dejó, y se volvió á la que antes tenía. Era muy conocida en Sevilla, y tenía gran opinión de virtud, y el estar ella fuera, fué ocasión de muchas cosas que dijeron de las monjas, y de muchos testimonios que las levantaron, y muy pesados. Pero en fin, prevaleció la verdad, y no pudo ser vencida de la mentira, aunque fué harto perseguida y apretada, y quedaron por buenas las que lo eran, y su virtud y religión más apurada y conocida; y la gente grave que había andado engañada se desengañó.

En este tiempo escribió la Madre una carta á una Priora de sus Monasterios, en que se declaraba aún más que yo me declaro aquí, donde dice así: «Esta envié á la madre Priora de Medina, que estará con pena de una que le escribí, y estuve bien corta en encarecer trabajos. Sepa que después de la fundación de San José, ha sido todo nada en comparación de lo que aquí he pasado; de que lo sepan, verán que tengo razón.» Y después dice: «Ahora se entenderá ser todos desatinos, y tales eran los que decían por ahí, que atábamos las monjas de pies y manos, y las azotábamos, y pluguiera á Dios fuera todo como esto. Sobre este negocio tan grave otras mil cosas, que ya veía yo claro que quería el Señor apretarnos para acabarlo todo bien, y así lo creo; por eso no tengo pena ninguna, antes espero en el Señor nos podremos ir presto» (1).

(1) Carta dirigida á la Madre María Bautista, Priora de Valladolid, á 29 de Abril de 1576. En medio de tantas contradicciones y trabajos no dejaba la Santa de recibir muy señalados regalós de su divina Majestad, según ella misma nos lo refiere. «Octava de Todos Santos (1575), dice, tuve dos ó tres días muy trabajosos de la memoria de mis grandes pecados, y unos temores grandes de persecuciones, que no se fundaban sino en que me habían de levantar grandes testimonios, y todo el ánimo que suelo tener á padecer por Dios me faltaba; aunque yo me quería animar y hacía actos, y veía que sería gozar gran ganancia, aprovechaba poco, que no se me quitaba el temor. Era una guerra desabrida. Topé con una letra donde dice mi buen Padre, que dice San Pablo que no permite Dios que seamos tentados más de lo que podemos sufrir (1.<sup>a</sup> Cor., X, 13). Aquello me alivió harto, mas no bastaba, antes otro día me dió una aflicción grande de verme sin él. Como no tenía á quien acudir con esta tribulación, que me parecía vivir en una grande soledad. Y ayudaba el ver que no halla ya quien me dé alivio sino él, que lo más había de estar ausente, que me es harto gran tormento.

Otra noche después, estando leyendo en un libro, hallé otro dicho de San Pablo, que me comenzó á consolar, y recogida un poco, estaba pensando cuán presente había traído de antes á Nuestro Señor, que tan verdaderamente me pareció ser Dios vivo. En esto pensando, me dijo, y parecióme muy dentro de mí, como al lado del corazón, por visión intelectual: *Aquí estoy, sino que quiero que veas lo poco que puedes sin Mí*. Luego me aseguré y se quitaron todos los miedos, y estando la misma noche en Maitines, el mismo Señor, por visión intelectual, tan grande que casi parecía imaginaria, se me puso en los brazos, á manera de como se pinta en la quinta *angustia*. Hízome temor harto esta visión, porque era muy patente, y tan junto á mí, que me hizo pensar si era ilusión. Díjome: *No te espantes de esto, que con mayor unión sin comparación está mi Padre con tu duima*. Háseme así quedado esta visión harto agora representada. Lo que digo de Nuestro Señor, me dará más de un mes; ya se me ha quitado.

El día de Nuestra Señora de la Natividad, tengo particular alegría (1575).



Tuvo la Madre harta razón de decir esto, porque llegó tan adelante la maldad, que las fueron á acusar delante del Santo Oficio, y se tomaron testigos por donde constó su inocencia y santidad, y del agravio tan grande que se les hacía, y con esto paró allí el negocio. Tenían también un clérigo que las confesaba, tan escrupuloso é ignorante que aun no las consentía signarse y santiguarse con las palabras latinas que comúnmente todas decían (1); y estaba tan pagado de la manera de proceder de otra monja que antes había entrado, que decía que las demás andaban engañadas, y ella sola acertada, y que ésta había de reformar á las demás. En alguna parte de este tiempo y de estos trabajos no era sola la aflicción de los hombres, sino Dios parecía que se retiraba para que su sierva padeciese; y así dice que en su vida se halló tan cobarde y de poco ánimo como entonces, y que ella á sí misma no se conocía, porque aunque siempre tenía confianza en Dios, estaba tan diferente de lo que solía estar después que comenzó á andar en estas fundaciones, que sentía ella que el Señor había apartado la mano en alguna manera, para que viese que el ánimo que solía tener no era suyo, sino del mismo Señor.

Había estado allí la Madre desde el fin de mayo hasta cerca de la Cuaresma del año siguiente, y ni había memoria de comprar casa, ni con qué, ni quien la fiase, como en otras partes; y porque veía que la mandarían presto volverse á Castilla, porque se ofrecían otros negocios, estaba con mucha pena, porque no quería dejar las monjas sin casa.

Acertó entonces á llegar allí Lorenzo de Cepeda, su hermano,

Quando este día vino, parecióme sería bien renovar los votos, y queriéndolo hacer, se me representó la Virgen Señora Nuestra por visión iluminativa, y parecióme los hacía en sus manos, y que le eran agradables. Quedóme esta visión por algunos días, cómo estaba junta conmigo, hacia el lado izquierdo. Un día, acabando de comulgar, me pareció verdaderamente que mi alma se hacía una cosa con aquel cuerpo Sacratísimo del Señor, cuya presencia se me representó y hízome gran operación y aprovechamiento. *Cfr. La Fuente*, I, pág. 169 y 170.

(1) Este infeliz clérigo fué quien delató á Santa Teresa y á sus religiosas al Santo Oficio, según refiere el Padre Yepes. «Viniendo un día el Padre Fray Jerónimo de la Madre de Dios Gracián, á visitar á la Santa Madre, vió en la calle muchos caballos y mulas, y sabiendo que eran de los señores inquisidores y sus ministros, que estaban en el monasterio para averiguar la verdad del caso, y al clérigo en una esquina esperando el momento en que llevasen presas á las religiosas, dióle gran miedo y turbación; en llegando á hablar á la Madre, díjole ésta con alegre rostro, que no se turbase ni tuviera pena, que ya nuestro Señor le había dicho en la oración que no temiese, que todo sería nada, y que los que pretendían obscurecer la verdad no saldrían con su intento. Y así fué, porque aclararon los inquisidores la verdad y dieron muy gran reprehensión al clérigo; y para más certificarse del espíritu y manera de proceder en la Santa Madre, acudieron al Padre Rodrigo Alvarez, varón muy espiritual de la Compañía de Jesús, á quien la Madre dió una relación por escrito de su vida, y él la aprobó y mostró á los inquisidores, y con esto cesó el alboroto, redundando todo en mayor estima de la virtud y santidad de la Madre y de sus monjas. *Vida de Santa Teresa*, lib. II, cap. XXVII. La Relación á que hace referencia es la que reproduce el P. Ribera más adelante en el lib. IV, cap. III.



que venía de Indias, y él ayudaba mucho, y ponía gran diligencia en que se comprase casa. La Madre acogíase á Dios, que la remediaba todas sus necesidades, y al glorioso San José, y hacíase mucha oración porque el Señor les diese casa. Y estándole ella pidiendo esto un día, díjola el Señor: *Ya os he oído; déjame á mí.* Con esto hizo cuenta que ya la tenía. Una concertaron, y era á gusto de todos, porque estaba en buena parte, pero estábanlas muy mal, porque era muy vieja y habíase de labrar de nuevo y gastarse muchos dineros; pero el Señor, que veía no las estaba ésta bien, porque se tardaría muchos años en labrar, y no tenían con qué, como había tomado á su cargo proveerlas de casa, hizo que el mismo dueño pusiese inconvenientes al tiempo de hacer las escrituras y se holgase de que la venta se deshiciese, para darlas otra mejor. Y así fué, porque se compró otra que costó seis mil ducados, mucho mejor, aunque no la faltó contradicción, porque unos religiosos que vivían cerca, las hicieron grandes requerimientos que no se pasasen á ella. Pero la Madre ordenó que ella y la madre María de San José, á quien había hecho Priora, y otras dos monjas se pasasen una noche con gran secreto, y estaban allí, y Lorenzo de Cepeda, que había trabajado mucho en todo esto, las daba de comer, porque no se tenía por Monasterio aquella casa, y no había limosna sino era del Prior de las Cuevas, que es de los Padres Cartujos, que era muy siervo de Dios y las amaba mucho.

Estarían como un mes así, y en este tiempo Lorenzo de Cepeda gastó muchos dineros en acomodar la iglesia y algunas piezas de casa que, á no le traer Dios entonces, no pudieran hacer nada. Ya que todo estaba acabado, la Madre quisiera que se pusiera el Santísimo Sacramento sin ruido ninguno; pero al Padre Prior de las Cuevas y á un clérigo siervo de Dios de aquella ciudad, que se llamaba Garcí-Alvarez, que tomaban el negocio como propio suyo, pareció, que para que fuese el Monasterio conocido, convenía se pusiese con mucha solemnidad, y fuéronlo á tratar con el Arzobispo, á quien pareció lo mismo. El mandó que se juntase la clerecía y algunas cofradías, y se aderezasen las calles, y se llevase de una parroquia el Santísimo Sacramento. Todo se hizo así, y Garcí-Alvarez aderezó la iglesia y claustro del nuevo Monasterio muy bien, y puso muy buenos altares é invenciones curiosas, y entre ellas una fuente de agua de azahar, aunque ésta no la quisiera la Madre. Las calles se aderezaron muy bien, y el Santísimo Sacramento se trajo con gran solemnidad y con mucha música de voces é instrumentos: púsole el mismo Arzobispo un domingo antes de Pascua de Espíritu Santo, que fué á tres de Junio del año de 1576. Aconteció este día una cosa que con razón puso espanto á todos los que la vieron.

Había habido en la fiesta muchos cohetes y tiros de artillería, y acabada la procesión, ya muy tarde, quisieron tirar más, y no sé

cómo se prendió un poco de pólvora, que fué maravilla no matar al que la tenía, y la llama subió hasta lo alto de la claustra, y los arcos estaban cubiertos con unos tafetanes amarillos y de carmesí, y la piedra que estaba debajo, en los arcos de los tafetanes, quedó negra del humo, y los tafetanes, que al parecer todos se habían de abrasar, tan sanos y buenos como se habían puesto. Quedó la Madre muy consolada de lo que se había hecho, y de dejar á sus monjas en casa propia y tan buena, en que vivieron como diez años. Después, la madre Isabel de San Francisco, siendo Priora de allí, compró otra el año de 1586, que costó doce mil y setecientos ducados, que es en la que ahora viven, ayudándola algunas personas devotas, y más que todas Pedro Cerezo Pardo, hombre muy noble en linaje, y no menos un punto en virtudes, y más en la mayor de todas, que es la caridad, que gasta ordinariamente su hacienda en obras semejantes con gran liberalidad. En estas obras nunca se cansa, porque cuanto anda granjeando y trabajando es para hacerlas. Ayudó para la compra de la casa de las monjas con seis mil ducados, y para la iglesia ha dado muchos ornamentos y piezas de plata, y entre ellas una lámpara que le costó doscientos ducados, y una cruz de plata con reliquias que costó trescientos. Y la primera vez que fué al Monasterio las dió cuatrocientos ducados. Y dejando otras religiones, á quien ha hecho muy gruesas limosnas, porque á una sé yo qué ha dado en veces tres mil ducados: á ésta de Descalzas y Descalzos ha mostrado bien su liberalidad, y tanto, que sería menester mucho para decirlo, porque, dejadas grandes limosnas que ha hecho á los conventos de Madrid, Granada, Veas, Burgos, Salamanca, Alba y otros, el de las Descalzas de Lisboa por él se fundó, y dió para eso tres mil ducados, y cada día les envía. El de los Padres Descalzos de Sevilla tiene recibidos de él dos mil ducados juntos, y más lo que cada día les da. Y aunque lo que da es tanto, su voluntad y ánimo es muy mayor, porque hace todo esto como si hiciese una pequeña y ordinaria limosna. Bien creo que á él le pesará de que yo escriba esto, pero hágolo por la gloria de Dios, y por el buen ejemplo que con semejantes obras se da.

La que hizo Lorenzo de Cepeda le pagó el Señor, entre otras mercedes que le hizo, en tomar para sí una niña que traía hija suya, que se llamaba Doña Teresa, y la Madre se acodició á ella por verla tan bonita, y de tan buenas partes para servir á nuestro Señor, y ahora está ya profesa en San José de Avila, y se llama Teresa de Jesús. Acabada toda la fiesta el domingo, y acabados los trabajos por entonces, cuando había la Madre de descansar un poco, se partió luego el día siguiente, porque era menester en Castilla, y los calores iban entrando mucho, y era muy dañosa la tardanza. Aguóseles bien la fiesta á las monjas con ver apartar de sí tan buena Madre, con

quien estaban tan consoladas; pero no se pudo detener más por las razones ya dichas, y porque deseaba tener la Pascua de Espíritu Santo, que era la semana siguiente, en Malagón. Dejó por Priora, como he dicho, á la madre María de San José, que lo fué siempre hasta que fué á la fundación de Lisboa, y por Superiora á María del Espíritu Santo.

## CAPÍTULO VII

### De la fundación del duodécimo Monasterio, que fué el de Caravaca

Estando la Santa Madre Teresa de Jesús en Avila, de partida para la fundación de Veas, llegó un hombre de Caravaca con cartas de una señora principal de aquel lugar, que se llamaba Doña Catalina de Otalora (mujer que había sido del licenciado Muñoz, oidor del Consejo de Indias, y después fué proveído para el Real), en que rogaba á la Madre fuese á fundar en aquella villa. La ocasión fué ésta.

Predicó allí un día un Padre de la Compañía de Jesús, y del sermón salieron determinadas de dejar el mundo y servir á Dios en religión tres doncellas muy nobles y parientas muy cercanas entre sí, cuyos nombres son Doña Francisca de Saojosa, Doña Francisca de Moya, Doña Francisca Tauste. La primera de éstas era sobrina de Doña Catalina de Otalora, y estaba con ella en su casa, adonde también vinieron las demás; porque Doña Catalina las dijo que, si ellas querían hacer Monasterio en aquel lugar, las ayudaría con dos mil ducados y con el favor que pudiese, para que se sacase licencia del Consejo de Ordenes, que sin ella no se podía fundar en aquella villa, por ser de la Encomienda de Santiago.

Allí estaban con la clausura que en un Monasterio, porque en una parte de su casa que esta señora las había dado, tenían capilla y confesonario y torno. Dudaban mucho de qué orden convenía que fuese el Monasterio, y no se resolvían, hasta que vino allí un Padre de la Compañía de Jesús, llamado Leiva, y las dijo que andaba en el reino de Toledo una mujer de gran santidad, que llamaban Teresa de Jesús, y fundaba Monasterios de la Orden de Nuestra Señora del Carmen, de gran religión y encerramiento. En oyendo esto, se determinaron é hicieron á Doña Catalina que en nombre de todas la escribiese, ofreciéndola la hacienda de todas tres para la fundación. Esta su demanda puso devoción á la Madre, y partió de Avila con determinación de ir allá en fundando en Veas, y para eso llevó más

monjas de las que había de llevar. Esto mismo respondió á doña Catalina de Otalora, encargándola que entretanto tuviesen sacada licencia del rey. Esta alcanzaron presto, porque la Madre Teresa de Jesús escribió al rey don Felipe, y la dió luego. Pero venía en ella que el Monasterio estuviese sujeto al Ordinario, y por esta razón fué menester volver otra vez á la corte, porque quería la Madre que estuviese sujeto á la orden como los demás.

Entretanto que esto se hacía, pareció al Padre Fray Jerónimo Gracián, Visitador Apostólico, que la Madre se partiese de Veas, donde á la sazón estaba, para ir á la fundación de Sevilla, y así se dilató aquello con harto dolor de aquellas señoras, que se habían dado gran priesa á aderezar lo que era menester para la iglesia, y pensaban tener ya el negocio acabado. Traía consigo la Madre á Ana de San Alberto para dejarla por Priora de Caravaca, y con esto llevósela á Sevilla, y las otras que traía para el mismo Monasterio, tornólas á enviar á Malagón.

Venida la licencia cual se deseaba, estas siervas de Dios no cesaban de dar priesa á la Madre, para que viniese y hiciese el Monasterio. Como su petición era tan piadosa y tan justa, y las cosas de Sevilla iban más á la larga, pareció á la Madre y al Padre Visitador enviar monjas que fundasen por ella. Para esto envió de Sevilla á la madre Ana de San Alberto, á quien hizo Priora, y vino derecha á Malagón, y tomó de allí otras cuatro, que fueron Bárbara del Espíritu Santo, que quedó por Superiora, Ana de la Encarnación, Juana de San Jerónimo, Catalina de la Asunción, y llegaron á Caravaca día de la Espectación del parto de nuestra Señora, donde fueron muy alegremente recibidas de aquellas tres siervas de Dios, no en casa de doña Catalina de Otalora, sino en casa de Rodrigo de Moya, padre de doña Francisca de Moya, que las había dado parte de su casa, donde ellas tenían acomodada muy bonita iglesia con su coro, y puesta reja y torno. En acomodar lo que faltaba y en hacer las escrituras y entregarlas la hacienda, se pasó hasta la víspera de la Circuncisión, y el día siguiente, primero del año de 1576, se puso el Santísimo Sacramento y se tomó la posesión. Fué la advocación de San José. El mismo día tomaron el hábito las dos de las fundadoras, porque la tercera fué por entonces necesario que estuviese algunos días con una hermana suya. De ésta dice la Madre en sus fundaciones que quedó fuera, y así lo estaba al tiempo que ella escribió aquella fundación. Mas luego al cabo de dos ó tres meses poco más ó menos, viniendo el Padre Maestro Fray Jerónimo Gracián á visitar aquella casa, la dió el hábito, y á su tiempo profesaron todas tres. Llámanse Francisca de la Madre de Dios, Francisca de la Cruz, Francisca de San José, nombrándolas por el orden que al principio de este capítulo las nombré, y viven allí con muy buen ejemplo, y mucha religión.

## CAPÍTULO VIII

### **De cómo pararon las fundaciones por cuatro años, y lo que en esto hizo y padeció la Madre Teresa de Jesús**

Desde Sevilla vino la Madre á Malagón, y de allí á Toledo, donde estuvo algunos meses. Y porque los que sirven mucho á Dios ganando almas para El son muy aborrecidos del enemigo de nuestra salud, y hace contra ellos cuanto puede, no se contentó con lo que había hecho en Sevilla, sino por otras muchas partes procuró estorbar no se hiciesen más casas de las hechas, porque le pesaba mucho con ellas, y aun hechas tenía diligencias, si Dios no lo estorbara, para que se deshicieran las que se habían fundado de monjas y de frailes.

Como iba la Madre fundando estas casas, iba dando noticia de ello á su General, y él la escribía que recibía grandísimo contento; y uno de los mayores alivios que ella tenía, en los muchos y grandes trabajos que en las fundaciones pasaba, era el contento que á su General daba, porque como le tenía en lugar de Dios, veía que dársele á él, le daba á Dios. Escribióle pidiéndole que no la mandase fundar más casas, y él respondió que no haría eso, porque deseaba fundase tantas como cabellos tenía en la cabeza. Pocos años después de esto hicieron capítulo general los Padres Carmelitas, y enviáronla un mandato, antes que saliese de Sevilla, no sólo para que no fundase más casas, sino también para que escogiese la que más quisiese para vivir, y no saliese de ella. Esto venía á la Madre muy á propósito de lo que ella deseaba, que era acabar la vida en sosiego, y no andar tantos caminos, aunque lo entendían bien al revés los que lo procuraron. Diéronse informaciones contra ella, diferentes del hecho verdadero, en las cuales estaba consolada con tener á Dios por testigo de su inocencia: lo que más sentía era que con semejantes informaciones habían algunos hecho que el Padre General estuviese con ella disgustado.



Para que se entienda la causa de haber cesado las fundaciones, se ha de saber, que habiendo venido la Madre á Avila de Toledo, y habiéndose acabado por entonces los tres años de la Priora, que había sido después de ella en la Encarnación, las monjas de aquel Monasterio, que primero habían resistido mucho á su entrada, queríanla tanto, que ellas y las demás la volvieron á elegir por Priora, con tanta conformidad, que con ser muchos los votos, tuvo de cuatro partes las tres y aun más. Acabósele en este tiempo el oficio al Padre Fray Pedro Hernández, y así la elección, para valer, había de ser confirmada por el Provincial de los Padres del Paño, y ellos no quisieron pasar por la elección, por justos respetos que debieron moverles. Las monjas deseaban tanto tenerla, que pleitearon mucho sobre ello, ayudándose del Nuncio y del Consejo Real, y gastando muchos dineros, y andaban tras el Provincial, procurando notificarle provisiones reales, y excusándose él de oírlas.

En este tiempo pasé yo por Avila, y visité á la Madre en San José, y me contó lo que pasaba, y estaba con miedo que habían de salir las monjas con lo que pretendían, y con harto deseo de estarse queda en su casa, y así se lo concedió nuestro Señor, porque nunca las monjas de la Encarnación pudieron alcanzar la confirmación de su Provincial. Antes de esto, siendo Prior en Pastrana el Padre Maestro Fray Jerónimo Gracián, con el deseo que siempre ha tenido de la gloria de Dios, y de extender su religión, pidió al Nuncio licencia para ir á fundar un Monasterio de frailes Descalzos en Sevilla, y así en el Nuncio, como en el Arzobispo de Sevilla, don Cristóbal de Rojas, halló mucho favor, y le fundó. Y estando allá hubo el Nuncio, por orden del Papa, de nombrar Visitadores para frailes y monjas del Carmen de los del Paño, y tratándolo con el rey, y queriéndolo su Majestad así, nombró por Visitador de ellos en toda la Andalucía al Padre Fray Jerónimo Gracián. El comenzó á hacer su oficio con mucha rectitud y caridad y prudencia, y proveía lo que entendía era menester. Entonces sacó del Monasterio de las Descalzas de Sevilla á la Madre Isabel de San Francisco, natural de Villacastín, de quien otras veces he dicho, y la llevó á Paterna, para reformar un Monasterio que allí hay de monjas de la regla mitigada, donde ella hizo á nuestro Señor mucho servicio, y á las monjas harto provecho. Este oficio tenía el Padre Gracián, cuando fué la Santa Madre á fundar á Veas y á Sevilla, como ya queda dicho.

Juzgaban algunos no convenir á la autoridad y buen nombre de los Padres del Paño, que un Padre, mozo en años y religión, les hubiese de visitar, por haber en ella (como los había) para poder hacer esto, Padres ancianos y de mucha religión y ejemplo, y perdonara él aquel oficio de buena gana, y á ellos excusara aquella pesadumbre, que fué principio de otras mayores. Mas no solamente no le descargó

de eso el Nuncio (1), sino antes al tiempo que estaba con la Madre en Veas, como en su lugar dijimos, le envió á llamar y le hizo también Visitador apostólico de los Descalzos y Descalzas de toda la provincia de Castilla.

Haciendo este oficio edificaba mucho en todas partes con su vida y doctrina, y en algunas pedían Monasterios de monjas y de frailes de esa orden. Viniendo á fundar en Valladolid, sacaron los Padres del Paño, por la causa dicha, breve de otro Nuncio, que había sucedido al pasado, que era Filipo (2), Obispo de Placencia, para reducir los Descalzos á la obediencia que ellos pretendían debérseles por su antigüedad, diciendo que estaban descomulgados, y que no querían obedecer al General. Viendo esto el Padre Gracián, hizo recurso al Nuncio, el cual le dió una gran reprehensión: él la oyó postrado en tierra, sin responder cosa por sí con mucha humildad, y el Nuncio le mandó estuviere en un Monasterio hasta que se determinase su causa. Las informaciones que se dieron de cosas de los Padres Descalzos, llegaron á las orejas del rey, y á las de su General, y él, según ellas, tomó de tal manera el negocio, que juzgaba convenir al servicio de Dios y paz de su religión, que se acabasen estos Monasterios de Descalzos, y se estuviesen las cosas como antes que ellos comenzasen, y estaba con la Madre desabrido, porque no ayudaba á esto, con haberla querido antes tanto, y haberla dado licencia para fundación de ellos.

(1) Era á la sazón Nuncio de su Santidad en España Monseñor Nicolás Ormaneto, uno de los prelados más celosos que tuvo la iglesia en el siglo xvi. Estuvo en Inglaterra con el Cardenal Polo, y más tarde asistió al Concilio de Trento. San Carlos Borromeo le tuvo de Vicario General y después fué Obispo de Padua. Vino de Nuncio á España en 1572 y murió en junio de 1577. Era tal su pobreza, efecto de su gran liberalidad con los pobres, que Felipe II hubo de costearle los funerales.

(2) Monseñor Felipe Segá, estaba con Don Juan de Austria en Bélgica, cuando le nombraron Nuncio de España. Antes de que saliera para nuestra península, procuraron los carmelitas italianos calzados, congraciarse con él y lo consiguieron fácilmente, valiéndose del Cardenal Buoncompagni, protector de los calzados y sobrino del Papa Gregorio XIII. De aquí su prevención é inquina contra Santa Teresa y su reforma. Pinta de mano maestra, la Santa Madre, con su habitual discreción, á los dos Nuncios con estas palabras: «Murió un Nuncio santo, que favorecía mucho la virtud, y así estimaba los Descalzos. Vino otro, que parecía le había enviado Dios para ejercitarnos en padecer: era algo deudo del Papa, y debe ser siervo de Dios, sino que comenzó á tomar muy á pechos favorecer á los Calzados; y conforme á la información que le hacían de nosotros, enteróse mucho (es decir, tomó con entereza) en que era bien no fuesen adelante estos principios, y así comenzó á liberlo con obra con grandísimo rigor, condenando á los que le pareció le podrían resistir, encarcelándolos, desterrándolos.»

Atizado por los calzados, dice el Padre Yepes, había resuelto este Nuncio acabar y destruir todos los monasterios, especialmente los de los Carmelitas Descalzos. Era tal la inquina que había concebido contra Santa Teresa que, con ligereza impropia de su cargo, la llamaba: *fémína inquieta y andariega*, que por holgarse andaba en devaneos, so color de religión.

Padecieron mucho en este tiempo los principales de los Descalzos, como el Padre Gracián, el Padre Fray Antonio de Jesús, el Padre Fray Mariano de San Benito y otros, y todos parecía estaban contra ellos, y que aquellos sus Monasterios se habían de acabar. Parecía al Nuncio que no convenía pasasen adelante estos Monasterios, y procurábalo, y desterró, encarceló y penitenció á algunos de estos Padres, y púsoles grandes censuras para que no tratasen de negocio ninguno. Nombró Visitador de los del Paño, que fué el Padre Fray Angel de Salazar, para ellos y para las Descalzas, y vino el negocio de los Padres Descalzos casi á términos de cesar de todo punto.

¿Qué haría entonces la buena Madre Teresa de Jesús? ¿Qué sentiría? Hacía cuenta que por ella se había levantado aquella tempestad, y que si á ella la echasen en la mar como á Jonás, cesaría. Por todos padecía, por todos lo sentía: decíanse de ella cosas muy malas, y ésas no sentía tanto como la aflicción de aquellos Padres, que sabía ella cuán sin causa padecían, y afligíala mucho. Hacía que hubiese en sus Monasterios grande y continua oración y ayunos y disciplinas, y levantaba sus ojos al cielo, de donde había de venir el socorro. Estando una vez en oración, y pensando si querían de veras deshacer esta nueva reformation de los Descalzos las personas que habemos dicho, la respondió el Señor: «Algunos querrían eso, pero no será así, sino todo lo contrario.» Con estas diligencias, no se olvidaba de las humanas. Procuraba favor de los grandes del reino, y de los religiosos de más autoridad, escribía al rey con palabras tan eficaces, que le movieron más que ninguno de los otros medios que con él se tomaron. Esperaba de la mano de Dios con gran paciencia todo lo que viniese, y veía un suceso malo, y otro peor, y no por eso perdía punto de ella. Cuando parecía que se acababa, se tornaba á deshacer, y ella siempre esperando con su acostumbrada paciencia y confianza en Dios. En fin, movió Dios á este católico rey para que ayudase á sus siervos, que andaban probados, y mandó que no fuese sólo el Nuncio juez de aquella causa, sino con cuatro que él señaló, personas graves, y los tres de ellos religiosos, entre los cuales era el Padre Fray Pedro Hernández (1), que había sido su Visitador y estaba bien informado de todo.

En viendo esto la Madre, dió el negocio por acabado, y así se acabó muy bien; y enviando después de Roma el General un Visitador, para que hallando ser verdaderas las informaciones, castigase á los

(1) «Persona de muy santa vida y grandes letras y entendimiento, como dice Santa Teresa.» Fué nombrado por San Pío V, á petición de Felipe II, que no quedó del todo satisfecho con la visita del General, Padre Rubeo ó Rossi. El Padre Pedro Fernández, dominico, hizo á pie la visita de la provincia, llamando la atención de todos este rasgo de austeridad. Mientras vivió en Pastrana hacía vida común con los Descalzos, siguiendo en todo su regla. Por esto no es de extrañar que Santa Teresa tuviera tanta confianza en él.

Descalzos, y aun los deshiciese, no le consintió el rey usar de los poderes. Pasó más adelante la merced que el rey les hizo, que fué pedir él mismo en su nombre, y de los Descalzos, al Papa Gregorio XIII, de gloriosa memoria, con grande instancia y con muchas razones que para ello traía, que Su Santidad sacase á los frailes Descalzos y á las monjas, de la sujeción de los del Paño, para que ellos hiciesen provincia por sí, y solamente estuviesen sujetos al General de toda la Orden. El santo Papa Gregorio, informado bien de la verdad, y doliéndose de las molestias y trabajos grandes que estos siervos de Dios habían pasado, se lo concedió muy liberalmente, aprobando mucho su religión y manera de vivir, y diciendo ser cosa justa, que cada uno tenga superior de su misma profesión. También les dió licencia para fundar cualesquier Monasterios, así de frailes como de monjas. Expidióse esta bula año de 1580, á veinte y dos de junio.

Mas porque no venía cometida á nadie la ejecución de ella, húbose de volver á Roma, y Su Santidad la cometió al Padre Fray Pedro Hernández. Luego el rey le envió el recaudo á Salamanca; pero porque él estaba para morir, se le tornó á enviar á Su Majestad sin abrirle, y hizo el rey volver tercera vez á Roma, señalando dos personas, para que si una faltase, lo hiciese la otra, y vino cometido al Padre Maestro Fray Juan de las Cuevas, Prior que era entonces de San Ginés de Talavera, de la orden de Santo Domingo, y después ha sido Provincial de Castilla, hombre de mucho valer y religión y autoridad.

Este breve se expidió á veinte de noviembre del año de 1580, y por virtud de él los Descalzos, presidiendo el Padre Maestro Fray Juan de las Cuevas, hicieron su primer capítulo en Alcalá el año siguiente de 1581, en el cuarto domingo de Cuaresma, en el cual se dividió la provincia, y fué elegido por Provincial de ella el Padre Maestro Fray Jerónimo Gracián, y desde entonces quedaron las cosas en paz, y todos los Monasterios de las Descalzas sujetos á propio Provincial. El de Avila estuvo sujeto al Obispo como diez y siete años, y al cabo de éstos mudaron á don Alvaro Mendoza de aquel obispado al de Palencia, estando la Madre en Toledo, y dijola nuestro Señor que procurase que las monjas de San José diesen la obediencia á la orden, porque á no hacer esto, presto se relajaría la religión de aquella casa. Ella lo trató con el Doctor Velázquez, con quien entonces se confesaba, que era canónigo de allí, y después fué Obispo de Osmá, y Arzobispo de Santiago, y la aconsejó que lo hiciese, y en Avila lo trató con el Obispo y con sus monjas, y en fin, se hizo lo que quería, y comenzó desde entonces á andar con los demás Monasterios. Después de esto alcanzaron los mismos Padres un breve de nuestro muy santo Padre Sixto V, dado á diez de julio de 1587 años, en que les concede que la provincia, que ya era muy grande, se

divida en más provincias, y para cada una se elija su Provincial, y todas ellas estén sujetas al Vicario general que fuere elegido. Despachóse este breve á ocho de mayo, año de 1588, é hicieronse cinco provincias, que son la de Castilla la Vieja, la de Castilla la Nueva, la de Granada, la de Cataluña, la de Portugal, con sus Provinciales, y por Vicario general fué elegido el Padre Fray Nicolás de Jesús María, que era entonces Provincial.

## CAPÍTULO IX

### De la fundación del décimotercio Monasterio, que fué Santa Ana, en Villanueva de la Xara

Ya, de lo pasado, queda bien entendida la razón, porque en estos cuatro años cesaron las fundaciones, pues entonces aún había peligro de poder quedar en pie las que estaban hechas, y era hartó vivir. El primer Monasterio que después de estas tormentas se fundó, fué el de Villanueva de la Xara, y ése estaba pedido desde el año de 1576, estando la Madre en Toledo, después que vino de Sevilla. Entonces vino á ella un clérigo de parte de aquel lugar, y díjola que allí se habían recogido nueve siervas de Dios algunos años había, en una ermita de Santa Ana, que tenía una casa pequeña allí junto, y vivían con tanto recogimiento y santidad, que convidaba á todo el pueblo á procurar cumplir sus deseos. A la Madre pareció esto cosa que no llevaba camino, por buenas razones que para ello tenía, y una de las principales era, ser muy dificultoso que personas hechas ya á su manera de vivir, se acomodasen á la de la religión, y tenían muy poca casa y casi ninguna hacienda, y aunque el pueblo se obligaba á sustentárlas, no la parecía aquello cosa durable; y fuera de esto, aunque la decían que eran estas mujeres muy buenas, como no las había visto, no sabía si tenían los talentos que ella pretendía tuviesen sus monjas.

Trató el negocio con el Doctor Velázquez, que la confesaba allí en Toledo, como poco ha dijimos, y díjola que las respondiese bien, que cuando tantos corazones juntaba Dios en una casa, era señal que se había de servir en ella. Los del pueblo hacían siempre instancia. Y en esto y en procurar personas que lo acabasen con la Madre, y en dar ella el sí, como andaban las cosas de su orden entonces tan alteradas, se pasó hasta el año de 1580, y siempre la parecía en todo este tiempo desatino admitir aquel Monasterio, y con todo eso cuando les respondía, no podía despedirles.



Hay un Monasterio de frailes Carmelitas Descalzos, que llaman nuestra Señora del Socorro, tres leguas de Villanueva de la Xara, y de él iba el Padre Prior Fray Gabriel de la Asunción á predicar á Villanueva algunas veces con el Padre Fray Antonio de Jesús, que estuvo unos días en el Monasterio mismo, y trataron á estas siervas de Dios, y contentáronse tanto de su santidad, que hicieron gran instancia á la Madre que quisiese fundar allí, y particularmente el Padre Fray Gabriel, que vino desde allí á Malagón, que son como veinte y seis leguas, por persuadirla esto. Tenían estos Padres harta razón de contentarse, porque todo el tiempo que ellas estuvieron en aquella ermita, que fué más de cinco años y medio, dieron gran ejemplo. Pasaban pobreza, pero no querían pedir limosna, sino ganar lo que habían de comer, y de lo que ganaban hacían mensajeros á la Madre, y lo dejaban de comer. Hacían mucha penitencia, y tenían muchos ayunos. Clamaban de día y de noche al Señor que las trajese á la Madre, y las hiciese monjas. Cada una se tenía el vestido con que entró, que hasta ser monjas no querían tomar otro. Los rostros tenían conforme á la penitencia que hacían. Ninguna mandaba, sino estaban con gran hermandad. No había llave para la puerta, sino una aldaba, y á esta ninguna llegaba, sino la más anciana, y dos de las de más edad eran las que negociaban lo que era menester, las demás á nadie hablaban. Dormían muy poco, oraban muchas horas, y los días de fiesta todo el día. La Madre alegaba á este Padre sus razones por donde no convenía admitirlas, y después de mucha importunidad, dijo que ella lo dejaba en la conciencia suya y del Padre Fray Antonio, y que haría lo que ellos, después de haberlo mirado muy bien, juzgasen ser mejor. Y porque vió que este Padre estaba muy aficionado á que se hiciese, y que lo había de persuadir al Prelado que entonces tenían, dado por el Nuncio, que era el Padre Fray Angel de Salazar, de los del Paño, prevínole para que no diese la licencia. Pero aunque la Madre más hizo, las oraciones de aquellas siervas de Dios lo vinieron á acabar. Ella encomendábalo muchas veces al Señor, para que se hiciese lo que era mayor gloria suya; y un día, después de comulgar, haciendo lo mismo, dióla nuestro Señor una muy buena reprensión, diciéndola que los Monasterios que hasta entonces estaban hechos, con qué tesoros se habían hecho, y que no dudase de admitir aquella casa, que sería para gran servicio suyo, y aprovechamiento de las almas.

Con esto se rindió ella, y la pareció que había hecho mal en dejarse llevar de razones humanas, pues tan sobre razón había sido lo que el Señor había hecho por medio suyo. Parecíala que sería necesario ir ella allá, aunque su natural contradecía mucho á ello, porque había venido bien mala hasta Malagón, y lo andaba siempre. Pero porque entendió se servía Dios de ello, dió cuenta al Prelado pidién-

dole ordenase lo que fuese mejor. El la envió licencia para la fundación, y precepto para que fuese ella, y llevase las monjas que le pareciese. Ella lo encomendó mucho al Señor para escoger bien lo que más convenía para estar con aquellas siervas de Dios. Y después de esto sacó de Toledo á la madre Ana de la Madre de Dios para Priora, y de Malagón á Elvira de San Angelo para Superiora, y con ellas quedaron Ana de San Agustín y Constanza de la Cruz. Llevó también consigo entonces, y después nunca la dejó hasta la muerte, á la hermana Ana de San Bartolomé, que era la que tenía cuidado de ella, y la regalaba lo que podía con mucha caridad, como quien deseaba contentar mucho á nuestro Señor, y conocía cuánto en aquello le servía. Vinieron por ellas los Padres Fray Antonio de Jesús y Fray Gabriel de la Asunción, con todo recaudo que les había dado el pueblo, y así partieron de Malagón, sábado antes de Cuaresma, á trece de febrero.

Sentíase la Madre por el camino tan buena, como si nunca hubiera tenido mal ninguno, y espantábase, y consideraba lo mucho que importa no mirar nuestra poca salud, cuando se ofrece cosa en que se ha de servir á nuestro Señor. Yendo por el camino, como aquellos Padres eran tan conocidos en la Mancha, entendían que era la Madre la que venía allí, y en todos los lugares adonde llegaban, acudía tanta gente á verla, que no se podían valer. En uno que se llama Villarrobledo, hospedóla una devota mujer, y cargó allí tanta gente, que fué menester poner dos alguaciles á la puerta para que las dejaran comer, y aun no bastaba esto, porque por las paredes entraban. Después, para poder salir del pueblo, fué menester encarcelar alguna gente, que andaban todos con grande ansia de verla, ya que hablarla no podían.

En otro, cerca de éste, á la entrada, salió gran golpe de gente por verla, y ella procuró que se partiesen tres horas antes de amanecer para librarse de la gente. En saliendo del lugar, se quebró el coche en que iba la Madre, y no se vió, como era de noche, el daño que se había hecho, y anduvieron así tres leguas hasta otro lugar, y cuando allí vieron el coche, todos se espantaron cómo había sido posible caminar con él, y el que lo gobernaba decía que parecía milagro. Era muy grande la devoción que en todos aquellos lugares la tenían, tanto, que en sabiendo en uno de ellos que había de pasar por allí, un labrador de él muy rico, tenía en su casa aparejada gran colación y comida, y juntó á sus hijos y yernos, haciéndoles venir de otros lugares para que la Madre les echase la bendición, y aun su ganado tenía junto para que también le bendijese. La Madre, cuando llegó al lugar, no quiso detenerse ni apearse por más que la importunaron, y así el devoto labrador trajo su gente para que la hablasen, y los bendijese á todos. De aquí fué á nuestra Señora del Socorro, que es el Monasterio de sus frailes, y antes de llegar, la salieron todos ellos á

recibir en procesión, cosa que á la Madre puso mucha devoción y la enterneció, porque decía se la habían representado aquellos primeros ermitaños de su orden. Todos llegaron de rodillas á pedirla la bendición, y después la llevaron en procesión á la iglesia. Y entraron en ella diciendo: *Te Deum laudamus*.

Está este Monasterio en un desierto, y edificóle doña Catalina de Cardona, mujer de gran santidad, y de extraña é increíble penitencia y aspereza, de donde vino que á los Descalzos llaman en la Mancha en muchas partes los frailes de la buena mujer. La entrada de la iglesia era por debajo de tierra, que era la cueva donde esta santa había vivido mucho tiempo; y viniéndola devoción de hacer un Monasterio, y no sabiendo de qué orden, mostróla nuestro Señor una capa blanca, y entendió que fuese de Descalzos Carmelitas, aunque no sabía ella que los hubiese en el mundo. Después, sabiendo que había un Monasterio de ellos en Pastrana, fué allá para juntar alguno para el que ella quería hacer, y en el mismo de Pastrana tomó el hábito de nuestra Señora, aunque no con intención de ser monja, y murió el año de 1577.

Mientras aquí estuvo la Madre, acudía gran gente de aquellos lugares comarcanos por verla. Y un día, acabando de comulgar en aquella iglesia, fué arrebatada en espíritu, y vió á esta santa como cuerpo glorificado, y algunos ángeles con ella, y decíala que no se cansase, sino que procurase ir adelante en estas fundaciones, y entendió que ella la ayudaba delante del Señor.

De aquí se partió después de esto, y llegó á Villanueva de la Xara, primer domingo de Cuaresma, que fué á 21 de febrero, año de 1580, antes de misa mayor. Buen rato antes que llegase, repicaron las campanas, y salieron muchos niños con gran devoción á recibirla; y en llegando al carro donde ella iba, se arrodillaron, y quitadas sus caperuzas, iban delante hasta que llegaron á la iglesia. Salió también todo el ayuntamiento y el cura y otras personas honradas á recibirla, y apeáronse á la iglesia, que era lejos de la otra de Santa Ana. Todo el pueblo estaba en gran manera regocijado, y entrando en la iglesia comenzaron los clérigos á cantar el *Te Deum laudamus* en canto de órgano. Después de acabado, tomaron el Santísimo Sacramento, que le tenían puesto en unas andas, y á nuestra Señora, que estaba en otras, y las cruces y pendones para ir en procesión hasta la ermita de Santa Ana, donde había de ser el Monasterio. En medio de ella, cerca del Santísimo Sacramento, iba la Madre con sus monjas, y todas con sus capas blancas y los velos delante del rostro. Y allí junto sus frailes Descalzos, que habían venido hartos, por estar cerca su Monasterio. En el camino había altares, y deteníanse en ellos cantando algunas letras buenas en loor de la orden de nuestra Señora del Carmen. En llegando, pusieron con gran solemnidad el Santísimo Sacra-

mento, y tomaron la posesión del Monasterio, quedándose con el nombre de Santa Ana, que antes tenía. Hallaron á las siervas de Dios á la puerta de adentro, que las estaban esperando, las recibieron con muchas lágrimas de alegría, y dióseles el hábito (1). La Madre y sus compañeras, después que las vieron y comenzaron á tratar, halláronlas tan santas y tan blandas para la obediencia, que recibieron grandísimo consuelo, y se hallaron muy bien con ellas, y mientras más las trataban, más contento las daba haber venido. Decía la Madre, que por grandes trabajos que para ello se hubieran de pasar, no quisiera dejar de haber consolado á estas almas, y que por muy mayor tesoro tenía estar en aquella casa tales almas, que si tuviera muy gran renta. Luego procuró de acomodar la casa y ponerla en forma de Monasterio, y habiéndose un día quedado con un oficial que hacía un torno para un pozo que había bien grande, cayósele de la mano al oficial, y dió sobre la Madre con tanta fuerza, que la derribó en el suelo. El hombre quedó turbado, y no se atrevió á levantarla, y ella se levantó con un ánimo, como si no hubiera habido nada. Mas fué el golpe tan grande, que decían haber sido milagro no la haber muerto. Era víspera del glorioso San José, de donde todas creyeron que por su intercesión la había nuestro Señor guardado.

---

(1) A propósito de estas humildes y sencillas siervas de Dios se escapó á la pluma de Santa Teresa una frase agudísima y verdaderamente epigramática: «El más tiempo, dice, rezaban el oficio divino, y como apenas sabían leer, que sola una lee bien, estábanse muchas horas... Dios tomaría su intención y trabajo, que pocas verdades debían decir.» *Fundaciones*, cap. XXVIII.

## CAPÍTULO X

### De la fundación del décimocuarto Monasterio, que fué San José de Nuestra Señora de la Calle, en Palencia

De Villanueva se vino á Toledo (1), y de allí, por orden de su Prelado, á Valladolid, porque lo había pedido don Alvaro de Mendoza, Obispo que era ya de Palencia, y deseaba que se hiciese un Monasterio en la cabeza de su obispado. Allí la dió una enfermedad tan grande, que no pensó escapara. Estando mejor, la importunaba la Priora de allí, que era la Madre María Bautista, que fundase en Palencia; pero no lo podía acabar consigo la Madre, porque el Monasterio había de ser de pobreza, y parecíala que el lugar era pobre, y no á propósito. Tratábase entonces juntamente de esta fundación y de la de Burgos, y ni para la una ni para la otra sentía gana, ni aquella confianza que solía sentir, porque el demonio procuraba lo que podía estorbarlas. Algunas personas la ponían esperanza, otras la ayudaban á temer.

Acertó en esta sazón á llegar allí el Padre Maestro Jerónimo de Ripalda, de la Compañía de Jesús, con quien ella se había confesado

(1) Llegó á Toledo al principio de la Semana Santa, y el jueves de la misma semana se sintió tan reciamente atacada de parálisis, acompañada de mal de corazón que la tuvo postrada más de un mes. Durante su convalecencia fué á visitar, en compañía del Padre Gracián, al Arzobispo Quiroga, Inquisidor General, y supo de sus labios cómo había sido delatado á la Inquisición el libro de su Vida que ella había escrito, pero que estuviera tranquila, porque nada se había hallado en él digno de reprensión.

Sin hallarse aún completamente restablecida, partióse de Toledo el 25 ó 26 de Junio, y al llegar á Medina del Campo obró un notable prodigio. Ana de la Trinidad tenía el rostro sumamente hinchado de una violenta erisipela, acompañada de calentura continua, que hasta entonces se había mostrado rebelde á todas las prescripciones facultativas. Viéndola la Madre tan desfigurada, como si la hiciera una caricia, pasóle la mano por el rostro y le dijo: *Jesús, hija, ¿qué es esto? Fie en Dios que El la curará.* Apenas hubo pronunciado estas palabras, sintióse la enferma repentinamente sana, sin que jamás en adelante se le reprodujera el mal.

estando en Salamanca, y dióle cuenta de la disposición que en sí sentía y díjole que le quería tomar en lugar de Dios, y que la dijese lo que la convenía hacer. El la respondió que en ninguna manera dejase la de Palencia, que era de la que había sido preguntado, y la animó mucho. Lo mismo la había dicho en Toledo el Padre Baltasar Alvarez, su antiguo confesor y padre, que entonces era Provincial de la provincia de Toledo. Mucho la movió esto, pero ni ello, ni la priesa que la daba la Madre María Bautista, bastó para que del todo se determinase. Quiso el Señor que se viese más claramente ser El el que lo guiaba todo, y así, acabando un día de comulgar, pedía luz á Nuestro Señor para que en aquel negocio acertase á hacer su voluntad, y el Señor, como respondiéndola, dijo: «¿Qué temes? ¿Cuándo te he yo faltado? El mismo que he sido, soy ahora: no dejes de hacer estas fundaciones.»

Con esto quedó tan determinada y animada, que nadie bastara á quitarla de aquel propósito; y aunque la decían que Palencia era lugar pobre y que no podría vivir de limosna, no hacía caso de ello; porque confiaba en el poder de aquel que la había mandado fundar. Y aunque no había convallecido bien de su enfermedad, se partió de Valladolid el día de los Inocentes, de 1580 años. Y porque un caballero la daba hasta San Juan una casa que él tenía alquilada, porque él se iba de allí, escribió antes de esto que se la desembarazasen. Lo cual hizo con mucho secreto el canónigo Reinoso, á quien ella había escrito sin conocerle más de que la habían dicho que era siervo de Dios. Y no solamente hizo esto, sino también las tenía camas y algunos regalos (que fueron bien menester, porque habían tenido trabajoso camino), y lo que era necesario en la iglesia para que se dijese misa otro día. Y así se dijo, y se tomó la posesión al día siguiente después de los Inocentes, en que ellas rezaban del Santo rey David (1), y gustó mucho de ello la Madre, porque era devota de este santo. Llamóse el Monasterio de San José. Luego á la mañana lo avisó al Obispo don Alvaro de Mendoza, y él vino allí, y con grande alegría las ofreció que las daría el pan que hubiesen menester, y por entonces las proveyó de muchas cosas. Toda la ciudad se holgó también mucho, y contentó tanto á la Madre la gente y el trato de ella, que cada día se hallaba más contenta de haber fundado allí.

Después de haber tomado la posesión, el cuidado de la Madre era tener casa propia, y así luego la comenzó á buscar por medio del canónigo Reinoso y el canónigo Salinas, su amigo, que lo hacían con

(1) Santa Teresa dice: «Por ser el rezado del Rey David.» *Fundaciones*, cap. XXIX. Con todo la *Reforma de los Descalzos*, lib. V, cap. VII, n.º 6, dice así: El día siguiente 29 de Diciembre, en que se celebra la fiesta de Santo Tomás Cantuariense, y el Martirologio hace memoria del Santo Rey David, de quien era muy devota, se puso el Santísimo Sacramento, etc.



mucha caridad y diligencia. Hay en aquella ciudad una iglesia que llaman de Nuestra Señora de la Calle, de gran devoción en ella y en toda la comarca, que acude allí muchas veces. Pareció al Obispo que estarían allí bien, porque aunque la iglesia no tenía casa, había dos allí junto que podían bastar, si se juntasen. La iglesia había de darla el Cabildo y unos cofrades, y la dieron; pero los dueños de las casas pedían mucho por ellas, y eran tales que á la Madre y á los canónigos descontentaron mucho, y determinaron de dejarlas. Trataron de otra que les pareció muy mejor, y determinaron de escribir al dueño, que estaba en un lugar cerca, y darle lo que pidiese por ella.

Otro día, estando la Madre oyendo misa, vínola pensamiento si hacía bien en dejar las casas primeras, é inquietábala de manera que casi no la dejaba estar atenta á la misa. Fué á recibir el Santísimo Sacramento, y en tomándole entendió esta palabra: «Esta te conviene»; y decíalo por la iglesia de Nuestra Señora, y la casa ó casas que estaban allí junto. Parecióla que era cosa recia desconcertar lo que los canónigos, á quien ella tanto debía, tenían concertado, y díjola Nuestro Señor: «No entienden ellos lo mucho que soy ofendido allí, y esto será gran remedio.» Decía esto el Señor porque se juntaba mucha gente, y velaban allí algunas noches, y se hacían grandes pecados. Pasóla por el pensamiento si era aquella habla de Dios, aunque en los efectos que en ella había hecho bien conocía que sí. Díjola luego el mismo Señor: «Yo soy.» Con esto quedó muy sosegada, pero confusa, por otra parte, por no saber cómo aquello se deshiciese, sin disgustar á los canónigos, y por haber ella misma dicho antes mucho mal de ella: tomó este medio.

Confesábase con el canónigo Reinoso, y acordó de decirle en la confesión lo que pasaba, y él tuvo por bien se hiciese aquello. Y tomó otro muy bueno Nuestro Señor para desconcertar lo que estaba concertado, y fué que el mensajero que enviaron al dueño de la casa para concluir la compra, dándole lo que él había pedido, vino con respuesta que no la daría si no le daban trescientos ducados más, con ser demasiado lo que había pedido y le daban, y así se deshizo el concierto. Luego se compraron las casas que estaban cabe la ermita de Nuestra Señora de la Calle, en muy buen precio, y los dos canónigos dieron dineros para que se acomodasen, y en ellos principalmente, y generalmente en todos los de aquella ciudad, halló la Madre tanta caridad que estaba espantada, y no acababa de encarecer lo que la parecía no cosa de estos tiempos, sino de la primitiva Iglesia. La imagen de la Virgen Santísima estaba mal puesta, y el Obispo la hizo capilla por sí, y poco á poco se iba poniendo en orden. Acabada de aderezar la casa, quiso el Obispo que se pasasen las monjas con mucha solemnidad, y vino él para eso de Valladolid, y un día de la octava del Santísimo Sacramento se juntaron el Cabildo y las

órdenes y la ciudad, y con mucha música fué la Madre con sus monjas, y con este acompañamiento, en procesión, con sus capas blancas y los velos delante del rostro, á una parroquia que estaba cerca de Nuestra Señora, y allí trajeron la misma imagen de la Virgen, y llevaron de allí el Santísimo Sacramento, y púsose con gran solemnidad y alegría y devoción de todos; y porque antes se llamaba el Monasterio de San José, y la iglesia que tomaron tenía su nombre de Nuestra Señora de la Calle, llamóse San José de Nuestra Señora de la Calle (1).

Trajo la Madre para esta fundación á la Madre Inés de Jesús, y á Catalina del Espíritu Santo, y á María de San Bernardo, y á Juana de San Francisco. Y envió á Salamanca por la Madre Isabel de Jesús, á quien hizo Priora, y ahora lo es de Salamanca, y á la Madre Beatriz de Jesús para Superiora, que ahora es Priora de Soria. Estando aquí se hizo la división de Descalzos y Calzados, y fué elegido por Provincial de los Descalzos el Padre Maestro Fray Jerónimo Gracián, como ya queda dicho. Fué una de las cosas que mayor alegría podían dar en esta vida á la Santa Madre, y la que más deseaba, porque entendía ser de grande importancia para el servicio de Nuestro Señor, y bien y quietud de su orden.

Estando una vez la Madre en este Monasterio una noche escribiendo, estaba tan embebida, que entró una hermana y se sentó cerca de ella, sin que ella lo echase de ver, y estábala mirando esta hermana, y veía que algunas veces dejaba la pluma y daba unos suspiros muy profundos, y que la salían del rostro unos rayos como de sol, con un resplandor que la atemorizaba mirarla.

(1) Diez años más tarde, en 1591, no satisfechas las religiosas con el angosto, aunque céntrico local, se trasladaron, por consejo del canónigo Reinoso, á otro más retirado, ventilado y espacioso, donde todavía subsisten. «Cuando las Carmelitas Descalzas, dice La Fuente, descontentas del local elegido por Santa Teresa, y de la bulliciosa concurrencia á la iglesia de Nuestra Señora de la Calle, se mudaron de allí al sitio donde está su actual convento, los Padres de la Compañía de Jesús (que habían fundado el colegio de Palencia en 1559), se vinieron á éste, como más adecuado á su carácter y fines de su Instituto; pues lo que no convenía á la eremítica soledad de las descalzas, era muy oportuno para la actividad laboriosa de la Compañía. Esta, con limosnas de opulentos protectores, convirtió en espaciosa y adornada iglesia, la pobre y primitiva capilla de Nuestra Señora, teatro en otro tiempo de poco devotas vigiliás, santificada por Santa Teresa, y local de mucho y fervoroso culto desde que la adquirieron, ampliaron y embellecieron los Padres de la Compañía. Al tiempo de su expulsión fué cedido su colegio para Seminario Conciliar, que en nuestros días ha sido ampliado y decorado. La iglesia de Nuestra Señora sigue con mucho culto y agregada al Seminario, tiene una buena fachada y excelentes proporciones en lo interior.» *Manual del peregrino*, cap. IX; *Cfr. Reforma de los Descalzos*, lib. V, cap. VII; *Astrain. Hist. de la Compañía*, t. II, lib. I, cap. III, pp. 51-53.

## CAPÍTULO XI

### De la fundación del décimoquinto Monasterio, que fué la Trinidad, en Soria

Antes que saliese de Palencia, recibió una carta del Doctor Velázquez, Obispo que era entonces de Osma, y después fué Arzobispo de Santiago, á quien la Madre había tratado mucho en Toledo siendo él canónigo de allí, y se había confesado con él muchas veces (como habemos dicho), y dándole cuenta de sus cosas, y habíala hecho harto provecho. En la carta la rogaba fuese á fundar á Soria, donde él entonces estaba, que es de su obispado, porque una señora tenía devoción de hacer un Monasterio de Descalzas, y él la había prometido acabaría con la Madre que viniese allí; rogábala que lo hiciese así.

La que quería fundar este Monasterio era una señora viuda, que se llamaba doña Beatriz de Viamonte (1), y porque tenía mucha hacienda y no la quedaron hijos, dióla devoción de hacer un Monasterio de monjas, y comunicólo con el Obispo. El le dió noticia de los que fundaba la Madre Teresa de Jesús, y á instancia suya la escribió la carta dicha. Dió para esta fundación una casa buena y fuerte y en buen sitio, con todo lo que fué menester para fundar, y quinientos ducados en renta, en juros de á veinte mil el millar. Y el Obispo las dió una iglesia buena, que estaba junto á la casa. A la Madre pareció bien esto, y al Padre Provincial, que se halló entonces en Palencia, y gustó ella particularmente por dar contento al Obispo, y por verle y comunicar con él cosas de su alma.

Con esto envió el Obispo por ellas, y la Madre llevó siete monjas, que así lo pedía la fundadora: la madre Catalina de Cristo, que quedó por Priora (2), y Beatriz de Jesús, Superiora, María de Cristo, Ana

(1) «Llámase esta señora fundadora doña Beatriz de Beamonte y Navarra, porque viene de los reyes de Navarra, hija de Don Francés de Beamonte, de claro linaje y muy principal... Es una persona de blanda condición, generosa, penitente, en fin muy sierva de Dios.» *Fundaciones*, cap. XXX.

(2) Mujer santa y de heroicas virtudes, dice Yepes, las cuales en vida fueron bien conocidas en toda su Orden, y después de muerta las declara más Dios nuestro Señor con muchos milagros y con la incorrupción del cuerpo de esta venerable virgen.

Bautista, María de Jesús, María de San José, Catalina del Espíritu Santo, y una freila, que era María Bautista, sierva de Dios, que ahora, poco ha, murió en Pamplona. A esta hermana conocía yo bien, porque era natural de Villacastín (1), y la traté desde su primera conversión, y fué siempre religiosa y humilde y recogida, y antes y después de religiosa de muy buen ejemplo. Con la Madre iba su fiel compañera Ana de San Bartolomé (2), de quien ya he dicho, y pudiera decir mucho; pero déjolo, porque nunca quiero decir sino poco de las vivas. Fué también con ella el Padre Vicario general, que es, cuando esto escribo, Fray Nicolás de Jesús María, hombre de gran espíritu y discreción, y de gran provecho para su orden, no sólo después que tiene el oficio que digo, sino también antes. Y en el tiempo de los trabajos la ayudó mucho con su discreción, y así la Madre le amaba mucho, y le tenía en gran estima.

En este camino se pasó poco trabajo, porque el Obispo envió un alguacil que tuviese cuidado de hacer la costa y procurar buenas posadas. Contento tuvo mucho la Madre por lo que oía decir de la santidad del Obispo donde quiera que llegaba. Llegaron á Soria un día á las cinco de la tarde, y pasaron por casa del Obispo, que estaba puesto á una ventana, y desde allí las echó la bendición, de que la Madre se consoló mucho por ser de Prelado, y santo. Doña Beatriz de Viamonte las estaba esperando con mucho deseo á la puerta de su casa, donde había de ser Monasterio, y no vieron la hora de entrar, porque era mucha la gente que allí estaba para verlas. Tenía la casa bien proveída de todo lo necesario, y una sala muy bien aderezada para que sirviese de iglesia, entretanto que se hacía pasadizo para la que las daba el Obispo. Luego el día siguiente, que fué día del santo Profeta Eliseo, á catorce de junio de 1581 años, se dijo la primera misa y se tomó la posesión; fué la vocación de la Santísima Trinidad. En la iglesia que les dió el Obispo se puso el Santísimo Sacramento el día de la Transfiguración, del mismo año, con mucha solemnidad,

(1) Pueblo natal del Padre Ribera.

(2) Servía de Secretaria á la Santa Fundadora. Declara esta religiosa en el proceso compulsorial de Avila para la beatificación y canonización de Santa Teresa (§ XVIII), que hallándose la Santa Madre cierto día en Salamanca, muy apurada al ver que le era imposible contestar á una multitud de cartas que había recibido y que exigían pronta respuesta, le dijo: Si supiera escribir, podría ayudarme á contestar estas cartas. A lo que contestó ella: Déme V. R. recado con que escribir y aprenderé. Dióla entonces la Madre una carta de cierta religiosa que tenía muy buena letra, diciéndola que se ejercitara con aquel modelo.— Mejor sería, replicó la buena religiosa, que me diera V. R. unos renglones suyos: porque le parecía que con esto aprendería más fácilmente, y además tendría igual carácter de letra que ella. La Santa Madre escribió entonces dos cartas de su propia mano y se las entregó. Teniéndolas á la vista, escribió al punto, y sin que hubiera precedido ejercicio alguno, una carta á las Religiosas de San José de Avila, y en adelante continuó escribiendo y ayudando á la Santa Fundadora, siendo su secretaria y amanuense. Hay que advertir que antes con suma dificultad podía descifrar un manuscrito.

y porque el Obispo se había ya ido, predicó el Padre Francisco de la Carrera, de la Compañía de Jesús.

Después de haberse tomado la posesión, y antes que se pusiese el Santísimo Sacramento en la iglesia que las dió el Obispo, pasé yo por allí, viniendo de Roma, y visité con mucho consuelo mío á la santa Madre (1), á quien también había visitado el año antes en Valladolid, partiéndome para allá, y estando ella allí para ir á la fundación de Palencia. Pero de esta visita de Soria me acuerdo más por ser la postrera, que no la vi más después, y por la lástima que me quedó de cuatro días que estuve allí, sin saberlo hasta el postrero, y en ellos pudiera aprovecharme y consolarme mucho, con su santa conversación.

Acabado todo esto, fué menester que la Madre se partiese á Avila, y así lo hizo, llevando consigo á la hermana Ana de San Bartolomé, y pasó en este camino mucho trabajo, porque el camino era malo, y más para carro, y quien la guiaba no sabía el de los carros, y habían menester algunas veces apearse, y llevar el carro casi en peso por unos despeñaderos, y otras veces hubo harto peligro de trastornarse, y fuera de eso los calores eran muy grandes. Llegó á Segovia, víspera de San Bartolomé, donde fué bien recibida de sus hijas, que estaban con pena porque se tardaba, y después de haber descansado allí ocho días ó poco más, se partió para Avila (2).

(1) Había ido el P. Ribera á la ciudad eterna para tomar parte en la cuarta Congregación General de la Compañía, en la cual fué elegido Prepósito General de la misma el P. Claudio Aquaviva.

(2) Saldría la Santa Madre de Soria el 16 de Agosto llegando al anochecer del día siguiente á Burgo de Osma, á donde le esperaba el P. Yepes. Oigamos con qué ingenuidad refiere él mismo, la entrevista que con ella tuvo:

«En este tiempo que la Santa estaba en Soria, acabando yo de ser Prior de Zamora, enviáronme mis prelados á morar á la Rioja, y pasando por Osma, supe del Obispo (que ya había vuelto de Soria, que era muy grande amigo y conocido mío) que la Madre estaba haciendo una fundación en aquella ciudad; y que había de venir presto allí. Fué para mí una nueva de grande alegría y contento. Llegó aquel día á las ocho de la noche: yo la fui á recibir á la puerta, y al bajar del carro saludéla, y preguntándome que quién era (porque como tenía el rostro cubierto con el velo y era de noche, aún no me había conocido), y diciéndole yo que fray Diego de Yepes, ella calló, y yo me encogí, temiendo si me tenía olvidado, ó no le era agradable mi presencia.

Estando después á solas con ella, le pregunté qué había significado aquel silencio cuando le dije quien era, que me había dado mucha pena y admiración juntamente. Ella me respondió: Turbéme un poco, porque se me representaron dos cosas, que, ó debéis de ir penitenciado de vuestra orden, ó que quiere nuestro Señor pagarme el trabajo de esta fundación con toparos aquí. Yo me consolé con este favor, y le dije que lo primero era verdad, mas que lo segundo no quería Dios que lo fuese. Dijo el tiempo que me había de durar la penitencia, y disimuladamente me reprendió, diciéndome que me corriese cuando se me acabara, que bien mostraba no estar bien determinado á padecer, pues hacía caso de tan pocas cosas. Y así se cumplió, como ella se lo dijo á Ana de San Bartolomé su compañera, señalándola el tiempo que me había de durar mi trabajo.» *Vida de Santa Teresa*, lib. II cap. XXXIII.

## CAPÍTULO XII

### **De cómo la Madre Teresa de Jesús fué elegida en Avila por Priora, y desde allí envió á fundar el Monasterio décimosexto, que fué el de Granada**

Llegó la Madre á San José de Avila, á principio de septiembre del mismo año de 1581, y como deseaban sus hijas tanto tenerla allí, trataron de elegirla por Priora; y la madre María de Cristo, que entonces lo era, acabó con el Padre Provincial que la absolviese del oficio para esto, y fué elegida la santa Madre. Fué esto en un tiempo que padecía aquella casa gravísima necesidad en lo temporal, pero eligióse en ella tan buena Priora, que desde el día de la elección hasta hoy nunca le ha faltado lo necesario, y ha pasado tan adelante que, con estar con hartas deudas entonces, no sólo se han pagado después acá, sino aun la misma casa tiene ya con que poder pasar sin aquel aprieto, en que hasta entonces estuvo. Y si en lo temporal hubo mejoría, la hubo mayor en lo espiritual, con tener delante de los ojos aquel perfecto dechado de todas virtudes, que Dios las había dado.

No habrían estado allí más que dos meses y medio, cuando llegó al mismo Monasterio el Padre Fray Juan de la Cruz, uno de los dos frailes Descalzos primeros, y traía cabalgaduras y recaudo para llevar á la Madre á que fundase en Granada, porque les parecía allí que por ser aquella la primera fundación que se hacía en aquel reino, era necesaria su presencia. La Madre vió que no podía ir, porque estaba ya tratado que fuese á otra de Burgos, que diremos en el capítulo siguiente, y por eso escogió dos monjas, cuales convenia que fuesen para semejante jornada. La una fué la madre María de Cristo, que había dejado de ser Priora allí para que lo fuese la Madre, y lo es ahora de Málaga, y la otra la madre Antonia del Espíritu Santo. Partiéronse, víspera de San Andrés, y estuvieron en casa de doña Ana de Peñalosa, á cuya petición se fundó el Monasterio, y ella ayudó mucho, y todo el tiempo que fué menester las sustentó. Pero luego



entraron monjas que, con las partes muy buenas que tenían, trajeron también hacienda, con que pudieron muy bien pasar. En este tiempo las era contraria una persona de calidad (1), y siendo invierno, sin tiempo, cayó un rayo en su casa que le hizo temer de tal manera,

(1) Esta persona de calidad era el Señor Arzobispo de Granada. El P. Yepes narra más á la larga todo este episodio. Dice así: «Salieron las monjas de Veas con grande contento y prisa para su fundación, y á la primera jornada llegaron á un lugar llamado Daifuentes, y estando tratando la madre Ana de Jesús con el padre fray Juan de la Cruz (varón verdaderamente santo) qué medio tendrían para que el Arzobispo quisiese admitir aquel monasterio, dábales cuidado á los dos el suceso, pero no perdían la esperanza de que el Señor (en cuya mano están los corazones de los hombres) había de inclinar el suyo á una causa tan piadosa y tan justa. ¡Oh gran bondad del Señor, y qué maravillosos son sus trazas y los medios que escoge para los fines que pretende! Aquella misma noche que estaban las monjas en Daifuentes, con temor de si el Arzobispo las había de admitir en su tierra, oyeron un trueno tan espantoso y terrible que, como después se supo, despidió de sí un rayo que cayó en Granada en la propia casa del Arzobispo, cerca de donde dormía. Hizo mucho estrago en su palacio, porque le quemó parte de su librería y mató algunas bestias de su caballeriza, y le atemorizó tanto que con la turbación cayó enfermo, y con el temor se ablandó para dar luego la licencia que antes con tantos ruegos no se había alcanzado. Las múnjas prosiguieron su camino, ignorantes del suceso, y antes de llegar á Granada supieron cómo el dueño de la casa que habían concertado se había salido fuera del concierto, porque como entendió que era monasterio, aunque hubo muchos favores y le ofrecían grandes fianzas, jamás quiso consentir en que allí se fundase convento. Llegaron las religiosas á Granada día de San Sebastián á las tres de la mañana, año de mil quinientos ochenta y dos, y fuéronse á aparear en casa del oidor don Luis de Mercado, y él les señaló un cuarto de ella más acomodado, para estar con recogimiento: fueron muy bien recibidas de doña Ana de Peñalosa su hermana, señora viuda muy principal y virtuosa, que les ayudó mucho en aquella fundación.

Luego que amaneció envió la madre Ana de Jesús á suplicar al Arzobispo les viniese á dar su bendición, y á decir la primera-misa, porque no la oirían hasta que, ó su señoría se la viniese á decir, ó les ordenase lo que habían de hacer. El Arzobispo viniera, según estaba ya de trocado y gustoso con el nuevo monasterio, y así lo envió á decir; pero por estar todavía en la cama del asombro que le había causado el rayo, envió en su lugar al provisor para que dijese la primera misa y pusiese el Santísimo Sacramento, y él lo hizo como el Arzobispo se lo mandó. Acudió mucha gente de toda la ciudad, todos muy gozosos de ver una religión tan santa en su tierra, y aunque la devoción de la ciudad y el gusto que mostraban de que hubiesen venido á ella monjas descalzas, era muy grande, ellas padecían gran necesidad y pobreza; porque, como estaban en una casa tan principal y tan rica, todos se descuidaban, pareciéndoles sobrarían sus limosnas, estando en parte donde se hacían tantas á pobres; y era la causa que aquella señora pensaba que las monjas eran proveídas de las limosnas del pueblo, y así era limitada la que les hacía, y mucho lo que ellas padecían por esta causa. De suerte que era necesario que los Padres Descalzos partiesen con ellas de la pobreza que tenían y comida que Dios les daba.

Con el ejemplo y encerramiento del nuevo monasterio se movieron muchas doncellas de la ciudad á pedir el hábito, y entre muchas apenas se hallaba quien tuviese talento y partes para profesión tan estrecha y perfecta, y así las iba despidiendo buenamente la madre Priora, con ocasión que no tenían casa ni comodidad. Andaban con mucho cuidado buscando alguna donde se pudiesen pasar: hallaron una, alquilada, donde se mudaron al cabo de siete meses que habían estado en casa de aquella señora. Luego comenzaron á dar el hábito á algunas novicias, y recibieron de una vez seis doncellas de las más nobles y principales de aquella ciudad, las cuales, por orden de sus confesores y sin licencia de sus padres, movidas de nuestro Señor, hollaron el mundo, poniendo debajo de los pies los deleites

que de allí adelante no las contradijo más, sino antes las hacía limosna. De este Monasterio no hizo mención la Madre en el libro de las fundaciones, porque aún no estaba acabado de fundar cuando ella murió, ni tenía casa propia.

Quedó allí por Priora la madre Ana de Jesús, que lo es ahora de Madrid, y por Superiora María de Cristo.

y gloria que él estima; y á todas juntas les dieron el hábito con mucha solemnidad y harta turbación de sus deudos, y admiración de toda la ciudad, que les parecía cosa recia que personas tan delicadas hubiesen de emprender vida tan áspera y penitente. Pasados algunos días, con los dotes de estas personas y de otras que se fueron recibiendo, compraron una casa del duque de Sesa que estaba en un muy buen sitio de la ciudad, y aunque hubo muchas dificultades, por ser de mayorazgo, pero todas las allanó nuestro Señor, hasta que se vino á efectuar la venta, y con esto quedaron las religiosas muy bien acomodadas en lo temporal y mucho más en lo espiritual; porque, desde el principio de aquella fundación, hubo en aquella casa mucho espíritu de oración, mucho recogimiento y religión. *Vida*, lib. II, cap. XXXIV.

### CAPÍTULO XIII

#### **De la fundación del décimoséptimo y postrero Monasterio, que fué San José de Santa Ana, de Burgos**

Como llegaba ya el tiempo en que la santa Madre había de pasar á mejor y más dichosa vida, donde sin fin descansase, no la dejaba el Señor descansar en ésta, para que llegase á merecer la corona tan grande que la tenía aparejada en la otra, y por eso ordenó que fuese á la fundación de Burgos, donde, padeciendo mucho y con mucha paciencia, se apurase más aquel oro finísimo de su caridad, y se acabase de disponer aquella alma santa enteramente para la gloria que la esperaba. Así, estando ella en Valladolid muy desganada, la reprendió el Señor, y la mandó fundase en Palencia y en Burgos, como queda dicho en el capítulo décimo de este libro. Y advertía esto la Madre, que cuando eran fundaciones que había de padecer más, siempre la prevenía nuestro Señor, animándola con palabras y con obras, y en las otras no.

Más había de seis años que algunos Padres graves de la Compañía de Jesús la habían escrito, que sería mucho servicio de nuestro Señor haber en aquella ciudad un Monasterio de los suyos, y deseábalo, pero no se determinó enteramente hasta que el Señor se lo mandó, como habemos dicho. Después de eso lo dilató por la fundación de Palencia y Soria, hasta este tiempo adonde ahora llegamos.

Estando, pues, ella en Valladolid, antes de ir á fundar á Palencia, pasó por allí, aunque no entró en la villa, don Cristóbal Vela, Obispo que había sido de Canarias, y ya era Arzobispo de Burgos, y la Madre rogó al Obispo de Palencia que le pidiese licencia para la fundación. El Arzobispo, como tan siervo de Dios y amigo de ayudar á lo que toca á su servicio, dijo que la daría de muy buena gana. Lo mismo envió á decir otra vez desde Burgos al Obispo de Palencia, y que la Madre procurase haber licencia de la ciudad, porque, ó había de ser el Monasterio de renta, ó había de haber licencia de la ciudad,

y con esto fué ella allá. Esto escribió el Arzobispo estando la Madre en la fundación de Soria, por donde ya entendió habría más dificultad en la licencia; pero antes de ir á Soria, con las esperanzas que el Arzobispo daba, túvola por cierta, y trató allí en Palencia con Catalina de Tolosa, que la buscase en Burgos una casa alquilada para tomar la posesión, y pusiese en ella rejas y torno, á su cuenta.

Era Catalina de Tolosa mujer noble, viuda, y muy sierva de Dios, y de mucha caridad con los pobres, y persona de mucho ser, tan devota de esta orden de las Descalzas, que había metido dos hijas en el Monasterio de Valladolid, y en fundándose el de Palencia, metió allí otras dos antes que de allí partiese la Madre, y tomó aquel negocio tan bien, que la pesó mucho no se hiciese luego. Después, estando en Avila la Madre, y no con prisa de ir á Burgos, Catalina de Tolosa, sin decirle nada, procuró la licencia de la ciudad, obligándose á dar casa si las faltase, y á darlas de comer, y alcanzóla con esto, y llevósela al Arzobispo.

Entretanto que esto se hacía, un día, que era la octava de San Martín, la Madre estaba pensando qué haría si alcanzaba la licencia de la ciudad, porque Catalina de Tolosa la había escrito que la procuraba, y parecía que ir en invierno con tantos fríos, tan contrarios á ella, á tierra tan fría, no era razón, y pensaba enviaría á la Priora de Palencia. Díjola entonces el Señor: «No hagas caso de los fríos, que yo soy el verdadero calor. El demonio pone todas sus fuerzas por impedir aquella fundación: ponlas tú de mi parte para que se haga, y no dejes de ir en persona, que se hará gran provecho.»

Con estas palabras entendió que ya estaba dada la licencia, y se determinó de ir, y por esta razón no pudo ir á la de Granada. Bien se vió ser de Dios estas palabras, porque si ella no fuera á Burgos, fuera imposible hacerse cosa, como después veremos; y el frío de aquella tierra, con ser tan grande, la dió tan poca pena, que decía después que había sentido tan poco como el invierno que estuvo en Toledo. Poco después de esto recibió la Madre cartas de Catalina de Tolosa, y de una señora vecina suya, en que la decían cómo estaba alcanzada la licencia, y que convenía mucho viniese á gran prisa, porque habían venido allí entonces á fundar los Padres Mínimos, y los Padres Descalzos del Carmen lo andaban también procurando, y aun poco después vinieron los Basílios. Con esto se dió más prisa la Madre, y partióse de Avila otro día después de año nuevo del año de 1582: llevó consigo á su compañera Ana de San Bartolomé, y á dos monjas que hizo venir de Alba; después tomó más, de manera que cuando salió de Palencia eran ocho con ella, cuatro con una freila que quedasen en Burgos, y dos que volviesen con ella y su compañera, y fueron la Madre Tomasina Bautista, Catalina de Jesús, Inés de la Cruz, que ahora es Priora de Huete, Catalina de la Asunción y Ma-

ría Bautista; la freila era Catalina de Jesús, é iba también el Padre Gracián, Provincial, con otros dos Padres.

Desde el primer día comenzó el trabajo de esta fundación, porque fué la mayor parte de él de agua y nieve; de donde la comenzó á venir perlesía, que es un mal que algunas veces la apretaba, y llegaron á Medina con harto trabajo (1). Allí estuvo tres días, y pasó á Valladolid, donde el mal la vino tan recio, que dijeron los médicos que, si no salía luego de allí, la cargaría tal enfermedad, que no fuese posible salir tan presto. Con esto pasó luego á Palencia, y acudió tanta gente, al tiempo que la Madre se había de apear, por verla y oírla hablar, y porque las echase su bendición, que casi no las dejaban salir del coche. Las monjas, cuando entró, la recibieron con un *Te Deum laudamus*, como se hacía en todos los demás Monasterios, cuando ella venía. El contento y regocijo de ellas se echaba bien de ver en el aderezo que tenían en el patio, donde había altares y otras cosas que ponían devoción. Los días que estuvo aquí la Madre estuvo harto mala, y el tiempo hacía muy recio, y llovía mucho. Todos la decían que no se sufría ponerse en camino con tal tiempo, porque podían perecer en él; pero nada de esto era parte para querer dejar de proseguirle. Acordóse que fuese un hombre para que viese cómo estaban los caminos, y trajo muy malas nuevas de ellos. Estando ella penada con esto, díjola Nuestro Señor: «Bien podéis ir y no temas, que yo seré con vosotros.» Con esto salió, aunque parecía atrevimiento salir.

El Señor cumplió bien lo que la prometió, porque tuvieron harto trabajo y peligro, y de todo salieron bien. Caminando por la orilla de un río, eran tan grandes los lodos, que fué necesario apearse todas, y pasarlos á pie, porque se atollaban los carros. Después, subiendo por una cuesta, vió la Madre el carro donde iban sus monjas trastornarse de manera que iban á caer en el río, y la cuesta era tan agria, que mucha gente no fuera parte para librarlas, ni detener el carro. Vió esto un mozo de los que llevaban, y asióse de la rueda, y tuvo el carro para que no cayese, pareciendo casi imposible poderle tener él solo, sino que Dios las quiso librar. Mucha pena dió esto á la Madre, porque la pareció que las monjas se iban á ahogar, y desde entonces quiso ella ir siempre delante, para que en los peligros que se ofreciesen fuese la primera.

Para descanso de este trabajo llegaron aquella noche á una venta,

(1) Al llegar la Santa Madre á Medina del Campo, hallábase postrada en cama, con recia calentura y fuerte dolor de costado, la madre Alberta de San Juan Bautista, Priora de aquel monasterio. Visitóla la Santa apenas llegada allí: «Jesús hija, la dijo, como en broma, ¿estando yo aquí estáis mala? Ande, levántese, y venga conmigo á cenar.» Pasóle al mismo tiempo las manos por el rostro, y la enferma, obedeciendo á su voz, se levantó buena y sana. Mencionan este milagro los Auditores de la Rota Romana en su Relación.

donde no se pudo haber una cama para la Madre, y con todo este abrigo les pareció fuera bueno detenerse allí algún día, según las daban las nuevas de los caminos. Habían de pasar por unos pontones (que así los llaman) cerca de Burgos, y había tanta agua, que subía media vara encima de ellos, y de una parte y de otra todo estaba cubierto de agua, y muy hondo. Tomaron guía para aquel paso, y los pontones eran tan angostos, que tantico que ladeara el carro caerían en el río. Las monjas se confesaron para pasar, y pidieron á la Madre su bendición, y decían el Credo. La Madre las decía sin turbación y con alegría: «Ea, mis hijas, ¿qué más bien quieren ellas que (si fuere menester) ser aquí mártires por amor de Nuestro Señor? Déjenme, que yo quiero pasar primero, y si me ahogare, ruégolās mucho que no pasen, sino que se vuelvan á la venta.» Pasó la Madre y aseguró el paso á las demás; pero iba muy mala y muy trabada la lengua de la perlesía, y como oyó misa en un lugar donde llegaron y comulgó, luego se destrabó y quedó mejor, aunque la calentura nunca se le quitaba. Aquel día llegaron á Burgos, que fué á 26 de enero, y quiso el Padre Provincial que fuesen ante todas cosas al Santo Crucifijo (1) para encomendarle el negocio, y también para que anocheciese, por entrar con menos ruido en la ciudad, donde fueron bien recibidas y acariciadas de Catalina de Tolosa, que con mucho deseo las esperaba. De las enfermedades de la Madre era una, de la garganta, que la apretaba harto, y no podía comer sino con mucho dolor, y la duró hasta fin de junio y más, aunque no tan recia. Y como llegó tan mojada, estuvo aquella noche más á la lumbre de lo que solía, y hizola tanto mal, que esa misma noche la dió un vahido de cabeza, y tan recios vómitos, que se le hizo una llaga en la garganta, y escupía sangre. Y el día siguiente no pudo levantarse para negociar, y por eso negociaba echada en una camilla, que pusieron junto á una ventana, que salía á un corredor, que tenía reja, y delante un velo, y los que venían á hablarla estaban por de fuera. Estos fueron muchos, y entre ellos vinieron de parte de la ciudad á decirla que no estaban arrepentidos de la licencia que habían dado, y que se holgaban mucho que fuese ya venida, y que viese en qué la podían servir. Esto dió mucho contento á la Madre, porque, si algún miedo traía, era de la ciudad, y así tuvo el negocio por llano.

(1) Milagrosa y antiquísima imagen conocida con el nombre de Santísimo Cristo de Burgos. Ha sido objeto de grandes controversias históricas y arqueológicas: se veneraba en el convento de Agustinos, extramuros de la ciudad, aun antes del siglo xiv. Como fué demolido aquel célebre monasterio, hoy se venera en la Catedral, Cfr. Flórez, *Esp. Sagr.* t. XXVII col. 483 y sigs.—La Fuente-*Manual*, cap. X. Feliciano López—*Historia documentada de la Santa y milagrosa imagen... del Santísimo Cristo de Burgos*. Salamanca, 1907.



## CAPÍTULO XIV

### De la contradicción que hubo para fundar el Monasterio, y cómo en fin se fundó, y se halló para él casa muy á propósito

Ante todas cosas, fué el Padre Provincial á visitar al Arzobispo (1), y pidióle la licencia para que se tomase la posesión, que pensaron la diera luego. El Arzobispo, después de haber pasado muchas cosas, se resolvió en que no daría la licencia, si no era teniendo ellas casa y alguna manera de dotación, porque le parecía no cumplía de otra manera con lo que debía, por estar aquel lugar entonces tan pobre, y haber en él muchos Monasterios. Y decía que, aunque él había enviado á decir á la Madre que viniese, entendía que viniese ella sola para tratar el negocio, mas no con tantas monjas, como á cosa ya hecha. Y en la verdad fué lo uno y lo otro traza de Dios, para que este Monasterio se hiciese, porque si ella no viniera de la manera que vino, negando el Arzobispo la licencia, se volviera y no se hiciera nada; y si se la diera luego como ella deseaba, por ventura no vinieran á tener la casa y comodidad que tuvieron. Y así le escribió después el Obispo de Palencia, que parecía que se habían concertado Dios y él en esto, para que el Monasterio se fundase como convenia.

La Madre en este tiempo siempre andaba con calentura, y la garganta tenía tan mala, que no podía comer nada: todo lo que había de comer había de ser bebido, y por esto y porque á ella y á sus compañeras era muy penoso el salir de casa, hizo suplicar al Arzobispo les diese licencia para que en una pieza de aquella casa donde estaban, les dijese misa, porque era á propósito, y había servido algunos años de Iglesia á los Padres de la Compañía de Jesús, luego como vinieron á Burgos. Esto tampoco concedió el Arzobispo, y según yo creo, fué por temer que no se tomase allí la posesión, y quedase he-

(1) Era á la sazón Arzobispo de Burgos Don Cristóbal Vela, hijo del primer virrey del Perú.

cho el Monasterio sin tener ellas casa propia, ni con qué se sustentar; y esto hacía por guardar el decreto del Santo Concilio Tridentino, que á la Madre antes la deseaba dar contento, y la tenía amor, y la conocía desde Avila mucho. En estas cosas y en conciertos se pasaron tres semanas, y ellas no oían misa sino las fiestas, y entonces iban muy de mañana á una Iglesia, con hartos lodos y agua que había en las calles. En lo demás estaban bien acomodadas, porque Catalina de Tolosa las hacía mucha caridad y regalo, y el Padre Provincial también lo estaba en casa del Doctor Manso, Canónigo magistral de aquella Iglesia, para la cual salió siendo colegial del colegio del Arzobispo de Salamanca, y primero lo había sido en Alcalá, en el colegio de los Teólogos, en tiempo que lo era también el Padre Maestro Gracián.

Estando mejor la Madre, se determinó de ir ella en persona á hablar al Arzobispo, y entretanto sus compañeras tomaban disciplina, primero una y después otra, de manera que no faltase mientras ella estaba negociando. Pero negoció tan mal como otros que le habían hablado, aunque quien viera la alegría con que venía, pensara que había negociado muy bien. El Padre Provincial andaba ya muy disgustado de ver que no se hacía nada, y casi estaba en que lo dejaran y se volviesen. Esto no lo podía llevar la Madre, por haberla dicho el Señor que lo procurase ella de su parte, y tenía por cierto que no se había de dejar de hacer: lo que más pena la daba era ver la que él tenía. Estando ella en esta aflicción, dijola el Señor: «*Ahora, Teresa, ten fuerte.*» Con esto procuró con más ánimo persuadir al Padre Provincial que se fuese y las dejase, porque estaba cerca la Cuaresma, y habíala de predicar en Valladolid, como lo hizo poco después. Dieron orden él y el Doctor Manso que las diesen unas piezas en el hospital de la Concepción, donde había Sacramento, y se decía misa cada día. Pero aún en esto hubo harta contradicción y dilación, porque una viuda tenía alquilado un aposento que había bueno, y aunque no se había de pasar á él, de allí á medio año, no sólo no se lo quiso dar, que estaba junto á unas piezas que las dieron, que estaban á teja vana, sino que con tenerle cerrado por de fuera, le echó clavos por de dentro. Demás de esto, los cofrades á cuyo cargo estaba el hospital, temieron que ellas se habían de alzar con él, y no quisieron dar licencia para que se pasasen á él, hasta que el Padre Provincial y la Madre se obligaron ante un escribano público, que saldrian de él cada y cuando que ellos se lo dijese. Diéronlas un cuarto alto, en que había una tribuna de donde podían oír misa, que estaba desembarazado por estar tan desacomodado, que nadie quería vivir en él, y como estaba á teja vana y alto, estaba muy frío, cosa harto contraria á las enfermedades que la Madre tenía. También se decía que venían á él muchas brujas, y parece no iba esto muy fuera de camino, por cosi-

llas que en él las acontecieron (1). Allí las hacían algunas personas mucha caridad, y principalmente Catalina de Tolosa, que las venía á ver cada día, aunque era su casa muy lejos, y las enviaba todo lo que habían menester, y nunca se cansaba de hacerlas bien.

Entraron en el hospital, víspera de San Matías Apóstol, y siempre se andaba buscando casa, con mucho cuidado, para que se comprase y el Arzobispo diese con eso la licencia, y era ya víspera de San José, diez y ocho de Marzo, y ninguna de cuantas salían cuadraban; porque en todas hallaban muchos inconvenientes, y la Madre estaba con pena porque los cofrades la habían dicho que no la daban la casa más que hasta Pascua, que estaba ya muy cerca, y que si entonces no había hallado casa, se habían de ir de él. Vendíase, días había, una de un caballero, y con andar tantas órdenes, como dijimos, buscando casa, ordenó nuestro Señor que á nadie contentase, de lo que después estaban espantados, y aun algunos bien arrepentidos. A la Madre, dicho la habían de esta casa, mas eran tantas las tachas que la ponían, que la tenía ya dejada y aun olvidada. Pero como no se hallaba otra, ni había esperanza de hallarse, tornóse á acordar de ésta, y dijo que la comprasen para esta necesidad, que después se podría vender. Fuéla á ver, y quedó tan satisfecha de ella, que si la pidieran doblado de lo que entendía pedirían, la tomara, y pensara que era barata, porque todo eso daban á su dueño dos años antes, y no la quiso dar. No faltaba á quien con todo eso pareciese cara, y aunque la Madre la tenía por barata, hacíasele algún escrúpulo dar lo que pedían, por ser los dineros de la orden, y dijo que se tornase á tratar de ello después de misa. Fuéronlo á encomendar á Dios, y dijo el Señor á la Madre: «¿En dineros te detienes?» Con esto se concluyó la venta después de misa, la víspera de San José, á quien todos habían rogado mucho que en su día tuviesen casa, y así fué, con no se haber hallado en muchos días antes, y el mismo, por la mañana, no haber señal ni esperanza de hallarla.

En sabiéndose esto en el lugar, luego salieron compradores, porque nadie pensó fuese tan barata, y decían que la había dado de balde el que la vendió, y que por ser tan notorio el engaño, se deshiciese la venta. Pero aquel caballero, que era el dueño, y su mujer, cuando fueron avisados de todo lo que pasaba, que estaban fuera de allí, sabiendo que su casa era Monasterio, se holgaron mucho, y no quisieron que se deshiciese, y luego se hicieron las escrituras, y se pagó el tercio,

(1) La Santa Madre al ver la multitud de dificultades y contradicciones que le salían al paso en esta fundación, solía decir que el diablo de Burgos era un *diablejo tonto*.

Subsiste aún este hospital llamado de la Concepción, y se conserva el departamento, que santificó con su presencia Santa Teresa, y la ventana que da á la capilla por donde oían Misa.

que dió para él dineros Catalina de Tolosa con su mucha caridad, y después pagó todo lo demás que se debía.

Parecía á los que lo miraban como milagro, haberse dado tan buena casa tan barata, y haberse cegado los religiosos de otras religiones, que andaban buscando casa, y la vieron y nunca se contentaron de ella, y todos les culpaban por eso. Y fuera de las órdenes que habemos dicho, que buscaban allí casa, que eran Mínimos, y Carmelitas Descalzos, y Basilio; para dos Monasterios de monjas, se buscaban casas, y para otro que se quería hacer, y todos habían visto esta casa, y todos la dejaron, sin más reparar en lo que hacían, y todos después quedaron arrepentidos. A esto todo las ayudó mucho el licenciado Aguiar, con mucha caridad, solicitándolo y dando priesa á que luego se tomase, que no la hubieran si no fuera por él, y él mismo estuvo más de un mes ayudando y dando traza para que se acomodase, lo cual se hizo presto y bien á poca costa. Cuando la vió la Madre tan bien acomodada, que parecía se había hecho desde el principio así para ellas, y con tanta brevedad, estaba contentísima, y parecía como cosa de sueño haberse hecho tan presto, y todas se consolaron mucho, porque, además de ser tan buena, tenía huerta y agua y buenas vistas.

El Arzobispo se holgó mucho cuando supo que tenían casa, y vino á ver dos veces á la Madre, y vió la casa; pero con todo eso nunca daba la licencia, ni aun para que se dijese misa allí, porque no saliesen fuera; y así desde que se pasaron á ella, que fué dos ó tres días después de la compra, estuvieron como un mes, que para oír misa habían de salir á una iglesia que estaba allí cerca. La Madre, viendo las dilaciones, escribió al Obispo de Palencia para que lo acabase con el Arzobispo, y esperábanla para la Pascua de Resurrección, y los tres días primeros nunca vino, y hubieron de salir con harta pesadumbre á oír misa fuera: el cuarto vino con la licencia Hernando de Matanza, que siempre las hizo mucha caridad, la cual dió el Arzobispo por intercesión del Obispo, trabajando también en ello harto el Doctor Manso y la Madre, que jamás había tenido desconfianza: la noche antes tuvo alguna, y todas estaban cansadas de esperar y tristes, y Catalina de Tolosa más. En llegando con ella Hernando de Matanza, sin decir nada, comenzó á tañer la campanilla, por donde entendieron la buena nueva, y así el día siguiente, que fué á diez y nueve de abril de 1582 años, se puso el Santísimo Sacramento, y se tomó la posesión; fué la advocación, San José de Santa Ana.

La primera misa dijo el Doctor Manso, y la mayor el Padre Prior de San Pablo, de la orden de Santo Domingo, con gran solemnidad y música y menestres, que de su voluntad vinieron sin ser llamados, y con gran contento de toda la ciudad. Catalina de Tolosa, demás de pagar la casa, como habemos dicho, y dádolas todo lo necesario, las

dió el ajuar de camas y otras cosas que eran menester para la casa, y la tenía prometida renta, y hechas ya las escrituras, aunque ésta después, el Padre Provincial y la Madre fueron de parecer que no se aceptase, por inconvenientes que tenía, y pleitos y desasosiegos que á Catalina de Tolosa podían venir, y así con mucho secreto la renunciaron algunos días después ante escribano, y la volvieron sus escrituras. Pero cuando hubieron de profesar sus dos hijas, las que había recibido la Madre en Palencia, aunque habían primero renunciado en su madre sus legítimas, las hizo renunciarlas en esta casa de Burgos. Todo esto se lo pagó nuestro Señor muy bien, porque estando allí la Madre, dió el hábito á una hija suya, y predicó aquel día el Arzobispo, dando á entender la satisfacción que tenía de aquella orden, y pesándole de la dilación que había habido en la fundación. Y después á ella la trajo á ser monja de la misma orden en Palencia, y se llama Catalina del Espíritu Santo, y cuando yo esto escribo, creo es ya profesada, y dos hijos que la quedaban tomaron hábito de los Descalzos de la misma orden, cumpliéndose lo que dice David, que la generación de los buenos será bendita.

Estando en este tiempo la Madre y sus monjas contentas de verse ya en su casa y clausura, el día de la Ascensión creció tanto el río, y fué tanta el agua que entró por la ciudad, que se comenzaban á despoblar los Monasterios por no perecer en ellos, y se hundían casas y se desenterraban los muertos, y el nuevo Monasterio tenía más peligro, por estar en un llano, y más cerca del río. Aconsejaban á la Madre que hiciesen ellas lo que otras religiosas, que era salir de la casa; pero ella nunca lo quiso hacer, sino hizo poner el Santísimo Sacramento en una pieza alta, y que las monjas se recogiesen en ella, y que dijesen letanías, hasta que cesó aquel trabajo. Decía el Arzobispo, y decíanlo muchos en la ciudad, que por estar allí la santa Madre había Dios dejado de hundir aquel lugar. Dejó aquí por Priora á la madre Tomasina Bautista, que lo había sido primero en Alba, y por Superiora á Catalina de Jesús, que la había traído de Valladolid (1).

(1) Véase cómo describe los apuros que tuvieron que pasar en aquella inundación y en el viaje que poco después emprendieron, la Madre Ana de San Bartolomé:

•No es nada lo que pasó en Burgos, que fué la postrera fundación que hizo. La pobreza fué tanta, que nos faltaba la comida y las cosas necesarias. Un día me acuerdo que estando con harta flaqueza la Santa, no tuve que la dar sino un poco de pan mojado en agua, porque había crecido tanto el río, que no nos podían socorrer los del lugar, ni nosotras enviar por nada, que estaba la casa fuera del lugar y arrimada á una ribera, que creció tanto la agua que se entró en la casa, y ella era vieja y á cada ondeada del río se estaba meneando, como que se iba á caer. El aposento de nuestra Santa era tan pobre, que se veía la luz del cielo por el techo, y las paredes todas hendidas, y hacía hartó frío; que lo es muy grande en aquella ciudad. Entrósenos el río en la casa hasta los primeros suelos, y como estábamos en ese peligro subimos el Santísimo Sacramento en lo alto de la casa,

y á cada hora pensábamos ser anegadas y estábamos diciendo letanías, y desde las seis de la mañana hasta la media noche, estuvimos en este peligro sin comer ni sosegar, que todo lo que teníamos se había anegado. Nuestra Santa estaba la más afligida del mundo, que se acababa de fundar la casa, y dejola el Señor á solas, que no sabía si era bien nos estuviésemos quedas, ó si salir, como hacían otras religiosas en este tiempo. Estábamos todas tan turbadas, que no nos acordamos de dar nada á nuestra Santa. Ya muy tarde, me dijo:—Hija, mira si no ha quedado un poco de pan; dame un bocado que me siento muy flaca.—Esto me partió el corazón, y hicimos entrar una novicia, que era fuerte, á sacar un poco de debajo del agua, que la daba á la cintura, y de aquello la dimos, que no había otra cosa, y si no entraran unos nadadores, pereciéramos; mas parece que fueron ángeles de Dios, que no sabíamos cómo habían venido, y entraron debajo de la agua, y quebraron las puertas de la casa y empezó á salir la agua de las piezas; mas quedaron tan anegadas y llenas de piedras, que se sacaron más de ocho carros de lo que la agua había traído. Andábase meneando la pieza de la Santa para caer. Como he dicho, era tan pobre que el sereno la mataba. Yo tenía dos coberturas en nuestra cama, y la una colgaba de noche sobre ella y la otra por los lados de la cama, de manera, que ella no sentía que yo lo quitaba, que no lo quisiera. Yo, de que se dormía, me arrimaba á par de su cama sentada, y como me llamaba hacía que venía de nuestra cama y decíame la Santa:—¿Cómo hija vienes tan presto?—Otras veces la dejaba durmiendo y me iba á lavar sus paños, que, como estaba enferma, tenía yo consuelo de darla limpio. Estábame muchas veces sin dormir y no me hacía falta el sueño por darla contento...

»A la mañana nos partimos, sin llevar ninguna cosa para el camino, y la Santa iba mala del mal de la muerte, y todo este día por el camino no pude hallar ninguna cosa para darla de comer; y una noche, estando en un pobre lugarcillo, no se halló cosa que comer, y ella se halló con gran flaqueza y díjome:—Hija, deme si tiene algo, que me desmayo,—y no tenía cosa sino unos higos secos, y ella estaba con calentura. Yo di cuatro reales que me buscasen dos huevos, costasen lo que costasen. Cuando vi que por dinero no se hallaba cosa, que me lo volvieran, no podía mirar á la Santa sin llorar, que tenía el rostro medio muerto. La aflicción que yo tuve en esta ocasión no la podré encarecer, que me parecía se me partía el corazón, y no hacía sino llorar de verme en tal aprieto, que la veía morir y no hallaba cosa para acudirle. Y ella me dijo con una paciencia de un ángel:—No llores, hija; esto quiere Dios ahora.—Como se acercaba la hora de su dichoso tránsito, de todas maneras la ejercitaba el Señor; mas ella lo llevaba, como siempre, como santa. Yo padecía más, como menos mortificada, que era menester que la Santa me consolase, y me decía que no había de qué tener pena, que ella estaba contenta con un higo que había comido.» *Declaración de la Venerable Madre Ana de San Bartolomé.*

---



## CAPÍTULO XV

### **De cómo la Madre Teresa de Jesús salió de Burgos, y vino á Alba, y cómo murió allí**

Acabado esto, rogaba la Madre á nuestro Señor que, pues quiso que aquel Monasterio se hiciese, las diese con que se sustentasen, y deseaba ver entrar algunas, primero que se partiese, que comenzasen á traer algo. Y estando una vez pensando en esto, díjola nuestro Señor: «¿En qué dudas que ya esto está acabado? Bien te puedes ir.» Entendió por aquí que nuestro Señor tomaba á su cargo el sustento de ellas, y quedó tan contenta como si las dejara mucha renta, y luego comenzó á tratar de su partida, por parecerla que ya allí no hacía nada, ni era más menester. Con esto partió de Burgos, y vino á Palencia, y de allí á Medina, con intención y deseo de irse derecha á Avila, donde era Priora, y deseaba dar allí el velo á la hermana Teresa de Jesús. Pero tenía Dios ordenadas las cosas de otra manera, y halló en Medina al Padre Fray Antonio de Jesús, que era entonces Vicario Provincial, y la estaba esperando para llevarla á Alba, porque la duquesa doña María Enríquez se lo había pedido.

Grande fué la contradicción que sintió, cuando esto la dijo el Padre Fray Antonio, por parecerla que convenía mucho ir á Avila, y que por la duquesa se dejaba de hacer, y no se puede creer la dificultad que se le ofreció; pero como siempre había obedecido con tanta perfección en toda su vida, obedeció también entonces estando cerca del fin de ella, por parecerse al que fué obediente hasta la muerte y muerte de cruz. Pusiéronla en una carroza en que fué harto trabajada é indispuesta, y llegando á un lugar cerca de Peñaranda, iba con tantos dolores y flaqueza, que la dió allí un desmayo, que á todos hizo gran lástima verla. Y con estar así no traían otra cosa para darla, sino unos higos, ni en el lugar se pudo hallar un huevo. La hermana Ana de San Bartolomé congojábase de verla en tanta necesidad, y no tener con qué regalarla; mas la Madre la con-

solaba, diciendo: «No tengas pena por mí, hija, que muy buenos son estos higos; muchos pobres no tendrán tanto regalo.» Otro día fueron á comer á otro lugarillo, y para remediar lo del día pasado, lo que hallaron para comer fueron unas berzas cocidas con cebolla, y de eso comió, aunque era contrario para su mal.

Aquella noche llegó á Alba, que fué víspera del glorioso Apóstol y Evangelista San Mateo. Llegó muy cansada y congojada con la enfermedad que traía, y luego la Priora, que era entonces la madre Juana del Espíritu Santo, y las monjas, la pidieron mucho que se acostase, y ella lo hizo diciendo: «Válame Dios, qué cansada me siento; más ha de veinte años que nunca me acosté temprano, sino ahora.» A la mañana se levantó, y anduvo mirando la casa, y fuése á misa, y comulgó con mucho espíritu y devoción, y de esta manera anduvo cayendo y levantando; pero comulgando cada día con su acostumbrada devoción, hasta el día de San Miguel que, habiendo ido á misa y comulgado, se echó en la cama (1), porque no venía para otra cosa, que la dió un flujo de sangre, de que se entiende que murió.

Tres días antes del día en que murió estuvo casi toda la noche en gran oración, y á la mañana dijo que la viniese á confesar el Padre Fray Antonio de Jesús, y entendióse que la había nuestro Señor revelado su muerte, porque unas hermanas oyeron decir al Padre Fray Antonio, en acabando de la confesar, que suplicase á nuestro Señor no la llevase ahora, ni les dejase tan presto. Y la Madre respondía,

(1) Pidió, dice Yepes (*Vida*, lib. II, cap. XXXVIII), la subiesen á una enfermería alta, por haber en ella una reja que sale al altar mayor, por donde podía oír misa. El Padre Fray Francisco de Santa María (*Reforma de los Descalzos*, lib. V, cap. XXVIII, n.º 2), añade que no sólo le servían sus hijas, en especial la Venerable Ana de San Bartolomé, que no se apartaba un punto del lado de la Santa, sino que entraba también en la clausura la Duquesa de Alba, la servía con cariño y la daba de comer con sus propias manos, sin que fueran bastante á disuadirse los ruegos y súplicas de la Madre.

En los procesos para la Beatificación de Santa Teresa declara la Madre María de San Francisco que: «Estando en Alba, enferma de la enfermedad de que murió, nuestra Santa Madre, sucedió, que mandaron los médicos se le echase una medicina de aceites de la botica, todos de malísimo olor, y al tiempo de recibirla, se derramó toda por la cama de la Santa, y en este punto acertó á llamar á la portera la Señora Duquesa de Alba, la vieja, que se decía Doña María Enriquez, que como la tenía por santa, venía á menudo á visitarla y darle la comida de su mano. Congojóse mucho la Santa por ver que venía á tan mal tiempo, por causa del mal olor, y yo le dije:—No tenga pena, Madre, que antes huele como si se hubiera rociado con agua de ángeles.—Y era así, que oía con gran fragancia; y la Santa respondió:—Alabado sea Dios, hija; cubra, cubra, porque no huele mal y ofenda á la Duquesa, que harto me holgara, que acá no viniera.—En entrando la Duquesa se sentó luego, y comenzó á abrazar á nuestra Santa Madre y juntarle la ropa, y ella le dijo:—No haga vuestra excelencia eso, que huele muy mal, con unos remedios que aquí me han hecho;—la cual respondió:—No huele sino muy bien, y antes me pesa que le hayan echado aquí olor, que no parece sino que se ha derramado aquí agua de ángeles y le puede hacer mal.—Y como yo se lo oí decir á su excelencia, reparé en ello, y me pareció que era milagro; pues habiéndose derramado aceite de pestífero olor, no lo hubiese malo, sino antes tal como se ha dicho.»

que ya ella no era menester en este mundo (1). Desde entonces comenzó á decir á sus monjas muchos consejos santos, y aunque siempre los decía, entonces, como quien estaba de partida, con más veras y con mayores muestras de amor. Vispera de San Francisco, á las cinco de la tarde, pidió el Santísimo Sacramento, estando ya tan mala, que en la cama no se podía menear, ni volver de un lado á otro, si no la volvían. Y entretanto que se le traían, comenzó á decir á las monjas, las manos puestas: «Hijas mías y señoras mías, por amor de Dios las pido tengan gran cuenta con la guarda de la regla y constituciones, y no miren el mal ejemplo que esta mala monja las ha dado, y perdónenmele.» Cuando le traían y vió entrar por la puerta de la celda aquel Señor á quien tanto amaba, con estar antes tan caída y con una pesadumbre mortal, y que no se podía revolver, se levantó en la cama sin ayuda de nadie, que parecía se quería echar de ella, y fué menester tenerla. Púsosele un rostro muy hermoso y encendido, y muy diferente del que antes tenía, y muy más venerable, no de la edad que ella era, sino de mucho menos. Y puestas las manos, con grandísimo espíritu, y llena de alegría, comenzó aquel blanquísimo cisne á cantar al fin de su vida, con mayor dulzura que en toda ella había cantado, y hablando con todo su bien que tenía delante, decía cosas altas, amorosas y dulces, que á todas ponían gran devoción. Decía éstas entre otras: «¡Oh Señor mío y esposo mío, ya es llegada la hora deseada, tiempo es ya que nos veamos! ¡Señor mío, ya es tiempo de caminar, sea muy enhorabuena, y cúmplase vuestra santísima voluntad! Ya es llegada la hora en que yo salga de este destierro, y mi alma goce, en uno con vos, de lo que tanto ha deseado.»

Dábale muchas gracias porque la había hecho hija de la Iglesia, y porque moría en ella, y muchas veces repetía esto: «En fin, Señor, soy hija de la Iglesia.»

Pedía con mucha devoción perdón á nuestro Señor de sus pecados, y decía que por los merecimientos de Jesucristo nuestro Señor esperaba ser salva, y á las hermanas las pedía rogasen esto á nuestro Señor, y con mucha humildad las pedía perdón. Después, pidiéndola las hermanas que las dijese algo, no las quiso decir más de que guardasen muy bien la regla y constituciones, y obedeciesen siempre á sus Prelados, y esto decía algunas veces.

En todo este tiempo repetía muchas veces estos versos: *Sacrificium Deo spiritus contribulatus. Cor contritum et humiliatum,*

(1) Estando en estas pláticas le dió una grande congoja, de manera que parecía se le comenzaba á levantar el pecho; acudieron los médicos con grande prisa, y mandáronla bajar adonde antes estaba, por ser muy fría aquella pieza y con grande cuidado comenzaron á aplicarle medicinas; ella se sonreía, dando á entender el poco fruto que de ellas esperaba. Echáronle unas ventosas sajas, las cuales admitió de buena gana, por ser medicina penosa. (Yepes.)

*Deus, non despicias. Ne projicias me a facie tua, et Spiritum Sanctum tuum ne auferas a me. Cor mundum crea in me, Deus.* Y particularmente este medio verso: *Cor contritum et humiliatum, Deus, non despicias*, no se le cayó de la boca hasta que se le quitó la habla. Pidió la Extremaunción, y recibíola con grande reverencia á las nueve de la noche del mismo día, víspera de San Francisco, y ayudaba á decir los salmos, y respondía á las oraciones, y en recibéndola, tornó á dar gracias á nuestro Señor, porque la había hecho hija de la Iglesia. Después preguntóla el Padre Fray Antonio de Jesús, si quería que llevasen su cuerpo á Avila, ó que se quedase en Alba. A esto respondió, dando con el rostro á entender que la pesaba de aquella pregunta, y dijo: «¿Tengo yo de tener cosa propia? ¿aquí no me darán un poco de tierra?»

En toda esta noche no dejó de padecer muchos dolores, saliendo de cuando en cuando con sus versos acostumbrados; y el día siguiente, á las siete de la mañana, se echó de un lado, de la manera que pintan á la Magdalena, y con un Crucifijo en la mano, el cual tuvo hasta que se le quitaron para enterrarla: el rostro tenía encendido, y así se estuvo en oración con grandísimo sosiego y quietud, sin menearse más. Cuando estaba en el artículo de la muerte, una hermana (1) la estaba mirando con grande atención, y parecíala que veía en ella señales de que la estaba hablando nuestro Señor, y mostrándola grandes cosas, porque hacía meneos, como quien se maravillaba de lo mucho que veía. Así estuvo hasta las nueve de la noche, en que dió su santa alma á su Criador, jueves, día de San Francisco, que es á cuatro de octubre, año de 1582 (que fué el año en que se enmendaron los tiempos (2), quitando diez días que andaban adelantados, y así

(1) Sería sin duda esta hermana la Madre María de San Francisco, la cual declara en los procesos de Beatificación, lo siguiente:

«El día de San Francisco, como á las siete de la mañana, se echó la Santa de un lado, como pintan á la Magdalena, el rostro vuelto hacia las religiosas, muy bello y encendido, con tanta hermosura, que me pareció no se la había visto mayor en mi vida, y no sé á donde se escondieron las arrugas, que tenía hartas, por ser de tanta edad y vivir muy enferma. De esta suerte se estuvo en oración con grande quietud y paz, haciendo algunas señas exteriores, ya de encogimiento, ya de admiración, como si la hablaran y ella respondiera; mas con gran serenidad todo, y con maravillosas mudanzas de rostro, de encendimiento é inflamación, que no parecía sino una luna llena, y á ratos, dando de sí grandísimo olor, y perseverando en la oración, muy alborozada y alegre, como sonriéndose, dando tres suaves y devotos gemidos, como de una alma que está con Dios en la oración, que apenas se oían, dió su alma al Señor, quedando con aventajada hermosura y resplandor su rostro, como un sol encendido. Antes que muriera, llegó á la Santa, Isabel de la Cruz, que padecía gran dolor de cabeza y mal de ojos, y cogiéndole las manos á la Santa, ella misma se las puso sobre la cabeza y al punto quedó libre de todo mal. Luego que murió, besando sus pies Catalina Baptista, cobró el olfato, que había perdido, y sintió gran fragancia en los pies de la Santa. Todo esto vi.»

(2) Se refiere el autor á la corrección Gregoriana, que se puso en vigor aquel mismo año, en virtud de las Letras Apostólicas dadas por Gregorio XIII.

el día siguiente se contaron quince de octubre), presidiendo en la silla de San Pedro el Papa Gregorio XIII, de gloriosa memoria, y reinando en España el católico rey don Felipe, segundo de este nombre. Nació esta santa, como queda dicho al principio, á veinte y ocho de marzo, año de 1515, de donde se ve haber vivido sesenta y siete años, y seis meses, y siete días. Vivió en la religión cuarenta y siete años, los veinte y siete en la Encarnación, y los veinte postreros en la primitiva regla del Carmen. Su muerte fué tan sosegada, que á las que muchas veces la habían visto en oración no las parecía sino que estaba todavía en ella (1).

(1) Ana de San Bartolomé, compañera perpetua de la Santa, y muy parecida á ella en las virtudes y espíritu, vió en esta ocasión, antes que la madre expirase, á los pies de la cama, á Cristo nuestro Redentor con gran resplandor, acompañado de infinitos ángeles que aguardaban el alma de la Santa Madre para llevarla á su gloria. También asistieron á su cabecera los diez mil mártires, porque ellos se lo habían ofrecido, muchos años había, en un arrobamiento que tuvo después de haberles celebrado su fiesta, y volviendo de él, como le preguntase la condesa de Osorno, que era una señora muy devota y grande amiga suya, qué había sentido, le dijo que le habían aparecido los diez mil mártires y le habían prometido de acompañarla á la hora de su muerte, y llevarla á gozar de Dios. Y así la enfermera que curaba á la Santa, que se llamaba Catalina de la Concepción (que murió cumplido un año que la Santa Madre salió de este mundo, que era una monja de singular caridad y espíritu) estando sentada en una ventana baja que salía al claustro, en la misma celda de la Santa Madre, aquella noche que expiró, oyó un gran ruido como de gente que venía muy alegre y regocijada, y vió que pasaban por la clausura muchas personas resplandecientes, vestidas todas de blanco, y entraron todas en la misma celda, donde estaba la Santa Madre enferma, con grandes demostraciones de contento; era tanta la muchedumbre de aquella dichosa compañía, que con estar todas las religiosas de aquel convento en la celda no se parecía ninguna. Llegaron todas á la cama donde estaba la Santa, y á este punto dice que expiró, que fué á las nueve de la noche.

Esta fué la hora en que salió aquella bienaventurada alma de la cárcel de su cuerpo. Y estos sagrados Santos, en compañía de los ángeles, hicieron su oficio de llevarla, honrada y acompañada, al descanso eterno del cielo, que con tantos trabajos tenía merecido, viviendo acá en el suelo. A la hora que la Santa Madre expiró, vió una religiosa salir por su boca una como paloma blanca, y otra á este mismo tiempo una estrella sobre la torre y campanario de la iglesia, y otras vieron cosas muy maravillosas, con las cuales daba el Señor, por mil resquicios, muestras de la gloria y felicidad de que gozaba aquella alma.

La causa y ocasión de su muerte atribuían los médicos al gran cansancio y molimiento del camino, á un flujo de sangre que le sobrevino, y así le fué faltando la virtud y la vida. Pero lo cierto es que, aunque no se puede negar sino que ayudarían mucho estos accidentes para cortarle el hilo de la vida, pero el cuchillo que le dió la muerte fué un tan grande ímpetu de amor de Dios, tan poderoso y tan fuerte, que le arrancó y dividió no sólo el espíritu del alma, sino también el alma del cuerpo, porque en el espacio de catorce horas que estuvo absorta y arrebatada, de tal manera se fué encendiendo y abrasando en amor con las cosas que veía, con el gozo de lo que esperaba, que sin ser más en su mano, como otra ave fénix, murió en aquel dichoso fuego en que siempre había vivido. Esto reveló la Santa Madre el mismo día de su muerte, como se lee en los procesos de canonización, á una monja de grande santidad y perfección que ella tenía en su orden, que era la Madre Catalina de Jesús, fundadora y priora del convento de Veas, la cual estando con una gravísima enfermedad, queriéndole encubrir las monjas la muerte de la Santa Madre, por no darla pena, ella la supo, y dijo al Padre Fray Jerónimo de la Madre de Dios, Provincial de los Descalzos, que le había aparecido



la Madre muy gloriosa, y dijo que se iba á gozar de Dios, y que en su muerte habia tenido un grande ímpetu de amor de Dios, con que se le salió el alma. Lo mismo reveló la Santa Madre á un prelado grave de su religión, diciendo que estos grandes ímpetus habian sido causa de su muerte, porque habian sido tan fuertes que no lo habia podido sufrir su natural.

Y no es mucho de espantar que un ímpetu de esta manera sea tan fuerte, que pueda apartar el alma del cuerpo, pues cuenta de sí la Santa que de sólo oír una vez cantar una copla que trataba de cuán penosa cosa era vivir sin ver á Dios, le vino un ímpetu semejante, con tan grande violencia, que si no proveyera Dios que cesara la música, fuera imposible poder tener el alma en el cuerpo. Esto lo tenía ella antes profetizado, porque tratando en su vida de estos grandes ímpetus y deseos de Dios, dice así (*Vida*, cap. XX; *Morada VI*, cap. X): «Yo bien pienso alguna vez que ha de ser el Señor servido, que si va adelante como va ahora, que se acabe con acabar la vida.» Y en otra parte dice, hablando de sí: «Yo sé de una persona que, estando en oración semejante, oyó cantar una vez, y certifica que á su parecer, que si el canto no cesara, iba ya á salirse el alma del cuerpo, y así proveyó su Majestad que cesase el canto, que la que estaba en esta suspensión, bien podría morirse, mas no decir que callase.» Y fué claro indicio de haber sido ésta la ocasión de su muerte, porque quedó tan sosegada luego que murió, que á las que muchas veces la habian visto arrobada en oración, no les parecía sino que estaba todavía en ella. Pues de esta violencia grande é ímpetu de amor fué su alma tan fuertemente arrebatada, que no sólo se enajenó de los sentidos, sino también del cuerpo, porque de la mucha fuerza con que estaba abrazada, unida con su divino y celestial Esposo, le provino un gran flujo de sangre y de él la muerte. Yepes, lib. II, cap. XXXIX.

Los Auditores de la Rota, en su Relación sobre las virtudes de Santa Teresa, aducen este testimonio de Yepes, y aseveran, que en realidad la Santa murió víctima del amor divino, más bien que de enfermedad. Y el Breviario Romano afirma terminantemente que: *Intolerabili divini amoris incendio potius quam vi morbi, Albae cum decumberet... purissimam animam Deo reddidisse*. A causa del intolerable incendio de amor divino, más bien que efecto de la enfermedad, expiró en Alba de Tormes... entregando á Dios su alma purísima. Confirma todo esto con su apostólica autoridad el Sumo Pontífice Gregorio XV en la Bula de Canonización, diciendo. «Más aún, después de su muerte aparecióse la Santa á cierta religiosa y la declaró que habia salido de esta vida más bien empujada por el intolerable incendio del divino amor, que por efecto de su enfermedad.»



## CAPÍTULO XVI

### De cómo quedó su cuerpo después de su muerte, y de su entierro, y de las cosas que se vieron antes de su muerte, y en ella

Quedó su rostro hermosísimo, como murió, y sin arruga ninguna, aunque solía tener hartas; todo el cuerpo muy blanco y también sin arrugas, que parecía alabastro; la carne tan blanda y tan tratable como la suelen tener los niños de dos ó tres años. Vióse en ella lo que San Buenaventura escribe de San Francisco en su vida, capítulo quince, que quedó su carne muy blanca, figurando la gloria que después había de tener. Y sus miembros se mostraban tan blandos y tan tratables á los que los tocaban, que parece tenían la ternura de la niñez; y se veían hermoseados con manifiestas señales de inocencia y santidad.

De todo el cuerpo salía un olor muy suave, que nadie pudiera decir á qué olor se parecía, y de rato á rato venía más suave, y era tan fuerte, que hubieron menester abrir la ventana, porque dolía la cabeza á las que estaban allí. Esto era en una pieza baja que estaba en la claustra, que ahora sirve de capítulo, y á otra que estaba encima pasaba aún mucho olor, y por toda la casa andaba aquella noche, y el día siguiente, y quedó entonces este olor en sus vestidos y ropa, y en las cosas que sirvieron en su enfermedad, en tanto extremo, que de allí á muchos días una hermana, oliendo siempre aquel olor en la cocina, y buscando de dónde salía, halló debajo de una arca una salserita de sal, con los dedos señalados en ella, que la llevaban cuando estaba enferma, y de allí salía aquel olor. También quedó en los platos, y aun en el agua con que los lavaban; y si en algún rincón ó entre paños sucios había algo que la hubiese tocado, sentían el olor, y veían que era algo suyo. Una hermana, en acabándola de amortajar, fué á lavar las manos descuidadamente, y comenzó á salir tan

grande olor de ellas, y tan suave, que la parecía cosa del cielo, porque acá nunca había visto cosa semejante.

Pero de esto del olor no me espanto tanto que se sintiese así, al tiempo que Dios quería comenzar á descubrir ya su santidad, cuando me paro á pensar el que muchas veces se sentía, estando ella cargada de enfermedades. Porque es cosa cierta que muchas veces salía de ella un olor maravilloso, unas veces estando arrobada, otras veces sin nada de eso, y esto sentían las de casa y los de fuera. De lo cual da testimonio una señora de Palencia que la tuvo una vez en su casa, y cuando se llegaba á ella sentía este olor, y llevóla un niño suyo para que le echase la bendición, y decía después el niño: «¡Ay, madre, cómo huelen las manos de aquella santa!» (1). Y la hermana Ana de San Bartolomé, cuando en el mal de la muerte la levantaba ó vestía, sentía la suavidad del olor que decimos. Estuviéronse con aquel santo cuerpo, que tanto tiempo fué templo del Espíritu Santo y compañero de aquella bienaventurada alma, toda la noche, y hasta las diez del día siguiente, besándole muchas veces los pies y las manos. Había entonces allí una hermana, que tenía perdido el sentido de oler, y estaba desconsolada por no poder participar de aquella suavidad de olor que las demás decían que sentían, y llegó á besarla los pies, y cobró luego el sentido, y olió lo que las demás, y quedóla aquel mismo olor muchos días, y las manos también la quedaron oliendo, de manera que aunque se lavase muchas veces no perdían el olor. Otra hermana, que había mucho que traía gran mal de cabeza, y mucho dolor en un ojo, llegó á besarla los pies, y luego quedó buena. Otra había que tenía gran mal de ojos, y cuando andaba llevaba puesta la mano en ellos, porque era tanto el dolor, que si no los apretaba con la mano no podía andar; y de la cabeza también andaba muy enfer-

(1) A propósito de este maravilloso olor que emanaba del cuerpo de la Santa Madre, refiere el Padre Yepes (lib. II, cap. XXXIX), la siguiente curiosísima anécdota personal:

«Viviendo la Santa, experimenté yo que le salía de la boca notable olor y fragancia y comencé entonces á reparar un poco, y pareciéndome poca mortificación, sentía mal de esto, porque me vino sospecha si acaso tomaba algunas pastillas de alcorzas conficionadas con olores, que suelen llamar pastillas de boca. Y queriéndome informar de su compañera Ana de San Bartolomé, me dijo que eran tan contrarios los buenos olores á su condición y enfermedad que la noche antes, habiéndola dado un bizcocho, porque no había podido cenar por sus enfermedades, dejó de comerlo solamente porque debía llevar algún poco de olor, y también me dijo que, después que la Santa Madre había quedado manca del brazo, cuando le ayudaba á vestir sentía esta misma suavidad y fragancia de olor, y así la conservaba después de muerta, y esto es mayor maravilla, que de un cuerpo muerto (que de suyo no es más que un muladar, y la cosa que más asco causa en esta vida, por despedir de ordinario de sí un hedor tan insufrible, que inficiona de tal manera el aire, que suele causar pestes y otras enfermedades contagiosas), salga un olor tan excesivamente suave que, como adelante diremos, dura hasta hoy en su cuerpo y reliquias, de que hay muchos testigos, con haber veinte y cuatro años que murió.

ma, más había de cuatro años. Esta, cuando la santa expiró, tomóla lo dedos, y llégalos á sus ojos, y las manos, y tráelas por su cabeza, y de lo uno y de lo otro quedó del todo tan sana sin hacer otro remedio.

El día siguiente, teniendo las andas cubiertas con un paño de brocado, como ella tantos años antes lo había visto cuando estuvo unos días como muerta, la enterraron con la solemnidad que en aquel lugar se pudo hacer, en el hueco de la pared de un arco que estaba con sus rejas en el coro bajo, y sale á la iglesia, para que las de dentro y los de fuera pudiesen gozar de ella. Pusieron el santo cuerpo, vestido con su hábito, en un ataúd, y cargaron sobre él tanta piedra, cal y ladrillo, que se quebró el ataúd y se entró dentro mucha tierra. Esto hizo la fundadora de aquella casa, Teresa de Laiz, pareciéndola que así tendría más seguro allí el cuerpo, sin que nadie bastase á estorbárselo.

Dejemos ahora á la santa en su sepulcro metida, hasta que la volvamos á sacar, que será al principio del libro quinto, cuando comenzaremos á contar los milagros que ha hecho después de su muerte, y contemos las maravillas que se vieron antes de ella y en ella, que suele nuestro Señor algunas veces, cuando algún siervo suyo ha de faltar, dar primero algunas muestras que lo den á entender.

Algunas hermanas, antes de esta dichosísima muerte, vieron algunas veces una estrella muy grande y resplandeciente, encima de la iglesia. Otra vió una vez, entre ocho y nueve de la mañana, pasar junto á la ventana de la celda donde después murió la Madre, un rayo de color de cristal muy hermoso. Otra vió dos luces muy resplandecientes á la ventana de la misma celda. También algunas veces en este mismo año, estando en Maitines y en oración, veían luces en el coro. Eran tantas las cosas que se veían, que decían las monjas que alguna gran cosa las quería venir ó faltar de la orden. Aquel verano mismo, antes que la Madre viniese de Alba, estando las hermanas en oración, oían un gemido muy pequeño y agradable cabe sí, y cuando la Madre murió, dió aquel mismo gemido, y todas se acordaron del que habían oído en la oración. Y dejando otras cosas que pudiera decir: una monja de conocida santidad, que ya está con Dios, siendo entonces enfermera, y estando sentada en una ventana baja que salía á la claustura en la misma celda donde la Madre estaba, oyó gran ruido como de gente que venía muy alegre y regocijada, y vió que pasaban por la claustura muchas personas resplandecientes vestidas de blanco, y entraron en la misma celda con regocijo, y eran tantas, que las monjas, con estar allí todas, no se parecían, y llegaron á la cama donde estaba la santa, y á ese punto expiró ella, por donde parecía bien que venían por su alma para acompañarla. Y al tiempo que espiraba, vió una hermana una como palomita blanca que salía de la

boca, que parece debía de estar el esposo diciendo: «Levántate, date prisa, amiga mía, paloma mía, hermosa mía, y ven» (1). Y en expirando, vió otra hermana una gran luz cristalina junto á la ventana de la misma celda.

Así se cuenta que á la muerte de Santa Gertrudis vino Jesucristo nuestro Señor con su Santísima Madre á la mano derecha, y San Juan Apóstol y Evangelista á la izquierda, y después de ellos gran número de santos y santas, y particularmente un ejército de vírgenes vestidas de blanco, que se vieron todo aquel día en el Monasterio entre las monjas. Y así pensara yo que esta gente que venía vestida de blanco, era gran muchedumbre de vírgenes que venían por esta virgen tan pura y Madre de tantas vírgenes, si no supiera otra cosa que es muy cierta. Es, que un día de los santos diez mil mártires, haciendo la Madre la fiesta, con mucha devoción que les tenía, se la aparecieron estos santos, y la dijeron que la vendrían á acompañar á la hora de su muerte, y que la llevarían á gozar el mismo grado de gloria que ellos tenían. Como de Santa Gertrudis fué revelado, que era su gloria tan grande como la de las santas vírgenes que estaban canonizadas, y habían derramado su sangre por Jesucristo.

Y parece debieron ser ellos, porque es cosa certísima haber tenido la Madre esta visión, como diré en el capítulo siguiente. Lo que he contado en este capítulo del olor y los otros milagros, es todo certísimo, y por tal lo escribo, porque se vió y tocó con la mano. Lo de las señales que digo que se vieron antes de su muerte, lo sabemos de las mismas personas que las vieron, que son de mucho crédito y religión, y que en ninguna manera dirán sino la verdad. Y pues hay algunas revelaciones que son verdaderas, si se han de creer algunas, ¿cuáles se pueden mejor creer que las que se ven en tiempos semejantes, cuando algún gran siervo de Dios ha de morir, y van enderezadas á autorizar su santidad, pues el demonio no es amigo de hacer favores, ni dar aprobación á los siervos de Dios, que pasan ó han pasado de esta vida?

Llenas están de estas visiones las historias de los santos. San Gregorio, en el libro tercero del Diálogo, dice que cabe el cuerpo de nuestro mártir San Hermenegildo se oyó de noche música celestial, y que algunos decían que se habían visto allí también hachas encendidas. A la muerte del Abad Spes, dice que vieron, los que allí estaban, salir de su boca una paloma, que salió abriendo el techo y subió hasta el cielo. Y en los capítulos siguientes dice que vinieron á la muerte de Ursino, presbítero, los Apóstoles San Pedro y San Pablo, para acompañar su alma y á la de Probo, obispo, dos Santos vestidos de blanco y resplandecientes, que eran San Eleuterio y San Juvenal mártires, y vinieron á lo mismo.

(1) Cant., II, 10.

Cuando quería expirar Sérvulo, dice que oyó gran música en el cielo, y en oyéndola expiró, y luego se sintió allí gran suavidad de olor. En la muerte de una santa llamada Rómula, cuenta que se vió en su celda una gran luz, que se oyó gran ruido como de mucha gente que entraba, y luego se sintió un olor muy suave que duró allí tres días, y á la cuarta noche, se oyeron allí cerca ángeles que la hacían las exequias, y entonces expiró.

A la muerte de su tía Santa Tarsila, dice que vino Jesucristo Nuestro Señor, y se sintió suavísimo olor. Y á la de Musa, virgen, vino Nuestra Señora con muchas vírgenes. Y otras cosas cuenta de esta manera, y creyólas un hombre de tan gran juicio y tan letrado, porque, como juntamente era tan santo, no se le hacía nuevo hacer Dios estas cosas con sus siervos.

Quien leyere con atención estos capítulos, verá que no tuvo San Gregorio para creer esto ni más testigos, ni más ciertos, ni más dignos de fe que los que tenemos para creer esto que escribo. Y lo que he dicho de San Gregorio, pudiera decir de otros santos que escribieron vidas semejantes. En la muerte de Santa Batilda, monja de la orden del glorioso Padre San Benito, vieron todas las religiosas á San Genisio, obispo, con otros santos que la acompañaban, y los ángeles que cantando la llevaban en sus alas. Cuando murió Santa Isabel, se vieron en el tejado de la iglesia unas aves, nunca hasta entonces vistas, que estaban cantando con gran suavidad. Y porque nunca acabaríamos, si todo se hubiese de decir, esto solo diré. Y para los que tienen claro juicio y saben que es verdad aquello de Aristóteles (1), que es de hombres que saben poco pedir en todas las cosas una misma certeza, creo que lo dicho sobra, y para los que no tienen esto, no bastará nada. Y para que sepamos que en estos tiempos pueden acontecer en la muerte de los santos, y acontecen cosas semejantes á las que antiguamente acontecieron, leamos las historias de los Santos Fray Pedro Nicolás, y Fray Luis Bertrán, y otras de pocos años antes, y no nos espantaremos de nada de lo que está dicho, siendo la Madre Teresa de Jesús tan santa, y habiendo trabajado tanto por la gloria de Dios y por el provecho de las almas como trabajó.

(1) *Met.* lib. II, cap. III.





# LIBRO CUARTO

DE LA

## VIDA DE LA MADRE TERESA DE JESÚS

---

### PRÓLOGO

De lo que queda dicho en el segundo y tercero libro, se habrá visto en parte, con cuánta razón dije en el prólogo del segundo, que era poco lo de que entonces nos maravillábamos para lo que quedaba por ver, y cuán verdad es lo que dice David: «Maravilloso es el Señor en sus santos; el Dios de Israel dará valentía y fortaleza á su pueblo: bendito sea Dios» (1). Y á esta nueva y valerosísima Judith, que tanto daño ha hecho al ejército de los Asirios, que son los demonios, con razón la podremos decir: «Bendita tú de tu Dios en todas las moradas del pueblo de Israel, porque entre todas las gentes que oyeren tu nombre, será por ti engrandecido el Dios de Israel» (2). Veo aquí, lo que muchas veces me pone admiración, cuán provechoso es al mundo uno que es verdaderamente santo, y cómo nunca va solo sin llevar muchos tras sí, y que tuvo razón Salomón en decir: «La muchedumbre de los sabios, sanidad es del mundo» (3), pues sola una mujer sabia, vemos cuántas almas ha sanado con sus palabras y con su ejemplo, y cuántos sabios deja, de mujeres y hombres, que siempre lleven delante esta sanidad. Verdaderamente nos debiera bastar esto, para que con gran fervor caminásemos á la perfección, porque la salud del

(1) Ps. LXVII, 36.

(2) Judith. XIII, 31.

(3) Sap. VI, 26.

Salvador se comunicase á muchas almas, y tantos enfermos, como en todas partes vemos, fuesen curados por nosotros, á honra y gloria de este gran Señor, que nos procuró la salud, no con menos que con perder El la vida.

Tras éste me viene luego otro pensamiento: si cuando esta santa pidió el hábito, la dejaran, y metieran á otra en su lugar, cuánto perdiera su orden y toda la Iglesia, y cuánto va en recibir á ésta ó aquella, y cuánto se debe mirar. Todas las religiones santas son, y sus constituciones y reglas fundadas están en la perfección evangélica, y nunca la falta, ni la relajación nace de ellas, sino de no las guardar como deben los que en ellas están. Y la principal causa de no se guardar, y el principio de toda relajación, es admitir en ellas gente á quien Dios no llama para ellas, y después de admitida, no las despedir con tiempo, porque ésta no puede guardar aquella manera de vivir, ni ha de dejar á los demás que la guarden como era razón. Por eso he pensado muchas veces, y es cosa muy cierta, que el bien de las religiones está en no recibir sino personas á quien no se dude que llama Dios para aquella vida que pretenden, y en mirar, después de recibidas, con gran cuidado y despacio, en el tiempo de la probación, si se engañaron en el recibir, y entendiéndolo, echarlas fuera, como el buen estómago echa de sí, aunque sea con trabajo, el manjar demasiado que ha de ser al cuerpo dañoso.

No dejaré de decir aquí algo de esto, por el bien que deseo á estos Monasterios; y porque sé que es una de las cosas más provechosas y necesarias que se les pueden decir; y como he dicho otra veces, si este libro durare, holgaré de estar siempre clamando lo que el Señor me da á entender, que conviene en todo tiempo clamar, y será su Majestad servida que aproveche, no sólo á quien se dice, sino á otros Monasterios también, así de hombres como de mujeres. Y por esto pido licencia al lector para extenderme un poco en este punto, aunque no haga al caso para la historia que voy contando. Y contentaréme con que, lo que se sigue en este prólogo, lean solamente las personas que están en la religión y las que quieren venir á ella. Los demás podrán pasar al capítulo primero.

Primeramente deseo mucho que se quite de los corazones de estas religiosas una lástima ó compasión natural, cubierta con velo de caridad, que las hace tener escrúpulo, si dejan de recibir algunas de las que quieren entrar, ó si han de echar alguna de las que no conviene tener, pareciéndolas que por su ocasión pierde aquella alma un bien tan grande, y que no hacen lo que deben. Celo de almas y de honra de Dios parece esto; pero no lo es, sino tentación. Porque si éstas tienen las partes que son menester para la religión, yo también digo que se reciban, y no hablo de ellas; si no las tienen, por ahí se entiende que no son llamadas de Dios, porque si Dios las quisiera para esta reli-

gión, díralas lo que para ella era menester. El que no tiene lo que es menester para predicar ó confesar ó enseñar, ¿quién creará que le ha Dios llamado para estos oficios? Pues recibir á las que no llama Dios, ¿qué es sino echar á perder la religión? Dios, que no las llamó para ésta, las llamará para la otra, ó para otra manera de vivir, y en ella se pueden salvar; muchos y diferentes caminos tiene Dios, y aquellas almas más están á su cargo, que al de las monjas. Consideren bien el mal que con admitir á éstas hacen, y verán si dije bien que era tentación, y tanto más peligrosa, cuanto mayor apariencia tiene de caridad.

Primeramente ponen un alma en puesto diferente del que Dios la tenía guardado, y no podrá estar bien allí, ni ganar como se pensaba, sino antes perderá mucho. Lo segundo, cárganla de un peso mayor del que puede llevar, y habrá de caer con la carga, y desedificar á los de fuera y de dentro. Lo tercero, que la misma compasión hará que se disimule con ella en muchas faltas, y se venga poco á poco á relajar la religión. Lo cuarto, que pueden ser ocasión que se condene aquí la que allá fuera, por ventura se salvara. Lo quinto que no son ellas curas de almas ajenas, ni las ha dado Dios ese oficio, sino de mirar por las suyas y por el bien de su religión, y hacer mal á su casa ó á su religión, por hacer bien á esta mujer ó á aquella, no es caridad sino engaño contra la verdadera caridad que mira el mayor bien, y por él deja el menor, que como Aristóteles dijo: «El bien, cuanto es de más personas, tanto es más divino y mayor» (1). Lo sexto, que si fuese buena cuenta la que hacen, habrían de recibir las mujeres más perdidas que hallasen, porque ésas están en mayor peligro de condenarse. La cuenta verdadera, y la que Dios quiere, es que se reciban las que Dios verdaderamente llama, que son las que tienen las condiciones que para esta orden son menester: y para saber esto, se examinen mucho, y se hagan muchas diligencias, como para cosa tan grande se requiere.

Por más priesa que den los que tratan de su entrada, véanlas primero la Priora y tres ó cuatro de las mayores, y háblenlas algunas veces de diversas cosas, entiendan bien la vocación que tienen y lo que más las mueve para pedir lo que piden, y calen el natural que Dios las ha dado, donde llega; miren la cara y la salud y la disposición, y sus fuerzas, y no se determinen de presto, porque no se arrepientan después despacio. Justo es, que pues todas votan, todas estén primero bien informadas, ó á lo menos las mayores, de quien las otras se puedan informar, y á quien deban creer. Muchas parecen muy buenas y entendidas, y tienen corto natural. Otras al revés, y no hagan cuenta de los encarecimientos de los que las traen, si no fuese alguna persona de quien estén satisfechas, que desea tanto el bien de

(1) *Ética*, lib. I, cap. II.

la casa y de la orden, como ellas mismas, y de estas habrá muy pocas. Esto se debe temer más, cuando los que las alaban son de buen contento, ó encarecedores; mucho más cuando les va á ellos su interés en que entren, lo cual es muy ordinario. Y cuanto más dificultad hay después en negarlas la profesión y despedirlas, tanto más cuidado ha de haber cuando se reciben, para que sean tales, que no se hayan de despedir.

De personas viejas ó enfermas, ó tan flacas que no podrán llevar ía orden, no hay para qué hablar; que éstas, aunque sean buenas, no se han de admitir, pues desde luego se ha de entrar con ellas dispensando, y se da ocasión para que otras más antiguas, con semejantes ó menores necesidades, pidan las mismas dispensaciones, y muchas dispensaciones quitan la fuerza á las constituciones y reglas, y por el mismo caso traen consigo la relajación. Más se ha de mirar y más sutilmente, si es la persona que viene altiva y presuntuosa, y amiga de su parecer, porque las que son de esta manera, no relajan la religión sino destrúyenla, y pónenla fuego con discordias que siembran en ella, y con bandos que de ahí pueden venir.

Viudas que han tenido casa y familia, como no se pueden generalmente desechar, si tienen lo demás que se pide, así tampoco se han de recibir muy fácilmente, sino examinando más su llamamiento que en otras, porque están hechas á mandar y hacer su voluntad, y á vivir conforme á las trazas de su entendimiento, y son después malas de doblar, y obedecen con dificultad, y rinden mal su juicio al ajeno; y háceseles muy de mal dejar el camino que llevaban, y tomar el que de nuevo las muestran. Más cuenta aún se debe tener cuando éstas tienen hijos, y más si no están puestos én estado, porque nunca acaban de olvidarse que son madres, y andan con miedos y congojas de los sucesos de ellos. Pues si es hija, aunque la tenga la madre consigo en la misma casa, ni la una ni la otra gana mucho con la compañía y cuando la una está mala ó tentada, estálo también la otra; y si la Priora ha de reprender ó castigar á la una, no lo puede hacer, sin que la otra se tenga por reprendida ó castigada. Y en lo que hubiere de ir por votos, están aquellas dos ya de una parte; y en Monasterios de tan poca gente, con poco más pueden salir con muchas cosas; y si se tentasen, fácilmente podrían tener quien se les allegase, y revolver el Monasterio. No se usa esto en estos Monasterios, ya lo sé; pero bien es decirlo para que no se use jamás, ni haya ocasión de usarse. Ni yo digo esto tampoco para que no se reciban, sino para que se mire mucho y se reciban con mucha dificultad.

Pero estas cosas desde el principio se ven: de una cosa avisó la Santa Madre Teresa de Jesús con grandísima prudencia, que se encubre muchas veces aun á quien la mira bien, é importa sumamente que se examine, y con mucha disimulación, y con diversas pre-

guntas, se venga á descubrir. Esta es, que vienen muchas personas á religión no más que por remediarse, y éstas no se deben recibir en estos Monasterios tan estrechos y de tanta penitencia, y donde es menester mucha devoción y deseo de servir á Dios y de padecer por Él, para vivir en ellos. La razón está bien clara, porque en la verdad no vienen por Dios, ni por el amor que tienen á la religión, sino por su remedio temporal; quiero decirlo más claro: porque no tienen con qué se casar, ó no pueden en el mundo vivir con la autoridad y comodidad que querrían, y mucho más las trae la honra vana del mundo, ó el temor de la deshonra ó de los trabajos, que el amor de Dios. Y si es así, no son llamadas de Dios; pues ¿cómo se han de recibir las que no trae Dios, ó cómo podrán sufrir esta vida y durar en ella, sin andar descontentas y desasosegadas, y dar bien en qué entender á las demás?

Ni merece ser ordenado el que por tener mejor de qué comer quiere ser sacerdote, ni debe ser recibida la que, no por Dios sino por respeto del mundo, viene á la religión. Y en algunos otros Monasterios podránse éstas por ventura entretener, que hay más aparejo para ello: en éstos, aun entrando con pie derecho y con verdadera vocación, tendrán muchas veces qué hacer para resistir las tentaciones y durar en la perfección, cuanto más la que no vino por Dios, sino por el mundo. Bien sé que acontece mudar Dios después los corazones y mejorar á las tales, pero las religiosas cuerdas no deben poner su negocio en esa ventura, sino en viendo que su fin no es de servir puramente al Señor, cerrarlas la puerta para que no entren. Grande es y muy dañoso el error en el principio, y mientras más adelante va, es causa de mayores yerros y males.

La suma, pues, de todo lo dicho es, que se examine con mucho cuidado la vocación de cada una, y si no se hallare ser de Dios muy cierto, no se reciba, porque no puede dejar de traer inquietud y tentación á la casa donde estuviere, y esto aunque sea de gran linaje y de gran entendimiento, y aunque traiga hacienda con que se puedan enriquecer todos los Monasterios de la provincia. Mas si tiene verdadera vocación de Dios, que no será sino teniendo las partes que quedan dichas, si tuviere hacienda, tráigala, que ¿á dónde la puede entregar mejor? Y si no la tiene, no se debe por eso desechar, que por amor de ésa traerá Nuestro Señor otras que traigan para sí y para las demás.

Y porque á la entrada puede haber engaño por la importunidad de los que hablan por ellas, y por las demasiadas alabanzas que de ellas dicen, y por la prisa que dan, por eso da el derecho un año en que se conozca bien su vocación, y el talento y condición que tiene, y si es para la orden, ó si no: entonces se ha de probar todo esto, que por eso se llama año de probación. Pero miren bien las Prioras y las maestras de novicias, y las demás, que no se descuiden en probarlas muy

bien, porque si no, éstas las probarán después á ellas, y acontece no pocas veces, un natural soberbio ó mal acondicionado ó desobediente, enemigo de mortificación, estar con la sujeción y nueva devoción como solapado en el año del noviciado; y algún tiempo después, y en teniendo libertad ó antigüedad ú oficio, en resfriándose aquella devoción, sale afuera y se manifiesta cuando no se puede remediar, por haber ya hecho profesión.

Así que, cuanto menos tiempo hay para conocer y remediar esto, tanto con mayor diligencia se ha de mirar en el año de la probación. Esta deseó la Madre Teresa de Jesús que pudiera durar mucho más, y pasaran algunos años antes de la profesión, como ella sabía que se hace en la Compañía de Jesús, para que las que la hubieran de hacer fueran mejor conocidas y probadas. Decir que hallándose alguna que no tiene, ó salud ó natural para esta religión, ó no es amiga de oración, ó no es para ella, ó no es humilde y desasida de las cosas del mundo, luego se envíe á su casa, no es necesario, pues se está ello dicho, y mandado: y el año de la probación así le dió el derecho, para que la religión echase de sí los que no la convenían, como para que se saliesen los que juzgasen no les estar á ellos bien la religión. Pero débese decir una y muchas veces, porque el demonio, para inquietar las religiones, pone delante unos respetos humanos, y medios tan disfrazados con apariencia de piedad y misericordia y de servicio de Dios, que hace muchas veces errar á personas muy avisadas. ¿Y qué mayor engaño que, por ser piadosas con una persona particular, ser crueles con su casa y con su religión? De esto debe hacer mucho más escrúpulo, y esto debe temer más quien tiene verdadero temor de Dios.

Pues temer el desabrimiento de los parientes de la que despiden, ó lo que dirán algunos, y por eso dejársela en casa, cosa es vergonzosa para personas á quien Nuestro Señor da deseos de no sólo padecer por él trabajos, sino aun de acabar la vida con todos los tormentos que los tiranos pudieran imaginar. ¿Cómo osarán parecer delante de Él las que en la oración se ofrecen para cosas tan grandes, si se dejan así espantar con unas tan pequeñas? ¿Cómo se atreverán á suplicarle que acreciente su orden, si ellas de esta manera la destruyen? Por cierto, la que esto hiciese, ni puede ni debe llamarse hija de la Madre Teresa de Jesús, pues lo que ella hizo con oraciones y medios divinos, lo deshace por medios humanos. Pues si esto se hiciese por codicia de no perder la hacienda que esta monja ha de dar al Monasterio, cosa sería muy fea, temer tanto la pobreza quien tiene hecho voto de ella, y tener tan poca fe quien vive en religión fundada con fe, y en Monasterios que con tan gran fe se hicieron, y con la misma se han sustentado y acrecentado. Diríalas yo lo que el Señor dijo á la Madre: «¿Con qué tesoros se han fundado todos estos Monasterios?»



Con sólo una blanca entró la Madre en Sevilla, cuando fué á fundar aquel Monasterio; y antes que partiese de allí, compró una casa que costó seis mil ducados, y un año ó dos ha que se compró otra que costó casi trece mil; ¿y han de temer sus hijas que, por despedir una que tiene dineros, se han de ver en pobreza? Si esto hiciesen, sin duda por ese camino la vendrían á tener si Dios las quiere bien, y dejando las que no son para la orden, y renunciando sus haciendas, pondrán á Nuestro Señor en mayor cuidado de darlas cuanto hubieren menester para su sustento, y sobre eso enriquecerlas sus almas. Con más razones, y con autoridades y ejemplos, se pudiera probar lo que en este prólogo he dicho; pero porque trato con quien me entiende y con gente que se rendirá fácilmente á la razón y á la verdad, basta lo dicho.

#### CUÁNTO ENCOMENDÓ LA MADRE TERESA DE JESÚS LO QUE EN ESTE PRÓLOGO SE HA DICHO

Solamente quiero traerlas á la memoria algo de lo que acerca de esto ha dejado escrito la Madre Teresa de Jesús, para que vean cuán conforme es lo que he dicho, á lo que el Señor las ha por su santa Madre enseñado, porque como la hizo fundadora de los Monasterios, así la hizo también maestra de las virtudes que las religiosas han de tener, y guía cierta y verdadera del camino que han de llevar. Dice, pues, así en el *Camino de Perfección*, en el capítulo trece (1): «¡Oh, que grandísima caridad haría, y qué gran servicio á Dios, la monja que, visto que no puede sufrir y llevar las costumbres que hay en esta casa, lo conociese, y se fuese antes que profesase, como otra vez he dicho, y dejase á las otras en paz! Y aun en todos los Monasterios (á lo menos si me creen á mí), no la tendrán, ni darán profesión hasta que de muchos años esté probado á ver si se enmienda.»

«No llamo faltas en la penitencia y ayunos, porque aunque lo es, no son cosas que hacen tanto daño, mas unas condiciones que hay de suyo amigas de ser estimadas y tenidas, y mirar las faltas ajenas, y nunca conocer las suyas, y otras cosas semejantes, que verdaderamente nacen de poca humildad. Si Dios no favorece con darla grande espíritu, hasta de muchos años ver la enmienda, os libre Dios de que quede en vuestra compañía. Entended que ni ella sosegará, ni os dejará sosegar á todas. Esto me lastima de los Monasterios, que muchas veces por no tornar á dar el dinero del dote, dejan el ladrón que les robe el tesoro, ó por la honra de sus deudos. En esta casa tenéis ya aventurada y perdida la honra del mundo, porque las pobres no

(1) En el autógrafo del Escorial corresponde al cap. XIX y en el de Valladolid, al cap. XIV. El texto que da el P. Ribera es algo distinto de aquellos dos.

son honradas; no tan á vuestra costa queráis que lo sean los otros.»

«Nuestra honra, hermanas, ha de ser servir á Dios; quien pensare que de esto os ha de estorbar, quédese con su honra en su casa, que para esto ordenaron nuestros Padres la probación de un año, y aquí quisiera yo que no se diera en diez la profesión; que á la monja humilde poco se le daría en no ser profesa; bien supiera, que si era buena no la habían de echar, y si no lo es, ¿para qué quiere hacer daño á este Colegio de Cristo? Y no llamo no ser buena, cosa de vanidad, que con el favor de Dios creo estará lejos de esta casa. Llamo no ser buena ó no estar mortificada, sino con asimiento de las cosas del mundo, ó de sí en estas cosas que he dicho. Y la que mucho en sí no le viese, créame ella misma y no haga profesión, si no quiere tener un infierno acá, y plega á Dios no sea otro allá, porque hay muchas causas en ella para ello.»

Y más abajo dice: «Torno á decir que si se inclina á cosas del mundo, y no se ve ir aprovechando, que no es para este Monasterio, puédese ir á otro si quisiere ser monja, y si no, verá como le sucede. Y no se queje de mí que comencé éste, porque no la aviso.» Y después dice: «En otra parte se salvará mejor, y podrá ser que poco á poco llegue á la perfección que aquí no pudo sufrir por tomarse por junto. Porque aunque en lo interior se guarde tiempo para del todo desasirse y mortificarse, en lo exterior ha de ser con brevedad por el daño que puede hacer á las otras. Y á quien viendo que todas lo hacen, y andando siempre en tan buena compañía no le aprovecha en un año ó medio, temo que no le aprovechará en muchos. No digo que sea tan cumplidamente como en las otras, mas que se entienda que va cobrando salud, que luego se ve cuando el mal es mortal.»

Ya he dicho que lo que traigo de este libro es conforme á su primer original, y en el capítulo XIV (1) pone estas palabras: «Creo bien que favorece el Señor mucho á quien se determina, y por tanto se ha de mirar qué intento tiene la que entra en religión, no sea sólo por remediarse, como acaece ahora á muchas, puesto que el Señor puede perfeccionar este intento.» Y después de haber dicho cuánto importa que se reciban personas de buen entendimiento, añade esto: «Esta falta no se ve muy en breve, porque algunas personas hablan bien y entienden mal, y otras hablan corto y no muy cortado, y tienen entendimiento para mucho. Verdad es que hay unas simplicidades santas que saben poco para negocios y estilo del mundo, y mucho para tratar con Dios. Y por tanto es menester grande información para recibirlas, y larga probación para hacerlas profesas. Entienda una vez el mundo que tenéis libertad para echarlas, que en Monasterios donde hay esperezas, muchas ocasiones hay, y, como se use, no lo tendrán por agravio.»

(1) Cap. XXI en el autógrafo del Escorial y XV en el de Valladolid.

«Digo esto porque son tan desventurados estos tiempos, y tanta nuestra flaqueza, que no basta tenerlo por mandamiento de nuestros pasados, sino que por no hacer un agravio pequeño, ó por quitar un dicho que no es nada, dejamos olvidar las virtuosas costumbres. Plega á Dios no lo paguen en la otra vida. Las que admitimos nunca falta un color con que hacernos entender se sufre hacerlo, y en caso tan importante ninguno es bueno. Porque cuando la Prelada sin afición ni pasión mira lo que está bien á la casa, nunca creo Dios la dejará errar, y en mirar estas piedades, y puntos necios, tengo para mí que no deja de haber yerro. Y este es un negocio que cada una de por sí le había de mirar, y encomendar á Dios, y animar á la Prelada, pues es cosa que tanto importa á todas, y así le suplico yo que os de luz en ello.»

Y en el capítulo XXVII de las *Fundaciones* escribió esto: «Si tenéis confianza en Él y ánimos animosos, que es muy amigo su Majestad de esto, no hayáis miedo que os falte nada. Nunca dejéis de recibir las que vinieren á querer ser monjas, como os contenten sus deseos y talentos (que no sea por sólo remediarse, sino por sólo servir á Dios con más perfección) porque no tengan bienes de fortuna, si los tienen de virtudes, que por otra parte remediará Dios lo que por esa os habiades de remediar, con el doble. Gran experiencia tengo de ello, y bien sabe su Majestad que, á cuanto me puedo acordar, jamás he dejado de recibir ninguna por esta falta. Testigos son las muchas que están recibidas sólo por Dios, como vosotras sabéis, y puédoos certificar que no me daba tan gran contento cuando recibía la que traía mucho, como las que tomaba por sólo Dios, antes las había miedo, y las pobres me dilataban el espíritu, y me daba un gozo tan grande que me hacía llorar de alegría. Esto es verdad. Pues si cuando estaban las casas por comprar y por hacer, nos ha ido tan bien con esto, después de tener adonde vivir, ¿por qué no se ha de hacer? Creedme, hijas, que por donde pensáis acrecentar perderéis. Cuando la que viene lo tuviere, no teniendo otras obligaciones, como lo ha de dar á otros, que por ventura no lo han menester, bien es que os lo dé en limosna, que yo confieso que parecería desamor, si esto no hicieran; mas siempre tened delante, á que la que entrare, haga de lo que tuviere conforme la aconsejaren letrados que es más servicio de Dios, porque harto mal sería que pretendiésemos bien de ninguna persona que entrase, sino siendo por este fin. Mucho más ganamos en que ella haga lo que debe á Dios, digo con más perfección, que en cuanto puede traer, pues no pretendemos todas otra cosa, ni Dios nos dé tal lugar, sino que sea su Majestad servido en todo y por todo.»

Lo que dice en el capítulo segundo de las *Constituciones*, estaba por dejar, por andar tanto en las manos de todas; pero para las que desearan entrar en esta orden, me parece convendrá ponerlo. Dice,

pues, así: «Mírese mucho que las que se hubieren de recibir sean personas de oración, y que pretendan toda perfección y menosprecio del mundo, porque si no vinieren desasidas de él podrán llevar mal lo que aquí se lleva, y vale más mirarlo antes que echarlas después. Y que no sean menores de diez y siete años, y tengan salud, entendimiento, y habilidad para rezar el oficio divino, y andar en el coro. Y no se dé profesión si no se entendiere, en el año del noviciado, tener condición y las demás cosas que son menester para lo que aquí se ha de guardar. Contentas de la persona, si no tiene ninguna limosna que dar á la casa, no por eso se deje de recibir, como hasta aquí se ha hecho. Téngase gran aviso que el recibir novicias no vaya por intereses, porque poco á poco podrá entrar la codicia, de manera que miren más á la limosna que á la bondad y calidad de la persona. Esto no se haga en ninguna manera, que será gran mal. Siempre tengan delante la pobreza que profesan, para dar en todo olor de ella, y miren que no es esto lo que las ha de sustentar, sino la fe y perfección, y fiar en solo Dios. Esta constitución se mire mucho, y se cumpla, que conviene, y se lea á las hermanas.»

Todas éstas son palabras que el Espíritu Santo habló por este su escogidísimo instrumento, y como lo escribió así lo hizo. Examinaba mucho las calidades de las que había de recibir, como yo lo vi algunas veces. Y si en el año del noviciado veía que no estaban desasidas de las cosas del mundo, ó que no estaban contentas, ningún respeto humano bastaba para que las diese la profesión, sino enviábalas diciendo, que no era ésta su vocación, y que podíanse condenar, si quedaban en la religión, que en otro estado ó en otra orden se salvarían mejor. Por esta razón quitó el hábito á una parienta suya, habiendo un año que le tenía, y se la envió á su padre, aunque la hacían mucha instancia que no la enviase, porque podría ser que con la edad ella se conformase más con aquel modo de vivir, y aunque era persona de harto buenas partes. ¡Oh mujer, más que mujer, mujer fuerte, hecha conforme al corazón de Dios, renovadora de la vejez de la religión, dechado perfecto de santidad, menospreciadora verdadera del mundo y de todo lo que en él se pretende, amadora de Dios, que tanta luz dió en su vida, y tan grande la está dando siempre después de muerta, ó por mejor decir, viviendo en mejor vida, cual la merecieron sus ilustres y valerosas obras!

Toda esta doctrina, que la Madre Teresa de Jesús dió á sus hijas, es muy conforme á la de los santos, como aprendida del mismo Maestro de quien ellos la aprendieron. Y para que esto se vea, tocaré brevemente algunas cosas de ellos. San Basilio dice que no se han de recibir todos los que quieren ser religiosos, sino que se ha de mirar primero qué costumbres tienen, si son mudables ó si no; y si lo son, que sean ejercitados y se pruebe su constancia, por algún espacio de

tiempo, con cosas pesadas y trabajosas que se le manden, y si no los hallaren constantes y firmes, los despidan, porque no hagan daño á los demás. También dice que se mire, si vienen con vergüenza de sus pecados y deseo de apartarse de los que les ayudaron á hacerlos. Si están prestos para hacer cualquier oficio, por bajo que sea.

San Pacomio, en su regla, que le fué dada por un ángel, dice que si uno viene al Monasterio con voluntad de dejar el siglo y ser monje, no le dejen entrar, sino algunos días se esté allí á la puerta, para que se vea si es firme su vocación, y si tiene ánimo para dejar del todo sus padres y su hacienda. Habiendo dado en esto buena muestra, dice que le metan en casa, y allí sirva y se ejercite, y le quiten los vestidos seculares, y le den el hábito. Esto declara más Casiano: dice que «los días que ha de estar á la puerta el que quiere ser recibido, han de ser diez ó más, echándose cada día á los pies de los monjes que pasan, y pidiendo que le admitan, y no haciendo ellos caso de él, como de hombre que no hubiese venido por servir á Dios, sino por remediar su necesidad. Y después de haber sufrido muchas injurias, que allí se le han hecho, para que se vea la constancia que tendrá cuando después fuese tentado, le reciban en el Monasterio (1). Después de recibido y haber tomado el hábito, no le dejan luego tratar con los demás, sino entrénganle á un monje anciano, que tiene cuidado de hospedar á los que vienen, y hácenle allí que esté un año entero sirviendo á los huéspedes, y mostrando aquí paciencia y humildad, le admiten á la profesión (2).

Lo mismo pareció al bienaventurado San Benito, añadiendo algunas cosas por donde más se pueda entender la firmeza y buena vocación del novicio. Dice de esta manera: «Si alguno viene de nuevo á la religión, no se le dé fácil entrada, sino, como dice el Apóstol, pruébense los espíritus que son de Dios (3). Así que, si el que viene perseverare en llamar, y hubiere sufrido con paciencia las injurias que se le hicieren y la dificultad de la entrada, cuatro ó cinco días, y todavía persevera, concédasele lo que pide, y esté en la celda de los huéspedes unos pocos días. Después esté en la celda de los novicios, donde tenga meditación y coma y duerma, y désele un maestro tal que sea bueno para ganar las almas, y tenga de él mucho cuidado, y mire con solicitud si de veras busca á Dios, si es cuidadoso para la obra de Dios, y para la obediencia y para las injurias. Avísenle de las dificultades y asperezas por donde se va á Dios, y si prometiére que estará firme en su vocación, al cabo de dos meses léanle toda esta regla, y díganle: «Ves aquí la ley en que has de servir á Dios: si la puedes guardar, entra, si no puedes, vete.» Si con todo esto se estu-

(1) *Institut.* lib. IV, cap. III.

(2) *Ibid.* cap. VII.

(3) San Juan. IV, 1.



viere, llévenle á la sobredicha celda de los novicios, y sea otra vez probado en toda paciencia. Y al cabo de seis meses tórnesele á leer la regla para que sepa á qué entra, y si todavía está firme, tórnenle á leer la misma regla al cabo de cuatro meses; y si después de haberlo bien pensado, prometiére de guardar todo aquello y hacer todo lo que le mandaren, entonces sea recibido en la Congregación, entendiendo que ya queda debajo de la regla, y que desde aquel día no puede salir del Monasterio, ni sacar el cuello de bajo del yugo de la regla, que con tan larga deliberación pudo dejar ó tomar (1).

Sobre este capítulo de la regla de San Benito escribe largamente el Cardenal Torquemada, confirmándolo todo bien con autoridades y razones. Y dice que es menester gran discreción para recibir los monjes: porque, como el que quiere tener buena viña, busca con discreción las vides que ha de poner, así debe hacer el que recibe para la religión (2). Y que algunas veces se yerra en esto por codicia de los que reciben: porque así como los marineros á las veces echan los enfermos en el mar antes que estén del todo muertos, para quedarse con sus bienes, así algunos meten en la religión algunos que están vivos para el mundo, por la hacienda que de ellos esperan. Y cuán lejos estuviesen los padres antiguos de recibir ó dar profesión en sus Monasterios por codicia de hacienda, vese bien porque los monjes de Egipto, como dice Casiano (3), no consentían que los monjes novicios trajesen cosa de ella al Monasterio, ni la recibían. San Benito (4), en su regla mandó que la diesen á los pobres, cuando hiciesen la profesión, aunque también concedió que, según su devoción, pudiesen dar al Monasterio, haciendo solemnemente donación.

De estas cosas y de otras semejantes que hay en los santos, y las alega al propósito el Abad Smaragdo sobre la misma regla, se entiende bien con cuánto cuidado se deben escoger las personas que se reciben en la religión, y con qué diligencia se han de probar después de recibidas, para ver si son para ella, y cuán deshechas del mundo y muertas á él deben estar para que se les dé la profesión, y con cuánta libertad y resolución se les ha de negar á las que no fuesen tales, y cuán poco caso se ha de hacer de la hacienda, que es brevemente todo lo que más extendidamente la Madre dejó ordenado.

(1) Cap. LVIII.

(2) *In Reg. Sancti Benedicti*, tract. XII.

(3) *Ibid.* lib. IV, cap. IV.

(4) Cap. LVIII.



## CAPÍTULO PRIMERO

### De los dones naturales que Dios puso en la Madre Teresa de Jesús

Quien hubiere leído lo que hasta aquí se ha dicho, parecerle ha que ya he sacado el retrato de la Madre Teresa de Jesús, que al principio de esta historia prometí, pero no he hecho en todo lo que he escrito más que bosquejarle, ahora le tengo de encarnar y dar las colores, y echar los perfiles lo mejor que yo pudiere, aunque por más que diga no llegaré á lo que ella era, y habrá la diferencia que hay de lo vivo á lo pintado, y más tan mal pintado como irá de mi mano. Pero antes que llegue á lo que ella era y á las virtudes y dones sobrenaturales, quiero decir algo de los naturales, de que Dios singularmente la dotó. En los ángeles, el que es más aventajado en el natural, lo es también en la gracia; y en los hombres se ve hartas veces esto mismo, que á los que escoge el Señor para más alta gracia y mayores dones sobrenaturales, les da también más perfecto y excelente natural, como se verá en el que dió á la Madre Teresa de Jesús.

Era de muy buena estatura, y en su mocedad hermosa, y aun después de vieja, parecía harto bien: el cuerpo abultado y muy blanco, el rostro redondo y lleno, de muy buen tamaño y proporción, la color blanca y encarnada, y cuando estaba en oración se le encendía, y se ponía hermosísima; todo él limpio y apacible: el cabello negro y crespo, frente ancha, igual y hermosa, las cejas, de un color rubio que tiraba algo á negro, grandes y algo gruesas, no muy en arco, sino algo llanas. Los ojos negros y redondos y un poco papujados (que así los llaman, y no sé cómo mejor declararme), no grandes, pero muy bien puestos y vivos y graciosos, que en riyéndose, se reían todos, y mostraban alegría, y por otra parte muy graves, cuando ella quería mostrar en el rostro gravedad. La nariz pequeña

y no muy levantada de en medio, tenía la punta redonda y un poco inclinada para abajo, las ventanas de ella arqueadas y pequeñas, la boca ni grande ni pequeña, el labio de arriba delgado y derecho, el de abajo grueso y un poco caído, de muy buena gracia y color, los dientes muy buenos, la barba bien hecha, las orejas ni chicas ni grandes, la garganta ancha y no alta, sino antes metida un poco; las manos pequeñas y muy lindas. En la cara tenía tres lunares pequeños al lado izquierdo, que la daban mucha gracia, uno más abajo de la mitad de la nariz, otro entre la nariz y la boca, y el tercero debajo de la boca. Estas particularidades he yo sabido de personas, que más despacio que yo, se pusieron muchas veces á mirarla. Toda junta parecía muy bien, y de buen aire en el andar, y era tan amable y apacible, que á todas las personas que la miraban comúnmente aplacía mucho.

Sacóse, estando ella viva, un retrato, porque la mandó su Provincial, que era el Padre Maestro Fray Jerónimo Gracián, que se dejase retratar, y sacóle un fraile lego de su orden, siervo de Dios, que se llama Fray Juan de la Miseria. En esto lo hizo muy bien el Padre Gracián, pero mal en no buscar para ello el mejor pintor que había en España, para retratar, á persona tan ilustre, más al vivo, para consuelo de muchos (1). De este se han sacado los que hay buenos ó razonables. Pero háse de advertir que en algunos de estos retratos, por contrahacer en las mangas del hábito unos pedazos desgarrados que tenía cuando la retrataron, han venido á hacer como mangas de punta, las cuales ella no traía, ni se traen. Y en el velo, por hacer el hilo que tiene echado, parece que le han puesto con algunos pliegues que parecen curiosos, y ella en nada de eso usaba curiosidad.

Viniendo al alma, tenía muy buen ingenio, y echábase bien de ver en las labores que hacía, inventando muchas, y labrando historias que ponían devoción y admiración. Dióla Dios también un entendimiento grande, que abrazaba mucho, y agudo, un juicio reposado, no nada arrojado, sino lleno de madurez y de cordura. Pensaba muy bien lo que había de hacer, y veía lo que había en la cosa de que pensaba, y después de determinada, tenía gran constancia y firmeza para seguirlo y llevarlo al cabo. Su prudencia era mucha, para encaminar las cosas que emprendía y para gobernar los Monasterios, como se parece bien en los que dejó fundados, y en las personas que en ellos están, á quien puso en tanta humildad y mortificación y oración. Tenía gran destreza para despachar negocios, á todos acu-

(1) Refiérese que al ver Santa Teresa el trabajo que había hecho Fray Juan de la Miseria, le dijo con su natural donaire: «Dios te lo perdone, fray Juan, que me has hecho padecer aquí lo que Dios sabe, y al cabo me has pintado fea y legañosa.»

día, y para esto no la había de faltar salud. Escribía á señores y á los demás que era menester, y sus cartas acababan grandes cosas. Calaba con gran facilidad el entendimiento y talento y condición de las personas que trataba, y veía por dónde las había de llevar. Enseñaba con mucha claridad y amor, y estimaba mucho á los buenos teólogos, y ninguna cosa de importancia hacía sin su parecer.

Tenía un ánimo, más que de mujer, fuerte y varonil, con que alcanzaba lo que quería, y hacía estar á raya las pasiones naturales, ayudada de Dios. Vefase esto cuando salía de sus Monasterios, que sintiendo con grandísima ternura el apartarse de sus hijas que en ellos dejaba, y especialmente cuando veía que no las había de ver más, lo disimulaba de tal manera, por no darlas á ellas pena, como si no tuviera sentimiento alguno. Cuando su padre estaba con el mal de la muerte, andando ella harto mala, se esforzaba á estar allí siempre, y regalarle, sin hacer caso del trabajo, con sentir tanto su muerte, que la parecía, como ella decía, que se la arrancaba á ella el alma, cuando veía que á él se le acababa la vida; y tuvo tal ánimo, que nunca le mostró pena ninguna, y estabase con él hasta que murió, sin dar á entender más del dolor que tenía, que si no le tocara nada, sabiendo que faltándola él, la faltaba todo el bien y regalo que podía tener en la tierra. También se veía esto en la paciencia y fortaleza que tenía en las enfermedades grandes y ordinarias, y en llevar, con grande igualdad de corazón, las adversidades y persecuciones y malos sucesos. Tenía grandeza de corazón, que es la virtud que llaman magnanimidad, y así no dudaba de emprender grandes y extraordinarias cosas, y salir con ellas, y de éstas gustaba mucho: las que eran fáciles y ordinarias no la daban ese contento, ni se inclinaba tanto á tratar de ellas. Tenía á todos gran respeto y la debida reverencia; pero si trataba con grandes señores ó señoras, hablaba y estaba con un señorío natural, como si fuera una de ellas, y decía todo lo que era menester, y reprendía las faltas, y si entendía que convenía romper con cualquiera persona de éstas, hacíalo con grande ánimo y con poca pesadumbre, como se vió algunas veces. Con ser tan amiga de la pobreza, era liberal y animosa para gastar donde era menester, aunque no lo tuviese, y muy cumplida en todo.

Su habla era muy graciosa, y su conversación muy suave, grave, alegre, llana, cuerda, y á cualquiera cosa que se tratase salía muy bien, y entretenía maravillosamente á todas las personas que la oían. De aquí venía que adonde quiera que iba era muy querida de todos, y juntamente muy estimada. Sus padres á ella querían más que á los demás hijos, y cada uno de sus hermanos la amaba más que á los otros; sus monjas amábanla lo más tiernamente que una madre puede ser amada, lo mismo hacían sus confesores y todos los que la trataban, porque tenía gracia particular para atraer á sí los corazo-

nes. Cuando entendía que algunas personas graves sentían mal de ella, ó lo decían, ó la querían mal, íbase á ellas, y dábales cuenta de algunas cosas suyas, según veía que convenía, ó hacía buenas obras, por donde venían á caer en la cuenta, y de allí adelante la amaban y estimaban mucho.

Hablaba familiar y humanamente con todos, con alegría, con amor, sin encogimiento, y con una santa y apacible libertad, de tal manera, que quien la veía y sabía de sus cosas, se espantaba de ver que quien tan alta oración tenía y tan familiarmente trataba con Dios, hablase con los hombres como si nada de aquello tuviera. Y así como á ella la amaban mucho, así ella también tomaba gran amor á quien se le tenía, y á todas las personas que veía eran buenas y llanas y honestas, y especialmente cuando veía que eran buenas para el servicio de Dios y bien de los prójimos. Esto la venía de ser en gran manera agradecida: acordábase siempre de los bienes que la hacían á ella ó á sus hijas, aunque fuesen pequeños, y no acababa de encarecerlos y agradecerlos, con palabras y con obras, en cuanto ella podía. Tenía una muy noble condición y agradable á todos, amiga de ayudar y hacer bien, y de dar gusto, aunque fuese muy á costa suya y padeciendo ella mucho; muy inclinada á obras de misericordia y de caridad, enemiga de hipocresía y de murmuraciones, aunque fuesen livianas; no sabía decir mal de nadie, sino de sí; á todos alababa, las virtudes ajenas publicaba y engrandecía; las suyas, tenía gracia particular en encubrirlas y deshacerlas.

Era honestísima, y naturalmente aborrecía toda deshonestidad en palabras y en obras, y muy recogida, y en todo bien inclinada. Estimaba en mucho la honra, antes que Dios la llamase de veras, y ésta le era gran freno para excusar todo lo que la podía dañar. Y como era amiga de la limpieza del alma y del cuerpo, así también lo era de la limpieza de los vestidos, y de traerlos bien puestos, y andar aseada, porque toda descomposición, así interior como exterior, la descontentaba.

En su comida era muy templada, vino nunca lo bebía; en sus vestidos pobre, pero muy limpia; en su regalo muy escasa, con tener tantas y tan grandes y ordinarias necesidades; en el de las otras, muy larga y muy piadosa; y así, cuando en los caminos había malas posadas, su cuidado era mirar por las personas que llevaba consigo: éstas deseaba estuviesen bien acomodadas, y para sí de cualquier cosa se contentaba.

De la verdad era muy amiga, y aborrecía todo engaño y doblez, y por eso el tiempo que ella anduvo distraída, cuando su padre la venía á ver, no pudo sufrir que anduviese engañado con ella, pensando que tenía oración y recogimiento, y no descansó hasta desengañarle. Y después, una de las cosas que más tormento la daba, era

pensar si traía engañados á sus confesores, aunque sabía que no los deseaba engañar. No había de ser llevada por mal: si la llevaban por bien, fácilmente la vencían, y así en el tiempo que no se había enteramente convertido, los regalos de Dios tenía por el mayor castigo, de sus pecados y descuidos, de cuantos podía haber; porque ser regalada cuando había merecido castigo, como veía cuán mal lo hacía en no ser muy agradecida á quien tanto amor la mostraba, confundíase y fatigábase y deshaciase más que con cuantas enfermedades y dolores y trabajos la venían, porque con estos parecía que pagaba algo de lo que debía, y el recibir mercedes, cuando menos las merecía, érala un género de tormento terrible.

En lo que he dicho y en otras cosas muchas que podrán decir los que mejor saben conocer el natural de cada uno, si la trataron, he querido mostrar la excelente naturaleza que Dios la dió, y el vaso que aparejó para los altísimos dones que en él había de echar. Pero porque la gracia perfecciona la naturaleza, todo esto se entenderá mejor en lo que diremos en los capítulos siguientes, hablando de la gracia y admirables virtudes que el Señor la comunicó.

---

## CAPÍTULO II

### De los escalones por donde Dios la subió á tan alta oración como tenía

Ahora vengamos á lo sobrenatural, en que tanto se ha manifestado la grandeza de Dios, y pintemos una perfectísima monja, para que no solamente sus hijas, las que son y fueren, sino todas las religiosas que desean llegar á la cumbre de la perfección, tengan delante de sus ojos á quien miren ó imiten, entendiendo que, cuanto más á ella se parecieren, tanto serán más religiosas y perfectas. Grandes ingenios se desvelaron en concebir en su entendimiento una perfectísima idea ó semejanza de la cosa que querían pintar, y hallaron palabras iguales á lo que habían concebido; pero pintaron, no lo que habían visto ó conocido, sino lo que con la delgadeza de su entendimiento y con su elocuencia pudieron alcanzar. Platón, en sus libros de República, y Aristóteles en los suyos de las Políticas, pintaron una muy perfecta ciudad y república, pero cual nunca se ha hallado en la tierra. Los filósofos estoicos dicen grandes cosas del hombre sabio, pero ese, cual le quieren, ni ellos le vieron, ni nosotros ahora le hallamos. La felicidad y bienaventuranza que Aristóteles pone en el primero y postrero libro de las Éticas, ¿cuándo se vió jamás en esta vida mortal? El orador que formó Marco Tulio en sus tres libros *de Oratore*, y el Cortesano que con tanta elocuencia nos puso ante los ojos el conde Baltasar Castellón (1), puédense entender y desear, mas no ver ni gozar. Pero yo para contar lo que ha de tener una perfectísima monja Descalza, y de cualquiera otra religión, no seguiré mis imaginaciones, ni fatigaré mi entendimiento, ni diré encarecimientos que nunca se hayan visto, ni referiré lo que los Santos, hablando de esta materia, desearon, sino lo que el gran Señor puso en esta Santa, y lo que en

(1) En su obra; *El Cortesano*, traducido del italiano al español por Boscán. La primera edición italiana data del año 1528, en Venecia.



ella vimos y conocimos los que la tratamos, y lo que ahora sus libros están publicando. Quitónos Dios, en esta parte, de trabajo, y obró Él más en ella con su poderosa mano que pudiera otro encarecer con su rica y elocuente lengua. Así que, con decir yo con palabras sencillas la pura verdad de lo que fué, habré cumplido lo que prometo, y satisfecho á los que quieren ver reducido á práctica y puesto por obra, lo que de la alteza de la perfección religiosa se halla escrito en los libros.

Habiendo, pues, de tratar de las virtudes que más resplandecieron en esta bienaventurada alma, me pareció bien comenzar por la oración, que fué como el pincel con que el Señor labró esta hermosísima pintura suya, y el medio por donde la comunicó los admirables bienes y gracias que tenía. Y creo será de gusto y de provecho para todos, poner aquí los escalones por donde la subió á la altísima oración á que llegó. Esto lo sacaré de diferentes lugares de sus libros, juntándolos en uno, y usando de las palabras mismas con que ella lo declara, que de esta manera irá ello mejor dicho, y tendrá con todos mayor autoridad, como cosa más cierta y segura, y particularmente de lo que escribió en el libro de su vida, de donde tomaré lo más.

El primer maestro que tuvo para la oración, fué el tercer Abece-dario de Osuna (1), á quien se determinó de seguir, porque hasta entonces no sabía el modo que había de tener. Ya entonces la había dado el Señor don de lágrimas, en lugar de la dureza que solía tener. A pocos meses que se dió á buscar la soledad y la oración, la dió oración de quietud, y algunas veces de unión, sin entender ella lo que era lo uno y lo otro, cosa que á muchas personas no da aun al cabo de muchos años. Y hacía en ella esta oración tales efectos, que con no ser aún de veinte años (2), la parecía tenía todo el mundo debajo de los pies. Su manera de oración era procurar lo más que podía traer á Jesucristo Nuestro Señor presente dentro de sí, y si pensaba en algún paso, representábale allá en lo interior, aunque lo más gastaba en leer buenos libros, porque á discurrir con el entendimiento no acertaba, ni á imaginar bien á Cristo Nuestro Señor dentro de sí; y así no podía tener oración sino teniendo algún libro en que leyese, si no era después de haber comulgado. En esta manera de oración estuvo diez y ocho años con mucho trabajo hartas veces, y con grandes sequedades, y grandísimo combate de pensamientos, porque como no discurría con el entendimiento, ni podía considerar nada, si la voluntad no se ocupaba en amar, no podía sufrir el estar allí, y para esto leía en

(1) Véase la nota puesta al pie de la pág. 108.

(2) Véase la nota de la pág. 104. Padece aquí el P. Ribera un ligero error, puesto que al principio del cap. VI del libro I, nos ha dicho, que la Santa se metió monja, en el Monasterio de la Encarnación, á los 20 años y siete meses de su edad.

lugar de discurrir; y ponerse en oración sin libro, era para ella como ir á pelear con mucha gente sin escudo, porque en ella recibía los golpes de los muchos pensamientos que la combatían.

No era todas veces lo de la sequedad, mas era siempre que la faltaba el libro. Con leer comenzaba á recoger los pensamientos, y llevaba á su alma como por los halagos, y muchas veces en abriendo el libro no era menester más. Unas veces leía poco, otras mucho, conforme á la merced que el Señor la hacía.

En este tiempo dejó la oración más de un año con una apariencia de humildad con que el demonio la burló, juzgando que, viviendo ella como vivía, no era razón tratar con Nuestro Señor con aquella familiaridad, y esto la hizo grandísimo daño. Después, con nueva luz del Señor, se volvió á su antigua manera de oración, procurando representar dentro de sí al Salvador, y de las partes donde le veía más solo sacaba más provecho, que la parecía á ella que, como estaba allí solo y afligido, la había de admitir mejor. Y así se aprovechaba mucho en representar en sí la oración del huerto, y allí le estaba acompañando: pensaba lo que podía en aquel sudor y aflicción que allí tenía, deseaba limpiársele; como se acordaba de sus pecados, no osaba, y estábase allí, cuanto la muchedumbre de los pensamientos que la venían la consentía.

Y tuvo muchos años, aun antes de esto, costumbre de dormirse con ese pensamiento cada noche, é hízola harto provecho, porque por ahí comenzó á tener oración sin entenderlo. La vista del campo, ó agua, ó flores, la aprovechaba mucho, porque la despertaba y recogía, y hallaba allí la memoria del Criador, y la servía de libro (1). Cosas del cielo, ú otras muy sublimes, no las podía imaginar, sino las que veía. A Cristo, por más que leyese de su hermosura, y por más imágenes que viese, jamás le podía representar en sí, sino como uno que está ciego y está hablando con otro que entiende que está allí, mas no le ve, ni sabe de qué manera es; y por eso, para formar en sí imagen suya, era muy amiga de imágenes.

Después, apartándose más de ocasiones, y dándose más á la oración, el Señor la iba dando más gustos y haciéndola más regalos. Pero jamás ella pidió estos gustos, ni aun los osaba desear advertidamente; sólo pedía al Señor la perdonase los pecados, y la ayudase para que no le ofendiese, conociendo que la hacía harta misericordia en consentirla delante de sí y traerla á su presencia, sin que la hiciese más regalo. Sólo una vez, estando con mucha sequedad, pidió estos gustos, y como advirtió lo que hacía, quedó tan confusa, que la misma fatiga de verse tan poco humilde, la dió aquello que se había atrevido á pedir.

En estos tiempos, y antes, tenía algunas veces un principio de lo

(1) Cap. IX, de su *Vida*.

que ahora diré, aunque pasaba con mucha brevedad, pero desde aquí lo tuvo muy más perfectamente, como que la iba Dios poco á poco subiendo á la cumbre, donde llegan las almas muy santas. En esta representación que hacía de ponerse cabe Cristo, y aun algunas veces leyendo, la acontecía venirla á deshora un sentimiento de la presencia de Dios, que la parecía que en ninguna manera podía dudar que Él estaba dentro de ella, y ella toda engolfada en Él. No había aquí visión, pero suspendiase el alma, y parecía estar toda fuera de sí: la voluntad amaba, la memoria estaba casi perdida, el entendimiento estaba como espantado de lo mucho que entendía, porque la daba Dios á entender que, de aquello que su Majestad le presentaba, ninguna cosa entendía.

Mientras más ella se iba disponiendo, más la daba Dios, que parece no deseaba sino que ella quisiese recibir. Comenzóla á dar muy de ordinario oración de quietud, y muchas veces oración de unión, que duraba mucho rato, con un gran deleite y suavidad, y con una seguridad grande que era aquello de Dios, y siempre quedaba de allí muy mejorada, y con más fortaleza. Después de todo esto, por consejo de su confesor, acompañó más la oración con penitencia y mortificación, y comenzó á tener cada día oración de un paso de la Pasión, y resistir cuanto podía á los gustos y regalos de Dios. Dos meses estuvo haciendo esto, y mientras más los resistía, más tenía de ellos, é iba cada día más aprovechando.

A cabo de este tiempo, la dijo el Padre Francisco de Borja, de santa memoria, que no resistiese á Dios, sino que comenzase la oración por algún paso de la Pasión, y si de ahí el Señor la llevase el espíritu, se dejase llevar. Luego comenzó á tener arrobamientos ó raptos, y en muchos de ellos la hablaba Dios, y aquella habla hacía grandes efectos, y causaba gran mejoría á su alma. Tras estos la vino una manera de visión, en que sentía á Cristo nuestro Señor estar cabe sí y hablarla (aunque no le veía, ni con ojos del cuerpo ni del alma), y que andaba con ella, y era testigo de lo que hacía, y en recogiendo un poquito, ó en no estando muy divertida, le sentía claramente cabe sí, y con ésta veía muy más altos efectos en su alma que hasta allí. Basta, dice ella, una merced de estas para trocar un alma, y hacerla no amar cosa sino á quien ve, que sin trabajo ninguno suyo la hace capaz de tan grandes bienes, y le comunica secretos, y trata con ella con tanta amistad y amor, que no se sufre escribir. Con esta visión muy continua, pasó algunos pocos días, y hacíala tanto provecho, que no salía de oración, y cuanto hacía procuraba fuese de suerte que no descontentase al que claramente veía estaba por testigo. De allí á poco comenzó á tener visiones imaginarias, en que se le representaba Jesucristo nuestro Señor muchas veces, aunque no desde luego se mostraba enteramente, sino poco á poco, hasta venirse á

mostrar todo, con una extraña hermosura, cual ninguna lengua puede bastar á declarar.

Dos años y medio tenía muy ordinariamente esta visión, y quitó-sela después por mucho tiempo para darla otras cosas más altas, que eran unos ímpetus tan grandes de amor de Dios, que se moría de deseo y no cabía en sí, y otras visiones muy levantadas, que ella escribió en los postreros capítulos de su vida. Y esta presencia que traía siempre de Cristo, se le vino á mudar en presencia de las tres divinas personas, como ella dejó escrito en un papel, diciendo así: «Esta presencia de las tres personas, que dije al principio, he traído hasta hoy, que es día de la Conmemoración de San Pablo, presentes en mi alma muy ordinario, y como yo estaba mostrada á traer á solo Jesucristo siempre, paréceme hacía algún impedimento ver tres personas, aunque entiendo es un solo Dios. Y díjome el Señor pensando yo en esto, que erraba en imaginar las cosas del alma, con la representación que las del cuerpo, que entendiése que eran muy diferentes, y que era capaz el alma para gozar mucho» (1).

La oración que tenía al cabo, era la que pone al fin de las *Moradas*, que llamaba ella matrimonio espiritual; y era tanto lo que gozaba, que decía ella que la daba nuestro Señor aquel gran mal de cabeza que tenía, porque no gozase acá tanto. Esta oración nunca la faltaba, sino con más resplandor ó menos. Y con ella ya no tenía que decir á los confesores, sino era en cosas de algunos sucesos particulares, y en negocios. Mas quien quisiere ver en parte la alteza de la oración á donde llegó, lea en el libro que ahora nombré, que se llama *Castillo interior*, ó las *Moradas*, lo que escribe en la sexta ó séptima morada, porque no pone en ellas otra cosa sino lo que pasó por ella, y hablando así en general, declara lo que el Señor la comunicó, imitando en su manera lo que dice San Pablo: No me atrevo á decir lo que por mí hace Cristo (2). Una cosa se debe notar aquí, y es que estos raptos que solía ella tener muy ordinariamente, yendo más adelante no los tenía tanto, especialmente en público. La causa dejó ella escrita en un papel que dice así: «Estando pensando qué sería la causa de no tener ahora casi nunca arrobamientos en público, entendí: No conviene ahora, bastante crédito tienes para lo que yo pretendo. Vamos mirando la flaqueza de los maliciosos.» Comenzáronsele á quitar desde que tuvo las visiones de la Santísima Trinidad, que diremos en el capítulo IV, aunque no del todo, hasta que fué por Priora á la Encarnación, desde entonces tuvo muy pocos, á lo menos en público.

(1) Recibió del Señor esta merced el 30 de Junio de 1571, en Medina del Campo.

(2) Rom. XV, 18.

### CAPITULO III

#### En que se declara más la oración de la Madre Teresa de Jesús por palabras que ella dejó escritas en una relación que hizo fuera de sus libros

Aunque me detenga algo, quiero declarar más esto que he dicho, poniendo aquí una relación que hallé escrita de su mano, de las maneras de oración que Dios la había comunicado, porque lo que en los libros puso en muchas partes, aquí está junto en una, siquiera porque no se pierdan ó no dejen de salir á luz estas palabras tan dignas de leerse y entenderse. Lo que puse en el capítulo pasado, y ahora pondré en este, hame aprovechado á mí mucho para alabar al Señor, por lo mucho que se comunicó á esta su sierva, y para ver los escalones por donde la iba subiendo; y quien lo leyere halo de leer para esto, no para pensar que lo ha él de entender enteramente, ni que se ha de poner á ir por ese camino, ni buscar revelaciones ni arrobamientos, que sería eso gran desatino, y trabajo muy excusado y muy sin provecho, como en el capítulo octavo lo veremos, hablando de los avisos que ella daba para la oración. Eso es cosa que por fuerzas humanas no se alcanza, sino Dios nos la da cómo y cuándo es servido, y pensar alcanzarla por otra vía, es alejarse mucho de lo que desea. Así que, nadie saque ocasión de soberbia y de engaño, de donde la ha de sacar de humildad y alabar á Dios.

Escribió esta relación á uno de sus confesores (1), y antes de co-

(1) Esta relación, y la que se copia en el cap. VII, fueron dirigidas el P. Rodrigo Alvarez, á principios de 1576, hallándose la Santa Madre en la fundación de Sevilla. Lo que las motivó fué una delación hecha á la Inquisición por una novicia que poco antes había entrado en aquel convento, según refiere la Ven. María de San José en su *Ramillete de mirra*.

•En este tiempo, dice, había entrado en nuestra casa una gran beata, tenida por muy santa, y no pudiendo sufrir nuestra vida, acordó, sin saberlo nuestra Madre ni ninguna de nosotras, de concertarse su ida por medio de unos clérigos... y salida la pobrecita, por excusar su defecto, acordó acusarnos á la Inquisición diciendo que teníamos cosas de *Alumbrados*... con muchas mentiras y testimonios

menzar dice: «Son tan dificultosas de decir, y más de manera que se puedan entender estas cosas del espíritu interiores, cuanto con más brevedad pasan, que si la obediencia no lo hace, será dicha atinar, en especial en cosas tan dificultosas. Mas poco va en que desatine, pues va á manos, que otros mayores habrá entendido de mí. En todo lo que dijere, suplico á V. m., entienda no es mi intento pensar es acertado, que yo podré no entenderlo; más lo que puedo certificar es, que no diré cosa que no haya experimentado algunas y muchas

que levantó á nuestra Santa Madre... Vino el inquisidor á hacer á nuestro convento inquisición é información, y averiguada la verdad, y hallando ser mentira lo que aquella pobre dijo, no hubo más.» Quedaba pues resuelta la cuestión acerca de si eran ó no alumbradas, pero permanecía en pie la referente á la doctrina espiritual de la Santa Madre. Así que el inquisidor comisionó al P. Rodrigo Alvarez, de la Compañía de Jesús, hombre maduro en años y de consumada experiencia en las cosas de espíritu, á quien solían acudir de ordinario los inquisidores en casos semejantes, según el testimonio del Lic. Fernando de Mata. (Inform. de Sevilla 1596.)

Como varón docto y prudente no quiso fiarse el P. Alvarez de sí mismo en un negocio tan delicado, y así, después de haberlo encomendado muy de veras á Dios, se aconsejó con el P. Enrique Enríquez S. J. confesor ordinario de la Santa en Sevilla, y ambos á dos «examinamos, dice el mismo P. Enríquez, muchas veces de propósito, las revelaciones y altos sentimientos de oración que la dicha Teresa de Jesús decía haber tenido, y tuvimos muchas experiencias de su humildad y caridad y admirable oración, y de la gran discreción y experiencias que tenía en cosas espirituales... muy conformes á lo que los santos escriben y experimentan». *Declaracion del P. Enríquez en los informes de Salamanca, año 1591.*

También quiso el P. Alvarez aconsejarse con el P. Diego de Acosta, á la sazón Provincial de Andalucía, según se desprende de las palabras de la Santa cuando dice en esta misma relación: «Las personas veo claro ser distintas, como lo veía ayer, cuando hablaba vuesa merced (el P. Alvarez) con el padre provincial» (el P. Acosta).

Desde que Santa Teresa supo que la inquisición había puesto el negocio en manos del P. Alvarez, depuso todo temor, como aparece de la carta que á principios de 1575 escribió al Padre Gracián. «El rector, dice, y Rodrigo Alvarez tienen gran esperanza se ha de hacer todo muy bien. A mí, todo el miedo que antes tenía, se me ha quitado, que no puedo tenerle, aunque quiero.»

El informe del P. Alvarez á los inquisidores fué de todo en todo favorable á la Santa Madre, de quien no se recataba de decir públicamente que poseía «un espíritu celestial» (Depos. de Fernando de Mata). En vista de aquel informe, la Inquisición de Sevilla declaró que la delación hecha contra la Santa y sus religiosas había sido maliciosa, falsa y apasionada.

Según refiere Diego Ortiz de Zúñiga, lo que resultó de aquella delación fué que brillara con más puros resplandores la eminente santidad de la Reformadora del Carmelo. Cfr. Ortiz de Zúñiga, *Anales eclesiásticos... de Sevilla, ilustr. y corr.* por D. Antonio M.<sup>a</sup> Espinosa, Madrid 1796, t. IV.—La Fuente. *Obras.* t. I, p. 138 y 555 n.º 17. t. II, pp. 53-55 y 379 n.º 6.—*Oeuvres complètes de Sainte Térèse.* t. II, pp. 186-192.—*Varones ilustres de la Comp. de Jesús* t. VII, p. 48.—Yepes. Prólogo á la *Vida de Santa Teresa.* § III.

Todo lo restante de su vida conservó la Santa Madre viva gratitud al P. Rodrigo Alvarez. El 8 de Noviembre de 1581 escribía á la Priora de Sevilla, María de San José: «Recibí otra de V. R. y de mi P. Rodrigo Alvarez, que en forma le tengo gran obligación por lo bien que lo ha hecho en esa casa, y quisiera responder á su carta, y no sé cómo; porque algunas cosas que me pregunta, no son para ella, aunque si yo le viera (como quien sabe mi alma) no le negara nada, antes me holgara mucho...»



veces. Si es bien ó mal, V. m. lo verá y me avisará de ello.» Después dice: «Paréceme será dar á V. m. gusto comenzar á tratar del principio de cosas sobrenaturales; que en devoción, ternura, lágrimas y meditaciones, que acá podemos adquirir con ayuda del Señor, entendidas están.

«La primera oración que sentí, á mi parecer sobrenatural (que llamo yo lo que con industria y diligencia no se puede adquirir, aunque mucho se procure, aunque disponer para ello sí, con la gracia de Dios, y debe de hacer mucho al caso), es una presencia de Dios, que no es visión de ninguna manera, sino que parece que cada y cuando (á lo menos cuando no hay sequedades), que una persona se quiere encomendar á su Majestad, aunque sea rezar vocalmente, le halla.»

Toda oración que es meritoria, es obra sobrenatural, porque se hace con ayuda de sobrenatural; pero llama la Madre sobrenatural por excelencia la que nosotros no podemos alcanzar, por más que de nuestra parte hagamos, porque toda es de Dios, y como dijo San Dionisio, está el hombre en ella padeciendo las cosas divinas, más que obrándolas, y de la misma manera lo declara Santa Angela de Fulgino en su libro, capítulo sesenta y dos. «La segunda es un *recogimiento* interior que se siente en el alma, que parece ella tiene allá otros sentidos, como acá los exteriores, que ella en sí parece que se quiere apartar de los bullicios exteriores, y así algunas veces los lleva tras sí, que le da gana de cerrar los ojos, y no oír ni ver ni entender, sino aquello en que el alma entonces se ocupa, que es poder tratar con Dios á solas. Aquí no se pierde ningún sentido ni potencia, que todo está entero; mas estálo para emplearse en Dios. Y esto á quien nuestro Señor lo hubiere dado, será fácil de entender; y á quien no, á lo menos serán menester muchas palabras y comparaciones.»

Esta segunda manera puso la Madre por primera, pero porque al cabo de todo dice que se le olvidó de otra, que fué antes que ésta, la puse aquélla en primer lugar.

«De este recogimiento viene algunas veces una *quietud* y paz interior muy regalada, que está el alma, que no la parece le falta nada; que aun el hablar la cansa (digo el rezar y el meditar), no querría sino amar: dura rato y aun ratos.»

«De esta oración suele proceder un *sueño*, que llaman de las potencias, que ni están absortas, ni tan suspensas que se pueda llamar arrobamiento, ni es del todo unión. Alguna vez, y aun muchas, entiende el alma que está unida sola la voluntad, y se entiende muy claro (digo claro á lo que parece) que está empleada toda en Dios, y que ve el alma la falta de poder estar, ni obrar en otra cosa, y las otras dos potencias están libres para negocios y obras del servicio de Dios: en fin, andan juntas Marta y María. Yo pregunté al Padre Francisco de Borja, General de la Compañía de Jesús, si sería

engaño esto, porque me traía boba, y me dijo que muchas veces acaecía.»

«Cuando es *unión* de todas las potencias, es muy diferente; porque ninguna cosa exterior puede obrar, porque el entendimiento está como espantado. La voluntad ama más que entiende: mas ni entiende si ama, ni qué hace, de manera que lo pueda decir. La memoria, á mi parecer, no hay ninguna, ni pensamiento, ni aun por entonces están los sentidos despiertos, sino como quien los perdió, para más emplear el alma en lo que goza, á mi parecer; que por aquel breve espacio se pierden: pasa presto. En la riqueza que queda en el alma de humildad y otras virtudes y deseos, se entiende el gran bien que le vino de aquella merced: mas no se puede decir lo que es: porque aunque al alma se da á entender, no sabe cómo lo entiende ni decirlo. A mi parecer, ésta si es verdadera, es la mayor merced de las que nuestro Señor hace en este camino espiritual; á lo menos de las grandes.»

«*Arrobamientos y suspensión*, todo es uno á mi parecer, sino que yo acostumbro á decir suspensión, por no decir arrobamiento, que espanta. Y verdaderamente también se puede llamar suspensión esta unión que queda dicha. La diferencia que hay del arrobamiento á ella, es ésta, que dura más y siéntese más en esto exterior, porque se va acortando el huelgo de manera, que no se puede hablar, ni los ojos abrir. Y aunque esto mismo se hace en la unión, es acá con mayor fuerza, porque el calor natural se va no sé yo á dónde, que cuando es grande el arrobamiento (que en todas estas maneras de oración hay más ó menos); cuando es grande, como digo, quedan las manos heladas, y algunas veces extendidas como unos palos, y el cuerpo, si le toma en pie, así se queda, ó de rodillas, y es tanto lo que se emplea en el gozo de lo que el Señor le representa, que parece se olvida de animar al cuerpo, y le deja desamparado; y si dura, quedan los nervios con sentimiento.»

«Páreceme que quiere aquí el Señor que el alma entienda más de lo que goza, que en la unión, y así se le descubren algunas cosas de su Majestad en el raptó muy ordinariamente, y los efectos con que queda el alma son grandes, y el olvidarse á sí, por querer que sea conocido y alabado tan gran Dios y Señor. A mi parecer, si es de Dios, no puede quedar sin un gran conocimiento de que ella allí no pudo nada, y de su miseria é ingratitude, de no haber servido á quien por sola su bondad la hace tan gran merced, porque el sentimiento y suavidad es tanto más excesivo de todo lo que acá se puede comparar, que si aquella memoria no se la pasase, siempre habría asco de los contentos de acá. Y así viene á tener todas las cosas del mundo en poco.»

«La diferencia que hay de lo que llamé *suspensión* y del *raptó*, es que en la suspensión va poco á poco muriéndose á estas cosas exterior-

res, y perdiendo los sentidos, y viviendo á Dios. El *raptó* viene con una sola noticia que su Majestad da en lo muy íntimo del alma, con una velocidad que la parece que la arrebatá á lo superior de ella, que á su parecer se le va del cuerpo; y así es menester ánimo á los principios, para entregarse en los brazos del Señor, que la lleve á do quisiere, porque hasta que su Majestad la pone en paz á donde quiere llevarla (digo llevarla, que entienda cosas altas), cierto es menester á los principios estar bien determinada á morir por Él, porque la pobre alma no sabe qué ha de ser aquello, digo á los principios.»

«Quedan las virtudes, á mi parecer, de esto más fuertes; porque deséase más, y dase más á entender el poder de este gran Dios para temerle y amarle; pues así, sin ser más en nuestra mano, arrebatá el alma, bien como Señor de ella. Queda gran arrepentimiento de haberle ofendido, y espanto de cómo osó ofender tan gran Majestad, y ansia grandísima porque no haya quien le ofenda, sino que todos le alaben. Pienso que deben venir de aquí estos deseos tan grandísimos de que se salven las almas, y de ser alguna parte para ello, y para que este Dios sea alabado como merece.»

«El *vuelo del espíritu* es un (no sé cómo la llame) que sube de lo más íntimo del alma. Sola esta comparación se me acuerda que puse, á donde V. m. sabe que están largamente declaradas estas maneras de oración y otras: es tal mi memoria, que luego se me olvida. Paréceme que el alma y el espíritu debe ser una misma cosa; sino que como un fuego, que si es grande y ha estado disponiéndose para arder, así el alma de la disposición que tiene con Dios, como el fuego, ya que de presto arde, echa una llama que llega á lo alto, aunque este fuego es como lo que está en lo bajo, y no porque esta llama suba, deja de quedar fuego: así acá en el alma parece que produce de sí una cosa tan de presto y tan delicada, que sube á la parte superior, y va adonde el Señor quiere, que no se puede declarar más, y parece vuelo, que yo no sé otra cosa con que compararlo: sé que se entiende muy claro, y que no se puede estorbar.»

«Parece que aquella aveica del espíritu se escapó de esta miseria de la carne y cárcel de este cuerpo, y así puede más emplearse en lo que le da el Señor. Es cosa tan delicada y tan preciosa, á lo que entiende el alma, que no la parece hay en ella ilusión, ni aun en ninguna cosa de éstas, cuando pasan. Después eran los temores por ser tan ruín quien lo recibe, que todo la parecía habría razón de temer, aunque en lo interior del alma quedaba una certidumbre y seguridad con que se podía vivir; mas no para dejar de poner diligencias para no ser engañada.»

«*Impetus* llamo yo á un deseo que da al alma algunas veces, sin haber precedido antes oración, y aun lo más continuo, una memoria que viene de presto, de que está ausente de Dios, ó de algu-

na palabra que oye que vaya á esto. Es tan poderosa esta memoria, y de tanta fuerza algunas veces, que en un instante parece que desatina: como cuando se da una nueva de presto muy penosa, que no se sabía, ó un gran sobresalto, que parece quita el discurso al pensamiento para consolarse, sino que se queda como absorta. Así es acá, salvo que la pena es por tal causa, que queda al alma un conocer que es bien empleado morir por ella. Ello es, que parece que todo lo que el alma entiende entonces, es para más pena, y que no quiere el Señor que todo su sér le aproveche de otra cosa, ni acordarse es su voluntad que viva, sino parécela que está en una tan grande soledad y desamparo de todo, que no se puede escribir; porque todo el mundo y sus cosas le dan pena, y ninguna cosa criada la hace compañía, ni quiere el alma sino al Criador, y esto velo imposible, si no muere, y como ella no se ha de matar, muere por morir, de tal manera, que verdaderamente es peligro de muerte, y vese como colgada entre cielo y tierra, que no sabe qué hacer de sí. Y de poco en poco dale Dios una noticia de sí, para que vea lo que pierde, de una manera tan extraña, que no se puede decir, porque ninguna hay en la tierra, á lo menos de cuantas yo he pasado, que le iguale, y baste; que de media hora que dure, deja tan desconyuntado el cuerpo, y tan abiertas las canillas, que aun no quedan las manos para poder escribir, y con grandísimos dolores.»

«De esto ninguna cosa siente hasta que se pasa aquel ímpetu; harto tiene que hacer en sentirlo interior, ni creo sentiría graves tormentos; y está con todos sus sentidos, y puede hablar, y aun mirar: andar no, que la derrueca el gran golpe del amor. Esto, aunque se muera por tenerlo, sino es cuando lo da Dios, no aprovecha. Deja grandísimos efectos y ganancia en el alma. Unos letrados dicen que es uno, otros que otro: nadie lo condena. El Maestro Avila me escribió era bueno, y así lo dicen todos. El alma bien entiende es gran merced del Señor. A ser muy á menudo, poco duraría la vida. El ordinario *ímpetu* es, que viene este deseo de servir á Dios con una gran ternura y lágrimas, por salir de este destierro; mas como hay libertad para considerar el alma que es la voluntad del Señor que viva, con eso se consuela, y le ofrece el vivir, suplicándole que no sea sino para su gloria. Con esto pasa.»

«Otra manera, verdaderamente harto ordinaria, de oración, es una manera de *herida* que padece el alma, como si una saeta la metiesen por el corazón, ó por ella misma: así causa un dolor tan grande que hace quejarse, y tan sabroso, que nunca querría le faltase. Este dolor no es en el sentido, ni tampoco es lliga material, sino en lo interior del alma, sin que parezca dolor corporal; sino que como no se puede dar á entender sino por comparaciones, pónense éstas groseras, que para lo que ello es, lo son; mas no sé yo decirlo de otra suerte. Por

eso no son estas cosas para escribir ni decir: porque es imposible entenderlo, sino es quien lo ha experimentado: digo, adonde llega esta pena; porque las penas del espíritu son diferentísimas de las de acá. Por aquí saco yo cómo padecen más las almas en el infierno y purgatorio, que acá se puede entender por estas penas corporales.»

«Otras veces parece que esta *herida del amor* sale de lo íntimo del alma. Los efectos son grandes; y cuando el Señor no lo da, no hay remedio aunque más se procure, ni tampoco dejarlo de tener, cuando Él es servido de darlo. Son como unos deseos de Dios tan vivos y tan delgados, que no se pueden decir; y como el alma se ve atada para no gozar, como querría, de Dios, dale un aborrecimiento grande con el cuerpo, y parécete como una gran pared que la estorba, para que no goce su alma de lo que entiende entonces á su parecer, que goza en sí, sin embarazo del cuerpo. Entonces ve el gran mal que nos vino por el pecado de Adán, en quitar esta libertad.»

«Esta oración, antes de los arrobamientos é ímpetus grandes, que he dicho, se tuvo. Olvidéme de decir, que casi siempre no se quitaban aquellos ímpetus grandes, sino es con un arrobamiento y regalo grande del Señor, adonde consueta el alma, y la anima para vivir por Él. Todo esto que está dicho, no puede ser antojo, por algunas causas que sería largo de decir. Si es bueno ó no, el Señor lo sabe. Los efectos, y cómo deja aprovechada el alma, no se puede dejar de entender, á todo mi parecer.»

«Las personas veo claro ser distintas, como lo veía ayer, cuando hablaba vuesa merced con el padre provincial (1); salvo que ni veo nada ni oigo, como ya á vuesa merced he dicho; mas es como una certidumbre extraña, aunque no vean los ojos del alma, y en faltando aquella presencia, se ve que falta; el cómo yo no lo sé, mas muy bien sé que no es imaginación; porque aunque después me deshaga para tornarlo á representar, no puedo, aunque lo he probado; y así es todo lo que aquí va, á lo que yo puedo entender, que como ha tantos años, hase podido ver, para decirlo con esta determinación. Verdad es (y advierta vuesa merced en esto) que la persona que habla siempre, bien puedo afirmar lo que me parece que es: lo demás no podría así afirmarlo. La una bien sé que nunca ha sido: la causa jamás la he entendido, ni yo me ocupo jamás en pedir más de lo que Dios quiere; porque luego me parece me había de engañar el demonio, y tampoco lo pediré ahora, que habría temor de ello.»

«Lo principal paréceme que alguna vez; mas como ahora no me acuerdo bien, ni lo que era, no lo osaré afirmar. Todo está escrito á

(1) Es decir, el Padre Rodrigo Alvarez, á quien, como dijimos al principio del capítulo, va dirigida la presente Relación, y el Padre Diego de Acosta, á la sazón Provincial de Andalucía, que acompañó al mencionado Padre en su visita á la Santa Madre.

donde vuesa merced sabe, y esto más largamente que aquí va, no sé si por estas palabras. Aunque se dan á entender estas personas distintas por una manera extraña, entiende el alma ser un solo Dios. No me acuerdo haberme parecido que habla Nuestro Señor, sino es la Humanidad, y ya digo, esto puedo afirmar que no es antojo.»

«Lo que dice vuesa merced del agua, yo no lo sé, ni tampoco he entendido á dónde está el Paraíso terrenal. Yo he dicho que lo que el Señor me da á entender, que yo no puedo excusar, enténdolo porque no puedo más; mas pedir yo á su Majestad que me dé á entender alguna cosa, jamás lo he hecho; luego me parecería que lo imaginaba y que me había de engañar el demonio, y jamás, gloria de Dios, fui curiosa en desear saber cosas, ni se me da nada de saber más: harto trabajo me ha costado esto, que sin querer, como digo, *he entendido*, aunque pienso ha sido medio que tomó el Señor para mi salvación, como me vió tan ruin, que los buenos no han menester tanto para servir á su Majestad.»

«Plegue á Él que no pierda yo tantas mercedes por mi culpa, y que haya misericordia de mí.»

Todas las que he referido son palabras de la Madre Teresa de Jesús, y huélgome de haberlas puesto aquí, porque me parece en ellas tenemos una muy buena declaración de los grados por donde el Señor la levantó á tan alta oración, que es para lo que yo principalmente las he traído, y no para enseñar cómo se ha de tener la oración, que no es de este lugar ni tiempo. Pero también está en ellas, como en breve suma, lo que grandes autores tratan de estas maneras más altas de oración, que podrá ser de provecho para aquellos á quien Dios hubiere dado algo de esto.

---



## CAPÍTULO IV

### Del gran conocimiento de las cosas celestiales que el Señor la comunicó por medio de la oración

Ya que comencé á decir de su oración, habré de decir, antes que á otra cosa pase, todo lo que á ella toca, aunque estoy deseando llegar á las otras virtudes, porque hay en ellas mucho que decir, para gloria del que se las dió tan cumplidamente, y para provecho de las almas que pretenden la perfección; pero pide esto que he dicho, el buen orden de las cosas que se han de tratar. Mas deseo que quien esto leyere, torne á leer lo que dije en el capítulo I y II del libro primero, y al principio del capítulo tercero de este libro cuarto, porque lo que ahora diré es para maravillarnos y alabar á Nuestro Señor, y no para imitarlo, pues eso es imposible y sería locura ponerse en ello. En habiendo muy grande amistad entre dos, no pueden dejar de descubrirse los secretos, porque conforme al antiguo proverbio, entre los amigos todas las cosas son comunes. Así dijo Dios, cuando quería destruir aquellas malditas ciudades: «¿Podré yo encubrir á Abraham lo que tengo de hacer?» (1) Y por el Profeta Amós dijo: «No hará el Señor Dios cosa, sin descubrir primero su secreto á sus siervos los Profetas» (2). Y á los Apóstoles dijo el Señor: «Ya no os llamaré siervos, sino amigos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor. Mas á vosotros llamémos amigos, porque todo lo que oí á mi Padre os lo he dicho» (3).

Así se mostraba Cristo nuestro Señor á la Madre Teresa de Jesús en diferentes maneras de visiones, y la hablaba muchas veces con gran familiaridad y amistad, y la declaraba grandes secretos. Ya habemos dicho cómo la mostró el infierno y el lugar que en él tuviera, si durara más en el camino que había comenzado, y no fuera,

(1) Gen. XVIII, 17.

(2) Amos III, 7.

(3) Joan. XV, 15.

por su poderosa mano, como otro Abraham, librada del fuego de los Caldeos. Otra vez la mostró la gloria, y las primeras personas que en ella vió fueron su padre y madre, y en un brevísimo espacio vió cosas altísimas, y entendió grandes secretos que no se pueden con palabras declarar, y esto con deleite tan soberano, que no se puede decir. Otra vez estuvo el Señor cabe de ella más de una hora, mostrándola cosas admirables.

También, después de haberla traído el Señor á la memoria su vida pasada, fué arrebatado su espíritu de manera que casi la pareció estaba fuera del cuerpo; á lo menos no sabía si estaba en él, como aconteció á san Pablo (1), y vió la humanidad de Nuestro Señor Jesucristo con mayor gloria que jamás la había visto. Representósele, por una noticia admirable, estar metido en los pechos del Padre sin saber ella cómo, mas de verse presente á tan alto secreto. Fué de manera que se la pasaron algunos días sin poder tornar en sí, y siempre la parecía traer presente aquella Majestad del Hijo de Dios, con harto consuelo y aprovechamiento suyo. Esta misma visión vió algunas veces, y dice era la más subida de cuantas Dios la había dado.

Dióla una vez grandísimo deseo de comulgar, y entrando en la iglesia la dió un arrobamiento grande, vió abrirse los cielos, y en ellos un trono, y uno sentado en él, y por una noticia muy alta que entonces la dieron, entendió estar allí la Divinidad (aunque no la veía) con gran muchedumbre de ángeles, de mayor hermosura, sin comparación, que antes hubiese visto. Sentía en sí una gloria tan grande, que ni se puede decir, ni imaginar. No vió nada, y entendió que estaba allí junto, cuanto se podía desear. Dijéronla que lo que allí podía hacer era entender que no podía entender nada, y mirar la nada que era todo, en comparación de aquello. En este arrobamiento estuvo dos horas. Estando rezando el símbolo de san Anastasio, *Quicumque vult*, la dió Nuestro Señor un altísimo conocimiento de cómo era un solo Dios y tres personas, con grandísima claridad, según en este destierro se puede tener, y quedó de allí siempre con gran luz en este misterio y con gran consuelo.

En un papel hallé esto escrito de su mano (2): «Un día después de San Mateo, estando como suelo después que vi la visión de la Santísima Trinidad, y cómo está con el alma que está en gracia, se me dió á entender y muy claramente, de manera que por ciertas maneras y comparaciones por visión imaginaria lo vi. Y aunque otras veces se me ha dado á entender por visión intelectual la Santísima Trinidad, no me quedaba después de algunos días la verdad, como ahora digo, para saberlo pensar y consolarme en esto. Ahora veo

(1) Cor. XII, 2, 3.

(2) Cfr. La Fuente. *Obras*, t. I, p. 158 col. 2.<sup>a</sup>

que de la misma manera lo he oído á letrados, y no lo entendía como ahora, aunque siempre sin detenimiento lo creía, porque nunca he tenido tentaciones de la fe.» En otro estaba esto: «El martes, después de la Ascensión, habiendo estado un rato en oración después de comulgar, con pena porque me divertía de manera que no podía estar en una misma cosa, quejábame al Señor de nuestro miserable natural. Comenzó á inflamarse mi alma, pareciéndome que claramente entendía tener presente á toda la Santísima Trinidad, en visión intelectual, adonde entendió mi alma, por cierta manera de representación como figura de la verdad, para que lo pudiese entender mi torpeza, cómo es Dios, Trino y Uno, y así me parecía hablarme todas tres personas, y que se representaban dentro de mi alma, diciéndome que, desde este día, vería mejoría en mí en tres cosas, que cada una de estas personas me hacía merced. La una en la caridad y en padecer con contento. En sentir esta caridad con encendimiento en el alma, entendía aquellas palabras que dice el Señor, que estarán con el alma que está en gracia, las tres Divinas personas, porque las veía en mí por la manera dicha» (1). Y en otro, hablando de la misma materia, dice: «Parecióme se me representó como cuando en una esponja se incorpora y embebe el agua, así me parecía mi alma que se henchía de aquella Divinidad, y por cierta manera gozaba en sí y tenía las tres personas. También entendí. *No trabajes tú de tenerme á mi encerrado en tí, sino de encerrarte tú en mí.* Parecíame que dentro de mi alma estaban, y veía yo estas tres personas se comunicaban á todo lo criado, no haciendo falta, ni faltando de estar conmigo» (2). De estas cosas dió cuenta en Sala-

(1) Estando yo después (continúa la Santa) agradeciendo al Señor tan gran merced, hallándome indignísima de ella, decía á su Majestad con harto sentimiento, que, pues me había de hacer semejantes mercedes, que, ¿por qué había dejádome de su mano para que fuese tan ruin? (porque el día antes había tenido gran pena por mis pecados, teniéndolos presentes). Vi aquí claro lo mucho que el Señor había puesto de su parte, desde que era muy niña, para llegarme á sí con medios harto eficaces, y cómo todos no me aprovecharon. Por donde claro se me representó el excesivo amor que Dios nos tiene en perdonar todo esto, cuando nos queremos tornar á El, y más conmigo que con nadie, por muchas causas. Parece quedaron en mi alma tan imprimidas aquellas tres personas que vi, siendo un solo Dios, que á durar así, imposible sería dejar de estar recogida con tan divina compañía. Otras algunas cosas y palabras, que aquí pasaron, no hay para qué las escribir.

«Una vez, poco antes de esto, yendo á comulgar, estando la Forma en el relicario, que aún no se me había dado, vi una manera de paloma, que meneaba las alas con ruido: turbóme tanto, y suspendióme, que con harta fuerza tomé la forma. Esto era todo en San José de Avila (últimos de Mayo de 1571). Dábame el Santísimo Sacramento el padre Francisco Salcedo. Otro día, oyendo misa, vi al Señor glorificado en la hostia: dijome, que le era aceptable su sacrificio.»

Don Francisco de Salcedo, el *caballero santo*, como le llama la Santa Madre, muerta su esposa, se había ordenado de sacerdote en 1570.

(2) Sucedióle esto en el monasterio de Medina del Campo, el 30 de Junio de 1571.

manca, cuando vino á fundar allí, al Padre Martín Gutiérrez, Rector del Colegio de la Compañía de Jesús que, demás de sus letras y excelente juicio, tenía mucha experiencia de cosas espirituales; y díjola que era esto de la Santísima Trinidad, que habemos contado, de lo más alto á que acá se puede subir.

Esto también escribió estando en la fundación de Sevilla. «Estando yo un día en oración, sentí yo estar el alma tan dentro de Dios, que no parecía había mundo, sino embebida en Él, se me dió á entender aquel verso de la *Magnificat*: *Exultavit spiritus meus in Deo salutari meo*, de manera que no se me puede olvidar.» También estaba esto: «Habiendo acabado de comulgar el día de San Agustín (1), yo no sabré decir cómo se me dió á entender y casi á ver sino que fué cosa intelectual y que pasó muy presto, cómo las Tres Personas de la Santísima Trinidad, que yo traigo en mi alma esculpidas, son tan sólo una esencia. Por una pintura tan extraña se me dió á entender, y por una luz tan clara, que ha hecho bien diferente operación, que de sólo tenerlo por fe. He quedado de aquí á no poder pensar en ninguna de las Tres Personas Divinas sin entender que están todas tres. De manera que estaba yo hoy considerando cómo siendo una cosa, había tomado carne humana el Hijo sólo. Dióme el Señor á entender, cómo con ser una cosa, eran distintas personas: son unas grandezas que de nuevo da deseo al alma de salir de este embarazo que hace el cuerpo para no gozar de ellas, que aunque parece no son para nuestra baja, de entender algo de ellas, queda una ganancia en el alma, con pasar en un punto, sin comparación mayor que con muchos años de meditación, y sin saber entender cómo.» En el mismo lugar escribió esto: «Estando una vez con esta presencia de las tres personas que traigo en el alma, era con tanta luz, que no podía dudar el estar allí Dios, vivo y verdadero, y allí se me daban á entender cosas que no las sabré decir después. Entre ellas era cómo había la persona del Hijo tomado carne humana, y no las demás. No sabré, como digo, decir cosa de esto, que pasaban algunas tan en lo secreto del alma, que parece el entendimiento entiende, como una persona que durmiendo, ó medio dormida, le parece entiende lo que se habla» (2). En el capítulo postrero de su vida, dice: «Vínome un

(1) 28 de Agosto de 1575, estando la Santa Madre en la fundación de Sevilla.

(2) «Yo estaba pensando (continúa la Santa) cuán recio era el vivir, que nos privaba de estar siempre en aquella admirable compañía, y dije entre mí: Señor, dadme algún medio para que yo lleve esta vida. Díjome:—*Piensa, hija, cómo después de acabada no me puedes servir en lo que agora, y come por Mí y duerme por Mí, y todo lo que hicieres sea por Mí, como si no lo vivieses tú ya, sino Yo, que esto es lo que decía San Pablo.*»

«Una vez, acabando de comulgar, se me dió á entender cómo este Sacratísimo Cuerpo de Cristo le recibe su Padre dentro de nuestra alma. Como yo entiendo y he visto están estas Divinas Personas, y cuán agradable es esta ofrenda de su Hijo, porque se deleita y goza con El, digamos, acá en la tierra, porque su Hu-

arrobamiento de espíritu, de suerte que yo no lo sé decir. Parecióme estar metida, y llena de aquella claridad que he sentido otras veces. En esta merced se me dió á entender una verdad, que es cumplimiento de todas las verdades, no sé yo decir cómo, porque no vi nada. Dijéronme sin ver quién, mas bien entendí ser la misma Verdad. *No es poco esto que hago por ti, que una de las cosas es en que mucho me debes, porque todo el daño que viene al mundo, es de no conocer las verdades de la Escritura con clara verdad. No faltará una tilde de ella.* A mí me pareció que siempre había creído esto, y que todos los fieles lo creían. Díjome: *¡Ah hija! qué pocos me aman con verdad: que si me amasen, no les encubriría yo mis secretos. ¿Sabes qué es amarme con verdad? Entender que todo es mentira lo que no es agradable á mi. Con claridad verás esto que ahora no entiendes en lo que aprovecha tu alma.* Y así lo he visto: sea el Señor alabado, que después acá tanta vanidad y mentira me parece lo que veo no va guiado al servicio de Dios, que no lo sabré yo decir como lo entiendo, y la lástima que me hacen los que veo con la obscuridad que están en esta verdad.»

Y luego va contando grandes provechos que quedaron en su alma. Más abajo dice: «Estando una vez en oración se me representó en breve, sin ver cosa formada, mas fué una representación muy alta, cómo se ven en Dios todas las cosas, y cómo las tiene todas en sí. Saber escribir esto, yo no lo sé, mas quedó muy imprimido en mi alma, y es una de las grandes mercedes que el Señor me ha hecho, y de las que más me han hecho confundir y avergonzar, acordándome de los pecados que he hecho.» Después declara como puede, con una comparación, lo que vió, de esta manera: «Digamos ser la Divinidad como un claro diamante muy mayor que todo el mundo, y que todo lo que hacemos se ve en este diamante, siendo de manera que lo encierra todo en sí, porque no hay nada que salga de esta grandeza. Cosa espantosa me fué ver en tan breve espacio tantas cosas juntas, aquí en este claro diamante, y lastimosísima cada vez que me acuerdo ver, qué cosas tan feas se representaban en aquella limpieza de claridad, como eran mis pecados. Y es así, que cuando se me

manidad no está con nosotros en el alma, sino la Divinidad, y así le es tan acepto y agradable, y nos hace tan grandes mercedes. Entendí que también recibe este sacrificio, aunque esté en pecado, el sacerdote, salvo que no se comunican las mercedes á su alma, como á los que están en gracia, y no porque dejen de estar estas influencias en su fuerza, que proceden de esta comunicación con que el Padre recibe este sacrificio, sino por falta de quien le ha de recibir; como no es falta del sol no resplandecer cuando da en un pedazo de pez, como en uno de cristal. Si yo ahora lo dijera, me diera mejor á entender: importa saber cómo es esto, porque hay grandes secretos en lo interior, cuándo se comulga. Es lástima que estos cuerpos no nos lo dejen gozar.»

Recibió la Santa estas mercedes del Señor hallándose en la fundación de Sevilla, en 1575.

acuerda, yo no sé cómo lo puedo llevar, y así quedé entonces tan avergonzada, que no sabía, me parece, dónde me meter.»

Del Santísimo Sacramento vió también muchas cosas, como diré en su lugar. Sería nunca acabar si se hubiesen de decir todas las grandezas que el Señor la mostró: lo que sabemos cierto, es que dejó escritas cosas grandes, y muchas de éstas que no quiso escribir, como ella lo dice claramente en el capítulo XXVII del mismo libro, donde escribe esto: «Y trata con ella con tanta amistad y amor, que no se sufre escribir, porque hace algunas mercedes que consigo traen sospecha, por ser de tanta admiración, y hechas á quien tan poco ha merecido, que si no hay muy viva fe, no se pueden creer. Y así pienso decir pocas de las que el Señor me ha hecho, si no me mandaren otra cosa.»

Y en el capítulo XXXII, después de aquella visión del infierno, dice: «Andando yo después de haber visto esto, y otras grandes cosas y secretos, que el Señor, por quien Él es, me quiso mostrar, de la gloria que se dará á los buenos y pena á los malos.» Y en el capítulo XXXVIII: «No quiero decir más de estas cosas, porque como digo, no hay para qué, aunque son hartas las que el Señor me ha hecho merced que vea.»

---



## CAPÍTULO V

### Del espíritu de profecía que tuvo

Van tan junto con estas visiones y revelaciones de grandes secretos que acabamos de contar, las que tocan al espíritu de profecía, que no se pueden apartar, y así diré alguna aquí, para que se vea cómo se cumplió en ella la profecía de Joel Profeta: «Derramaré mi espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas» (1). En tiempo del viejo Testamento hubo profetisas, como María, hermana de Moisés, y Débora, y la mujer de Isaías, á quien él llama profetisa en el capítulo VIII, y Holda en el tiempo del rey Josías, y Anna, hija de Fanuel. Hasta entre los gentiles hubo sibilas que tan claramente profetizaron muchos misterios de la vida y muerte de Cristo nuestro Señor, y del juicio postrero, como los santos Profetas entre los hebreos. En el Testamento nuevo ha habido muy mayor abundancia, porque en él se había de cumplir y cumplió lo que acabamos de referir del Profeta Joel. Felipe, uno de los siete diáconos escogidos por los Apóstoles, tuvo cuatro hijas vírgenes profetisas. Y era tan ordinario esto en la cristiandad, en aquellos tiempos, que hubo menester San Pablo avisar á los de Corinto, cómo habían de estar las mujeres cuando profetizasen en la Iglesia, y cómo los hombres; y por el capítulo catorce de la misma epístola, se ve bien cuán comúnmente se hallaba esta gracia de profecía en los de la iglesia de Corinto, y lo mismo era en otras. San Justino mártir escribe en el *Diálogo con Trifón*, que hasta su tiempo duraba la gracia de la profecía en las iglesias. Y Santo Tomás dice (2), que después de los Apóstoles, en todos tiempos ha habido algunos en la Iglesia que han tenido espíritu de profecía, y alega á San Agustín en el libro quinto de la Ciudad de Dios, capítulo veinte y seis, del emperador Teodosio, que viéndose muy apretado envió á Juan, monje de Egipto, señalado por el don de profecía, y de él supo que había de tener una gran

(1) Joel, II, 28.—Act. XXI, 9.—1 Cor. XI, 4, 5.

(2) 2, 2. q. CLXXIV art. ult.

victoria, como la tuvo. Esto se ha ido continuando hasta nuestros tiempos, así en santos como en santas, como largamente probamos en el capítulo primero del primer libro.

En Villacastín, lugar bien conocido en Castilla la Vieja, donde yo nací, hubo pocos años ha, en tiempo del rey don Enrique el enfermo, un hombre verdaderamente profeta, que dijo algunos trabajos, que vinieron después á Castilla, y con libertad santa y profética reprendía al rey, hasta venirle á cortar por ello la lengua en Segovia, y habló después como si la tuviera, volviéndose á ella, que estaba enclavada en la picota, y diciendo: «Vos estaréis ahí, porque decís las verdades.» Y yo, siendo muy niño, alcancé á una señora de aquel lugar, que vivió muchos años, y si bien me acuerdo, decía ella que le había conocido. Y en aquel lugar contaban esto hombres curiosos de la antigüedad, á quien se debía creer.

Volviendo, pues, al propósito, para lo que diré, presupongo primero la doctrina de San Gregorio, por todos recibida y aprobada, que en la primera Homilía sobre Ezequiel, dice así: «Tres tiempos tiene la profecía: pasado, presente y venidero.» Y probando esto de la Sagrada Escritura, dice: «Profecía de tiempo venidero es: *Mira que la Virgen concebirá, y parirá un hijo* (1). Profecía de tiempo pasado: *Al principio crió Dios el cielo y la tierra* (2): porque habló el hombre de un tiempo en que no había hombre. Profecía de presente es, cuando el Apóstol San Pablo dice: *Pero si todos están profetizando y entra algún infiel ó ignorante, todos le convencen, todos le juzgan, porque se manifiestan los secretos de su corazón, y así cayendo en tierra adorará al Señor, afirmando que Dios está verdaderamente en vosotros* (3). Así que cuando dice, los secretos de su corazón se manifiestan, muéstrase por cierto que por esta manera de profecía el espíritu no dice lo que está por venir, sino muestra lo que ya es. De donde concluye San Gregorio que si las cosas pasadas ó presentes son de manera que naturalmente no se pueden conocer, es espíritu de profecía conocerlas y manifestarlas, porque el saber ó decir las que están por venir, por eso es profecía, porque naturalmente no se pueden conocer.» Conforme á esta doctrina está claro que casi todo, ó sin casi, lo que hemos dicho en el capítulo pasado pertenece al espíritu de profecía.

Tal es también la visión en que un día de la Asunción de nuestra Señora vió de la manera que subió á los cielos, y la alegría y solemnidad con que fué recibida, y el lugar donde está (4).

También vió, de algunas almas bienaventuradas, el grado de gloria

(1) Is. VII, 14.

(2) Gen. I, 1.

(3) 1 Cor. XIV, 25, 25.

(4) *Vida*, cap. XXXVIII.

que tenía cada una, y la diferencia de unas á otras. Muchas almas vió salir del purgatorio, y subir al cielo, de quien ella escribe en el capítulo treinta y ocho, y entre ellas de un hermano nuestro de la Compañía, que estando ella en misa en nuestro Colegio de Avila, y haciendo oración por él, que había muerto la noche antes, le vió subir al cielo con mucha gloria, yendo Jesucristo nuestro Señor con él. De otras cuenta en el capítulo treinta y uno y treinta y cuatro. A un hombre rico amortajado vió cómo le tomaban muchos demonios, y le maltrataban, y con garfios de hierro le traían de uno en otro. Ya dijimos en la fundación de Valladolid, cómo vió subir al cielo el alma de don Bernardino de Mendoza, y lo que antes de eso vió.

En el tiempo que estuvo en la Encarnación por Priora, murió doña Leonor de Cepeda, hermana de la madre María Bautista, y sobrina suya, á quien ella había tenido consigo desde niña, y quería mucho por la mucha virtud que tenía, que había dejado de veras las cosas del mundo, y dándose mucho á la oración y á Dios, y un día antes que muriese vió la Madre el dichoso fin que había de tener, y que no había de llegar al purgatorio. Y cuando las monjas la sacaban al coro bajo para enterrarla, vió que los ángeles se la ayudaban á llevar, y iban teniendo el cuerpo, y contando esto ella después, dijo: «Porque se vea cuánto honra Dios los cuerpos donde estuvieron almas buenas.» Y así hizo que se enterrase con la misa mayor, la cual se dijo del Sacramento, porque era un día de la octava de *Corpus Christi*, con órganos, y mucha aleluya y ramos, y andándose la procesión con el Santísimo Sacramento alrededor de ella. Al Doctor Honcala, canónigo de Avila, hombre de gran ejemplo y muy teólogo, como se ve por las obras que dejó escritas (1), vió subir al cielo, y entendió que no había pasado por el purgatorio por haber sido virgen. Doña Juana Brochero, mujer de Perálvarez Cimbrón, dió en Avila á la Madre un Crucifijo muy bueno, y muy pocos días después de muerta la vió salir la Madre del purgatorio con un Crucifijo en las manos, dándole gracias por la oración que por ella había hecho, y mostrando que la había valido mucho delante de Dios el Crucifijo que la había dado. De cosas que estaban por venir, hemos visto hartas revelaciones que tuvo en la fundación del primer Monasterio, y en algunos de los otros. A algunos religiosos dijo cosas que les habían de suceder, y entre ellos á aquel Padre de la Compañía de Jesús, con quien trató muchísimo siendo él Rector del Colegio de Avila, y todo sucedió como ella dijo.

Habiéndose muerto un cuñado suyo súbitamente sin poderse confesar, tuvo revelación que había de morir de la misma manera doña María de Cepeda, su hermana, y mujer del muerto, y esto no una vez, sino más. Fué á ella, y sin decirle nada, la puso en que confesara

(1) Véase, Nicolás Antonio, *Bibl. Hisp. Nova*.

se y comulgase á menudo, y mirase mucho por sí, y desde á cuatro ó cinco años murió sin poderse confesar, y sin que la viesse nadie; y desde á ocho días acabando de comulgar se la mostró el Señor, cómo la llevaban á la gloria. De esta manera la avisaba nuestro Señor de muchos peligros suyos y ajenos, tres ó cuatro años antes que aconteciesen, y todas estas cosas las vió cumplidas. Y á personas ausentes avisaba de cosas de esta manera, para que con tiempo se apercibiesen y se pusiese remedio en daños que podían suceder.

De religiones vió grandes cosas. Estando rezando cerca del Santísimo Sacramento, se la apareció un santo de la orden de Santo Domingo (1) con un libro grande en las manos, y abrióle, y díjola que leyese unas letras que estaban en él grandes y muy legibles, que decían: «En los tiempos advenideros florecerá esta orden, habrá muchos mártires.» De la misma orden vió seis ó siete con espadas en las manos, por donde entendió que habían de defender la fe. También estando en oración se le arrebató el espíritu, y vió un gran campo, adonde combatían muchos, y los de esta misma orden peleaban con gran fervor. Tenían todos los rostros hermosos, y muy encendidos, y echaban muchos en el suelo vencidos, á otros mataban. Entendió que esto era la batalla contra los herejes.

Otra vez, estando en oración con mucho recogimiento, y suavidad, y quietud, vió en el cielo muchos de la Compañía de Jesús con unas banderas blancas en las manos. Y estando ella maravillada y contenta por la mucha devoción que tenía á esta religión, la dijo nuestro Señor Jesucristo: «Pues si tú supieses cuánto han de ayudar estos á la Iglesia en los tiempos venideros.» Esta visión dice ella que vió algunas veces, y aunque en la vida que se imprimió no se declare el nombre de la religión, está declarado en el libro mismo que ella escribió, y en los demás que andan de mano (2). Las palabras que la

(1) No dice Santa Teresa que el santo que le apareció fuera de la Orden de Santo Domingo: He aquí sus palabras: «Estando una vez rezando cerca del Santísimo Sacramento, aparecióme un Santo, cuya Orden ha estado algo caída: tenía en las manos un libro grande; abrióle y díjome que leyese unas letras que eran grandes y muy legibles, y decían ansí: *En los tiempos advenideros florecerá esta Orden, habrá muchos mártires.*»

«Otra vez, estando en Maitines en el coro, se me representaron y pusieron delante seis ó siete; me parece serían de esta misma Orden, con espadas en las manos. Pienso que se da en esto á entender, han de defender la fe, porque otra vez estando en oración se arrebató mi espíritu; parecióme estar en un gran campo adonde se combatían muchos, y estos de esta Orden peleaban con gran hervor. Tenían los rostros hermosos y muy encendidos, y echaban muchos en el suelo vencidos, otros mataban; parecíame esta batalla contra los herejes.» *Vida*, cap. XL. El P. Yepes, refiriéndose á este pasaje, dice estas formales palabras: «Yo sé que habla aquí de la nueva Reformación que ella fundó, y lo mismo saben algunas compañeras de la Santa Madre que hoy viven.» *Vida de Santa Teresa*, lib. III, cap. XVII. El P. Vandermoere, pesadas las razones en pro y contra de ambas opiniones, acepta como más probable la del P. Ribera. *Cofr. Acta S. T.*, n.º 1638 y sigs.

(2) Véase la nota de la pág. 161.

dijo nuestro Señor puso después más adelante en el capítulo cuarenta, sin el nombre de la religión, pero es cosa ciertísima y sabida de su boca todo lo que he dicho (1).

Desde que comencé á tratar de estas visiones proféticas, me viene pensamiento, si habrá alguno tan ignorante que no las tenga por profecía, por no haber más de representárselo el Señor en la visión. Pero muy rudo sería quien echase así la cuenta, pues las profecías de todos los Profetas fueron mostrándoles Dios alguna visión, y enseñándoles lo que por ella se daba á entender, ó diciéndoles, por sí ó por algún ángel, algo de lo que estaba por venir, ó de cosas tan secretas, que por vía natural no se podían saber, como se ve en todos los Profetas que hay en la Sagrada Escritura. Y por ser esto cosa tan clara no me detengo á probarlo.

Más de veinte años antes que viniese á Portugal aquel tristísimo suceso de la muerte del rey don Sebastián, y de tanta nobleza como con él murió en Africa, vió la Madre Teresa de Jesús un ángel con una espada desenvainada y muy sangrienta sobre el mismo reino de Portugal, y otro, aunque no tan airado, pero también con espada desenvainada, sobre el reino de Francia, dándola á entender la ira que Dios tenía con aquella provincia, y la mucha sangre que después en ella se ha derramado. Y al cabo de estos años, estándose ella afligiendo delante del Señor de tanta pérdida del rey don Sebastián y los suyos, respondióla: «Si yo los hallé dispuestos para traer á mí, ¿de qué te fatigas tú?» (2)

Cuando dieron el obispado de Osma al doctor Velázquez, canó-

(1) Menciona el P. Yepes otra profecía de la Santa, relativa á la Compañía de Jesús.

«Supo también, dice, la muerte de cuarenta Padres y Hermanos de la Compañía de Jesús que iban al Brasil, y los mataron los herejes. Iba entre ellos un deudo de la Santa Madre; luego que los mataron, dijo al P. Baltasar Alvarez, su confesor, que los había visto con coronas de Mártires en el cielo; después vino la nueva á España del martirio y dichosa muerte de estos Religiosos.» Tuvo lugar el glorioso martirio de estos 40 gloriosos confesores de la fe, el 15 ó 16 de Julio de 1570; la nave portuguesa en que iban al Brasil, fué apresada frente á la isla de La Palma, una de las Canarias, por el corsario calvinista Jaime Soria, que en odio á la fe mandó que fueran degollados y arrojados al mar todos los jesuitas que en ella había. El deudo de Santa Teresa llamábase Francisco Pérez de Godoy, el cual, según refiere el P. La Puente, para animar á sus compañeros á sufrir el martirio valerosamente, les exhortaba diciendo: «Ea, hermanos, no degeneremos de los altos pensamientos de los hijos de Dios.» Iba por superior de todos ellos el P. Ignacio de Acebedo. Pío IX autorizó el culto de estos 40 mártires, el 11 de Mayo de 1854. Cfr. Yepes, lib. III, cap. XVII. Vandermœere, *Acta S. T.*, núms. 501-510. La Puente, *Vida del V. P. Baltasar Alvarez*, s. I, cap. XX.

(2) La Fuente (*Obras de Sta. T.*, t. I, págs. 531 y 537) afirma que esta profecía es apócrifa y que fué fabricada durante el siglo xvii. Esto segundo es evidentemente falso, pues hacen mención de ella no sólo el P. Ribera, sino también el P. Yepes, en el capítulo citado en la nota anterior. En cuanto á la autenticidad no presenta dicho autor argumento alguno sólido que permita ponerla en tela de juicio. Además, consta positivamente en el proceso remisorial de Avila, testigo 39. Cfr. Vandermœere, *Acta S. T.*, núm. 1332.

nigo de Toledo, fuéle á encomendar á Nuestro Señor al coro, y dijola Nuestro Señor que sería para mucho servicio suyo. Otra vez la dijo que no desharía la orden de sus frailes Descalzos, que entonces estaban harto afligidos, sino antes iría creciendo. Estando con mucha aflicción por los negocios de su orden, que estaban en mucho riesgo, la dijo el Señor estas palabras: «¡Oh, mujer de poca fe, sosiégate, que muy bien se va haciendo!» Y presto se vió ser así (1). Vió también (como ella lo dejó escrito), cuatro años antes que se hiciese, un mar grande y muy alterado de persecuciones, y entendió en esta visión que, como los de Egipto se habían hundido en el mar cuando iban á destruir los hijos de Israel, y el pueblo de Dios pasó libre, así su orden pasaría libre, y los que la persiguiesen serían ahogados y vencidos.

Estando otra vez con mucha pena porque había mucho que no sabía del Padre Maestro Fray Jerónimo Gracián, que estaba indispuesto, se le representó en lo interior una luz, y le vió venir por el camino, alegre y bueno, y dijola el Señor: «Dile que comience luego, que suya es la victoria.» En Avila, como queda dicho en el libro primero, habiendo enviado un mozo á Toro á pedir unos dineros á una

(1) Acaecióle esto hallándose la Santa Madre en la fundación de Sevilla. He aquí sus propias palabras.

«El día que se presentó el Breve, como yo estuviese con grandísima atención que me tenía toda turbada, que aun rezar no podía, porque me habían venido á decir que nuestro Padre estaba en gran aprieto, porque no le dejaban salir, y había gran ruido, entendí estas palabras:—¡Oh, mujer de poca fe, sosiégate, que muy bien se va haciendo! Era día de la Presentación de Nuestra Señora, año de 1575. Propuse en mí, si esta Virgen acababa con su Hijo que viésemos á nuestro Padre libre de estos frailes, y á nosotras, de pedirle ordenase que en cada año celebrasen con solemnidad esta fiesta en nuestros monasterios de Descalzas. Cuando esto propuse ni se me acordaba de lo que entendí que había de establecer fiesta, en la visión que vi. Ahora, tornando á leer este cuadernillo, he pensado si ha de ser ésta la fiesta.»

Para la inteligencia de estas palabras hay que recordar que el P. Gracián en 1575 fué nombrado por el Nuncio, visitador de los Carmelitas Calzados de Andalucía. Al presentar el breve que le autorizaba para la visita, á los Frailes de Sevilla, el día de la Presentación de la Virgen, le negaron la obediencia; y como Gracián les declarara excomulgados, salieron del capítulo con gran tumulto y alboroto, cerrando las puertas del convento, de modo que el visitador se vió en grave apuro, como él mismo lo cuenta en su *Peregrinación de Anastasio*, Dial. XVI, y en una carta que escribió, desde Roma, á la Madre Mariana de Cristo, monja Descalza en el convento de Barcelona y hermana de la Duquesa de Cea, donde dice: «Y ya que vuestra caridad es profesa, sea mil veces de norabuena, y el particular de haber hecho los votos día de la Presentación de Nuestra Señora, me es para mí particular motivo de encomendársela cada día, como á mi propia alma, porque en ese día estuve bien cerca de perder la vida por la Orden, cuando andábamos en los primeros golpes de las fundaciones, y viendo la Madre Teresa de Jesús que me tenían á puerta cerrada cercado cien personas... hizo voto que, si Nuestra Señora me escapaba de aquel trago, celebrar aquella fiesta con mucha solemnidad ella y sus hijas, y en un tiempo se guardaba esto, ahora no sé nada.» Cfr. Marmol. *Excelencias, vida y virtudes del P. Gracián*, p. I, cap. XVII, al fin.



señora, dijo: «Ciertos son los dineros; ya los tiene el mozo en su poder, en la sala baja se los contaron.»

Estando en Toledo, en casa de doña Luisa de la Cerda, estaba en la misma, la madre María de San José, Priora que es ahora de Lisboa, y viendo á la Madre y á sus compañeras, veníanla deseos de ser monja con ellas; pero ni á ella ni á criatura del mundo había dado á entender la menor cosa de sus propósitos. Y como la Madre aconsejase á las demás doncellas de aquella casa que sirviesen á Nuestro Señor, conforme cada una á su hábito, y que si sus padres las mandasen aderezarse, lo hiciesen con fin de obedecer; á sola María de San José, la reprendía siempre que la veía, porque andaba galana, y la decía que no eran ejercicios los suyos para monja.

Aconteciólá de sólo ver una persona, entender la oración que tenía, y de otras, con sólo mirarlas, entender lo que tenían en su corazón, y las faltas interiores, y cosas que naturalmente era imposible saberlas.

A doña Beatriz de Ovalle, hija de su hermana doña Juana, deseando verla monja Descalza, y estando ella muy lejos de esos pensamientos, decía: «Ahora, Beatriz, anda por donde quisieres, que al cabo has de venir á ser monja Descalza», como lo es ahora en el Monasterio de Alba, y se llama Beatriz de Jesús, de cuya entrada diré adelante. Habiendo entrado una señora en su religión, dijo que no perseveraría en ella, y así salió presto.

A la duquesa de Alba, doña María Enríquez, dijo que vendría á morir á Alba, y á otras personas dijo lo mismo; pero particularmente al Padre Fray Mariano de San Benito, dijo siete ú ocho años antes que muriese, que la había revelado Nuestro Señor que había de morir en Alba.

De la iglesia de San José de Avila dejó escritas estas palabras, como yo las vi de su mano: «Una vez entendí: *tiempo vendrá que en esta iglesia se hagan muchos milagros: llamarla han la Iglesia Santa*. Es en San José de Avila, año de 1571.» Al Padre Fray Pedro de Alcántara le dijo en Avila cuándo había de morir. Estando en Sevilla la reveló Nuestro Señor que se había de salvar. Su muerte supo esant, en qué año había de ser. Porque estándola una vez diciendo la Priora de Medina, que era la madre Inés de Jesús: «¿Habrás vuesa reverencia ahora cincuenta y nueve años?» respondió: «Sí»; y después dijo como entre dientes: «de cincuenta y nueve para sesenta y ocho», y no añadió más. Notó estas palabras entonces la madre Isabel de Jesús, que era novicia. Y después de algunos años, estando en Salamanca indispueta, como lo andaba siempre, dijola el Doctor Tiedra, médico muy docto, cosas que había menester hacer para su salud. Ella respondió que no pensaba hacer nada de aquello, y preguntada la causa, dijo: «Para cuatro años que tengo de vivir, no es menester tanto emba-

razo.» Y la misma que había oído las primeras palabras, oyendo estas las juntó, y contando los años que habían pasado desde las primeras, halló que para los sesenta y ocho años faltaban aquellos cuatro, y así fué, que murió de sesenta y siete años y medio poco más.

Estando en Salamanca, y con ella doña Quiteria de Avila, monja de la Encarnación, rezando las dos maitines, se quedó elevada un rato, y después, volviendo en sí, y rogándola mucho doña Quiteria que la dijese qué había sido aquello, respondió. «Muerto es don Francisco de Guzmán», que era un caballero, sacerdote muy humilde y muy siervo de Dios. Y fué así, que murió entonces. Consolando después en Avila á doña Francisca de Bracamonte, su hermana, la dijo: «No tenga pena, que en buen lugar está, que yo vi un cuerpo glorificado muy hermoso, y aunque él no lo era, conocí ser él.»

En el libro primero, dijimos de Ursula de los Santos, una de las monjas primeras á quien vió gloriosa estando en Alba, cuatro horas después que ella se había muerto en Avila. Estando la Madre en Segovia dijo una noche: «Isabel de los Angeles es muerta, y su alma ha estado un poco en el purgatorio.» Y de allí á dos días vinieron cartas de Salamanca de cómo era muerta, porque vivía ella allí. Rogando á nuestro Señor en el mismo lugar por un caballero que estaba con una enfermedad muy peligrosa, la dijo el Señor dos días antes que él muriese: «Morirá, pero vivirá para siempre.» Y así fué, que murió.

Esto de saber la muerte de las monjas de sus Monasterios, antes que de ellos se lo escribiesen, la aconteció algunas veces. Estando desahuciada la madre Inés de Jesús, que es ahora priora de Palencia, y dándola todos por muerta, dijo: «No morirá de este mal, que para más que eso la tiene Dios guardada.» También de Juan de Ovalle, su cuñado, teniendo todos por cierto que moriría, dijo que sanaría, y así fué. Cuando hacían en Alba el coro bajo, querían hacer cuadrada la reja que sale á la iglesia, como lo suelen ser las demás; ella dijo: «No se ha de hacer sino un arco, porque se ha de poner allí el depósito.» Hizose así la reja, las monjas entendían que lo decía por el arca del depósito que, para ciertas obras pías, dejaron allí los fundadores, y este depósito nunca se puso allí; pero púsose otro muy más precioso, que fué su santo cuerpo, el cual estuvo allí depositado algún tiempo, como diremos en el libro siguiente. Por donde se piensa (aunque de esto no hay certidumbre) que hablaba la Madre del depósito de su cuerpo.

En una relación que hizo de ella y de su espíritu un confesor suyo, el cual, á lo que puedo colegir, era de la Compañía de Jesús, hallé estas palabras: «Háme dicho muchas cosas que sólo Dios las podía saber, por ser cosas que estaban por venir, y que tocaban al corazón y aprovechamiento, y que parecían imposibles, y en todas he hallado

grandísima verdad.» Y como á los Profetas les daba Dios recaudos suyos que diesen á otros para provecho de sus almas, así se los daba á ella muchas veces, aunque no gustaba de recibirlos, y se excusaba. Una vez dijo á nuestro Señor: «Señor, ¿por qué me fatigáis en esto? Vos ¿no se lo podéis decir á ellos? ¿Para qué ordenáis que yo entienda en esto?» Respondióla el Señor: «Hágolo porque tú, como no puedes entender en más, ayudes para que otros me sirvan, y porque él no está dispuesto para que le hable, y si lo quisiese hacer, como no trata tanto de oración, no me creería.» Otra vez le dijo: «Señor, ¿no hay otras personas, especialmente letrados y varones, que si vos les hablásedes harían esto que vos me mandáis, mucho mejor que yo, que soy tan mala?» Respondióla: «Porque los letrados y varones no se quieren disponer para tratar conmigo, vengo yo, como necesitado y desechado de ellos, á buscar mujeres con quien descanse y trate mis cosas.» Cuenta este mismo confesor, que habiendo él concertado con una persona cómo había de tratar muy de veras con Dios, y pensando que lo hacía así, no quería volver por donde ella estaba, dijole la Madre que su Maestro (que así llamaba ella á Cristo Nuestro Señor) la había mandado que le dijese que volviese á la persona, y le diese el recaudo que ella le daba, y él se lo dió; y fué tal, que á la persona para quien se daba (con ser un hombre muy grave y de mucho seso y gobierno), le penetró las entrañas, y comenzó á llorar, y descubrióse allí cómo no había comenzado lo que había prometido de hacer.

---

## CAPÍTULO VI

### De los libros espirituales que escribió

Después de lo dicho, se sigue tratar de los libros que dejó escritos, y de los avisos que dió para la oración, porque todo esto pertenece al conocimiento que dijimos había alcanzado de las cosas espirituales, y á lo que comenzamos á tratar en el capítulo primero de su oración. Fuera de papeles sueltos que quedaron, en que hay cosas muy provechosas, escribió cinco libros, no por su voluntad, sino por la obediencia de sus confesores, á quien obedecía como á Cristo nuestro Señor, como se entiende de lo dicho, y después diremos más largamente. El primero fué del discurso de su *Vida* hasta la fundación del Monasterio de San José de Avila. Este escribió por mandado del Padre Fray García de Toledo (1), de la orden de Santo Domingo, que era entonces su confesor, en el mismo año que fundó el Monasterio, que fué de 1562, y acabóle el mes de junio del mismo año, sin dividir por capítulos; pero después le dividió, y añadió la fundación de San José de Avila, como ahora está. Y es cosa maravillosa que como le iba escribiendo, la iba nuestro Señor poniendo en aquella oración de que escribía, como cuando la tenía al principio. Y así fué prosiguiendo en todos los modos de oración que allí cuenta, hasta la que tenía de presente. El segundo fué el *Camino de perfección* que escribió siendo allí Priora, por orden del Padre Maestro Fray Domingo Báñez (2),

(1) Empezó la Santa á escribir el libro de su Vida en 1561, por orden del Padre Fr. Pedro Ibáñez, dominico, y la terminó en 1562 estando en Toledo. En esta ciudad, por mandato del Padre Fr. García de Toledo, también dominico, añadió al libro la fundación de San José de Avila. Véase la Introducción.

(2) La Santa Madre dice en el Prólogo de este libro: «Sabiendo las hermanas de este Monasterio de San José cómo tenía licencia del Padre Presentado Fray Domingo Báñez, de la Orden de Santo Domingo, que al presente es mi confesor, para escribir algunas cosas de oración... me han tanto importunado lo haga, por tenerme tanto amor, que aunque hay libros muchos que de esto tratan... parece la voluntad hace acceptas algunas cosas imperfectas y faltas, más que otras muy perfectas, y como digo ha sido tanto el deseo que las he visto, y la importunación, que me he determinado á hacerlo, pareciéndome por sus oraciones y humil-

que era entonces su confesor, en el año mismo después de haber acabado el primero. El tercero fué de las *Fundaciones de los otros Monasterios*, comenzando desde el de Medina, y acabando en el de Burgos, que fué el postrero. Este comenzó en Salamanca el año de 1573, por orden del Padre Maestro Jerónimo de Ripalda (1), de la Compa-

dad querrá el Señor acierte algo á decir, que las aproveche, y me lo dará para que se lo dé. Si no acertare, quien lo ha de ver primero, que es el Padre Presentado dicho, lo quemará, y yo no habré perdido nada en obedecer á estas siervas de Dios; y verán lo que tengo de mí cuando su Majestad no me ayuda.» Dos veces escribió Santa Teresa el *Camino de perfección*, y afortunadamente los dos originales han llegado hasta nosotros. El primero se guarda en el Escorial desde los tiempos de Felipe II, y el segundo, ó sea una copia sacada por la misma Santa, lo veneran sus hijas del Monasterio de Valladolid. Son muy notables las diferencias que hay entre los dos originales, como puede verse en la edición á dos columnas que ha publicado el Dr. D. Francisco Herrero Bayona, junto con la reproducción fotolitográfica del ejemplar que se venera en el Escorial.

(1) La Santa, al final del Prólogo, señala el día en que dió comienzo á este trabajo, diciendo: «Año de 1573, día de San Luis Rey de Francia, que son 24 días de Agosto.»

Escribió entonces la historia de los ocho monasterios de monjas que llevaba fundados y algo de los dos primeros de hombres. Abarca esta 1.<sup>a</sup> parte del Libro los 20 primeros capítulos, y termina el vigésimo excusándose por lo que respecta á la parte cronológica: «En la cuenta de los años en que se fundaron, dice, tengo alguna sospecha si yerro alguno, aunque pongo la diligencia que puedo porque se me acuerde. Como no importa mucho, que se puede enmendar después, dígolo conforme á lo que puedo advertir con la memoria; poca será la diferencia si hay algún yerro.»

La segunda parte del Libro de las *Fundaciones*, empieza en el capítulo 21 y termina en el 27, después del cual se lee: «Comencé á escribir estas fundaciones por mandato del Padre Maestro Ripalda, de la Compañía de Jesús, como dije al principio, que era entonces Rector del colegio de Salamanca, con quien yo entonces me confesaba. Estando en el monasterio del glorioso San José, que está allí, año de 1573, escribí algunas de ellas y con las muchas ocupaciones habíalas dejado... Me mandó el Padre comisario apostólico (que es ahora el Maestro Fray Jerónimo Gracián de la Madre de Dios) que las acabase... Hase acabado hoy, víspera de San Eugenio, á 14 días del mes de Noviembre, año de 1576, en el monasterio de San José de Toledo.» Abraza por lo tanto esta segunda sección del libro, las fundaciones de Segovia, Veas, Caravaca y Sevilla.

«Acabada esta fundación, dice la Santa al principiar el cap. 28, cesaron las fundaciones por más de cuatro años (1576 á 1580); la causa fué, que comenzaron grandes persecuciones, muy de golpe, á los Descalzos y Descalzas, que aunque ya había habido hartas, no en tanto extremo, que estubo á punto de acabarse todo.» Calmada ya algún tanto la tempestad á fines de 1579, pudo la intrépida fundadora proseguir, á principios de 1580, las interrumpidas fundaciones. En los tres años que aún vivió, hizo las de Villanueva de la Jara, Palencia, Soria y Burgos, delegando á la Ven. Ana de Jesús para la de Granada. Los cuatro capítulos últimos de su libro, del 28 al 31, los fué escribiendo la Santa Madre á medida que terminaba aquellas fundaciones.

No entraba en la mente de Santa Teresa, al escribir este libro, el que se pusiera en manos de sus religiosas, mientras ella gozara de esta vida. Esto aparece bien claro por algunos pasajes del mismo. Hacia el fin del cap. 20 dice: «Comencé á decir algunas cosas particulares de algunas hermanas de estos monasterios, pareciéndome, cuando esto viniesen á leer, no estarían vivas las que ahora, y para que las que vinieren se animen á llevar adelante tan buenos principios.» Y al final del cap. 27, añade dirigiéndose á sus religiosas: «Pues mientras fuere viva, no lo habéis de leer; séame alguna ganancia para después de muerta, lo que me he cansado en escribir esto.»

ña de Jesús, que la confesaba allí, teniendo ya fundados siete Monasterios, y después le iba añadiendo como iba fundando. El cuarto, que se llama *Castillo interior*, ó las *Moradas* (1), escribió por orden del

(1) El Padre Gracián, en las notas marginales que dejó manuscritas en un ejemplar de la vida de Santa Teresa escrita por el Padre Ribera, nos suministra curiosos datos acerca de este punto: «Mandéla, dice, que escribiese este Libro de las *Moradas*, diciéndola, para más la persuadir, que lo tratase también con el doctor Velázquez, que la confesaba algunas veces, y se lo mandó. Después leímos este libro en presencia del Padre Fr. Diego Yanguas, y arguyéndole yo muchas cosas de él, diciendo ser mal sonantes, y el Padre Fr. Diego respondiéndome á ellas, y ella diciendo que las quitásemos; y así quitamos algunas, no porque fuese mala la doctrina, sino es alta y dificultosa de entender para muchos, porque con el celo que yo la quería, procuraba que no hubiese cosa en sus escritos en que nadie tropezase.» (*Año Teresiano*, t. I, pág. 223.)

En verdad, dice La Fuente, que no era gran cosa la claridad que lograba dar el padre Gracián con sus enmiendas al escrito de Santa Teresa, y en mi pobre juicio más obscurecía que aclaraba. No me atrevería yo á decir esto contra la opinión de un hombre tan sabio como el Padre Gracián, si no pudiera escudar mi censura con la opinión del venerable fray Luis de León, que fué del mismo parecer, y que no tan sólo halló impertinentes las enmiendas del Padre Gracián, sino que las borró por su propia mano en el original mismo, y cuyas márgenes habían embadurnado Gracián y Yanguas.

Acerca del plan de la obra y del modo con que la escribió, se hallan datos muy curiosos en las Memorias históricas que reunió fray Andrés de la Encarnación en los tomos en 4.º que hoy en día se hallan en la Biblioteca Nacional de Madrid.

El Ilustrísimo Señor Yepes, en la información compulsorial que se hizo en Tarazona por orden del Nuncio, da unos datos muy interesantes acerca del origen y motivo de este libro, y al tenor de una relación que dirigió á fray Luis de León.—Yendo el Padre Yepes á Zamora, hubo de quedarse un día en Arévalo, por el mal tiempo que á la sazón hacía. Encontró allí á Santa Teresa, que iba á Medina por Avila, y se hallaba detenida por igual motivo. «Dióme licencia á la tarde (dice Yepes en su relación) para que la entrase á hablar á su aposento. Vióme con algún deseo y necesidad de reformación, y estuvo conmigo tan liberal, que me dijo cosas tan admirables, que me parecía que me hablaba un ángel. La más llana y la que me atrevo á referir es la que se sigue.—Había deseado esta Santa Madre ver la hermosura de un alma que está en gracia, cosa harto de codicia para verla y poseerla. Estando en este deseo le mandaron escribir un tratado de oración, lo cual tenía ella muy bien sabido por experiencia. Víspera de la Santísima Trinidad pensando qué motivo tomaría para este tratado, Dios, que dispone las cosas en sus oportunidades, cumplióle este deseo y dióle el motivo para el libro. Mostróle un globo hermosísimo de cristal, á manera de castillo con siete moradas, y en la séptima, que estaba en el centro, al Rey de la gloria, con grandísimo resplandor, que ilustraba y hermozeaba aquellas moradas hasta la cerca, y tanta más luz participaban cuanto más se acercaban al centro. No pasaba esta luz de la cerca, y fuera de ella todo era tinieblas y inmundicias, sapos y víboras y otros animales ponzoñosos. Estando ella admirada de esta hermosura, que con la gracia de Dios mora en las almas, súbitamente desapareció la luz, y sin ausentarse el Rey de la gloria de aquella morada, el cristal se puso y cubrió de oscuridad y quedó feo como carbón, y con un hedor insufrible, y las cosas ponzoñosas, que estaban fuera de la cerca, con licencia de entrar en el castillo. Esta visión quisiera la Santa Madre que vieran todos los hombres, porque le parecía que ninguno de los mortales que viese aquella hermosura y resplandor de gracia, que se pierde por el pecado y se muda súbitamente en estado de tanta fealdad y miseria, sería posible atreverse á ofender á Dios.»

«Esta visión me dijo aquel día, y estuvo en esto y otras cosas tan liberal, que ella misma lo echó de ver y me dijo á la mañana:—¡Cómo me descuidé anoche con vos! no sé como ha sido. Estos mis deseos y amor que os tengo, me han hecho salir de medida. De esta visión sacó ella cuatro cosas de harta importancia. La pri-



Doctor Velázquez, su confesor, que como habemos dicho, fué después Obispo de Osma y Arzobispo de Santiago; y tuvo aquellos días tan

mera, entendió allí esta proposición por estos términos, sin jamás haberla oído en toda su vida, cómo Dios está en todas las cosas por esencia, presencia y potencia. La segunda, quedó con tanta admiración que sea tanta la malicia del pecado, que con no ausentarse Dios del alma, sino quedando con nosotros en aquellas presencias, pueda impedir que no se comunice al alma con tan gran poder y resplandor. La tercera quedó de allí tan humillada y enseñada, que desde aquel punto nunca se acordó de sí en cosa buena que hiciese, porque vió que toda la hermosura procede de aquel resplandor y todas las fuerzas del alma y del cuerpo son vivificadas y esforzadas de aquel poder que está en su centro, y que de allí mana todo nuestro bien y la poca parte que tenemos en todas nuestras buenas obras. Todo el bien que desde aquel punto hacía, lo refería á Dios como á Autor y movedor principal... La cuarta, tomó de aquí motivo para escribir el libro de oración que la mandaron, porque entendió, por aquellas siete moradas del castillo, siete grados de oración, por los cuales entramos en nosotros mismos y nos vamos allegando á Dios. De manera, que cuando llegamos al hondo de nuestra alma y perfecto conocimiento de nosotros mismos, entonces llegamos al centro del castillo y séptima morada, donde está Dios, y nos unimos con El por unión perfecta, cual en esta vida se puede tener, participando de su salud y amor. No quiero decir más de esta visión y moradas, porque ya vuesa paternidad habrá visto el libro admirable que de esto escribí, y con cuanto primor y majestad de doctrina y claridad de ejemplos lleva á un alma desde las puertas de sí misma hasta este divino centro.»

El mismo manuscrito cita varios trozos de revelaciones de monjas que le vieron escribir este libro. La madre María de San Francisco, en las informaciones de Medina, dice: «Sé que escribió nuestra Santa Madre cuatro libros: su *Vida*, el *Camino de perfección*, *Las Fundaciones* y *Las Moradas*. Los cuales mucha parte se los vi yo escribir. Especialmente vi una vez estando escribiendo el de *Las Moradas* y entrando yo á darla un recado, dijo:—Mi hija, siéntese un poco; déjeme escribir esto que me ha dado el Señor, antes que se me olvide,—lo cual iba escribiendo con gran velocidad y sin parar.»

La hermana María de San José, en las informaciones de Consuegra, dice:

«Que muchas veces solía estar en la celda de la Santa cuando escribía sus libros, y que veía su rostro con gran resplandor, y que la mano la llevaba tan ligera, que parecía imposible naturalmente pudiera escribir con tanta velocidad.»

La venerable María de Jesús de Toledo en las informaciones de allí:

«Estando hablando un día con nuestra Santa Madre cosas de Nuestro Señor, me dijo:—Que le había comunicado Nuestro Señor tanto de Sí, desde que llegó á lo que dice en su libro de la séptima Morada, que no le parecía que por vía de oración podía tener más en esta vida ni qué desear.»

La madre María del Nacimiento, en las informaciones de Madrid:

«Al tiempo que nuestra Santa Madre escribía el libro de *Las Moradas* en Toledo, la vi muchas veces con grande resplandor estándolo escribiendo (que de ordinario era después de comulgar) y lo hacía con mucha velocidad, estando tan embebida en ello, que aunque hiciésemos ruido por allí, nunca por eso lo dejaba ni decía la estorbábamos.» Cfr. La Fuente, I, p. 406.

Acerca del mérito literario y doctrinal de esta joya preciosísima de la literatura española, véase el estudio preliminar del Rev. Padre Luis Martín. Léase además el juicio que de ella y de los otros escritos de la Santa, hace el Sr. D. Juan Valera.

«La premura del tiempo, dice, me incita á no hablar de la gran poetisa, para consagrarme todo, en lo que puedo decir aún sin fatigar vuestra atención, á otra mujer, á otra poetisa harto más asombrosa, hija de nuestra España y una de sus glorias mayores y más puras; la cual, aun considerándolo todo profanamente, me atrevo á decir, sin pecar de hiperbólico, que vale más que cuantas mujeres escribieron en el mundo.

Mi pluma tal vez la ofenda por torpe é inhábil; pero mi intento es sano y de vivo entusiasmo nacido. Mi admiración y mi devoción son tales que, si respondiese mi capacidad á mi afecto, diría yo algo digno y grande en su elogio.

gran exceso de oración y andaba tan elevada en Dios, que en diez ó doce días no pudo estar hábil para escribir una carta, y de esto quedó

Bien pueden nuestras mujeres de España jactarse de esta compatriota y llamarla sin par. Porque, á la altura de Cervantes, por mucho que yo le admire, he de poner á Shakspeare, á Dante, y quizás al Ariosto y á Camoens; Fenelon y Bossuet compiten con ambos Luises, cuando no se adelantan á ellos; pero toda mujer que en las naciones de Europa, desde que son cultas y cristianas, ha escrito, cede la palma y aun queda inmensamente por bajo comparada á Santa Teresa.

Y no la ensalzo yo como un creyente de su siglo, como un fervoroso católico, como los Santos, los Doctores y los Prelados sus contemporáneos la ensalzaban. No voy á hablar de ella impulsado por la fe poderosa que alentaba á San Pedro de Alcántara, á San Francisco de Borja, á San Juan de la Cruz, al venerable Juan de Avila, á Báñez, á fray Luis de León, al padre Gracián, y á tantas otras lumbreras de la Iglesia y de la sociedad española, en la edad de oro de nuestra monarquía; ni con el candor con que la amaban y veneraban todos aquellos sencillos corazones que ella robó con su palabra y con su trato para dárselos á su Esposo Cristo; sino desde el punto de vista de un hombre de nuestro tiempo, incrédulo tal vez, con otros pensamientos, con otras aspiraciones, y, como ahora se dice, con otros ideales.

En verdad que no es este el punto de vista mejor para hablar de la Santa; pero yo apenas puedo tomar otro. No hay método además que no tenga sus ventajas.

Para las personas piadosas es inútil que yo me esfuerce. Por razones más altas que las mías, comparten mi admiración. Y en dicho sentido, nada acertaría á escribir yo que ya no hubiesen escrito tantos teólogos y doctores católicos de España, Alemania, Francia, Italia y otras naciones, devotos todos de la admirable monja de Avila, y que, en diversas lenguas y en épocas distintas, elogiaron sus virtudes, contaron su vida y difundieron su inspirada enseñanza.

Aunque este escrito mío no fuese improvisado, aunque me diesen años y no horas para escribirle, nada nuevo podría añadir yo de noticias bibliográficas y críticas, después de la edición completa de las obras de la Santa, hecha por Don Vicente de la Fuente, con envidiable amor, con afanoso esmero y con saber profundo.

Véome, pues, reducido á tener que hablar de la Santa sólo como profano en todos sentidos.

Mis palabras no serán más que una excitación para que alguien, con la ciencia y el reposo de que carezco, no en breve disertación sino en libro, exponga por el método que hoy priva, aquella doctrina suya, que fray Luis de León llamaba *la más alta y más generosa filosofía que jamás los hombres imaginaron...*

La dificultad de decir algo nuevo y atinado de Santa Teresa, crece al considerar lo fecundo y vario de su ingenio y la multitud de sus escritos: y más aún, si tenemos en cuenta que su filosofía, *la más alta y más generosa*, no es mera especulación, sino que se transforma en hechos y toda se ejecuta. No es misticismo inerte, egoísta y solitario el suyo, sino que desde el centro del alma, la cual no se pierde y aniquila abrazada con lo infinito, sino que cobra mayor aliento y poder en aquel abrazo; desde el éxtasis y el arrobo; desde la cámara del vino donde ha estado ella regalándose con el Esposo, sale, porque El le *ordena la caridad*, y es Marta y María juntamente; y embriagada con el vino suavísimo del amor de Dios, arde en amor del prójimo y se afana por su bien y ya *no muere porque no muere*, sino que anhela vivir para serle útil y padecer por él, y consagrarle la actividad de su bríos y rica existencia.

Pero aun prescindiendo aquí de la vida activa de la Santa, y hasta de los preceptos y máximas y exhortaciones con que se prepara á esta vida y prepara á los que la siguen, lo cual constituye una admirable suma de moral y una sublime doctrina ascética, ¿cuánto no hay que admirar en los escritos de Santa Teresa?

Divertida y embelesada la atención en tanta riqueza y hermosura como contienen, no sabe el pensamiento dónde fijarse ni por dónde empezar, ni acierta á poner orden en las palabras.

A fin de decir, sin emplear muchas, algo digno de esta mujer, sería necesario, aunque fuese en grado infimo, poseer una sombra siquiera de aquella inspiración

con tanta flaqueza de cabeza, como en el mismo libro da á entender. Comenzóle el día de la Santísima Trinidad del año de 1577, en Tole-

que la agitaba y que movía al escribir su mente y su mano; un asomo de aquel estro celestial de que las sencillas hermanas, sus compañeras, daban testimonio, diciendo que la veían con grande y hermoso resplandor en la cara, conforme estaba escribiendo, y que la mano la llevaba tan ligera que parecía imposible que naturalmente pudiera escribir con tanta velocidad, y que estaba tan embebida en ello que, aun cuando hiciesen ruido por allí, nunca por eso lo dejaba ni decía la estorbasen.

No traigo aquí esta cita como prueba de milagro, sino como prueba candorosa de la facilidad, del tino, del inexplicable don del cielo con que aquella mujer, que no sabía gramática, ni retórica, que ignoraba los términos de la escuela, que nada había estudiado en suma, adivinaba la palabra más propia, formaba la frase más conveniente, hallaba la comparación más idónea para expresar los conceptos más hondos y sutiles, las ideas más abstrusas y los misterios más recónditos de nuestro íntimo sér.

Su estilo, su lenguaje, sin necesidad del testimonio de las hermanas, á los ojos desapasionados de la crítica más fría, es un milagro perpetuo y ascendente. Es un milagro que crece y llega á su colmo en su último libro, en la más perfecta de sus obras: en *El Castillo interior ó las Moradas*.

La misma Santa lo dice: *El platero que ha fabricado esta joya sabe ahora más de su arte.* ¡En el oro fino y aquilatado de su pensamiento, cuán diestramente engarza los diamantes y las perlas de las revelaciones divinas! Y este diestro artífice era entonces, como dice el señor La Fuente, «una anciana de sesenta y dos años, maltratada por las penitencias, agobiada por enfermedades crónicas, medio parálitica, con un brazo roto, perseguida y atribulada, retraída y confinada en un convento harto pobre, después de diez años de una vida asendereada y colmada de sinsabores y disgustos.»

Así escribió su libro celestial. Así, con inefable acierto, empleó las palabras de nuestro hermoso idioma, sin adorno, sin artificio, conforme las había oído en boca del vulgo, en explicar lo más delicado y obscuro de la mente; en mostrarnos con poderosa magia el mundo interior; el cielo empireo, lo infinito y lo eterno, que están en el abismo del alma humana, donde el mismo Dios vive.

Su confesor el Padre Gracián y otros teólogos, con sana intención sin duda, tacharon frases y palabras de la Santa y pusieron glosas y otras palabras; pero el gran maestro en teología, en poesía y en habla castellana, fray Luis de León, vino á tiempo para decir que se podrían excusar las glosas y las enmiendas, y para avisar á quien leyere *El Castillo interior*, «que lea como escribió la Santa Madre, que lo entendía y decía mejor, y deje todo lo añadido; y lo borrado de la letra de la Santa délo por no borrado, si no fuere cuando estuviere enmendado ó borrado de su misma mano, que es pocas veces.» Y en otro lugar dice el mismo fray Luis, en loor de la escritora, y censurando á los que la corrigieron: «Que hacer mudanza en las cosas que escribió un pecho en quien Dios vivía, y que se presume le movía á escribirlas, fué atrevimiento grandísimo, y error muy teo querer enmendar las palabras; porque, si entendieran bien castellano, vieran que el de la Madre es la misma elegancia. Que, aunque en algunas partes de lo que escribe, antes que acabe la razón que comienza, la mezcla con otras razones, y rompe el hilo comenzando muchas veces con cosas que ingiere, mas ingiérelas tan diestramente y hace con tan buena gracia la mezcla, que ese mismo vicio le acarrea hermosura.»

Entiendo yo, Señores, por todo lo expuesto, y por la atenta lectura de los libros de la Santa, y singularmente de *El Castillo interior*, que el hechizo de su estilo es pasmoso, y que sus obras, aun miradas sólo como dechado y modelo de lengua castellana, de naturalidad y gracia en el decir, debieran andar en manos de todos y ser más leídas de lo que son en nuestros tiempos.

Tuve yo un amigo, educado á principios de este siglo, y con todos los resabios del enciclopedismo francés del siglo pasado, que leía con entusiasmo á Santa Teresa y á ambos Luises, y me decía que era por el deleite que le causaba la dición de estos autores, pero que él prescindía del sentido, que le importaba po-

do, y acabóle en Avila, vispera de San Andrés, del mismo año, casi cinco años antes que muriese. El quinto, sobre los *Cantares de Sa-*

quísimo. El razonamiento de mi amigo me parecía absurdo. Yo no comprendo que se puedan gustar frases, ni períodos, por sonoros, dulces ó enérgicos que sean, si no tienen sentido, ó si del sentido se prescinde por anacrónico, enojoso ó pueril. Y sin callarme esta opinión mía, y mostrándome entonces tan poco creyente como mi amigo, afirmaba yo, que así en las obras de ambos Luises, como en las de Santa Teresa, aun renegando de toda religión positiva, aun no creyendo en lo sobrenatural, hay todavía mucho que aprender y no poco de que maravillarse; y que, si no fuese por esto, el lenguaje y el estilo no valdrían nada, pues no se conciben sin pensamientos elevados y contenido sustancial, y sin sentir conforme al nuestro, esto es, humano y propio y vivo siempre en todas las edades y en todas las civilizaciones, mientras nuestro sér y condición natural duren y persistan.

Pasando de lo general de esta sentencia á su aplicación á las obras de la Santa, ¿qué duda tiene que hay en todas ellas, en la *Vida*, en el *Camino de perfección*, en los *Conceptos de amor divino* y en las *Cartas* y en las *Moradas* un interés inmortal, un valer imperecedero, y verdades que no se negarán nunca, y bellezas de fondo, que las bellezas de la forma no mejoran si no hacen patentes y visibles?

La teología mística, en lo esencial, y dentro de la más severa ortodoxia católica, tenía que ser la misma en todos los autores; pero, ¿cuánta originalidad y cuánta novedad no hay en los métodos de explicación de la ciencia? ¿Qué riqueza de pensamientos no cabe y no se descubre en los caminos por donde la Santa llega á la ciencia, la comprende y la enseña y declara? Para Santa Teresa es todo ello una ciencia de observación, que descubre ó inventa, digámoslo así, y lee en sí misma, en el seno más hondo de su espíritu, hasta donde llega, atravesando la obscuridad, iluminándolo todo con luz clara, y estudiando y reconociendo su sér interior, sus facultades y potencias, con tan aguda perspicacia, que no hay psicólogo escocés que la venza y supere.

Rousselot concede á nuestros místicos, y sobre todo á Santa Teresa, este gran valor psicológico; la compara con Descartes; dice que Leibnitz la admiraba; pero Rousselot niega casi la trascendencia, la virtud, la inspiración metafísica de la Santa.

Puntos son estos tan difíciles, que ni son para tratados de ligera, ni por pluma tan mal cortada é inteligencia tan baja como la mía.

Me limitaré sólo á decir, no que sé y demuestro, sino que creo y columbro en *Las Moradas* la más penetrante intuición de la ciencia fundamental y trascendente; y que la Santa por el camino del conocimiento propio ha llegado á la cumbre de la metafísica, y tiene la visión intelectual y pura de lo absoluto. No es el estilo, no es la fantasía, no es la virtud de la palabra lo que más persuade, sino la sincera é irresistible aparición de la verdad en la palabra misma.

El alma de la Santa es un alma hermosísima que ella nos muestra con sencillo candor; ésta es su psicología: pero, hundiéndose luego la Santa en los abismos de esa alma, nos arrebatada en pos de sí, y ya no es su alma lo que vemos, sin dejar de ver su alma, sino algo más inmenso que el éter infinito, y más rico que el universo, y más luminoso que un mar de soles. La mente se pierde y se confunde con lo divino; mas no queda allí aniquilada é inerte: allí entiende aunque es pasiva; pero luego resurge y vuelve al mundo pequeño y grosero en que vive con el cuerpo, corroborada por aquel baño celestial, y capacitada y pronta para la acción, para el bien y para las luchas y victorias que debe empeñar y ganar en esta existencia terrena.

Lo que la Santa escribe, como quien cuenta una peregrinación misteriosa, lo que refiere como refiere el viajero lo que ha visto cuando vuelve de su viaje, no ganaría á mi ver, reducido á un orden dialéctico: antes perdería; pero sería, sin duda, provechoso que persona hábil acertase á hacer este estudio para probar que hay una filosofía de Santa Teresa.

*Contestación al discurso del Conde de Casa-Valencia, acerca de las Mujeres célebres de España, al tomar posesión de su silla en la Academia Española.*

lomón (1), por orden de algunas personas (que así lo dice ella), á quien estaba obligada á obedecer. De éste no quedó sino un cuaderno, ó poco más, porque, como lo escribió por obediencia, así también lo rompió ó quemó por obediencia de un confesor ignorante, y que sin verle se escandalizó, á quien valiera más no obedeciera, hasta

(1) La historia y vicisitudes de este libro las describe el Padre fray Antonio de San Joaquín en su *Año Terésiano*, t. VII, día VII, § 27 y siguientes:

«Escribió este tratado, dice, la gloriosa Maestra, como los demás, por mandato de sus confesores, como ella misma lo previene al fin de la obra (y también en el prólogo de la misma), aunque no declara quién la puso el precepto; y el fin infausto de este original y su reparación por medio de un traslado, que quiso Dios no se perdiese, aunque muy disminuído, lo referiremos aquí con las mismas voces de nuestro venerable Gracián.

«Entre otros libros que escribió, era uno de divinos conceptos y altísimos pensamientos de amor de Dios y de la oración y otras virtudes heroicas, en que se declaraban muchas palabras de los Cantares de Salomón, el cual libro como pareciese á un su confesor cosa nueva y peligrosa, que mujer escribiese sobre los Cantares, se lo mandó quemar... Y así, al punto que este padre se lo mandó, ella echó el libro en el fuego, ejercitando sus dos tan heroicas virtudes de la humildad y obediencia.

«Bien creo yo que si este confesor hubiera leído con atención todo el libro, y considerado la doctrina tan importante que tenía, no se lo hubiera mandado quemar...

«Permitió el divino Maestro que una monja trasladó, del principio de este libro, unas pocas hojas de papel, que andan escritas de mano y han llegado á mis manos... (Prólogo de la 1.<sup>a</sup> ed. Bruselas, 1612.)

Nuestro fray Francisco de Santa María en su *Historia del Carmen Reformado*, (tomo I, lib. V, cap. XXXVIII, n.º 7), dice, que un escritor moderno de la Orden aseguró que el confesor que mandó á la Santa quemar este libro fué el maestro Yanguas, estando la Santa en Segovia, más por ejercitar su fe, que por el efecto; de cuya inconsideración le vindica este cronista con sólidas razones, y puede añadirse á las que allí propone otra que se deduce del Doctor Ribera, quien afirma que jamás quiso declarar la Santa quién fuese el tal sujeto. *De manera*, dice este escritor, que aunque contó el caso al Padre Maestro Jerónimo Gracián, no quiso ni aun á él decírselo. Y este venerable pone una nota sobre este lugar del libro de Ribera, escrita de su mano, en que dice: *Nunca lo supe...*

No obstante lo dicho, por cuanto la verdad es superior á todo, habiéndose registrado para este intento las informaciones para la Canonización de la Santa, que se conservan originales en este nuestro archivo de Madrid, se halla por deposición de la Madre María de San José, carmelita descalza, hermana del Padre Gracián y mujer de singular talento y virtud, y por las de las Madres María de la Encarnación y Ana de San Esteban, que todas tres oyeron al Padre Yanguas, haber sido él quien ordenó á la Santa, aunque con palabras no muy expresivas, quemase aquella importante obra, y que lo refería lastimadísimo de su pérdida, y aseguraba no haber él pretendido tanto, y sólo probar por aquel medio el rendimiento y obediencia de aquella alma santa... Añade la última, supo haber referido en el púlpito el mismo Padre Maestro el suceso con ingenuidad, ponderando la heroica obediencia de la Santa Doctora, cuya grandeza la puedo bien comparar con lo valiente de aquella acción, que sólo la conocerá bien quien supiere por experiencia, cómo se suelen amar los hijos del alma.

Pero aún es prueba más superior de toda excepción la que nos da la Excelentísima Señora Doña María Enriquez de Toledo y Coloma, Duquesa de Alba, que estando ya viuda y retirada en el monasterio de Nuestra Señora de Laura, que fundó en Valladolid, depuso así al artículo 80 de las informaciones de aquella ciudad: *Digo... que lo que escribió la dicha Madre sobre los Cantares, lo tiene en su poder y es muy espiritual doctrina, y que esta copia la escondieron en el convento de Alba y la dieron á su Excelencia, cuando el Padre Maestro Yanguas,*



tomar el parecer de otros que supieran más. Pero obedecióle luego, y calló bien el nombre de éste que tan imprudentemente se arrojó á mandar lo que no entendía. De manera que aunque contó el caso al Padre Maestro Fray Jerónimo Gracián, no quiso aun á él decirselo. Y aunque al fin de lo que hay de este libro, parece verdaderamente haberlo dejado la Madre allí, sabemos muy cierto que escribió después mucho más (1).

*le mandó las recogiese todas y quemase, no por malo sino por no le parecer decente, que una mujer, aunque tal, declarase los Cantares.*

Acerca de la época en que se escribió este libro, indica fray Francisco de Santa María (*Hist. del C. Ref.*, loc. cit.) que sería después de 1577, pero es evidente que se equivocó, puesto que la aprobación del Padre Báñez, que se halla al fin del mismo libro, lleva la fecha de 10 de Junio de 1575. El señor Don Vicente de La Fuente, t. I, pág. 384, fundándose en razones no despreciables, cree que debió ser escrito de 1566 á 1567; las Carmelitas del primer Monasterio de París, señalan como probable el año 1574. *Oeuvres complètes de Sainte Thérèse de Jésus*. I, página XXI.

(1) Además de las obras aquí mencionadas por el Padre Ribera, escribió otras la mística doctora encaminadas principalmente á la dirección y buen régimen de los monasterios por ella fundados, y los que se fundaren en lo sucesivo. Son estas:

1.<sup>a</sup> *Constituciones*, escritas en Avila hacia 1563 ó 1564. El Padre La Fuente en la *Vida del Padre Baltasar Alvarez*, cap. XI, § II, dice que éste Padre «la enderezó y ayudó á hacer las Constituciones y reglas».

2.<sup>a</sup> *Exclamaciones*, aunque no consta con certeza, parecen escritas en 1569. Fray Luis de León las titula así: «*Exclamaciones ó meditaciones del alma á su Dios, escritas por la Madre Teresa de Jesús en diferentes días, conforme al Espíritu que la comunicaba el Señor, después de haber comulgado; año de 1569.*»

El Padre Vandermoere, *Acta S. T.*, núm. 1554, dice que fueron escritas en 1579, pero no aduce ninguna prueba que nos autorice á modificar la fecha señalada por el Maestro León.

3.<sup>a</sup> *Avisos*. No se sabe cuándo los escribió Santa Teresa ni por mandato de quién.

4.<sup>a</sup> *Relaciones* de su vida á sus Directores espirituales. Fueron escritas en diversas épocas. Fray Luis de León había publicado parte de estas relaciones, con el nombre de *Adiciones*, al fin de la Vida de Santa Teresa. La Fuente las ha coleccionado y publicado ordenadamente por vez primera. Casi todas están intercaladas en la Vida del Padre Ribera.

5.<sup>a</sup> *Modo de visitar los conventos*. No se sabe á punto fijo cuándo escribió este precioso tratadito, pero el señor La Fuente conjetura que sería en 1581, á raíz de la separación entre Descalzos y Calzados, verificada en el Capítulo celebrado en Alcalá de Henares. En aquel Capítulo fué nombrado Provincial de los Descalzos el Padre Gracián y éste mandó á la Santa que escribiera este tratadito para servirse de él en la visita de los conventos.

No sé con qué fundamento aseveran las Carmelitas del primer Monasterio de París que la redacción de él se remonta al año 1576 y que lo escribió en Toledo. *Op. cit.*, I, pág. XXI.

6.<sup>a</sup> *Poesías*. La colección más completa publicada hasta la fecha es la de La Fuente. Enumera 43, aunque sólo publica 21, por no haber podido hallar las restantes, y las clasifica así:

Ciertas de Santa Teresa. . . . .	7
Probablemente suyas. . . . .	15
Dudosas. . . . .	21

7.<sup>a</sup> *Escritos sueltos en prosa*. En la colección de La Fuente son en número de 21.

8.<sup>a</sup> *Cartas*. Muchas se han perdido. Las publicadas hasta la fecha son en número de 405 (31 de Diciembre de 1561.—17 de Septiembre de 1582.)



Todos estos libros escribió ocupada en muchos negocios, y teniendo grandísima falta de tiempo, y muchas veces también de salud, que parece era imposible poderlo hacer; pero fué posible, porque en poniéndose á escribir, se la ofrecía tanto que decir, que no tenía que detenerse en pensar, sino darse prisa á escribir, como lo da claramente á entender en muchos de ellos. Y particularmente, al fin del Camino de perfección, dice: «Y yo me doy por bien pagada del trabajo que he tenido en escribir, que no por cierto en pensar lo que he dicho.» Y en el mismo libro, al fin del capítulo veinte, dice en el original de mano: «¡Mas qué de cosas se ofrecen en comenzando á tratar de este camino, aun á quien tal mal ha andado por él como yo! Ojalá pudiera yo escribir con muchas manos, para que unas por otras no se me olvidaran.»

Así el estilo de ellos no es trabajado ni curioso, sino el de su común hablar; pero llano, puro, grave, propio, apacible, y cual convenía para las cosas que trataba. De la oración y contemplación, y del trato familiar de Dios con las almas, y de las almas con Dios, trata cosas altas y delicadas, y de tal manera, que aun hombres muy letrados, si no son juntamente muy espirituales, podrán más admirarse de ellos que entenderlos, no por no lo declarar ella muy bien, que tiene gran don de enseñar estas cosas, y las dice de diferentes maneras, y las declara con comparaciones; sino por ser ellas tan altas y espirituales, que se dejan mal entender de quien no tiene alguna experiencia de ellas. Y por eso, fuera del libro que llamó *Camino de perfección* que, quitados dos ó tres capítulos, es para todos, las delicadezas que hay en la mayor parte de los otros, no tienen para qué leerlas, sino las personas para quien se escribieron, que son aquellas á quien Dios lleva por ese camino, ó á lo menos las que con leerlas crecerán en perfección, sabiendo alabar á este Señor nuestro, tan liberal con los que de veras se dan á él, y amarle más por eso. Las demás conténtense con leer lo que fuere historia, ó doctrina más clara, que se deje bien entender. Y los que de estos libros se hubieren de aprovechar, hanlos de leer con un corazón devoto y desapasionado, dando buen sentido á algunas palabras, que no van dichas con el rigor que usan los teólogos en las escuelas, ni tan declaradas todas veces como las escribiera un gran teólogo, que fuera mirando todo lo que en ellas se podía calumniar. Y esto no es dificultoso, porque luego se ve con cuán sana intención se dijeron, y de lo que se va diciendo se entiende el buen sentido que tienen. Porque los que no

Cinco de los autógrafos de estas obras, han sido reproducidos en foto-litografía. Don Vicente de La Fuente reprodujo en 1873, por este procedimiento, la *Vida de Santa Teresa*, escrita por ella misma; y el Libro de las *Fundaciones*, en 1880. El Cardenal Lluch hizo reproducir en 1882 las *Moradas*, y Don Francisco Herrero y Bayona, canónigo de Valladolid, reprodujo en 1883 el *Camino de perfección* y *Modo de visitar los conventos*, con algunos otros autógrafos inéditos.

leen de esta manera los libros, pocos hallarán, aun de los muy graves y doctos, en que no topen cosas que se puedan torcer á malos sentidos.

El libro de la *Vida*, demás de la historia, que es muy sabrosa, trata de cosas espirituales, y todo es lo que pasó por ella, con grandes avisos para conocer lo que es del buen espíritu y del malo, y saberse haber bien en lo del bueno, y guardarse de los engaños del malo. Esta misma doctrina tiene el libro de las *Moradas*, más por orden y con más resolución de experiencia, por haberse escrito quince años después: pero particularmente lo más alto de ella, que es lo que está en las tres *Moradas* postreras, es todo lo que en sí vió y experimentó; sino que en la vida habla claramente de sí, acá más encubiertamente. El *Camino de perfección* es más para todos, porque trata de la oración desde sus principios, hablando primero de las virtudes propias de la religión, que son para ella necesarias, y enseñando cómo se ha de orar vocal y mentalmente, y de la contemplación y oración con quietud, y después yendo por el *Pater noster*, con meditaciones.

Estos tres libros que acabo de decir, me dicen están ya traducidos en lengua italiana por el Obispo de Novara (1). El de las *Fundaciones*,

(1) *Traducciones*.—Parece que la traducción del Ilmo. Señor Don César Speciano, Obispo de Novara, á que alude aquí el Padre Ribera, no llegó á publicarse: al menos no se tiene noticia de ella. Desempeñaba á la sazón aquel Prelado el cargo de Nuncio en Madrid. En 1599, vieron la luz en Florencia las *Exclamaciones* y los *Avisos*, traducidos por Julio Zanchini. Al año siguiente, 1600, se publicó en Roma el Libro de la *Vida*, traducido por Juan Francisco Bordini, del Oratorio, á la que siguieron en 1603 el *Camino de Perfección* y las *Moradas*, traducidas por Francisco Soto, también del Oratorio.

La primera traducción francesa fué hecha por Juan de Quintanadueñas de Brétigny, y publicada en 1601. En 1630 fueron nuevamente traducidas por fray Eliseo de San Bernardo; en 1644, por fray Cipriano de la Natividad de la Virgen, y en 1670 por Arnaldo de Andilly, de la cual se hicieron numerosas ediciones. El Presbítero Marcial Chanut tradujo también en 1681 el *Camino de Perfección*, las *Exclamaciones* y los *Avisos*, y en 1691 el *Libro de la Vida*.

No se hicieron en Francia nuevas traducciones hasta 1836 en que vió la luz la de Grégoire y Collombet. En 1852 emprendió el Padre Marcelo Bouix, S. J., una nueva traducción conforme á los manuscritos originales, cuya publicación terminó en 1861. El Padre Peyre, S. J., está preparando una reedición parcial de la obra del P. Bouix.

En 1900 el Padre Gregorio de San José publicó otra nueva traducción de las *Cartas*, que fué reimpresa en 1906. Finalmente las Carmelitas del primer Monasterio de París, en colaboración con Monseñor Manuel María Polit, Obispo de Cuenca (Ecuador), han empezado á publicar en París (Retaux, 1907), otra nueva traducción de las *Obras completas* de Santa Teresa. Hasta la fecha (Abril de 1908), sólo han visto la luz pública dos tomos, que comprenden la *Vida* y las *Relaciones*.

El Padre Antonio Kerberk, agustino, tradujo al latín la *Vida de la Santa*, y todas sus obras, Don Matías Martínez. Los Padres de la Compañía de Jesús del Colegio de Bruselas las tradujeron al flamenco en 1608, á que siguió, en 1697-1722, otra traducción al mismo idioma por el Padre fray Gervasio de San Pedro. Fueron igualmente traducidas al alemán en 1640, y á principios del siglo XVIII publicó otra traducción alemana el Padre fray Matías de San Arnaldo. Fray Ireneo de la

lo más es historia; pero tiene en él de cuando en cuando excelentes avisos, y doctrina muy buena, y muy á propósito de las religiosas para quien se escribió. Lo de los *Cantares*, pone deseo y lástima de lo que falta, porque si todo estuviera escrito, creo fuera una de las cosas provechosas para entender enteramente el sentido de este dificultosísimo libro que hay. Porque como él trate de los regalos que Dios hace al alma santa, que enteramente se le entrega, y de los amores divinos que ella tiene con él, y de estas cosas sepan pocos, no hay duda sino que quien tanta experiencia y uso tenía de ellas, y ha gustado cuán dulce es el Señor, entenderá muy mejor lo que el esposo y la esposa sentían, y lo que se decían.

Asunción las tradujo al polaco en 1622. La traducción inglesa se publicó en los años 1667, 1671 y 1695.

#### EDICIONES EN LENGUA CASTELLANA

La primera obra de Santa Teresa que vió la luz pública fué el *Camino de perfección*, seguida de los *Avisos*. Publicóla en Eborá D. Teutonio de Braganza al año siguiente en que murió la Santa. En la portada dice: *Fué impresa la presente obra, en la muy noble y siempre leal ciudad de Evora, en casa de la viuda, mujer que fué de Andrés de Burgos, que sancta gloria aya, 1583*. Es un tomito en 8.º de 143 folios.

Como es sabido, la primera edición de las obras de la Santa Madre, salió en Salamanca en 1588. Estuvo á cargo del Mtro. Fr. Luis de León. Dice así la portada:

*Los libros de la Madre Teresa de Jesús, fundadora de los monasterios de monjas y frayles Carmelitas descalzos de la primera regla. En la hoja que se sigue se dize los libros que son. En Salamanca. Por Guillelmo Foquel. MDLXXXVIII*. Comprende sólo la *Vida* con las Adiciones, el *Camino de Perfección*, los *Avisos*, las *Moradas* y las *Exclamaciones*.

Al año siguiente se reimprimieron en el mismo Salamanca; al menos hay ejemplares que llevan la fecha de 1589.

A estas dos siguieron numerosas ediciones, totales ó parciales. Las principales son las siguientes:

Amberes, 1630, 1649 y 1661.

Barcelona 1724 y 1872.

Bruselas 1610, 1612, 1674 y 1675.

Madrid 1597, 1615, 1622, 1627, 1635, 1636, 1661, 1670, 1678, 1721, 1723-24, 1752, 1771, 1778, 1793, 1851-52, 1861-62, 1881.

Nápoles 1604.

Valencia, 1613, 1615 y 1623.

Zaragoza 1623.

## CAPÍTULO VII

### De cuán examinado y aprobado fué el espíritu de la Madre Teresa de Jesús

Quería poner, tras esto de los libros, una suma de avisos que daba para la oración; pero hame parecido que antes que diga lo que enseñaba, será bueno decir cuán esmerada y aprobada fué ella para maestra por los más doctos y espirituales hombres que entonces había en España, para que de esa manera se dé á sus avisos y preceptos el crédito y autoridad que es razón, pues ningún maestro ni doctor en teología ha sido de más, y con más rigor, examinado en Salamanca, ni en Alcalá, ni en París.

Ya en el libro primero dijimos de personas que habían entendido su espíritu, y le habían aprobado y alabado, como el Padre Francisco de Borja, y después el Padre Fray Pedro de Alcántara y otros, y puse una carta del mismo Fray Pedro de Alcántara para el Obispo de Avila, en que decía algo de lo que de ella sentía. Digo algo, porque á otra persona de mucho crédito dijo también entonces que la tenía por una alma de las más escogidas que Dios tenía en la tierra, y que con haber él tratado muchas, no le parecía que tenía de ninguna mayor satisfacción, y que así la tenía Dios escogida para obras de gran servicio suyo, y que quería fundar aquel Monasterio de Avila, pero que no sería ese sólo. Decía también que fuera de la Sagrada Escritura, y de lo demás que la Iglesia mandaba creer, no había cosa más cierta que ser de Dios el espíritu de la Madre Teresa de Jesús: y otros muchos hombres, muy doctos y graves, han dicho grandes cosas á este propósito. Pero porque yo hallé una relación escrita de su mano, que estando ella en Sevilla el año de 1575, dió al Padre Rodrigo Alvarez, de la Compañía de Jesús, con quien se confesaba y comunicaba sus cosas, porque era muy siervo de Dios y tenía gran don de discreción de espíritus, donde pone mucho de esto, tomare de ella lo que fuere menester para lo que tratamos. En ésta, hablando de sí como de tercera persona, dice:

«Esta monja ha cuarenta años que tomó el hábito, y desde el pri-

mero comenzó á pensar en la Pasión de Cristo nuestro Señor por los misterios, algunos ratos del día, y en sus pecados, sin nunca pensar en cosa que fuese sobrenatural, sino en las criaturas, ó cosas de que sacaba cuán presto se acaba todo, en mirar por las criaturas la grandeza de Dios y el amor que nos tiene.

»Éste le hacía mucho más gana de servirle; que por el temor nunca fué, ni le hacía al caso: siempre con gran deseo de que fuese alabado, y su gloria aumentada. Por esto era cuanto rezaba, sin hacer nada para sí; que le parecía, que iba poco en padecer en purgatorio, á trueque de que ésta se acrecentase, aunque fuese muy poquito.

»En esto pasó como veinte y dos años en grandes sequedades, y jamás le pasó por pensamiento desear más; porque se tenía por tal, que aun pensar en Dios le parecía no merecía, sino que le hacía su Majestad mucha merced en dejarla estar delante de Él rezando, leyendo también en buenos libros.

»Habrà como diez y ocho años, cuando se comenzó á tratar del primer monasterio que fundó de Descalzos, que fué en Avila tres ó dos antes (creo que son tres), que comenzó á parecerle que le hablaban interiormente algunas veces, y á ver algunas visiones y revelaciones interiormente, con los ojos del alma (que jamás vió cosa con los ojos corporales, ni lo oyó); dos veces le parece oyó hablar, mas no entendió ninguna cosa. Era una representación, cuando estas cosas veía interiormente, que no duraban sino como un relámpago lo más ordinario; mas quedábasele tan imprimido y con tantos efectos como si lo viera con los ojos corporales, y más.

»Era entonces tan temerosísima de su natural, que aun de día no osaba estar sola algunas veces. Y como, aunque más lo procuraba, no podía escusar esto, andaba afligida muy mucho, temiendo no fuese engaño del demonio.

»Comenzólo á tratar con personas espirituales de la Compañía de Jesús, entre los cuales fueron el Padre Araoz (1), que era Comisario de la Compañía, que acertó á ir allí, y al Padre Francisco (2), que fué

(1) El Padre Antonio Araoz era natural de Vergara, en la provincia de Guipúzcoa. Nació en 1516, y después de haber cursado la filosofía y teología, se doctoró en estas facultades en la Universidad de Salamanca, pasando después á Roma donde entró en la Compañía, en 1539. Dos años más tarde le envió San Ignacio á España, siendo el primer jesuita que vino á nuestra península. Desempeñó sucesivamente los cargos de Provincial de toda España, Provincial de Castilla y Comisario general. Para este último cargo fué nombrado á principios de Marzo de 1562, y lo ejerció hasta 1565, en que fué elegido Asistente de España, en la segunda Congregación general. En este intervalo fué cuando trató á la Santa Madre, como ella misma dice, sin duda en alguna de las visitas que, en cumplimiento de su cargo, haría el Padre Araoz al colegio de San Gil de Avila. Murió en Madrid el 30 de Enero de 1573. *Cfr.* Astrain, t. I, lib. II, c. I y IV; t. II, lib. I, c. VIII y II, c. I y V.—*Varones ilustres*, t. IX, págs. 13-54.—Rho. *Varia Hist.*, lib. II, c. V.—Yepes, *Vida*, Prólogo, § II.

(2) San Francisco de Borja. V. p. 129.



duque de Gandía, trató dos veces, y á un Padre Provincial que está ahora en Roma, que es uno de los cuatro señalados, llamado Gil González (1), y aun al que ahora lo es de Castilla (2), aunque á éste no trató tanto. Al Padre Baltasar Alvarez (3), que es ahora Rector de Salamanca, y la confesó seis años en este tiempo, y al Rector que es ahora de Cuenca, llamado Salazar (4), y al de Segovia, llamado

(1) Había nacido el Padre Gil González Dávila el año 1532 en Burujón, pueblo distante unas cuatro leguas de Toledo. Aprendidas las letras humanas, siguió en Alcalá el curso de los estudios hasta terminar la filosofía, y entonces, siendo de diez y nueve años de edad, abrazó el instituto de la Compañía. Terminados sus estudios en la Universidad de Alcalá, y ordenado de sacerdote en 1558, fué nombrado ministro del colegio de Toledo. Rector, primero, de Alcalá, Visitador y Provincial después y luego Asistente del Padre Mercurián, y en tiempo del Padre Aquaviva, Provincial sucesivamente de tres provincias, fué durante unos treinta años uno de los hombres más eminentes en el gobierno que ha tenido la Compañía. El espíritu del Padre Gil González era dulce y expansivo, amigo de infundir aliento más bien que de reprimir de faltas particulares, suave en el trato pero sumamente eficaz en el obrar.

Por espacio de más de doce años trató á la Santa Madre y ella comunicó con él las cosas de su espíritu y las visiones y revelaciones con que el Señor la favorecía.

Murió el Padre Dávila en 1596. Cfr. Polanco, *Hist. S. J.*, t. II, p. 332.—*Litterae quadrimestres*, t. I, p. 292 y passim.—Astrain, *Hist. de la C. de J.*, t. I, lib. II, c. IX y t. II, lib. II, c. IV y passim.—*Deposición del Padre Gil González en las informaciones de Madrid*, 1595.—Yepes, *Prólogo*, § II.—*Varones ilustres*, t. VIII.

(2) Era éste el Padre Juan Suárez. Fué natural de Cuenca; nació en 1525 y entró en la Compañía en 1551. Ejerció en ella los más importantes cargos, siendo sucesivamente Provincial de Castilla, Rector del colegio de Burgos, Visitador de Andalucía, Prepósito de la Casa profesa de Valladolid y segunda vez Provincial de Castilla. Religioso de sólidas virtudes, de consumada prudencia y carácter bondadoso, con todo algunas veces, como nota el Padre Astrain, llevado de su melancolía, fué algo riguroso y por ello mereció una reprensión de San Francisco de Borja.

Trató principalmente con Santa Teresa mientras fué el Padre Suárez Prepósito de la Casa Profesa de Valladolid, y estaba ella fundando aquel monasterio. Murió en Valladolid en 1595 á los 70 años de su edad.

En 1578 tuvo un pequeño encuentro con la Santa fundadora, á propósito del Padre Salazar, según puede verse en la nota que dedicamos á este Padre. Cfr. *Varones ilustres*, t. IX, págs. 198-204.—Astrain, lib. II, cap. IV y passim.

(3) *Vid.*, lib. I, cap. X, pág. 135, nota.

(4) Oriundo de Toledo el Padre Gaspar de Salazar, nació en 1529 y abrazó el instituto de la Compañía en 1552, pasando al noviciado de Alcalá. En 1560 era ya uno de los Padres más distinguidos del Colegio de Madrid, donde fué nombrado predicador de la Princesa Doña Juana, hermana de Felipe II. A fines del año 1561 le nombraron Rector del Colegio de San Gil de Avila, cargo que ejerció solos nueve meses, por cuanto el Padre Nadal, Visitador de los Colegios de España, á su paso por Avila, juzgó prudente retirar al Padre Salazar de aquel colegio, á causa de cierta desavenencia que había surgido entre el Obispo de la diócesis, Don Alvaro de Mendoza y los de la Compañía. (Cfr. Astrain, t. II, cap. VIII, página 144.) A pesar de haber sido tan corta la residencia del Padre Salazar en Avila, fueron tan íntimas y estrechas las relaciones que contrajo con la Madre Teresa, que no se rompieron ni enfriaron durante toda su vida. La Santa Madre le consoló y alentó en una gran tribulación, como refiere ella misma en el capítulo XXXVIII de su *Vida*, le apareció también en cierta ocasión, como consta en la *Deposición del Padre Enrique Enríquez*, S. J., en las *Informaciones de Salamanca*, donde dice: «Supe del Padre Gaspar de Salazar, de la Compañía de Jesús (el cual sabe muchas cosas de la dicha Teresa de Jesús) que distando muchas leguas de donde él estaba, en su aposento cerrado, le apareció, antes que muriese



la dicha Teresa de Jesús, y le dijo ciertos avisos y amonestaciones, y después yo lo pregunté á la dicha Madre, la cual con una humilde modestia mostró haber sido así, por particular orden de Dios Nuestro Señor, para ciertos efectos saludables.»

En 1565 fué nombrado el Padre Salazar Rector del Colegio de Madrid y más tarde ejerció este cargo en Toledo, Marchena y Belmonte. Hacia 1577 tuvo tentaciones de abandonar la Compañía para abrazar el instituto de la Reforma del Carmen llevada á cabo por la Santa. Con este motivo cruzáronse varias cartas entre ella y el Padre Provincial de Castilla, Juan Suárez. Mal informado éste de que Santa Teresa había persuadido al Padre Salazar aquella mudanza, le escribió una carta en términos bastante duros, efecto de los malos informes que le habían dado, y al parecer algo despectivos, á lo que contestó la Santa con otra no menos enérgica y resuelta; dice así: «La gracia del Espíritu Santo sea siempre con vuestra paternidad, amén. Una carta de vuestra paternidad me dió el Padre Rector (\*), que, cierto, á mí me ha espantado mucho, por decirme vuestra paternidad en ella, que yo he tratado, que el Padre Gaspar de Salazar deje la Compañía de Jesús, y se pase á nuestra Orden del Carmen, porque nuestro Señor así lo quiere y lo ha revelado.

«Cuanto á lo primero, sabe su Majestad, que esto se hallará por verdad, que nunca lo deseé cuanto más procurarlo con él. Y cuando vino alguna cosa de esas á mi noticia, que no fué por carta suya, me alteré tanto y dió tan grande pena, que ningún provecho me hizo, por la poca salud que á la sazón tenfa...

«Cuanto á la revelación, que vuestra paternidad dice, pues no había escrito, ni sabido cosa de esa determinación, tampoco sabría si él había tenido revelación en el caso.

«Cuando yo tuviera la *desvelación*, que vuestra paternidad dice, no soy tan liviana, que por cosa semejante había de querer hiciese mudanza tan grande, ni darle parte de ello; porque, gloria á Dios, de muchas personas estoy enseñada del valor y crédito que se ha de dar á esas cosas; y no creo yo, que el Padre Salazar hiciera caso de eso, si no hubiera más en el negocio, porque es muy cuerdo.

«En lo que dice vuestra paternidad, que lo averigüen los perlados, será muy acertado, y vuestra paternidad se lo puede mandar; porque es muy claro, que no hará él cosa, sin licencia de vuestra paternidad, á cuanto yo pienso, dándole noticia de ello. La mucha amistad, que hay entre el Padre Salazar y yo, y la merced que me hace, yo no la negaré jamás; aunque tengo por cierto, le ha movido más á la que me ha hecho, el servicio de nuestro Señor y su bendita Madre, que no otra amistad; porque bien creo ha acaecido en dos años no ver carta el uno del otro...

«A lo que vuestra paternidad dice, que yo he escrito para que se diga que lo estorbaba, no me escriba Dios en su libro, si tal me pasó por pensamiento. Súfrase este encarecimiento, á mi parecer, para que vuestra paternidad entienda, que no trato con la Compañía, sino como quien tiene sus cosas en el alma, y pondría la vida por ellas, cuando entendiése no desirviése á nuestro Señor en hacer lo contrario...» *Obras*, t. I, p. 163.

Contestóla el Padre Suárez pidiéndole mil perdones por la pena que la había ocasionado con su carta, pero instándole al mismo tiempo para que escribiese á todos los Conventos de Descalzos prohibiéndoles admitir al Padre Salazar, y á éste disuadiéndole también de su propósito. Replicóle la Santa que los jesuitas tenían obligación de obedecer al Padre Suárez, su Provincial; pero ella no era Provincial de los Carmelitas Descalzos, ni éstos tenían obligación de obedecerla. Al fin, importunada por el Rector de Avila, escribió al Padre Salazar, diciéndole que aquello era tentación del demonio.

No se conserva la respuesta de este Padre, pero no cabe duda alguna acerca de ella, pues se deduce con claridad meridiana, de la carta que escribió la Santa al Padre Gracián el 2 de Marzo de 1578; dice así:

«Bien dice Carrillo (era el pseudónimo con que nombraba al Padre Salazar) que tengo poco ánimo, que me ha respondido á la carta primera que le escribí, diciéndole era demonio, y otras hartas cosas. Dice que le hizo reir, y que poco ni mucho le mudó. Dice que parezco ratón que ha miedo de los gatos, y que teniendo el Santísimo Sacramento en las manos se lo prometió; que todo el mundo no será

(\*) Era Rector del Colegio de Avila el Padre Gonzalo de Avila.

Santander (1), al Rector de Burgos, que se llama Ripalda (2), (y aun estaba mal con ella de que había oído estas cosas, hasta después que

parte para quitárselo. Yo le digo que me espanta, que dicen sus hermanos que él y quien le diera aquel vestido están descomulgados. El dice que ya tiene licencia de su Provincial y que vuestra paternidad le escribió una carta, que aunque teme como hombre, escribe como ángel; y tiene razón, que tal iba ella. Cosa recia piden los suyos en que no se tome: debe de ser porque creen que no se puede hacer... Deben temer, añade, que no ha de ser solo, y ellos son tantos, que les harán poca falta, aunque fuesen los que dice vuestra paternidad.» *Ibid.*, p. 168.

Desistió finalmente el buen Padre Salazar de la idea que se le había metido en la cabeza, y todo se arregló en paz y armonía por ambas partes.

Sólo se ha conservado una carta de Santa Teresa dirigida al Padre Salazar, pero es evidente que le dirigió muchas otras. El Padre Nieremberg nos certifica haber visto una en que se declara su hija espiritual, le llama su Padre y en calidad de tal le da minuciosa cuenta de todos los negocios que traía entre manos y del aprovechamiento espiritual de sus religiosas. (*Vida de San Ignacio*, cap. XL.) Murió el Padre Gaspar de Salazar en el Colegio de Alcalá el 27 de Septiembre de 1593, á los 64 años de su edad y 41 de Compañía.

A propósito de las desavenencias que hubo entre Santa Teresa y el Padre Juan Suárez con motivo del Padre Salazar, y de otra *Carta* de la misma Santa, escrita al canónigo Reinoso en 1582, Don Miguel Mir, ha supuesto recientemente que la Santa Madre cambió su manera de pensar acerca de los Padres de la Compañía. «¿Fué este cambio, se pregunta, accidental y pasajero, y efecto de ciertas circunstancias personales, ó tuvo su raíz en motivos más universales y profundos? ¿Fué ocasionado por errores, sea de la inteligencia, sea de la voluntad, que nunca faltan aun entre personas virtuosas, ó fué debido al contraste entre las cualidades del espíritu de Santa Teresa y el ideal de perfección religiosa que se había formado, y los instintos, intenciones y modos de proceder ya generales, ya particulares, de algunos de la Compañía?»

Mucho pudiera decirse en contestación á esas preguntas, pero lo reservamos para uno de los apéndices. Me contentaré con recordarle á Don Miguel unas palabras de Don Vicente de La Fuente, en la edición completa de las obras de la Santa, hecha, dice Don Juan Valera, «con envidiable amor, con afanoso esmero y con profundo saber». «*Los enemigos de los jesuitas quisieron hacer gran caudal de ella (la carta) con harta ridiculez é impertinencia*, pues, aun cuando el texto fuese relativo á los Jesuitas (en lo que yo no entro á fallar) significa harto poco contra ellos, y se necesita tener *muy poca lógica y mucho odio*, para sacar de ella argumentos hiperbólicos contra la Compañía.» (*Obras*, t. II, pág. 324, nota.) Y hablando de la última carta que escribió la Santa, 17 días antes de su preciosa muerte, y en la cual «una mano falsaria, sacrilega y mal intencionada» (los epítetos son de La Fuente), no se contentó con tachar, sino que mutiló todo un pasaje referente á la Compañía de Jesús, dice: «Es chocante que falte un trozo en que Santa Teresa hablaba de los Jesuitas y poco antes de morir. ¿Era un elogio lo que allí se mutiló? ¿Era una diatriba? El ocultar la palabra *Teatinos* substituyéndola con la *de esos padres*, me hace sospechar mala fe en el mutilador, pues sin duda temió que si los Jesuitas se veían citados, trataran de indagar lo que allí decía Santa Teresa.» *Ibid.*, pág. 339.

(1) Fué el Padre Luis de Santander uno de los fundadores del colegio de la Compañía en Segovia, donde trató á San Alonso Rodríguez, y á quien, después de Dios, se debe la vocación de aquel Santo Hermano á la Compañía de Jesús. Trabajó con gran celo y notable fruto en la conversión de los moriscos. En 1571 era Rector del colegio de Valencia y en 1574 ejerció el mismo cargo en Segovia, donde conoció y trató muy intimamente con Santa Teresa, que en sus cartas de aquella época, habla con estima de este Padre. Cfr. Astrain, t. II, lib. I, cap. III y lib. III, cap. V.

(2) El Padre Jerónimo de Ripalda, teólogo muy popular en España por su célebre catecismo, nació en Teruel el año de 1535 y entró en el noviciado de Alcalá en 1551. Fué sucesivamente Rector de los colegios de Villagarca, Salamanca,

la trató), al Doctor Paulo Hernández en Toledo (1), que era Consultor de la Inquisición, al Rector que era de Salamanca cuando le habló, al Padre Gutiérrez (2), y á otros Padres, algunos de la Compañía (3), que se entendía ser espirituales, que como estaban en los lugares á que iba á fundar, los procuraba.»

Burgos y Valladolid. Murió en Toledo el 21 de Abril de 1618 á los ochenta y tres años de su edad.

Siendo Rector de Salamanca, y antes estando en Avila, confesó y trató muy íntimamente á la bienaventurada Madre, por espacio de más de cuatro años. Por mandato del Padre empezó la Santa á escribir el *Libro de las Fundaciones* en Salamanca el año 1573. En una de sus cartas dirigida al Padre Gracián, á mediados de Diciembre de 1576, dice: «Yo escribí al maestro Ripalda, que ha sido Rector ahora de Burgos, para que informase, que es mi gran amigo de la Compañía.»

La madre Guiomar del Sacramento declara en las Informaciones de Salamanca: «También oí decir al Padre Ripalda de la Compañía de Jesús, en un sermón, que no había leído de ningún santo cosas más altas de oración que las que escribió nuestra Madre.» Cfr. Nieremberg, *Varones ilustres*, I.—Yepes, Prólogo, § II.—Astrain, t. II, págs. 235 y 279.

(1) Nació el Padre Pablo Hernández en Compostela el año 1528 y entró en la Compañía en 1551. En 1554 fué uno de los fundadores del colegio de Sevilla y en 1568 pertenecía al colegio de Toledo; entonces fué cuando entabló frecuentes relaciones con la Santa Madre ayudándola no poco en la fundación de aquel monasterio. Hace la Santa mención de él en varias de sus cartas: en la dirigida al Padre Gracián el 29 de Septiembre de 1578 dice, que es: «uno de la Compañía muy amigo suyo». Se ha conservado una carta de la misma bienaventurada Madre dirigida al Padre Hernández. Solía éste decir: «Grande es la Madre Teresa de Jesús de las tejas abajo; pero mucho mayor es de tejas arriba.» Véase lo que de este Padre dice el Padre Ribera al principio del cap. XIII del libro II. Cfr. Polanco, *Hist. S. J.*, t. IV, págs. 465 y 595.—Ribadeneira, *Hist. de la Asist. de España*, l. II, cap. IV.—Roa, *Hist. de la Prov. de Andalucía*, l. I, cap. X.—Yepes, Prólogo, § II.

(2) Véase más adelante la nota al cap. X de este mismo libro.

(3) «Sería nunca acabar, dice Yepes (Prólogo, § II,) si hubiese de decir los Padres de la Compañía que la conocieron y confesaron, y con gran prudencia y cordura aprobaron su espíritu.» Además de los que nombra la Santa Madre, enumera él al Padre Francisco de Ribera, «hombre doctísimo, de mucha religión y virtud, que en el testimonio que da en la información de su canonización, confirma debajo de juramento lo que escribió en su libro»: el Doctor Enriquez de la misma Compañía, que «conoció y comunicó mucho tiempo á la Santa Madre; hombre muy docto y que escribió unos libros de teología moral, llenos de mucha erudición y doctrina; el Padre Rodrigo Alvarez, hombre de mucho espíritu y experiencia; (Vid. más arriba cap. III) el Padre Juan de Aguila, que confesó y trató á la Santa Madre, y el Padre Provincial de la misma Religión, hombre cuerdo y docto, llamado Bartolomé Pérez de Nueros, el cual comunicó y trató á la Santa Madre por espacio de más de diez años.»

Nació este Padre en Calatayud el año 1548 y fué admitido en la Compañía en 1564. Enseñó varios años la teología y por espacio de ocho ejerció el cargo de Provincial. Más tarde fué elegido Asistente de España, cargo que desempeñó desde 1596 hasta 1608. Murió en Alcalá el 16 de Septiembre de 1614. (Cfr. Sommervogel, VI, col. 523.)

A todos estos hay que añadir el Padre Ordóñez, con quien mantuvo muy cordiales relaciones la Santa Madre, á juzgar por la carta que le dirigió en Julio de 1573, hallándose dicho Padre de residencia en Medina del Campo; el Padre Alvarez del Aguila, su confesor en 1558 ó 59; el Padre Gonzalo Dávila, que la confesaba siendo Rector del colegio de Avila en 1578. Se conservan dos cartas de la Santa dirigidas á este Padre. También la trató y aprobó su espíritu el eminente teólogo Francisco Suárez, según refiere el Padre Nieremberg. (*Varones ilustres*, t. I).

Sabido es finalmente que el primer confesor de la Compañía que tuvo la Re-

«Y al Padre Fray Pedro de Alcántara, que era un santo varón de los Descalzos de San Francisco, trató mucho, y fué el que mucho puso porque se entendiese que era buen espíritu. Estuvieron más de seis años haciendo hartas pruebas, como más largamente tiene escrito (1) como adelante se dirá; y ella con hartas lágrimas y aflicciones, mientras más pruebas se hacían más tenía suspensiones y arrobamientos hartas veces, aunque no sin sentido.»

Hacíanse hartas oraciones, y decíanse misas porque el Señor la llevase por otro camino, porque su temor era grandísimo, cuando no estaba en la oración, aunque en todas las cosas que tocaban á estar su alma mucho más aprovechada, se veía gran diferencia, y ninguna vanagloria, ni tentación de ella, ni de soberbia; antes se afrentaba mucho, y se corría de ver que se entendía: y aunque si no era á confesores y personas que la habían de dar luz, jamás trataba nada, y á estos sentía más decirlo que si fueran graves pecados; porque la parecía que se habían de burlar de ella, y que eran cosas de mujercillas, que siempre las había aborrecido oír.»

«Habrà como trece años, poco más ó menos (después de fundado San José, adonde ella ya se había pasado de el otro Monasterio), que fué allí el Obispo, que es ahora de Salamanca, que era inquisidor, no sé si en Toledo, y lo había sido en Sevilla, que se llamaba Soto (2). Ella procuró de hablarle para asegurarse más. Dióle cuenta de todo. El le dijo, que no era cosa que tocaba á su oficio: porque todo lo que veía ella y entendía, siempre la afirmaba más en la fe católica, que siempre estuvo y está firme, con grandísimos deseos de la honra de Dios y bien de las almas, que por una se dejará matar muchas veces.»

«Dijole, como la vió tan fatigada, que lo escribiese todo, y toda su vida, sin dejar nada, al Maestro Avila, que era hombre que entendía mucho de oración, y que con lo que le escribiese se sosegase, y ella lo

formadora del Carmelo, fué el Padre Juan de Prádanos. (Véase lib. I, cap. IX, página 127.) Durante los seis meses que permaneció la Santa en Toledo en casa de Doña Luisa de la Cerda, eligió por confesor al Padre Pedro Doménech, que hacía poco tiempo había sido nombrado rector de aquel colegio.

Era el Padre Doménech canónigo de la catedral de Barcelona antes de entrar en la Compañía: abrazó este instituto en 1552 y al poco tiempo le señalaron los superiores por compañero de San Francisco de Borja en las misiones que predicó éste en Navarra. En 1558 fué nombrado rector de Toledo y más tarde ejerció este mismo cargo en los colegios de Ocaña y Murcia. Cfr. Sommervogel, *Bibliothèque*. — Amat, *Dicc. de escritores catalanes*, pág. 218.)

(1) Alude al *Libro de su Vida*.

(2) Era el Ilmo. Sr. D. Francisco de Soto y Salazar, inquisidor entonces de Toledo: antes lo había sido de Córdoba y Sevilla, después lo fué de la Suprema y finalmente fué nombrado Comisario General de la Cruzada. Habiendo mostrado su ardiente celo en todos estos cargos, y en los Obispos de Albarracín, Segorbe y Salamanca, le encargó Felipe II que examinara la causa de los Alumbrados de Llerena, donde murió á 29 de Enero de 1578, envenenado por su médico, que había sido sobornado por los mismos alumbrados. Cfr. M. Pelayo, *Heterodoxos*. t. II, p. 543.

hizo así, y escribió sus pecados y vida. El la escribió y aseguró, consolándola mucho. Fué de suerte esta relación, que todos los letrados que la habían visto, que eran mis confesores, decían que eran de gran provecho, para aviso de cosas espirituales, y mandáronla que la trasladase y hiciese otro librito para sus hijas (que era Priora) adonde las diese algunos avisos.»

«Con todo esto, á tiempos no faltaban temores, pareciéndola que personas espirituales también podían estar engañadas como ella. Dijo á su confesor que si quería tratase algunos grandes letrados, aunque no fuesen muy dados á la oración; porque ella no quería saber sino si era conforme á la Sagrada Escritura todo lo que tenía. Algunas veces se consolaba, pareciéndola que aunque por sus pecados merecía ser engañada, que tantos buenos como deseaban darla luz, no permitiría el Señor fuesen engañados.»

«Con este intento comenzó á tratar con Padres de la orden del glorioso Santo Domingo, con quien antes de estas cosas se había confesado. Y en esta orden son estos los que después ha tratado. El Padre Fray Vicente Varrón (1) la confesó año y medio en Toledo, que era consultor entonces del Santo Oficio, y antes de estas cosas la había comunicado muchos años, y era gran letrado. Este la aseguró mucho, y también los de la Compañía, que he dicho. Todos la decían que si no ofendía á Dios, y si se conocía por ruin, que ¿de qué se temía? Con el Padre Presentado Fray Pedro Ibáñez (2), que era lector en Avila. Con el Padre Maestro Fray Domingo Báñez (3) que ahora está en Valladolid por Regente del Colegio de San Gregorio, que la confesó seis años, y siempre trató con él por cartas cuando se la ofrecía algo. Con el Maestro Chaves (4); con el Padre Maestro Fray Bartolomé de Medina (5), catedrático de Prima de Salamanca, que sabía que estaba muy mal con ella, por lo que de esto había oído, y parecióla que éste le diría mejor si iba engañada, por tener tan poco crédito. Esto ha poco más de dos años. Procuró confesarse con él, y dióle de todo grande relación todo el tiempo que allí estuvo, y vió lo que había

(1) Santa Teresa conoció por vez primera al P. Vicente Varrón en 1544; Cfr. lib. I, cap. VII.

(2) Sobre el P. Pedro Ibáñez, véase la nota de la pág. 156.

(3) Acerca del P. Báñez, véase la nota de la pág. 195.

(4) El P. Diego de Chaves, abrazó el instituto de Santo Domingo en el convento de San Esteban de Salamanca: fué profesor del P. Báñez y más tarde enseñó la teología en la universidad de Compostela. En su carta al P. Gracián (15 de Abril de 1578), la Santa hace de este Padre honorífica mención, diciendo que es «muy cuerdo». Murió el 17 de Junio de 1592. Cfr. Quéatif-Echard: *Script. Ord. Praed.*, t. II, p. 305.—Touron, t. IV, lib. XXXII.

(5) Nació este Padre en Medina de Rioseco. Fué por muchos años catedrático de la universidad de Salamanca, y escribió unos comentarios sobre Santo Tomás. Durante la permanencia de Santa Teresa en Alba de Tormes, en 1574, el Padre Medina iba todas las semanas allí, desde Salamanca, con el solo objeto de confesarla. Murió en 1580. Cfr. Quéatif-Echard, t. II, p. 256.



escrito, para que mejor lo entendiese, y él la aseguró tanto y más que todos los demás, y quedó muy su amigo.»

«También se confesó algún tiempo con Fray Felipe de Mene- ses (1), cuando fundó en Valladolid, que era el Rector de aquel Cole- gio de San Gregorio; y antes había ido á Avila, habiendo oído estas cosas, para hablarla con harta claridad, queriendo ver si iba enga- ñada, para darla luz, y si no, para tornar por ella, cuando oyese mur- murar, y se satisfizo mucho.»

«También trató particularmente con un Provincial de Santo Do- mingo, que se llamaba Salinas (2), hombre muy espiritual. Y con otro Presentado, llamado Lunar (3), que era Prior en Sto. Tomás de Avila. Y en Segovia Fray Diego de Yanguas (4), lector, también la trató. En- tre estos Padres de Santo Domingo no dejaban de tener algunos harta oración, y aun quizás todos. Y otros algunos, que en tantos años ha habido lugar para ello, en especial como andaba en tantas partes á

(1) Oriundo de Trujillo, entró muy joven en la orden de Santo Domingo. Fué catedrático de la Universidad de Alcalá y rector del colegio de San Gregorio de Valladolid: á instancias de Felipe II, Pío V le confió el encargo de visitar y re- formar varias órdenes religiosas. Confesó algunas veces á la Santa estando en Valladolid. Murió en el convento de Santa Marta, en Ortigosa (Galicia) el año 1572. Cfr. Quétif-Echard, t. II, p. 219.

(2) Fué uno de los Provinciales más beneméritos de la orden de Santo Do- mingo. Nació en 1497 y murió en 1569. Conoció á la Santa en Toledo, durante la cuaresma de este último año. Hablando de él, dice el P. Báñez en su Deposition jurídica: «Otro maestro de la dicha Orden de Santo Domingo, que también fué provincial, me dijo una vez:—¿quién es una Teresa de Jesús, que me dicen que es mu- cho vuestra? no hay que confiar en virtud de mujeres.—Yo le respondí:—vuestra paternidad va á Toledo y la verá y experimentará que es razón de tenerla en mucho.—Y así fué que estando en Toledo una Cuaresma entera, la comenzó á tratar y examinar... é hizo de ella grandes experiencias. Y después encontrándole yo en otra ocasión le dije:—¿Qué le parece á V. P. de Teresa de Jesús?—Respon- dióme diciendo:—¡Oh! ¡oh! habíadesme engañado, que decíades que era mujer; á la fe, no es sino hombre varón, y de los muy barbados,—dando á entender con esto su gran constancia y discreción en el gobierno de su persona y de sus monjas.»

(3) Fué este P. Prior del Real Colegio de Santo Tomás de Avila, ilustre por su ciencia, dice el P. Paulino Alvarez, por su virtud y por su delicado tino en go- bernar las almas.

(4) Nació este P. hacia el año 1535; después de profesar en la orden domini- cana, enseñó sucesivamente la teología en Plasencia, Alcalá, Segovia, Burgos y Valladolid. Durante su priorato en el Convento de Santa Cruz de Segovia fué al- gún tiempo confesor de la Santa Madre, que mantuvo relaciones con él hasta su muerte.

Además de los Padres dominicos que aquí enumera la Santa, hubo algunos otros que la confesaron y trataron: El P. Paulino Alvarez (*Santa Teresa y el P. Báñez*, cap. IV) enumera los siguientes. Melchor Cano sobrino del célebre teó- logo del mismo nombre, que la confesó estando en Segovia; el P. Pedro Fernán- dez, de quien hace mención el P. Ribera en el lib. III, cap. VIII; el P. Juan de las Cuevas, á quien menciona igualmente el P. Ribera en el mismo capítulo; el P. Bartolomé de Aguilar que ayudó á la Santa en la fundación de Sevilla (1575- 1576); el P. Fernando del Castillo, célebre analista de la orden dominicana, con- sejero de Felipe II y consultor del Santo Oficio. Finalmente á los Padres García de Toledo, Comisario general de Indias; al P. Maestro Mancio y á Juan Gutiérrez.



fundar. Hánse hecho hartas pruebas, porque todos deseaban acertar á darla luz, por donde la han asegurado y se han asegurado.»

«Todo lo que está dicho y está escrito, dió al Padre Fray Domingo Báñez, que es el que está en Valladolid, que es con quien más tiempo ha tratado y trata. Tenía extremo de no se sujetar á quien le parecía que todo era de Dios, porque luego temía los había de engañar á entrambos el demonio, y con quien veía temeroso, trataba su alma de mejor gana. Jamás podía asegurarse del todo en lo que podía haber peligro. Procuraba lo más que podía en ninguna cosa ofender á Dios, y siempre obedecer, y con estas dos cosas se pensaba librar, con el favor divino, aunque fuese demonio.»

De los efectos que en ella dejaban estas cosas, dice así: «Desde que tuvo cosas sobrenaturales, siempre se inclinaba su espíritu á buscar lo más perfecto, y casi ordinario, tenía gran deseo de padecer. Y en las tribulaciones que ha tenido, que son muchas, se hallaba consolada, y con amor particular á quien la perseguía; gran deseo de pobreza y soledad, y de salir de este destierro por ver á Dios. Jamás en cosa de su espíritu tuvo cosa que no fuese toda limpia y casta; ni le parece (si es buen espíritu, y tiene cosa sobrenatural), se podría tener; porque queda todo descuido de su cuerpo, ni hay memoria de él: que todo se emplea en Dios. También tiene un temor grande de no ofender á Dios Nuestro Señor, y desea hacer en todo su voluntad. Esto le suplica siempre, y á su parecer está tan determinada de no salir de ella, que jamás la dirían cosa los confesores que la tratan, de que pensase más servir á Dios, que no la hiciese con el favor de Dios. Y confiada en que Su Majestad ayuda á los que se determinan para su servicio y gloria, no se acuerda más de sí ni de su provecho, en comparación de esto, que si no fuese, en cuanto puede entender de sí y entienden sus confesores. Es todo gran verdad lo que va en este papel, y se puede probar con todas las personas que la tratan de veinte años á esta parte. Muy de ordinario la mueve su espíritu á alabanzas de Dios, y querría que todo el mundo entendiese en esto, aunque á ella le costase mucho. De aquí la nace el deseo del bien de las almas, y viendo cuán basura son las cosas de este mundo, y cuán preciosas las interiores, que no tienen comparación, ha venido á tener en poco las cosas de él.» Y antes de esto había dicho estas palabras. «Siempre jamás deseaba estar sujeta á lo que la mandaban, y así se afligía cuando en estas cosas sobrenaturales no podía obedecer. Y su oración y la de las monjas que ha fundado, siempre es con gran cuidado por el aumento de la santa fe católica, y por esto comenzó el primer Monasterio, junto con el bien de su orden.» Todas estas son palabras de la Madre Teresa de Jesús, aunque de ellas he dejado algunas que pondré en otros lugares, adonde vendrán bien. La carta que dice que tuvo del Maestro Avila,

aquel santo y sabio varón, que tanto fruto hizo siempre con sus palabras, y lo hará ahora con sus escritos, he yo visto lo más de ella en una copia que me envió desde Lisboa el Padre Maestro Fray Jerónimo Gracián: aprueba en ella su oración, y dice que puede muy bien fiarse de ella. Y que en los raptos ó arrobamientos que escribe en ese libro de su vida, halla él la señal que tienen los que son verdaderos, y lo mismo dice de las visiones y hablas de Dios, reprendiendo á los que no creen en estas cosas por no las tener ellos, ó por ver que no es tan perfecta la persona con quien se hacen. De esto mismo da testimonio el venerable Padre Fray Luis de Granada en el fin de la primera parte de la vida del Maestro Avila (1), donde, habiendo contado que ella le escribió, como está dicho, dice así:

«El, después de haber sido muy bien informado del caso, la respondió en una carta, que se quietase, y entendiéndose que no había en sus cosas engaño alguno, porque todas eran de Dios. Esta carta vi yo, y no se pone aquí por ser cosa larga y tratar de materias muy espirituales y delicadas, que no son para todos.» Todas estas palabras son del sobredicho Padre, tratando del don de discreción de espíritus que Dios había dado al Maestro Avila.

Un papel he hallado de uno de los confesores de la Madre Teresa de Jesús, aunque no he podido hasta ahora averiguar cuyo sea; pero porque me parece es de persona muy cuerda y letrada, y que miró las cosas bien despacio y desde cerca, y todas las circunstancias de ella, y da mucha luz para lo que ahora tratamos, porque juntó allí las señales que había para conocer su espíritu, le pondré aquí como le hallé, sin mudar, ni poner, ni quitar ni una letra, aunque fué esto antes que ella saliese de la Encarnación, ni fundase, que después pasó muy adelante (2).

Dice así:

1. «El fin de Dios es llegar un alma á Sí, y el del demonio apartarla de Dios. Nuestro Señor nunca pone medios que aparten á uno de Si, ni el demonio que lleguen á Dios. Todas las visiones y las

(1) *Obras*, t. VI, pág. 644 col. 2.<sup>a</sup> Véase la carta en los Apéndices.

(2) El P. Fr. Diego de Yepes, lib. I, cap. XXI, dice acerca de este escrito: «Cuanto yo he podido colegir de él, parece, de algún Padre de la Compañía de Jesús y que se hizo para informar al Padre Maestro Avila, porque está escrita por vía de Relación.» Parece, no obstante, que el verdadero autor de estas 33 razones teológicas, no es otro que San Pedro de Alcántara, el cual las escribió no para informar al P. Mtro. Avila, sino contestando á la *Relación* que le mandó Santa Teresa desde el convento de la Encarnación de Avila, el año de 1560. Copia el P. Ribera esta *Relación* al principio del cap. XXVI de este libro, sin decir á quien iba dirigida.

El P. Fr. Antonio de San Joaquín (*Año Teresiano*, t. VII, pág. 154) afirma terminantemente que este escrito de San Pedro de Alcántara fué hallado en el monasterio de la Encarnación de Avila. Cfr. Vandermoere. *Acta S. Teresiae* pág. 76-77, n.º 292-293, pág. 564. c. y 602. a.

demás cosas que pasan por ella la llegan más á Dios, y la hacen más humilde y obediente, etc.

2. Doctrina es de Santo Tomás, que en la paz y quietud de su alma, que deja el Angel de luz, se conoce. Nunca tiene estas cosas que no quede con grande paz y contento, tanto, que todos los placeres de la tierra juntos la parecen no son como el menor.

3. Ninguna falta tiene, ni imperfección, de que no sea reprendida del que la habla interiormente.

4. Jamás pidió ni deseó estas cosas, sino cumplir en todo la voluntad de Dios Nuestro Señor.

5. Todas las cosas que le dice van conformes á la Escritura y á lo que la Iglesia enseña, y son muy verdaderas en todo rigor escolástico.

6. Tiene muy gran puridad de alma, gran limpieza, deseos ferrentísimos de agradar á Dios, y á trueque de esto, atropellar cuanto haya en la tierra.

7. Hánle dicho que todo lo que pidiere á Dios, siendo justo, se le dará. Muchas ha pedido, y cosas que no son para carta, por ser largas, y todas se las ha concedido Nuestro Señor.

8. Cuando estas cosas son de Dios, siempre son ordenadas para bien propio, común, ó de alguno. De su aprovechamiento tiene experiencia, y del de otras muchas personas.

9. Ninguno la trata (si no lleva prava disposición), que sus cosas no le muevan á devoción, aunque ella no las dice.

10. Cada día va creciendo en la perfección de las virtudes, y siempre le enseñan cosas de mayor perfección. Y así, en todo su discurso de tiempo, en las mismas visiones, ha ido creciendo de la manera que dice Santo Tomás.

11. Nunca le dicen novedades, sino cosas de edificación, ni le dicen cosas impertinentes. De algunos le han dicho que están llenos de demonios; pero para que entienda cuál está un alma cuando mortalmente ha ofendido al Señor.

12. Estilo es del demonio cuando pretende engañar, avisar que callen lo que les dice, mas á ella que lo comunique con letrados siervos del Señor, y que cuando callare, por ventura la engañará el demonio.

13. Es tan grande el aprovechamiento de su alma con estas cosas y la buena edificación que da con su ejemplo, que más de cuarenta monjas tratan en su casa de grande recogimiento.

14. Estas cosas, ordinariamente le vienen después de larga oración, y de estar muy puesta en Dios y abrasada en su amor, ó comulgando.

15. Estas cosas le ponen grandísimo deseo de acertar, y que el demonio no la engañe.

16. Causan en ella profundísima humildad, conoce lo que recibe ser de la mano del Señor, y lo poco que tiene de sí.

17. Cuando está sin aquellas cosas, suélenle dar pena y trabajo cosas que se le ofrecen; en viniendo aquello, no hay memoria de nada, sino gran deseo de padecer, y de esto gusta tanto, que se espanta.

18. Causanle holgarse y consolarse con los trabajos, murmuraciones contra sí, enfermedades, y así las tiene terribles, de corazón, vómitos, y otros muchos dolores, los cuales cuando tiene las visiones, todos se le quitan.

19. Hace muy gran penitencia con todo esto, ayunos, disciplinas y mortificaciones.

20. Las cosas que en la tierra le pueden dar contento alguno, y los trabajos que ha padecido muchos, sufre con igualdad de ánimo, sin perder la paz y quietud de su alma.

21. Tiene tan firme propósito de no ofender al Señor, que tiene hecho voto de ninguna cosa entender que es más perfección, ó que se la diga quien la entiende, que no la haga, y con tener por Santos á los de la Compañía, y parecerle que por su medio Nuestro Señor le ha hecho tantas mercedes, me ha dicho á mí que si no tratarlos supiese que es más perfección, que para siempre jamás no les hablaría, ni vería, con ser ellos los que la han quietado y encaminado en estas cosas.

22. Los gustos que ordinariamente tiene, y sentimientos de Dios, y derretirse en su amor, es cierto que espanta, y con ellos se suele estar casi todo el día arrebatada.

23. En oyendo hablar de Dios con devoción y fuerza, se suele arrebatar muchas veces, y con procurar resistir, no puede, y queda entonces tal á los que la ven, que pone grandísima devoción.

24. No puede sufrir á quien la trata que no la diga sus faltas y no la reprenda, lo que recibe con gran humildad.

25. Con estas cosas no puede sufrir á los que están en estado de perfección, que no la procuren tener conforme á su instituto.

26. Está desapegadísima de parientes, de querer tratar con las gentes; amiga de la soledad. Tiene gran devoción con los santos, y en las fiestas y misterios que la Iglesia representa, tiene grandísimos sentimientos de Nuestro Señor.

27. Si todos los de la Compañía y siervos de Dios que hay en la tierra, le dicen que es demonio, ó dijese, teme y tiembla antes de las visiones; pero en estando en oración y recogimiento, aunque la hagan mil pedazos no se persuadirá, sino que es Dios el que la trata y habla.

28. Hale dado Dios un tan fuerte y valeroso ánimo, que espanta. Solía ser temerosa, ahora atropella á todos los demonios. Es muy

fuera de melindres y niñerías de mujeres, muy sin escrúpulo: es rectísima.

29. Con esto le ha dado Nuestro Señor el don de lágrimas suavísimas. Grande compasión de los prójimos, conocimiento de sus faltas y tener en mucho á los buenos; abatirse á sí misma. Y digo cierto que ha hecho provecho á muchas personas, y yo soy una.

30. Traía ordinaria memoria de Dios, y sentimiento de su presencia.

31. Ninguna cosa le han dicho jamás que no haya sido así, y no se haya cumplido, y este es grandísimo argumento.

32. Estas cosas causan en ella una claridad de entendimiento, y una luz en las cosas de Dios admirable.

33. Que la dijeron que mirase las escrituras, y que no se hallaría que jamás un alma que desease agradar á Dios, hubiese estado engañada tanto tiempo.»

Esto contiene el papel que he dicho de la manera que lo he escrito, y ser todo ello verdad, se ve bien por lo que está dicho ya, y por lo que adelante diremos.

## CAPÍTULO VIII

### De los avisos que daba para la oración

De la fuerza y fruto de su oración diré después; ahora diré con la brevedad que se sufiere, los avisos que daba para la oración, porque deseo sea este libro de provecho para los que lo leyeren, y no podrán dejar de ser muy provechosos los preceptos de tan sabia y experimentada maestra, y sobre todo, tan enseñada por Dios, y escogida por Él para maestra de tantas y tan escogidas almas. Y lo mismo haré en las demás virtudes donde viere será de provecho y tuviere que decir.

I. Decía que la oración es camino real para el cielo, y que se gana yendo por él gran tesoro, y que así no es mucho que á nuestro parecer, nos cueste mucho, que tiempo vendrá en que se entienda cuán nada es todo lo que damos para cosa tan grande (1). Y que alma sin oración, es como cuerpo con perleía, ó tullido, que aunque tiene pies y manos, no los puede menear: que así hay almas tan enfermas y mal acostumbradas, que no pueden entrar dentro de sí, con ser de natural tan rico; y poder tener conversación con Dios, no hay remedio. Y que si estas almas no procuran entender y remediar su gran miseria, se quedarán hechas estatuas de sal, por no volver la cabeza hacia sí (2).

II. Importa mucho, y el todo, una grande y muy determinada determinación, de no parar hasta llegar á beber del agua de vida que el Señor da (que así llama ella siempre la oración sobrenatural, que nosotros no podemos haber con nuestra industria y diligencia, aunque sabía muy bien que cualquiera oración que sea meritoria, es obra sobrenatural, como dijimos en el capítulo III); venga lo que viniere, suceda lo que sucediere, trabájese lo que se trabajare, murmure quien murmurare, siquiera llegue á ella, siquiera se muera en

(1) *Camino de Perfección*, cap. XXI.

(2) *Morada*, I, cap. I.



el camino, siquiera no tenga devoción para los trabajos que hay en él, siquiera se hunda el mundo. Esto encarga muchas veces, y hace en ello grande instancia (1).

III. Aunque hay oración vocal que se hace con la voz, y mental, que se hace con el entendimiento y voluntad sin voz: si la oración vocal ha de ser cual conviene, en ella entra también la mental, porque quien habla con Dios, ha de estar mirando con quien habla, y quién es el mismo que habla, para que sepa cómo ha de estar delante de tan gran Señor, y cómo le ha de tratar: y en estos dos puntos hay mucho que hacer. Debemos también mirar quién es nuestro Señor Jesucristo, y quién es su Padre, y qué tierra es aquella donde nos ha de llevar, y qué bienes son los que nos promete, qué condición tiene, cómo podremos contentarle mejor, y cómo haremos que nuestra condición sea conforme con la suya. Con esto se junta la mental con la vocal, porque la oración mental es considerar estas cosas (2). Y así acontece que á los que rezan de esta manera vocalmente, los sube Dios hartas veces, sin sentirlo ellos, á la contemplación (3).

IV. La oración mental todos la deben procurar, aunque no tengan virtudes, porque es principio para alcanzar todas las virtudes, y vanos la vida á todos en comenzarla; pero tiénese con mucho trabajo, si no se procuran las virtudes (4).

V. En la oración, mejor es estar á solas, como por nuestro enseñamiento lo hacía el Señor, porque no se ha de estar hablando con Dios y con el mundo, como hacen los que, orando, escuchan lo que otros hablan, ó piensan en lo que se les ofrece, sin más irse á la mano (5).

VI. Hecho esto, lo primero ha de ser la examinación de la conciencia, y decir la confesión, y santiguarse. Luego, puesto á solas, ha de procurar compañía, y ninguna hay mejor que la de Cristo, representándole junto á nosotros. Y si nos acostumbramos á tenerle cabe nosotros, y El ve que lo hacemos con amor, y que andamos procurando contentarle, siempre le tendremos con nosotros, y es gran cosa un tal amigo al lado (6).

VII. Pero aún más deseaba que le buscásemos y le considerásemos en lo interior de nuestra alma, porque esto es de mucho más provecho, y que no habíamos menester ir al cielo con la consideración, ni más lejos que á nosotros mismos, porque es cansar el espíritu y distraer el alma, y no con tanto fruto (7).

(1) *Camino de Perfección*, cap. XXI.

(2) *Ibid.*, cap. XXII.

(3) *Ibid.*, cap. XXV.

(4) *Ibid.*, cap. XVI.

(5) *Ibid.*, cap. XXIV.

(6) *Ibid.*, cap. XXVI.

(7) *Vida*, cap. XL.

VIII. A los que tienen oración con discurso pensando en la pasión ó vida de Nuestro Señor, ó muerte y juicio, y cosas semejantes, por tan buen camino como este, el Señor les sacará á puerto de luz, y con tan buenos principios, el fin también lo será. Y todos los que pudieren ir por él, llevan descanso y seguridad. Este pensar y discurrir en cosas de la pasión, decía que es el modo de oración en que han de comenzar y mediar y acabar todos, y muy excelente y seguro camino, hasta que el Señor los lleve á otras cosas sobrenaturales. Pero decía que no había de ser todo discurrir con el entendimiento, sino que á ratos también se presenten delante de Cristo, y sin cansancio del entendimiento, se estén hablando y regalando con El, sin cansarse en poner razones, sino representar necesidades, y la razón que tiene para nos sufrir allí; lo uno un tiempo, y lo otro, otro, porque no se canse el alma de comer un manjar siempre (1).

IX. Los que no pueden tener así la oración, porque no pueden sosegar el pensamiento en una cosa, sino que va como un caballo desbocado, que no le pueden detener, pongan al Señor cabe sí, y pídanle con humildad que no les deje, sino que les acompañe. Y si en un año no pudieren salir con esto, sea en más; no les duela el tiempo en cosa en que tan bien se gasta, acostúmbrense á ello, y trabajen de andar cabe El, y esténsese mirando, que pues podemos volver los ojos del alma á mirar cosas muy feas, ¿por qué no los volveremos á mirar la cosa más hermosa que se puede imaginar? Mirémosle unas veces resucitado, otras en la cruz, ó atado á la columna, etc., ó como más le hubiéremos menester. Para esto aprovecha mucho traer consigo alguna devota imagen de Nuestro Señor, y mirarla muchas veces, y hablar con ella. Decía que por esta vía se suele llegar más presto á la contemplación si perseveran, pero que es muy trabajosa y penosa, porque si le falta á la voluntad en qué ocuparse, y el amor no tiene algo presente en qué emplearse, queda el alma como sin ánimo y ejercicio, y dala gran pena la soledad y sequedad, y grandísimo combate los pensamientos. Y así decía que con esta oración había de estar el alma, ó muy aprovechada, ó muy desaprovechada, y que los que iban por aquí, habían menester mayor pureza (2).

X. Aunque á los que no podían ir en la oración por vía de discurso, no les quería hacer fuerza para que fuesen por allí, no quería tampoco que se fuesen á la oración á ponerse allí y esperar, sin llevar pensado de qué la han de tener; y por eso ordenó que cada noche, después de maitines, se leyese en el coro algo de que se tuviese oración á la mañana, y cuando ella comenzó á tener oración, aquellos primeros años, en lugar del discurso, leía en algún libro de la Pasión, ó de cosas semejantes, con que se recogiese el pensa-

(1) *Cam. de Perf.*, cap. XIX.

(2) *Ibid.*, cap. XXVI.

miento, y la voluntad se comenzase á mover y aficionar. Y esto del libro, aconseja ella á estas personas, para venir á recoger el pensamiento, y que poquito á poquito vayan acostumbrando á su alma, con halagos y artificio, á recogerse para no la amedrentar, y que hagan cuenta que se ha ido, muchos años ha, de con su esposo, y que hasta que quiera tornar á su casa, es menester saberlo negociar, para que se quiera estar en ella, y que si no es así, y poco á poco, nunca se hará nada. Pero que si con cuidado se acostumbran á esto, sacarán tan gran ganancia, que aunque ella quiera decir cuán grande será, no sabrá (1). Dice también que siempre fué aficionada, y siempre la recogían más las palabras de los Evangelios que salieron por la boca de Cristo Nuestro Señor, como El las dijo, que libros muy concertados (2).

XI. Quería que por muy medrada que estuviese un alma, y por muy alta oración que tuviese, nunca jamás se olvidase de considerarse á sí, y mirar su nada, y ejercitarse en el propio conocimiento. Y decía que esto del propio conocimiento, y de los pecados que cada uno ha hecho, es el pan con que todos los manjares se han de comer, por delicados que sean, en este camino de la oración, y que sin este pan no se podrían sustentar. Pero no quería por eso que siempre anduviesen allí, y con eso se olvidasen de considerar á Dios: antes decía que, considerándole á él, se conociera muy mejor á sí; porque mirando las perfecciones de Dios, entenderemos mejor nuestras faltas é imperfecciones, como una cosa blanca puesta cabe otra negra, parece más blanca. Lo segundo, porque nuestro entendimiento y voluntad se ennoblecen y están más aparejados para todo bien, tratando con Dios á vueltas de sí. Y si nunca salimos de nuestro cieno de miserias, siempre la corriente irá envuelta en cieno de temores vanos y pusilanimidad y cobardía, y vendrá mucho daño al alma (3).

XII. También deseaba mucho que meditasen todos en la sagrada humanidad de Nuestro Señor Jesucristo, y que no la dejasen, por más alta oración que tuviesen. Y de un poco de tiempo que ella la dejó, por considerar cosas más altas, se arrepentía mucho, porque decía que la vida era larga, y hay en ella muchos trabajos, y habemos menester mirar á nuestro dechado Cristo, para llevarlos con perfección. Y estaba en esto tan firme, y enseñábalo con tantas veras, que decía que nadie, por espiritual que fuese, bastaría á hacerla entender otra cosa (4).

XIII. Aconsejaba mucho, y con muy particular encarecimiento,

(1) *Cam. de Perf.*, cap. XXVI.

(2) *Ibid.*, cap. XXI.

(3) *Moradas*, I, cap. II y *Vida*, cap. XIII.

(4) *Moradas*, VI, cap. VII.

(1) *Ibid.*, cap. VII y VIII.

(2) *Cam. de Perf.*, cap. XVII.

(3) *Joan. IV. 13. Cam. de Perf.*, cap. XIX.

(4)

que nunca nadie dejase la oración, ni por apariencia de humildad, ni por pecados que tuviese, ni por otra causa ninguna, porque se vendrá á perder su alma por ese camino, y volviendo á ella se ganará; como lo había ella visto bien en el tiempo que la dejó, y después cuando volvió á ella; y el dejarla, dice que fué la mayor tentación que tuvo (1).

XIV. También hacía grandísima instancia en que nunca se cansasen los que se dan á oración, ni desmayasen por sequedades, ni desconfiasen de venir á llegar á lo alto de la oración, porque decía que á las veces viene el Señor muy tarde, y paga tan bien y tan por juntó, tarde, como en muchos años: que ella había estado más de catorce años sin poder jamás tener una meditación, sin leer primero en algún libro (2). Decía había mucha lástima á las personas que no tenían esta perseverancia en la oración. Porque son como los que han mucha sed, y ven el agua de muy lejos, y cuando quieren ir allá, hallan quien les defienda el paso al principio y al medio y al fin. Y acaece que cuando ya con su trabajo han vencido los primeros enemigos, se dejan vencer de los segundos, y quieren más morir de sed, que beber agua que tanto ha de costar. Y si vencen á los segundos, se dejan después vencer de los terceros, y se les acaba la fuerza, no estando por ventura dos pasos de la fuente del agua viva, de quien dijo el Señor á la Samaritana (3) que quien la bebiese, no tendría más sed. Y aun podrá ser que, habiendo llegado á que no les falte más que abajarse á beber en la fuente, lo dejen todo, pensando que no tienen fuerza para llegar allá, y que no son para ello. Decía que á todos llama el Señor para beber, y que tenía por cierto que todos los que no se quedasen en el camino, no les faltaría esta agua viva. Y que da de muchas maneras á beber de ella, á los que le quieren seguir, para que ninguno vaya desconsolado, ni muera de sed. Porque de esta fuente caudalosa salen arroyos, unos grandes y otros pequeños, y algunas veces charquitos para niños, que aquéllos les bastan, antes sería espantarlos más el ver mucha agua. Y que pues nunca en este camino falta agua de consolación, tomasen su consejo y no se quedasen en él, sino peleasen como fuertes, hasta morir en la demanda.

XV. Tenía por mal principio, para pasar adelante, y por cosa muy dañosa, para medrar en la oración, ir á ella por el gusto y consolación que esperaban recibir. Y decía que sabía por experiencia, que el alma que en este camino de oración mental comienza á caminar con determinación y puede acabar consigo, de no hacer mucho caso, ni consolarse, ni desconsolarse mucho, que falten estos gustos

(1) *Vida*, cap. VII y VIII.

(2) *Cam. de Perf.*, cap. XVII.

(3) Joan. IV, 13.—*Cam. de Perf.*, cap. XIX.

y ternura ó la del Señor, tiene andada gran parte del camino, y no haya miedo de tornar atrás, aunque más tropiece, porque va comenzando el edificio en firme fundamento. Pesábale de ver hombres de letras y entendimiento quejarse porque no les daba Dios devoción, y tenía lo por imperfección y poca libertad de espíritu, y creía que era en gran parte causa de esto no haber comenzado con la determinación dicha (1).

XVI. Decía que el que comenzaba oración, había de hacer cuenta que comenzaba á hacer un huerto en una tierra infructuosa, que llevaba muy malas hierbas, y que después de arrancadas éstas y puestas en su lugar otras buenas, ha de procurar, como buen hortelano, que crezcan estas plantas, y tener cuenta con regarlas, porque no se pierdan, sino que vengan á echar flores que den gran olor, para que se recree con ellas el Señor que las plantó, y se venga muchas veces á deleitar en este jardín. Y así quería que el fin de la oración fuese la gloria y servicio y contento mayor de Dios (2).

XVII. El que tiene sequedad en la oración, decía que era como el que va á sacar agua del pozo para regar este jardín y le halla seco; pero que entonces no ha de aflojar, sino hacer, como buen hortelano, todo lo que fuese en sí, porque si esto hace, sin agua sustentará el Señor estas plantas y flores, y hará crecer las virtudes, y entendía sin agua, sin lágrimas y ternura y sentimiento de devoción. Y que cuando ve que echa muchas veces el caldero, y no saca agua, ni aun puede alzar los brazos para echarle, que es no poder tener ni un buen pensamiento, se alegre y consuele, teniendo por grandísima merced trabajar en el jardín de tan grande Emperador, y dure, pues sabe que le contenta en aquello, y su motivo no ha de ser contentarse á sí, sino contentarle á El, y que le alabe mucho porque hace de él confianza, pues ve que sin pagarle nada, tiene gran cuidado de lo que le encomendó, y ayúdele á llevar la cruz, pues ve que toda la vida vivió en ella, y no quiera acá su reino; y determínese que, aunque aquella sequedad dure toda la vida, no ha de dejar caer á Cristo con la cruz. Y que tiempo vendrá que se lo pague por junto, que no haya miedo que se pierda el trabajo, que á buen amo se sirve, y que El le está mirando, y así no debe hacer caso de malos pensamientos, que también los representaba el demonio á San Jerónimo en el desierto. Afirmaba que este trabajo no le dejaba Dios sin gran premio, aun en esta vida, y que con una hora de los gustos, que Nuestro Señor á ella la había dado, quedaban muy bien pagadas las congojas que pasó mucho tiempo en sustentarse en la oración. Y que aquí había de haber gran diligencia para arrancar de raíz las malas hierbecillas que habían quedado en el alma, por pequeñas que fuesen,

(1) *Vida*, cap. XI.

(2) *Ibid.*

y que convenía mucho conocer nuestra nada, y lo poco que en esto y en todo podemos, y humillarnos delante de Dios (1).

XVIII. Estas sequedades y tormentos, decía que venían muchas veces al principio que un alma se comenzaba á dar á la oración, y otras á la postre, con muchas tentaciones; porque quería Dios probar con éstas á sus amadores, y saber si podrán beber el cáliz, y ayudarle á llevar la cruz, antes que ponga en ellos grandes tesoros, y para que ellos entiendan lo poco que son: porque son de tan gran dignidad las mercedes que hace después, que quiere que vean por experiencia su miseria, primero que se las haga; y que importa mucho que de sequedades, ni distracciones en los pensamientos, nadie se apriete ni aflija, si quiere ganar libertad de espíritu, y no andar siempre atribulado; y que comience á no se espantar de la cruz, y verá cómo se la ayuda á llevar el Señor, y con él contento que anda y el provecho que saca de todo (2).

XIX. Decía que, estas sequedades y distracciones, tenía grandísima experiencia, que venían muchas veces de indisposición del cuerpo y mudanza de tiempos, y de volverse los humores; y que cuando vienen de esto, es peor apretar al alma á que esté en la oración, que esforzarla á lo que no puede, y ahogarla, y conviene dejar por entonces la oración para otra hora, y ocuparse en leer, ú obras exteriores de caridad, y cuando ni aun para esto esté, servir al cuerpo por amor de Dios, para que él después sirva al alma, y tomar alguna recreación santa de conversación que sea santa, ó de otra cosa semejante (3).

XX. La diferencia que hay de esta oración mental á la sobrenatural, que es la que nosotros con nuestra industria no podemos alcanzar, y á la contemplación, declaraba de esta manera: La oración que va con discurso del entendimiento, por mucho que haga, trae el agua corriendo por la tierra, y no la bebe junto á la fuente, y nunca faltan en este camino cosas lodosas en que se detenga y no vaya tan pura, porque pensando, nos venimos á hallar en cosas del mundo que amamos, y deseando huir de ellas, nos estorba algo pensar cómo fué, y cómo será, y qué hice, y qué haré, y á las veces nos vemos en peligro de pegársenos algo de ellas. Pero en oración sobrenatural, pone Dios al alma de presto junto á sí, y muéstrala en un punto más verdades, y dala más claro conocimiento de lo que es todo, que acá pudiera tener en muchos años, y bebe el agua viva en su misma fuente (4). Y en otra parte dice así: «Háblale su grandeza suspendiéndole el entendimiento, y atajándole el pensamiento, y tomándole

(1) *Vida*, cap. XI.

(2) *Ibid.*, cap. XVII.

(3) *Ibid.*

(4) *Cam. de Perf.*, cap. XIX.



(como dicen) la palabra de la boca, que aunque quiere, no puede hablar, sino es con mucha pena. Y entiendo que, sin ruido de palabras, le está hablando este divino Maestro: gozan sin entender cómo gozan, está el alma abrasándose en amor, y no entiende cómo, ama y no sabe cómo lo goza, aunque bien entiende que no es gozo que alcanza el entendimiento á desearle. Abrásale la voluntad sin entender cómo, mas en pudiendo entender algo, ve que no es éste bien que se puede merecer, con todos los trabajos que se pasasen juntos en la tierra por ganarle. Es don del Señor de ella y del cielo, que en fin, da como quien es. Esta, hijas, es contemplación perfecta. Ahora entenderéis la diferencia que hay de ella á la oración mental, que es lo que queda dicho, pensar y entender lo que hablamos, y con quién hablamos, y quién somos los que osamos hablar con tan gran Señor. Pensar esto y otras cosas semejantes, de lo poco que le habemos servido, y lo mucho que estamos obligados á servir, es oración mental. No penséis que es otra algarabía, ni os espante el nombre. En ésta podemos algo nosotros con el favor de Dios; mas en la contemplación que ahora dije, ninguna cosa; su Majestad es el que lo hace todo, pues es obra suya, sobre nuestro natural» (1).

XXI. A esta oración sobrenatural convida siempre á todos, y los anima á que con gran determinación la procuren, hasta morir en la demanda, y dice que si no se cansan ni aflojan, la alcanzarán, como ya habemos visto en este capítulo. Mas para alcanzarla, decía que era menester esforzarnos á ganar las virtudes grandes, y particularmente la humildad, y ejercitarnos en obras dificultosas del servicio de Dios, y darnos del todo á El con gran determinación, y que quien esto no hiciere, quedarase toda su vida en la oración mental. Y que acontecia á personas de virtudes imperfectas, y aun á veces que estaban en mal estado, levantarlas el Señor á contemplación, para ganarlas por ahí, pero que eso es pocas veces, y dura poco, si no se aprovechan de aquel regalo para salir de aquel estado, y hacer de sí la entrega que habemos dicho (2).

XXII. Otros dos consejos daba muy ciertos y provechosos para quien desea esta oración sobrenatural. El primero es que no queramos subirnos nosotros á esta oración, porque será trabajar en vano y echarnos á perder, que es Dios el que nos ha de subir (3), antes siguiendo el consejo del Señor, nos sentemos en el más bajo lugar, teniéndonos por indignos de lo que tenemos, y no pidiendo que nos suba, sino dejándonos del todo en sus manos, que El sabe lo que nos conviene, y que nuestro ejercicio sea darnos á la mortificación, y humildad, y al verdadero desasimiento de todas las cosas; que yendo

(1) *Cam. de Perf.*, cap. XXV.

(2) *Ibíd.*, cap. XVI.

(3) *Vida*, cap. XII.

por aquí nos subirá á esta oración; pero que nosotros siempre estemos contentos con lo que Dios hiciere de nosotros, que ésa es la humildad (1). Y decía que confiásemos en la bondad de Dios, que nunca falta á sus amigos, y atapásemos los ojos para nunca pensar por qué da, á aquel de tan pocos días, devoción, y á nosotros no, en tantos años; que todo es para bien nuestro: y pues ya no somos nuestros, sino suyos, le dejemos guiar por donde quisiere (2).

XXIII. El otro es que los que no han llegado á esta oración, ó no pueden llegar, no se fatiguen, ni desmayen, porque no lleva Dios á todos por un camino, y por ventura el que piensa que está más bajo, está más alto en los ojos del Señor: y que no es esta oración sobrenatural necesaria para la salvación, ni nos la pide Dios, y que no por eso dejarán de ser perfectos, si se ejercitan en las virtudes, antes podrá ser que tengan mucho más mérito; porque es más á trabajo suyo, y les lleva el Señor como á fuertes, y les tiene guardado todo lo que aquí no gozan para dárselo por junto. Y que miren que la verdadera humildad está en contentarse con lo que Dios quisiere hacer de ellos, que no es buena humildad querer nosotros escoger, sino dejar hacer al Señor, que sabe adonde ha de poner á cada uno. ¿Y qué mayor señal quieren del amor que Dios les tiene, que darles parte de su cruz? y que es gran ganancia no querer ganar por nuestro parecer, para no temer la pérdida; pues permite Dios que la tenga el buen mortificado, sino para ganar más (3).

XXIV. Decía que la oración, por más alta que fuese, siempre había de ir enderezada á hacer obras, en que mostremos el amor que tenemos á Dios, no contentándonos con tener oración y consolaciones y mercedes grandes de Dios, sino haciendo cosas en que le sirvamos mucho, y ejercitándonos en obras dificultosas de virtudes, y que ésta es la verdadera señal de ser buena la oración, y de ser de Dios aquellas mercedes, y que quien no se diere á mortificación, y humildad, y á las demás virtudes, siempre, por más que ore, se quedará enano, y no crecerá, sino antes descrecerá. Y que el aprovechamiento del alma no está en pensar mucho en Dios, sino en amarle mucho, y que este amor se adquiere determinándose á obrar y á padecer por Dios (4).

XXV. De esto escribió al Padre Fray Gerónimo Gracián, en una carta, estas palabras: «De estas cosas interiores de espíritu, la que más acepta y acertada es, es la que deja mejores dejos. No digo algunos deseos que nos quedan luego, que aunque es bueno, á veces no son como nos lo pinta nuestro amor propio. Llamo dejos confir-

(1) *Camino de Perf.*, cap. XVII.

(2) *Vida*, cap. XI.

(3) *Ibíd.*

(4) *Moradas*, VII, cap. IV.

mados con obras, y que los deseos que se tienen de la honra y gloria de Dios, se parezcan en mirar por ella muy de veras, y emplear su memoria y entendimiento en cómo le ha de agradar, que ésta es verdadera oración, y no unos gustos para nuestro gusto; yo no desearía otra oración, sino la que me hiciese crecer en las virtudes.»

Nunca acabaría, si hubiese de poner aquí todos los avisos que daba; pero los puestos no quise dejar, porque son muy provechosos para todos los que tratan ó desean tratar de oración. Otros muchos que tocan á particulares modos de oración, y así á pocas personas, los dejé para que los que los hubieren menester, los lean en el libro de la *Vida* y en el de las *Moradas*, por no ser yo aquí más largo.

## CAPÍTULO IX

### De la gran fe que tenía

Tiempo es ya de venir á las virtudes particulares, pues habemos dicho de la madre de todas ellas, que es la oración. Y pues la fe es el fundamento de todas, comencemos por ella, aunque no hay para qué detenernos en ella mucho, pues quien tan desasida estaba de las cosas de la tierra, y tanto trabajó en el servicio de Dios y bien de las almas, no podía hacer esto sin tener una muy grande y muy confirmada fe de las verdades y bienes sobrenaturales. Y cuando esta prueba tan clara no hubiera, bastaría decir dos cosas. La primera, que la hizo Nuestro Señor en esta virtud tanta merced, que jamás tuvo tentación ninguna contra ella, como lo dejó escrito en un papel de su mano. La segunda, que así el primer Monasterio que fundó, como los demás, los fundó para el aumento de la fe, y para que se hiciesen siempre en ellos oraciones y ayunos y penitencias, por los que pelean contra los herejes y vuelven por la santa fe católica.

Era su fe tan grande, que la parecía que contra todos los luteranos se pusiera á hacerles entender que iban errados. Decía que las cosas de la fe, mientras menos las entendía, más las creía, y mayor devoción la hacían, y que se regalaba mucho en no entenderlas, y esto la recogía más. Aunque siempre trataba con letrados, nunca preguntaba, ni aun lo deseaba saber, cómo hizo Dios esto, ó cómo pudo ser. No había menester pensar más de hizolo Dios todo, y así decía que no tenía de qué se espantar, sino de qué le alabar. También decía, que cuando algunas cosas de las que veía ó entendía en la oración, la llevaran á cosa que fuera contra la fe, ó contra la ley de Dios, no hubiera menester andar á buscar letrados, ni hacer pruebas, porque luego viera que era demonio. En el capítulo XXXIII de su vida escribe estas palabras: «Iban á mí con mucho miedo á decirme que andaban los tiempos recios, y que podría ser me llevasen á la santa Inquisición, levantándome algo. A mí me cayó esto en gracia

y me hizo reír, porque en este caso jamás yo temí, que sabía bien de mí que en cosa de la fe, contra la menor ceremonia de la Iglesia, que alguien viese yo iba contra ella, ó por cualquier verdad de la Sagrada Escritura, pasara yo mil muertes. Y dije que de eso no temiesen; que harto mal sería para mi alma, si en ella hubiere cosa que fuese de suerte que yo temiese la Inquisición, que si pensase había para qué, yo me la iría á buscar.»

Y así como lo escribió, lo hizo de su propia voluntad, sin tener causa ninguna, sino deseando ser enderezada si en algo faltase, como ella lo escribe en la relación que dió de sus cosas en Sevilla. Porque yendo á Ávila don Francisco de Soto y de Salazar, del Consejo de Inquisición, que después murió Obispo de Salamanca, le dió noticia de todas sus cosas espirituales con el fin que he dicho, y él la respondió que no era aquello cosa que tocaba á su oficio, pues todo lo que ella veía y entendía siempre la afirmaba más en la fe católica, y que diese de ello cuenta al Maestro Ávila, y se sosegase con lo que él la respondiese. También, lo que escribió de su vida y oración, lo dió al Padre Maestro Fray Domingo Báñez, para que lo presentase al Consejo de la santa Inquisición, y estuvo harto tiempo en poder del Cardenal de Toledo don Gaspar de Quiroga, Presidente del mismo Consejo, y aprobado por todos los que lo han visto, se ha impreso este año de 1588 (1).

Era grande el consuelo que su alma sentía cuando consideraba que era hija de la Iglesia, como lo mostró bien en el artículo de la muerte, repitiéndolo muchas veces, como lo dijimos en el capítulo postrero del libro tercero. De aquí venía la gran reverencia que tenía, no solamente á los Sacramentos, sino también á las sagradas imágenes y al oficio eclesiástico, el cual rezaba con gran devoción y reverencia; y á todas las ceremonias de él, por pequeñas que fuesen, y á las cuentas benditas, que las traía siempre consigo, y quería que sus monjas las trajesen, y ganasen las indulgencias de la orden y de las demás bulas. Con el agua bendita, por la mucha fe que con ella tenía, no se pueden declarar los efectos admirables que sentía, de lo cual habla así en el capítulo XXXI de su vida: «De muchas veces tengo experiencia que no hay cosa de que los demonios huyan más para no tornar. De la cruz también huyen, mas vuelven luego. Debe ser grande la virtud del agua bendita.»

En estas palabras no pone regla, ni determina que la cruz tenga menos virtud contra el demonio que el agua bendita, pues á otros puede acontecer lo contrario, sino solamente cuenta lo que algunas veces la aconteció. Después dice: «Para mí es particular y muy conocida consolación que siente mi alma cuando la toma. Es cierto que lo muy ordinario es sentir una recreación, que no sabría yo darla á

(1) Véase lo que acerca de esto se dice en la Introducción.

entender, como un deleite interior que toda el alma me conhorta. Esto no es antojo ni cosa que me ha acontecido una vez, sino muy muchas, y mirando con gran advertencia, digamos como si uno estuviese con mucho calor y sed, y bebiese un jarro de agua fría, que parece todo él sintió refrigerio. Considero yo qué gran cosa es todo lo que está ordenado por la Iglesia, y regálame mucho ver que tengan tanta fuerza aquellas palabras, que así la pongan en el agua, para que sea tan grande la diferencia que hace á lo que no es bendito.» Cuando oía decir á algunas personas que quisieran ser en el tiempo que Cristo nuestro Señor andaba en el mundo, decía entre sí que pues le tenían al mismo en el Santísimo Sacramento, ¿qué mas se les daba? Y muchos años, cuando comulgaba, estaba de la misma manera que si le viese entrar al mismo Señor corporalmente por su celda.

Para las cosas de la fe daba este aviso, que dejó escrito al principio de los Cantares, donde hablando de una cosa que no entendía de aquel libro, y el no entenderla la hacía gran regalo, dice así: «Porque verdaderamente, hijas, no ha de mirar el alma tanto, ni la hacen mirar tanto, ni la hacen tener tanto respeto á su Dios las cosas que acá parece podemos alcanzar con nuestros entendimientos tan bajos, como las que en ninguna manera se pueden entender. Y así os encomiendo mucho que cuando leyéredes algún sermón, ó pensáredes los misterios de nuestra sagrada fe, que lo que buenamente no pudiéredes entender, no os canséis, ni gastéis el pensamiento en adelgarzarlo. No es para mujeres, ni aun para hombres, muchas cosas. Cuando el Señor quiere darlo á entender, su Majestad lo hace entender sin trabajo nuestro. A mujeres digo esto, y á los hombres que no han de sustentar con sus letras la verdad, que á los que el Señor tiene para declarárnoslas á nosotras, ya se entiende que lo han de trabajar, y que en ello ganan. Mas nosotras, con llaneza, tomar lo que el Señor nos diere, y lo que no, no nos cansar, sino alegrarnos de considerar que tan gran Dios y Señor tenemos, que una palabra suya tendrá en sí mil misterios, y aun su principio no entendemos nosotras.»

---



## CAPÍTULO X

### Del gran amor de Dios que tenía, y de su gran perfección

De la esperanza que tenía, cuán firme y bien arraigada fuese, no hay para qué hablar, pues siendo la fe el fundamento de la esperanza, como lo dice San Pablo (1), ya se ve cuán firme estaría sobre tan buen fundamento. Y fuera de esto, de la alegría grande que en ella sentía en los mayores trabajos, como adelante diremos, y de las obras grandes y tan dificultosas que emprendía, nadie hay que no vea cuán viva tenía la esperanza. De la caridad que tenía con Dios, será mejor decir, aunque si es verdad lo que San Gregorio dice y todos confiesan, que la prueba del amor es la obra, quien tanto hizo, y tanto trabajó y tanto sufrió por la gloria de Dios, y más con tantos estorbos y persecuciones, con tanta pobreza, con tan graves y ordinarias enfermedades, ¿cuán grande y cuán encendido sería su amor? Llenos están sus libros; porque de lo mucho que había en el corazón, no podía la boca dejar de hablar de los deseos ardentísimos que tenía de la gloria de Dios, y así se gozaba mucho de que tuviese los bienes que tenía, y siempre que en el Credo oía decir que el reino de Cristo no había de tener fin, sentía en sí gran alegría.

También están llenos de otros deseos muy encendidos que tenía de morir por ir á ver á su amado, y acá estaba cada día muriendo, viendo que vivía, y que no era posible verle si no venía primero la muerte, y que ésta no se podía tomar, sino de necesidad se había de esperar, hasta que Dios la diese. Así moría porque no moría, y no podía valerse con la vida, y hacía mucho en sufrirla, y decía que la sufría porque la sufría Dios. Y por esto cuando daba el reloj se alegraba, porque la parecía que se llegaba un poco más para ver á Dios. Y no podía sino pedir á Dios la muerte; y en el capítulo cuarenta y dos del *Camino de Perfección*, en el libro de su mano (lo cual falta en algunos de los impresos), dice así: «Vosotras, hijas, pedid

(1) Hebr. XI.

como os pareciere, yo no hallo remedio viviendo, y así pido al Señor me libre de todo mal para siempre. ¿Qué bien hallamos en esta vida, hermanas, pues carecemos de tanto bien y estamos ausentes de él? Libradme, Señor, de esta sombra de muerte (1).» Y después dice: «Oh Señor y Dios mío, libradme ya de todo mal, y sed servido de llevarme adonde están todos los bienes. ¿Qué esperan ya aquí aquellos á quien vos habéis dado algún conocimiento de lo que es el mundo, y tienen viva fe de los que el Padre Eterno les tiene guardados?» Pondré aquí una cosa, que ella dejó escrita de su mano acerca de esto para su confesor (2).

(1) Estas palabras y las siguientes que cita el P. Ribera no son del cap. 42, sino del 75, conforme á la copia autógrafa que se conserva en el Escorial, y que reprodujo en *cromolitografía* el Dr. D. Francisco Herrero Bayona. Acerca de la omisión de que se lamenta el Padre Ribera, dice La Fuente, t. I, pág. 374, nota 1. «Todo este párrafo tan precioso falta en el original de Valladolid y en los impresos. Como en el primer escrito del *Camino de Perfección* Santa Teresa hablaba solamente con sus monjas de San José, no tuvo inconveniente en dejarse llevar de estos arranques, ó ímpetus de amor, y poner cosas que parecían suyas personales. Mas en la copia siguiente ya quitó cuanto pudiera parecer cosa personal.

(2) Probablemente era este confesor el P. Martín Gutiérrez, rector á la sazón (1571) del Colegio de Salamanca.

Había nacido el P. Gutiérrez en Almodóvar del Campo, el año de 1524, y cuando cursaba medicina en la Universidad de Alcalá, hizo los Ejercicios de San Ignacio bajo la dirección del P. Villanueva. Poco después sintió vocación á la Compañía, y entró en ella á fines de 1550. Fué tan fervoroso y diligente en la oración, cuando novicio, que padeció graves dolores de cabeza y una enfermedad peligrosa, originada de su mortificación. Convalecido de ella fué enviado en 1551, todavía novicio, á estudiar teología en Salamanca. Cuando la terminó, en 1555, fué nombrado rector del colegio de Plasencia, de donde le trasladaron á Valladolid, en 1562, y de aquí á Salamanca, brillando en todas partes por su eminente santidad, prudencia y celo de las almas. Por indicación suya fué á fundar Santa Teresa á aquella célebre ciudad. Desde que llegó á ella se puso bajo la dirección del Padre y le dió á leer el libro de su *Vida*, según consta por la Declaración del P. Bartolomé Pérez de Nuevos, en las informaciones de aquella ciudad. «Habiendo escrito la santa Madre, dice, el libro de su *Vida*, se lo dió al padre Martín Gutiérrez, su confesor, para que lo viese, el cual, por estar enfermo, me pidió se lo leyese, lo cual hice con mucho gusto; y me acuerdo, que cuando se lo iba leyendo, el dicho P. Martín Gutiérrez se encendía en devoción y afectos de Nuestro Señor, tan particulares, que me hacía parar de leer y se quedaba por algunos ratos en una profunda y devota oración, con muchas lágrimas y suspiros, y me decía algunas veces con admiración y estima:—No entenderá esto que va leyendo, que son tales cosas y de almas tan levantadas en espíritu, que era menester sentir las primero para entenderlas bien.»

A la verdad, nadie podía hallarse en mejores disposiciones para entender á Santa Teresa, que aquel hombre apostólico, abrasado en el celo de la gloria de Dios y en deseos de la patria celestial, á quien Dios tenía reservada la dicha de dar la vida por la fe.

Unos dos años después, habiendo sido elegido para asistir á la Congregación General, que debía dar sucesor al P. San Francisco de Borja, al dirigirse á Roma en compañía de los PP. Gil González Dávila y Juan Suárez, cayeron los tres en poder de los Hugonotes, en el pueblecillo de Cardilhac en Francia, quienes, después de maltratarlos inhumanamente los arrojaron en una inmunda prisión, donde al séptimo día, que fué el 21 de Febrero de 1573, entregó el P. Gutiérrez su alma á Dios.

«Todo ayer me hallé con gran soledad, que si no fué cuando comulgúe, no hizo en mí ninguna operación ser día de la Resurrección. Anoche, estando con todas, dijeron un cantarillo de cómo era recio de sufrir vivir sin Dios, y como yo estaba ya con pena, fué tanta la operación que me hizo, que comenzaron á entumecérseme las manos, y no bastó resistencia, sino que como salgo de mí, por los arrobamientos, de contento, de la misma manera se suspende el alma con la grandísima pena, que queda enajenada, y hasta hoy no lo he entendido: antes, de unos días acá, me parecía no tener tan grandes estos ímpetus como solía, y ahora me parece que es la causa esto que he dicho, no sé yo si puede ser. Que antes no llegaba la pena á salir de mí, y como es tan intolerable, y yo me estaba en mis sentidos, haciame dar gritos grandes, sin poderlos excusar. Ahora, como ha crecido, ha llegado á término de este traspasamiento, y entiendo más el que nuestra Señora tuvo, que hasta hoy, como digo, no he entendido qué es traspasamiento. Quedó tan quebrantado el cuerpo, que aun esto escribo hoy con harta pena, que quedan como descoyuntadas las manos, y con dolor. Diráme vuesa merced, de que me vea, si puede ser este enajenamiento de pena, ó si lo siento como es, ó si me engaño.»

Esto pasó en Salamanca el primer año después de aquella fundación, y lo mismo sabía yo de quien se halló delante, y lo vió, y cantó el cantar (1), el cual era: «Véante mis ojos, dulce Jesús bueno», con

Durante su penosa agonía se le oía repetir: «Tener sed de Dios, y beber hasta saciarse, ¡oh! ¿qué será?» Según el testimonio de la madre Ana de Jesús en las informaciones para la Beatificación y Canonización de Santa Teresa, el P. Gutiérrez, después de su muerte, se apareció á la Santa manifestándole la gloria que iba á gozar. «Otra de las personas, dice, que le apareció, mostrándole la gloria que iba á gozar, fué el P. Gutiérrez, rector de la Compañía de Jesús, que murió atormentado de malos tratamientos que le hicieron los luteranos, prendiéndole camino de Roma, que también certificaba ella (Sta. Teresa) era Santo.» *Cfr.* Astrain, II, lib. III cap. IV n.º 5.—La Puente. *Vida del P. B. Alvarez*, cap. XXVII.—*Varones ilustres de la C. de Jesús*, t. IX, pág. 54 y sig.—*Declar. de la Venerable Ana de Jesús*.

(1) El cantarillo con sus coplas es como sigue:

Véante mis ojos,	Sin ti, vida mía.
Dulce Jesús bueno;	¿Cuándo vendrá el día
Véante mis ojos	Que alcéis mi destierro?
Y muérame luego.	Véante mis ojos
Vea quien quisiere	Y muérame luego.
Rosas y jazmines;	No quiero contento,
Que si yo te viere	Mi Jesús ausente
Veré mil jardines:	Que todo es tormento
Flor de serafines	A quien esto siente:
Jesús Nazareno,	Sólo me sustente
Véante mis ojos	Tu amor y deseo.
Y muérame luego.	Véante mis ojos,
Véome cautivo	Dulce Jesús bueno
Sin tal compañía;	Véante mis ojos
Muerte es la que vivo	Y muérame luego.

sus coplas. Y como la tocaron en el deseo mayor de su alma, quedó tan sin sentido, que la hubieron de llevar como muerta á la celda, y acostarla, y duróla mucho, y aun el día siguiente andaba como fuera de sí. Después escribió á su confesor estas palabras: «El deseo y ímpetus tan grande de morir se me han quitado, en especial desde el día de la Magdalena, que determiné de vivir de buena gana por ser-

La religiosa que cantó esta letrilla con sus coplas era la madre Isabel de Jesús, según ella misma lo depuso en las Informaciones de Salamanca, con estas palabras: «Me acuerdo que siendo yo novicia, estando en la recreación, canté una letra que trataba de lo que siente una alma el ausencia de Dios, y estándola cantando se quedó arrobada nuestra Madre entre las demás religiosas; y habiendo esperado un rato, como no volvía en sí, la llevaron tres ó cuatro á su celda, en peso, que lo que allá pasó no lo sé, sólo que la vi salir, al otro día después de comer, de su celda, y parece que estaba todavía absorta y como fuera de sí. Y por un escrito que después vi de ella, hallamos otras y yo que en aquel arrobamiento le había hecho nuestro Señor una muy señalada merced, porque cotejamos el día y hora en que le sucedió con lo que ella escribía, y hallamos ser así; esto fué en Salamanca.»

Al volver en sí de este arrobamiento, brotó del corazón de Santa Teresa aquel sublime canto, cuyas estrofas, caldeadas en el más puro y encendido amor divino, terminan con aquel estribillo: «Que muero porque no muero.»

No podemos resistir el deseo de copiarlo aquí todo entero. Dice así:

*Vivo sin vivir en mí,  
Y tan alta vida espero,  
Que muero porque no muero.*

Aquesta divina unión,  
Del amor en que yo vivo,  
Hace á Dios ser mi cautivo,  
Y libre mi corazón:  
Mas causa en mí tal pasión  
Ver á Dios mi prisionero,  
*Que muero porque no muero.*

¡Ayl! ¡Qué larga es esta vida,  
Qué duros estos destierros,  
Esta cárcel y estos hierros  
En que el alma está metida!  
Sólo esperar la salida  
Me causa un dolor tan fiero,  
*Que muero porque no muero.*

¡Ayl! ¡Qué vida tan amarga  
Do no se goza el Señor!  
Y si es dulce el amor  
No lo es la esperanza larga:  
Quítame Dios esta carga,  
Más pesada que el acero,  
*Que muero porque no muero.*

Sólo con la confianza  
Vivo de que he de morir;  
Porque muriendo, el vivir  
Me asegura mi esperanza:  
Muerte do el vivir se alcanza,  
No te tardes, que te espero,  
*Que muero porque no muero.*

Mira que el amor es fuerte;  
Vida, no seas molesta,  
Mira que sólo te resta

Para ganarte, perderte;  
Venga ya la dulce muerte,  
Venga el morir muy ligero,  
*Que muero porque no muero.*

Aquella vida de arriba  
Es la vida verdadera:  
Hasta que esta vida muera  
No se goza estando viva:  
Muerte, no seas esquiva;  
Vivo muriendo primero,  
*Que muero porque no muero.*

Vida, ¿qué puedo yo darle  
A mi Dios, que vive en mí  
Si no es perderte á ti  
Para mejor á El gozarle?  
Quiero muriendo alcanzarle,  
Pues á El sólo es el que quiero,  
*Que muero porque no muero.*

Estando ausente de tí,  
¿Qué vida puedo tener?  
Sino muerte padecer,  
La mayor que nunca vi:  
Lástima tengo de mí,  
Por ser mi mal tan entero,  
*Que muero porque no muero.*

El pez que del agua sale,  
Aun de alivio no carece;  
A quien la muerte padece  
Al fin la muerte le vale:  
¿Qué muerte habrá que se iguale  
A mi vivir lastimero?  
*Que muero porque no muero.*

Cuando me empiezo á aliviar  
Viéndote en el Sacramento,

vir mucho á Dios. Sino es algunas veces, que todavía el deseo de verle, aunque más le deseche, no puedo.» Andaba tan embebida en Dios, que preguntándola un confesor letrado, con quien trataba todas sus cosas, y á quien nada podía encubrir, cómo gastaba el tiempo, porque él pensaba que tenía algunas horas de oración, y después se divertía en otras cosas, le respondió que no se podía imaginar persona tan enamorada de otra, y que no se pudiese hallar un punto sin ella, como ella era con nuestro Señor, consolándose con El, y hablando siempre con El y de El. Una de las cosas porque era muy devota de las imágenes, era por el deseo grande que tenía de Dios y de sus santos; y así cuando tomaba en la mano una imagen de Cristo nuestro Señor ó de su Santísima Madre, era mucho de oír las palabras que les decía, tan llenas de amor y de ternura, que parecía su alma se deshacía.

Veníanla muchas veces unos ímpetus tan grandes de amor de Dios, que se deshacía, y no se podía valer, ni cabía en sí, sino que parecía que se le acababa la vida. Y tiénese por cierto que se le acabara algunas veces, por ser tan grande la fuerza de aquel amor, que el natural suyo no la podía sufrir, si no la atajara el Señor con unos arrobamientos grandes que entonces la daba, con que el alma quedaba en gran quietud, y satisfecha á veces con ver algo de lo que deseaba, y á veces con entender otras cosas. Ibase entonces á lo más solo de la casa, y acontecía salir de maitines y hallarla á obscuras en una ermita, fría por defuera, como muerta, y decía que no era más en su mano. De esto hablamos ya en el libro primero, y de aquella maravillosa visión del Serafín que la hería y abrasaba el corazón con un divino fuego, la cual vió algunas veces. Era tanto el amor, que aunque en otras cosas se juzgase por imperfecta, siempre sentía que amaba mucho á Dios, y en esto siempre iba creciendo.

Decía que se holgaría de ver á otros en el cielo con más gloria que á sí, pero que no sabía si se holgaría de que otro amase más á Dios que ella. Todos los trabajos la parecían pequeños por Dios. Las

Me hace más sentimiento  
El no poderte gozar:  
Todo es para más penar  
Por no verte como quiero  
*Que muero porque no muero.*  
    Cuando me gozo, Señor,  
Con esperanza de verte,  
Viendo que puedo perderte,  
Se me dobla mi dolor:  
Viviendo en tanto pavor,  
Y esperando como espero,  
*Que muero porque no muero.*  
    Sácame de aquesta muerte

Mi Dios, y dame la vida,  
No me tengas impedida  
En este lazo tan fuerte:  
Mira que muero por verte,  
Y vivir sin Ti no puedo,  
*Que muero porque no muero.*  
    Lloraré mi muerte ya,  
Y lamentaré mi vida,  
En tanto que detenida  
Por mis pecados está.  
¡Oh, mi Dios! ¿Cuándo será  
Cuando yo diga de vero? (\*),  
*¡Que muero porque no muero!*

(\*) Por de veras.

penitencias, por grandes que fuesen, no se la hacían nada. Pasara muchas muertes porque un alma sola sirviera á Dios. Y aunque deseaba mucho que todos le sirviesen, pero cuando veía alguna persona de partes más que ordinarias, que juzgaba sería buena para su servicio, íbasele el alma porque Dios la llamase y la llegase á sí, y veníanla unas ansias tan grandes muchas veces, que no se podía valer. Luego hacía cuantas diligencias podía, y oraba con gran fervor, y decía á Nuestro Señor: «Mira, Señor, que es este bueno para vuestro amigo.»

La caída de los buenos, y el multiplicarse las herejías y las necesidades de la Iglesia, la daban gran tormento, y la hacían derramar muchas lágrimas, y hacer grandes penitencias, tanto, que fué esta la causa (como dijimos en el libro segundo) de fundar estos Monasterios con tanta estrechura y pobreza. No había para ella muerte más recia que pensar si tenía ofendido á Dios. Y apretóla esto tanto una vez, que, bañada toda en lágrimas, rogaba al Señor no permitiese tal cosa, y El la respondió que se consolase, y estuviese cierta que estaba en gracia, porque tal amor de Dios como ella tenía, y tales sentimientos como daba á su alma, no se compadecían con pecado mortal. Cuando hacía alguna cosa que sentía mucho, y era mucho contra lo que ella deseaba, en considerando que era aquello mayor servicio de Dios, sentía tan gran contento de contentarle á El, que con esto no hacía caso de la pena que sentía; y mientras más veía que perdía de su consuelo por el servicio de Dios, más se consolaba de perderle, de tal manera, que aunque quisiera tener pena por el consuelo que dejaba, no podía. El ofrecérsele negocios y embarazos, y comer y beber y dormir, y todas las demás cosas que la ocupaban y la quitaban de estar con nuestro Señor y gozar de su sabrosa conversación, le era muy penoso en gran manera; pero el mismo amor de Dios, que la causaba esta pena, la esforzaba tanto, que á todo ello acudía con tan buen semblante como si lo tuviera mucha gana.

Deseaba siempre hacer grandes cosas en servicio de Dios, y dábala gran tormento el no las poder hacer, y el no tener aquellas partes que para tales obras juzgaba ser necesarias, como salud y fuerzas corporales, talento y libertad para llegar almas á Dios. Y cuando se veía enferma y que no podía hacer cosas mayores, consolábase con hacer algo, por poco que fuese, como poner ramitos y flores á las imágenes, barrer el oratorio ó componerle, y otras cosas semejantes. Era grandísimo el deseo que tenía que Dios fuese servido y alabado, y su santa Iglesia aumentada, y casi todo lo que rezaba era por esto, y muy poco por sí, porque le parecía que iba poco en que ella padeciese en purgatorio, á trueco de que ésta se acrecentase, aunque fuese en muy poquito. Por tener tiempo para tratar más con Dios, huía cuanto podía el tratar con los de fuera, aunque fuesen muy deudos



suyos, y no se podía hallar sino con los que tenían oración y andaban heridos del amor de Dios como ella, que con estos descansaba mucho.

Estando en la fundación de Sevilla, habiendo venido allí de Indias su hermano Lorenzo de Cepeda, de quien allí recibieron gran caridad ella y las suyas, con ser lo que con él trataba para bien de su alma, y para dar orden en sus cosas, la vino escrúpulo si no iba conforme á las constituciones, que dicen que se aparten de deudos; y estando pensando si debía quitar algo de aquel trato y apartarse, la dijo Nuestro Señor: «*No, hija, que vuestros Institutos no han de ir sino conforme á mi ley*» (1). Este amor la hacía que siempre trajese el alma muy pura, de lo cual dice así en su relación el confesor que dije en el capítulo V de este libro: «La pureza de la conciencia de esta religión es tan grande, que nos admira á los que la confesamos y comunicamos á sus compañeras, porque se puede decir que todo es Dios, lo que ella piensa y trata, todo va enderezado á la honra de Dios y al provechamiento espiritual, y no hará pecado venial, por pequeño que sea, si ella entiende serlo, por ninguna vía; de suerte que todo su entender es cómo se mejorará cada día, y alcanzará mayor perfección.» Otro confesor suyo dijo, y pienso que fué Fray Pedro Ibáñez, que su trato más parecía de ángel que de criatura humana.

Muy largo fuera si hubiera de decir todo lo que en esto había; pero porque la perfección de la vida cristiana está en la caridad, diré dos ó tres cosas en que se podrá en parte conocer á cuán alto grado de perfección llegó esta santa. La primera es que yendo á fundar á Sevilla, y teniendo la fiesta, segundo día de Pascua, en una ermita junto á Ecija, se acordó de una gran merced que el Señor una vez la hizo en aquella Pascua, y viniéronla unos grandes deseos de hacerle un señalado servicio, y pensándolo mucho no podía hallar cosa que no estuviese ya hecha, y una que se le vino á ofrecer, aunque muy difi-

(1) He aquí las propias palabras con que refiere esto la Santa Madre.

«Como vinieron mis hermanos y yo debo al uno tanto, no dejo de estar con él y tratar lo que conviene á su alma y asiento, y todo me daba cansancio y pena, y estándolo ofreciendo á el Señor y pareciéndome que lo hacía por estar obligada, acordóseme que está en las Constituciones nuestras que nos dicen, que nos desviemos de deudos, y estando pensando si estaba obligada, me dijo el Señor.—*No, hija, que vuestros Institutos no son de ir sino conforme á mi Ley.* Verdad es que el intento de las Constituciones son porque no se asgan á ellos, y esto, á mi parecer, antes me cansa y deshace más, tratarlos.» (Cfr. La Fuente, I. p. 168. col. 2.<sup>a</sup>)

Los hermanos á que alude al principio la Santa, eran Lorenzo de Cepeda y Pedro de Ahumada, quienes después de una ausencia de más de treinta años, acababan de llegar de América. Habían desembarcado á principios de Agosto del año 1575, en Sanlúcar de Barrameda, desde donde se trasladaron al punto á Sevilla para visitar á su hermana. Don Lorenzo había traído consigo á sus tres hijos, Francisquito, Lorencico y Teresita. A los pocos días vino á juntarse con ellos Juana de Ahumada, con su esposo é hijos, completando así aquella reunión de familia. Recuérdese cómo D. Lorenzo ayudó poderosamente á su hermana en los apuros que tuvo que pasar para la fundación de Sevilla.

cultosa, la hizo allí, como hablando de su obediencia diré (1). La segunda, que en cuántos Monasterios fundó, desde el primero hasta el postrero, jamás torció un punto, en obra ni en palabra, de lo que entendía ser servicio de Dios, por salir con la fundación, ó por remediar las necesidades de ellos, ó por haber favor de algunas personas. La tercera, que desde que fundó el Monasterio de Avila, y algunos años antes, hasta que murió, jamás bastó con ella tentación ninguna para que dejase de hacer lo que conocía, ó la decían ser mayor servicio de Dios.

Y no era esto como quiera, sino que tenía hecho voto de, en todas las cosas, hacer, no sólo lo que agradase á Nuestro Señor, sino lo que más le agradase, y para mayor gloria suya fuese, y de más perfección. Entendía este voto en cosas que fuesen algo, y no en las que son muy menudas, por excusar escrúpulos. Voto es este que de ningún santo he leído ni oído jamás, y que en quien ve lo que hace, solamente el hacerle es clarísima señal de una muy alta y extraordinaria perfección, y más en persona de tan temerosa conciencia; porque no se podía hacer sino con un gran desasimiento de todas las cosas criadas, y un abrasado deseo de contentar al Criador, y un señorío grande de su alma y de las pasiones de ella; y no le hizo de presto ni sin mirar lo que hacía, sino con mucho consejo y con licencia de su General y del Comisario Apostólico. Pues ¿qué sería el cumplirle tan enteramente y por tantos años? ¿qué riquezas se ganarían con esto? ¿qué de merecimientos se amontonarían? ¿qué gloria tan alta se adquiriría? Y porque Dios es muy fiel, y ama á los que le aman, y el mucho amor es muy malo de encubrir, regalábala mucho, y decíala palabras muy tiernas, muchas veces, en que la mostraba este amor. En el libro de su vida, refiriendo unas palabras que la dijo Nuestro Señor, dice entre otras cosas: «Mas que no pensase yo que me tenía olvidada, porque jamás me olvidaría; mas que era menester hiciese yo lo que es en mí. Estas me dice su Majestad muchas veces, mostrándome gran amor: *Ya eres mia, y yo soy tuyo*. Las que yo siempre tengo costumbre de decir, y á mí parecer las digo con verdad, son: ¿Qué se me da, Señor, á mí, sino de Vos?»

Habiéndola el Señor reprendido una vez porque no acababa de salir del todo de la duda, si era lo que ella tenía del demonio ó no, fatigóse de aquello, y luego con gran ternura y regalo la tornó á decir que no se fatigase, que ya sabía que por ella no faltaría de ponerse á todo lo que fuese su servicio, y que se haría todo lo que ella entonces quería (y así se hizo), y que mirase el amor que cada día en su alma se iba aumentando para amarle, y en esto vería que no era demonio. Dice también: «Dijome una vez, consolándome, que no me

(1) Alude al voto de obediencia que hizo al P. Gracián.

fatigase (esto con mucho amor), que en esta vida no podíamos estar siempre en un ser, que unas veces tendría fervor y otras estaría sin él, unas con desasosiego y otras con quietud, otras con tentaciones, mas que esperase en él y no temiese.» Estando una vez con pena de que era forzoso acudir á las necesidades del cuerpo, apareciósele el Señor, y regalóla mucho, y dijola que hiciese aquellas cosas por amor de él, y lo pasase, que era menester su vida.

En un papel dejó escrito: «Hasta esta mañana estaba con esta pena, que estando en oración tuve un gran arrobamiento, y parecióme que Nuestro Señor me había llevado el espíritu junto á su Padre, y dijole: *Esta que me diste, te doy*; y parecíame que me llegaba á sí. Esto no es cosa imaginaria, sino con una certeza grande y una delicadeza tan espiritual, que no se sabe decir: díjome algunas palabras, que no se me acuerdan: de hacerme merced eran algunas. Duró algún espacio tenerme cabe sí» (1). Entre otras dejó escrito estas cinco cosas que siguen: La primera fué el primer año que fué Priora en la Encarnación. «Después de esto quedéme yo en la oración que traigo, de estar el alma con la Santísima Trinidad, y parecióme que la persona del Padre me llegaba á sí y decía palabras muy agradables. Entre ellas me dijo, mostrándome lo que me quería: *«Yo te di á mi Hijo, y al Espíritu Santo, y á esta Virgen: ¿qué me puedes tú dar á mí?»* (2).

La segunda es: «Otra vez me dijo: No hayas miedo, hija, que nadie sea parte para quitarte de mí. Entonces representóseme por visión imaginaria como otras veces, muy en lo interior, y dióme su mano derecha, y dijome: *Mira este clavo, que es señal que serás mi esposa desde hoy, hasta ahora no lo habías mericido: De aquí adelante, no sólo como de Criador, y como de Rey, y tu Dios, mirarás mi honra, sino como verdadera esposa mía. Mi honra es ya tuya, y la tuya es mía.* Hízome tanta operación esta merced, que no podía caber en mí, y quedé como desatinada, y dije al Señor que, ó ensanchase mi bajeza, ó no me hiciese tanta merced, porque cierto no me parecía lo podía sufrir el natural. Estuve así todo el día muy embebida. He sentido después gran provecho y mayor confusión, y afligimiento, de ver que no sirvo en nada tan grandes mercedes.» Esto fué el segundo año de su priorato en la Encarnación, octava de San Martín.

La tercera es esta: «Después de comulgar me parece clarísimamente se sentó cabe mí Nuestro Señor, y comenzóme á consolar con grandes regalos, y dijome entre otras cosas: *Vesme aquí, hija, que yo soy; muestra tus manos.* Y parecíame que me las tomaba, y lle-

(1) Son estas palabras de la Relación IV, entre las publicadas por La Fuente. *Obras*, t. I, p. 156.

(2) Estas palabras y las siguientes que cita el P. Ribera, son de la Relación III. *Ibid.* p. 153 y 154.

gaba á su costado, y dijo: *Mira mis llagas, no estás sin Mi, pasa la brevedad de la vida*» (1).

La cuarta, fué estando en la fundación del Monasterio de Sevilla. «Dijome el Señor: *Ya sabes el desposorio que hay entre ti y Mi; y habiendo esto, lo que Yo tengo es tuyo, y así te doy todos los dolores y trabajos que pasé, y con esto puedes pedir á mi Padre como cosa propia*. Y aunque ya sabía somos participantes de esto, ahora fué tan de otra manera, que me pareció había quedado con gran señorío, porque la amistad con que se me hizo esta merced no se puede decir aquí. Parecióme lo admitía el Padre, y desde entonces miro muy de otra suerte lo que padeció el Señor, como cosa propia, y dame gran alivio» (2).

La quinta es, que estando una noche dando gracias á Nuestro Señor por una merced que la había concedido, la dijo Nuestro Señor: *¿Qué me pides tú que no haya yo hecho, hija mía?* (3). A este mismo propósito escribe en su vida: «Estando yo una vez importunando al Señor mucho, porque diese vista á una persona que yo tenía obligación, que la había del todo casi perdido, yo tenía gran lástima, y temía por mis pecados no me había el Señor de oír. Aparecióme como otras veces, y comencóme á mostrar la llaga de la mano izquierda y con la otra sacaba un clavo grande que en ella tenía metido. Parecíame que á vueltas del clavo sacaba la carne, veíase bien el gran dolor, que me lastimaba mucho, y díjome que quien aquello había pasado por mí, que no dudase, sino que mejor haría lo que le pedía, que El me prometía que ninguna cosa le pediría que no la hiciese; que ya sabía El que yo no pediría sino conforme á su gloria, y que así haría esto que ahora le pedía, que aun cuando yo no le servía, mirase que no le había pedido cosa que no la hiciese mejor que yo la sabía pedir, que ¡cuánto mejor lo haría ahora que sabía le amaba!: que no dudase de esto» (4).

Y aun en lo corporal á veces la regalaba. Estaba una vez muy mala y con mucho hastío, en San José de Avila, y dijo á la enfermera que la parecía que comería un melón, por la mucha sed que tenía en la boca, pero que si no le había en casa que no le buscasen. No le habiendo en casa, ni osándole buscar por lo que la Madre había dicho, trajéronla de comer, y estándola ya quitando la comida de delante, porque no la podía comer, llamaron al torno, y la que fué á responder, halló en él medio melón, y no hallaron á nadie que lo hubiese traído, ni jamás se supo. De estas cosas hubo muchas más, sino que ella calló muchas. De estos regalos del Señor y del amor grande que ella en sí sentía de verdadera hija, la nacía una libertad regalada,

(1) Están tomadas estas palabras de la Relación IV. *Ibíd.* p. 156.

(2) Relación IV. *Ibíd.* p. 168.

(3) *Ibíd.* p. 170.

(4) *Vida*, cap. XXXIX.

pero llena de reverencia, y una llaneza con que hablaba con Dios como atrevidamente, como una hija suele hablar con su padre, de quien sabe que la ama tiernamente; y así descansaba con El, quejándose y regalándose, como se ve algunas veces en su vida: como es aquello del capítulo treinta y siete: «¿Cómo, Señor mío, que no basta que me tenéis en esta miserable vida, y que por amor de Vos paso por ello, y quiero vivir adonde todo es embarazos para no gozaros, sino que he de comer y dormir y negociar y tratar con todos, y todo lo paso por amor de Vos? Pues bien sabéis, Señor mío, que me es tormento grandísimo, y que tan poquitos ratos que me quedan para poder gozar de Vos, ¡os me escondáis! ¿Cómo se compadece esto en vuestra misericordia? ¿Cómo lo puede sufrir el amor que me tenéis? Creo yo, Señor, que si fuera posible poderme esconder de Vos, como Vos de mí, que pienso y creo, del amor que me tenéis, que no lo sufriérades; mas estaisos Vos conmigo, y véisme siempre: no se sufre esto, Señor mío; suplicoos miréis que se hace agravio á quien tanto os ama.» Y otras cosas que hay semejantes á estas. Decía que el amor de Dios traía consigo todos los bienes, y que para tenerle habíamos de desasirnos de todas las cosas y de nosotros mismos, y por ser nosotros tan caros y tan tardíos en darnos del todo á Dios, se detenía su Majestad en hacernos grandes mercedes que nos hiciera. Y que este amor no consistía en tener lágrimas, ni gustos, ni ternura, sino en servir con justicia y fortaleza y humildad. Y que se adquiría determinándose á obrar y padecer por Dios, y haciéndolo cuando se ofreciere.

---

## CAPÍTULO XI

### **De la gran caridad que tenía con los prójimos, y del fruto admirable de su oración, y de los bienes que con ella les hizo**

El amor que tenía á los prójimos, como era por Dios, y mirando y amando en ellos á Dios, era al paso del que tenía á Dios. Este amor la hizo poner en tantos trabajos, y andar tantos caminos, llena de enfermedades y dolores, con fríos, aguas y nieves y calores grandes, para fundar Monasterios en que con perfección se salvaran tantas almas. Tenía mucha envidia á los predicadores y á todos los que trataban de ganar almas para Dios, porque quisiera ella hacer otro tanto, y que le fuera lícito dar voces á los reyes y señores, y á todos los hombres, y desengañarlos, y atraerlos al verdadero camino y conocimiento de su Criador, aunque le costara mil muertes.

Estimaba en mucho á todos los santos, y gustaba mucho de leer sus vidas; y cuando leía de algunos que habían convertido almas, mucha más devoción y ternura la ponían, y más envidia, que todos los martirios que padecían. Y así clamaba á Dios, que pues tantas almas llevaba el demonio, pudiesen algo sus oraciones, pues no era ella para más, y ganase alguna para su servicio. De aquí venía el estimar ella y amar mucho á todos los que se ocupaban en esto, y á todos los que veía que hacían provecho á otros, ó leyendo ó predicando ó de cualquiera manera que fuese, y compadeciase mucho de los trabajos que ellos pasaban, y deseaba que los regalasen, y ella, cuando se ofrecía, lo hacía con gran liberalidad, porque todo lo que en eso se gastase, lo tenía por muy bien gastado.

Sabiendo ella de tres ó cuatro Padres de la orden de Santo Domingo, grandes letrados, que habían de llegar á cierto lugar donde ella estaba, y donde, por la pobreza que en él había, no podían ser tratados como convenía lo fuesen personas de tanta autoridad y tan provechosas á la Iglesia, les hizo aderezar en una casa, cena y camas con todo el cumplimiento y regalo que se podía desear; y cosas semejan-



tes hizo con otros. Si estas personas estaban enfermas, hacía oración, y quería que todas, donde ella estaba, la hiciesen, porque recobrasen presto la salud, y no se perdiese nada del provecho que hacían á los prójimos. Pues cuando alguno de estos se moría, allí eran sus lágrimas y su ternura; y la que tan desasida estaba de todas las criaturas, á estos tiempos, por estar ella tan asida al Criador, hacía gran sentimiento, y aun mucho después de su muerte. Algunos años había que se había muerto el Padre Martín Gutiérrez, de la Compañía de Jesús, hombre de grandes partes y valer para el provecho de las almas, y hablando conmigo la Madre en Salamanca, y viniéndose á acordar de él, la dió á deshonra un gran dolor de que faltase un hombre que tanto provecho hacía, y con un muy tierno sentimiento me dijo: «¡Oh, váleme Dios! no había yo de querer tanto á los siervos de Dios, que así me aflige su ausencia.»

Para todo lo que he dicho bastará lo que ella sintió cuando murió el Maestro Juan de Avila, gran siervo de Dios, y gran predicador. Como lo supo en Toledo, cuando fué á fundar allí, estando en casa de doña Luisa de la Cerda, comenzó á llorar con gran ansia. Sus compañeras espantáronse de aquello mucho, porque no solía llorar en muerte de nadie; y en Segovia, adonde la dijeron de la muerte de un hermano suyo, que ella quería mucho, no la habían visto echar lágrima, sino puestas sus manos bendecía al Señor; y viéndola con un tan nuevo sentimiento, la dijeron: que pues era el Maestro Avila tan santo, y se iba á gozar de Dios, ¿por qué la daba tanta pena? Respondió: «De eso muy cierta estoy yo; mas lo que me da pena es que pierde la Iglesia de Dios una gran columna, y muchas almas un gran amparo que tenían en él, que la mía aun con estar tan lejos, le tenía mucha obligación.» Bien se puede creer esto de quien tanto amaba las almas, que decía que por bien de una sola muriera mil veces. Mas no se contentaba con deseos, hacía mucha oración y grandes penitencias, y todo lo que podía para el remedio de ellas, y fueron muchas almas ayudadas por ella. De lo cual escribió un confesor suyo estas palabras: «Pues si queremos hablar algo del gran fruto espiritual que sacan los que tratan esta sierva de Dios, sería nunca acabar, porque es gran maravilla de Dios lo que pasa: no quiero decir nada de mí, porque no lo hay por mis deméritos, aunque tengo tanta experiencia en mí mismo, que después que la trato, me ha favorecido Nuestro Señor en muy muchas cosas, que claramente veía yo ser particular ayuda de Dios, que acá dentro de mí, no puedo más dejar de tenerla por santa, que puedo decir interiormente que no la conozco.» Hasta aquí son palabras del confesor, y lo mismo dejó escrito de sí el otro confesor, cuyas palabras referí, en el capítulo quinto de este libro, largamente.

Diré yo algunas, porque nunca se vió tratar con persona alguna con particularidad, que no se mejorase su alma: y primero de las que

ella habla en el libro de su vida, apuntando solamente lo principal, pues lo demás se puede leer en el libro; y para eso pondré los capítulos en el margen. A su padre y á las monjas de la Encarnación aprovechó mucho con palabras y ejemplo. A muchas personas puso en oración, y las aprovechaba y daba libros para esto. En sus principios, estando en Becedas para curarse, un clérigo había siete años que estaba en mal estado con una mujer, con gran escándalo del lugar todo, y diciendo muy ordinario misa con todo esto, y no bastando nadie con él, porque la misma mujer le tenía enhechizado con un idolillo de cobre que le hacía traer al cuello: pudo tanto con él, que le hizo que la diese el idolillo, y con esto comenzó á aborrecer aquella mujer, y del todo la dejó, y se volvió á Dios, y mejorando su vida, murió dentro de un año (1).

Otro vino á ella que había dos años y medio que estaba en un pecado mortal de los más abominables que hay, y decía misa, y no le osaba confesar, y deseaba salir de él, y no se podía valer. Prometiéndole de encomendarle á Dios y escribirle. Y á la primera carta que le escribió se confesó, y escribióla que había ya muchos días que no caía en aquel pecado, pero que tenía gravísimas tentaciones, que le parecía estaba en el infierno; que le encomendase á Dios. La Madre rogó á Nuestro Señor que se le aplacasen aquellos tormentos y tentaciones, y los demonios que se los causaban se viniesen á atormentarla á ella, con que no ofendiese al Señor. Luego se le quitaron al sacerdote los tormentos, y quedó del todo libre, y ella pasó un mes de gravísimos tormentos. Y cuando después se veía muy apretado alguna vez, leía las cartas de la Madre, y luego cesaba la tentación (2).

A dos religiosos de Santo Domingo, grandes letrados, que eran Fray Pedro Ibáñez y Fray Vicente Varrón, los animó para que se diesen á la oración, y particularmente al postrero, á quien trajo algunos recaudos que Dios la daba para él, y por quien ella hizo oración con instancia, y aprovecharon tanto, y vinieron á tanta perfección, que ella misma se espantaba, y no lo pudiera creer si no lo viera (3). A su hermana doña María de Cepeda, como ya dijimos, hablando del espíritu de profecía, sabiendo que había de morir de repente, la previno cuatro ó cinco años antes, y así se salvó. Juana Juárez, aquella monja de la Encarnación, su grande amiga, se la apareció después de muerta, y la dijo: «Por ti soy salva.» También la reveló el Señor que su padre se había de salvar por su intercesión. En el capítulo treinta y nueve cuenta otras algunas cosas, y después dice: «En esto de sacar Nuestro Señor almas de pecados graves, por suplicárselo yo, y otras traidolas á más perfección, es muchas veces, y de sacar

(1) Véase libro I, cap. VII, nota.

(2) *Vida* de la Santa escrita por ella misma, cap. XXXI.

(3) *Ibid.*, cap. XXXIII y XXXIV.

almas del purgatorio, y otras cosas señaladas. Son tantas las mercedes que en esto el Señor me ha hecho, que sería cansarme y cansar á quien lo leyese, si las hubiese de decir, y mucho más en salud de almas que de cuerpos: esto ha sido cosa muy conocida y que de ello hay hartos testigos.»

Una persona principal de estos reinos estaba en un gran pecado, y deseaba apartarse de la ocasión de él, pero no tenía fuerza para ello, porque la traía cada día delante de los ojos. Mas la oración de la Madre la tuvo tan grande con Nuestro Señor, que dentro de poco tiempo lo dejó todo, y quedó libre, orando la Madre por él, y hablándole y escribiéndole, y se quitó la ocasión y escándalo, y quedó aquella alma muy aprovechada de allí adelante, y bien agradecida á Dios y á su sierva. De esto de haber salido almas del Purgatorio por su intercesión, cuenta algunos ejemplos en el mismo libro, capítulo treinta y uno, y treinta y cuatro, y treinta y ocho. Si alguna persona la venía á hablar por algún trabajo ó necesidad espiritual que tuviese, no había de tener ocupación que la quitase el acudir á ella; de todas se desocupaba luego, y aun de las necesidades propias, parecía que se olvidaba. Estando una vez en Salamanca en recreación con las hermanas después de comer, viniéronla á llamar para una mujer pobre, y á las hermanas hacíaseles de mal perder aquel rato de su conversación, de que pocas veces podían gozar por andar ella tan ocupada, y pedíanla que no las dejase; ella respondió que su recreación era el consuelo de aquellas almas, y fué luego con alegría á quien la llamaba.

A muchas personas sacó Nuestro Señor por ella de la vanidad del mundo, y las trajo á la religión y á mucha perfección. Diré de una que yo conozco, y callaré contra mi voluntad su nombre, porque es aún viva. Queríala mucho la Madre, y túvola consigo un tiempo, pero andaba metida en vanidades y desvanecimientos del siglo, lo cual la Madre sentía harto, más tratábalo muy de veras con Nuestro Señor, y disimulaba con ella. Tocaba Nuestro Señor su corazón, pero ella se volvía á lo de antes, hasta que una vez esperando para comulgar juntamente con la santa, y habiéndola ella dado un capítulo de *Contemptus mundi* (1) que leyese, y orando por ella, la tocó fuertemente, y la dió una gran luz de los yerros de su vida pasada, y confesó con el mismo confesor de la Madre, y quedó su alma consolada y renovada, y ya otra. Y poco á poco se mudó tanto, que la vinieron grandes deseos de perfección y de religión, con haberla siempre aborrecido sobremanera; y dejando del todo las galas, que eran grandes las que traía, y dándose á oración y á lección de libros santos, vino con grandísimo consuelo de la Madre, y con gran admiración de toda la ciudad, á entrar en el primer Monasterio, que fué San José de Avila. Fueron tales sus principios, que dice la Madre

(1) *La Imitación de Cristo.*

en el capítulo treinta y nueve de su *Vida*, hablando de algunas monjas suyas de poca edad, y mucho aprovechamiento: «Cuán de buena gana les doy yo la ventaja, y había de andar avergonzada delante de Dios, porque lo que Su Majestad no acabó conmigo en tanta multitud de años como ha que comencé á tener oración, y me comenzó á hacer mercedes, acabó en ellas en tres meses, y aun con algunas en tres días.» Esta de los tres días es la que ahora decimos, y tales han sido los medros después, como yo pudiera decir, si quisiera hablar de los vivos. Todo esto confiesa ella ser fruto de las oraciones de la Madre Teresa de Jesús, y tiene razón, porque ella misma le escribió una vez, que estaba por decirle que la debía su salvación.

Esta es la primera manera en que se mostró la gran caridad que tenía á los prójimos, haciendo tanto bien á las almas, así á las de esta vida, como á las del purgatorio. Y no la costaba esto poco trabajo; porque hacía, cuando se ofrecía esto de saber que alguna alma estaba en pecado, mucha oración en aquellos días, y fuera de eso el demonio la hacía cuanto mal podía, y andaba algunas veces de manera que hacía lástima á las monjas. Dábanla allá en lo interior gran batería, cuando por ella se convertía alguna alma, y algunas veces en el cuerpo muchos golpes, y amenazábanla que se habían de vengar de ella. Y así cuando ella veía que alguna alma de estas se mejoraba, luego veía y lo decía, que lo había de pagar.

La segunda es el bien que hizo á los prójimos en sus cuerpos, y de este habemos dicho algunas cosas en el discurso de su vida. A una persona que había perdido la vista casi del todo, se la volvió el Señor por su oración. Un deudo suyo estaba de la orina tan malo, que había dos meses que pasaba terribles dolores, y estaba en un tormento que se despedazaba. Fuéle á ver por mandado de su confesor, y húbole gran lástima, y comenzó con gran instancia á pedir su salud al Señor, y luego quedó el enfermo sano del todo (1). De las enfermas tenía grandísimo cuidado, mostrábales grande amor, y hacíalas todo el regalo que, con la pobreza de casa, se podía; y si no bastaba, holgaba que se buscara fuera para esto, y que en ninguna manera las faltase lo necesario, y así socorría el Señor muchas veces maravillosamente aquellas necesidades.

Desocupábase cuanto podía para estar con ellas y consolarlas, hacía que las echasen en la cama colchón, y colchones, si era menester, y la mejor ropa y más limpia que había en casa, y hacía que las hermanas las visitasen y diesen alguna recreación. Dejó escrito en un papel suelto, que vió á Nuestro Señor una vez estando en Malagón, y entre otras cosas la dijo, que particularmente tuviese cuenta con las enfermas, y que la Prelada que no proveía y regalaba á las enfermas, era como los amigos de Job, porque él daba el azote para

(1) *Vida*, cap. XXXIX.

bien de sus almas, y ellas ponían en aventura la paciencia de las enfermas. Acontecía alguna vez, á los principios de San José de Avila, no haber para todo el convento más de un huevo ó dos, ó cosa semejante, y ella decía que se diese á quien tenía más necesidad. Las monjas juzgaban que ella la tenía, por tener tantas enfermedades; pero jamás lo admitía, diciendo: que ella no tenía necesidad, porque más quería que lo comiesen ellas, y los trabajos que podía tomar, los tomaba por quitárselos á ellas.

Estando en la fundación de Burgos, en un hospital donde vivió un poco de tiempo, estaba muy mala y con mucho hastío; y dijo una vez que comería de unas naranjas dulces, y el mismo día la envió una señora unas pocas muy buenas. Ella, en viéndolas, echóselas en la manga, y dijo que quería bajar á ver un pobre que se había quejado mucho, y reparte todas las naranjas á los pobres. Sus compañeras la dijeron que cómo se las había dado: respondió con mucha alegría, que se le echaba bien de ver en la cara: «Más las quiero yo para ellos que para mí; vengo muy alegre, que quedan muy consolados.» Otra vez la trajeron unas limas, y como las vió, dijo: «Bendito sea Dios, que me ha dado qué lleve á mis pobrecitos.» Curaban á uno un día de unas postemas, y daba tan grandes voces, que atormentaba á los otros enfermos. La Madre, compadeciéndose de él, bajó allá, y viéndola el pobre, calló. Dijole: «Hijo mío, ¿cómo dáis tales voces, y no lo lleváis por amor de Dios con paciencia?» Respondió él, que le parecía que se le arrancaba el alma; pero á un poco que la Madre estuvo allí, se le quitaron los dolores, y después, aunque le curaban, nunca le oyeron quejar. Hallábanse tan bien los pobres con ella, que rogaban á la hospitalera que les llevase muchas veces aquella santa mujer, que les consolaba mucho sólo verla. Y cuando se fué del hospital la Madre, los halló la hospitalera llorando. Allá en sus principios, en la Encarnación, tenía determinado que no se le había de pasar día ninguno sin hacer alguna obra de caridad particular, y cuando había estado ocupada y no la había hecho, si sentía á la noche pasar alguna monja á obscuras por una escalera, salía, y alumbrábala por no dejar de hacer algo aquel día en bien del prójimo.

La tercera manera en que mucho resplandecía su gran caridad, y en alguna manera más que en las dos pasadas, es en el amor que tenía á todos los que la perseguían y querían mal. Porque era tan grande su caridad, que en haciéndola alguno algún mal, por el mismo caso le cobraba más particular amor que á otros, y recibía un gusto particular en encomendarle á Dios. Supo de algunos que á personas muy graves habían dicho de ella cosas muy pesadas, y la venganza que de ellas tomó, fué amarlas más y encomendarlas más de veras al Señor.

De nadie consentía decir mal, pero mucho menos de los que la hacían mal, aunque fuese de burla, porque quería que hablasen bien



de ellos siempre, y los disculpasen. A todos los que la estorbaban en sus fundaciones, ó la perseguían con obras ó con palabras, les alababa y disculpaba cuanto podía, y ponía en esto particular cuidado, y todo lo echaba á buena parte, y así quería que lo echasen todos. Esto vieron muchas veces los que andaban con ella y la trataban, porque se le ofrecían muchas ocasiones. Y no se contentaba con esto: toda la buena amistad y todo el regalo que les podía hacer hacia, hasta vencerles con buenas obras, siguiendo el consejo del Apóstol San Pablo, que dice: «No te dejes vencer del mal, sino con bien vence el mal» (1).

Saliendo una vez de Avila para Medina y Valladolid, diéronla, para que la acompañase, un fraile de los más contrarios que ella tenía, y que andaba con harto cuidado para mirar todo lo que hacía, y contradecir sus cosas. Ella recibió esta compañía como de la mano de Dios, porque venía de la obediencia, y iba por el camino tratando con él, con un amor y alegría que se espantaban los que iban con ella, y regalábale con lo que podía, y dábale imágenes y estampas que traía en el breviario, y hacíale muchos ofrecimientos. Dióle también una imagen del Espíritu Santo, con que tenía mucha devoción, y no la había querido dar á otras personas, y decíale que se la daba á él por lo mucho que le quería.

Cerca del camino por donde iban, había un monasterio de la misma orden, y los que en él estaban eran harto contrarios á las cosas de la Madre, porque entonces había división, como arriba dijimos, por no estar bien entendidas las cosas, pretendiendo todos, como se debe creer, el bien de la orden y el servicio de Dios. Ella, sabiendo esto, procuró la llevasen por allí, aunque se había de rodear alguna legua, y en llegando allá, como se supo que ella estaba allí, nadie pareció. Ella les hizo llamar á todos, y á cada uno por sí habló con tanto amor, que parecía los quería meter en su alma; y con esta alegría estuvo con ellos desde misa hasta la tarde que se partió, y ellos la salieron acompañando fuera del lugar, y decían que les causaba ternura y soledad verla ir tan presto, y estaban maravillados y confusos de tanta santidad. También al Padre que la acompañaba venció de tal manera, que le pesó harto cuando acababa la jornada, y la dijo que si quería servirse de él para pasar más adelante, que le sería mucho regalo.

Cuando personas graves la querían mal, ó sentían mal de ella ó de sus cosas, buscábalas, si estaban en parte donde se pudiese hacer, y trataba con ellas las cosas en que más reparaban, y satisfacías, y dejábalas muy llanas y amigas. Pero lo que á esta parte toca, mejor se entenderá cuando tratemos de la paciencia y alegría que tuvo en los trabajos y persecuciones.

(1) Rom. XII, 21.



## CAPÍTULO XII

### De la gran devoción que tenía al Santísimo Sacramento del Altar

La devoción que tenía al Santísimo Sacramento, era singular. Vese bien en cuatro cosas. La primera, que cuando ella hacía algún Monasterio, lo que le daba particularísimo contento, y lo que mucho la animaba á sufrir los trabajos de los caminos y los demás que se ofrecían, era que hubiese una iglesia más, en que hubiese este Sacramento. Y lloraba mucho la ceguedad de los herejes de estos tiempos, que destruían las iglesias y casas donde era adorado y recibido, y sentía tiernamente todos los desacatos que se le hacían entre fieles é infieles. Cuando fundó en Medina, no podía dormir de noche, sino levantábase muchas veces á mirar el Santísimo Sacramento, temiendo no hubiese algún hereje secreto de los extranjeros, que le quisiese hacer alguna injuria; y hasta que se puso como había de estar, estaba su corazón temblando por el Arca de Dios, como se escribe del sacerdote Helí (1).

La segunda, que muchas de las revelaciones que tuvo fueron queriendo recibir, ó habiendo recibido el Sacramento.

La tercera, que vió muchas veces en la hostia consagrada al mismo Señor, que verdaderamente está debajo de aquellos accidentes de pan.

La cuarta, que desde antes que saliese de la Encarnación á fundar estos Monasterios, comulgaba ordinariamente cada día, y esto con consejo y autoridad de muchos y muy grandes letrados con quien lo trató, siendo, cuando ella lo comenzó, una cosa que en aquella casa no se usaba, antes le recibían de tarde en tarde; y con su ejemplo se comenzó en ella á frecuentar harto este Sacramento. Dió en este tiempo Nuestro Señor muestras que gustaba de que ella comulgase cada día, porque teniendo ella, entre otras enfermedades, dos vómitos cada

(1) I. Reg. IV, 13.

día, uno á la mañana y otro á la noche, el de la mañana se le quitó del todo presto, y nunca más le tuvo, y el de la noche le duró toda la vida. Pero recibíale con tanta pureza de alma, que aun antes que de veras se volviese á Dios, jamás le recibió sin confesarse primero, si entendía que tenía algún pecado venial, aunque no fuese más de uno. Obraba en ella grandes efectos, veíale muchas veces con tan gran majestad, que no podía dudar que fuese El verdaderamente, y quedaba su alma que se deshacía, del amor y alegría que sentía. Cuando tenía tentaciones y andaba apretada, ordinariamente en acabando de comulgar, y algunas veces en llegando al Sacramento, en un punto se deshacían las tinieblas del alma, y quedaba buena ella, y el cuerpo sin dolores. Y esto de quedar el cuerpo bueno y sin dolor cuando comulgaba, era muy muchas veces.

Veníanla muchas veces unos deseos tan grandes de recibir á nuestro Señor, que no se podía valer, ni bastara con ella cosa del mundo, ni peligro, ni trabajo que hubiera de pasar, para dejarle de recibir; pero por obediencia, ó por entender que Nuestro Señor lo quería así, dejábalo fácilmente y sin pesadumbre. Y así, preguntándola una vez una hermana en Avila si tenía muchas ansias por comulgar, porque estaba tan mala que había un mes que no comulgaba, respondió que no, y que considerando que Dios lo quería así, estaba su alma como si cada día comulgara.

Tenía devoción de comulgar el domingo de Ramos, siempre con esta consideración, que había sido mucha la crueldad que habían hecho los judíos aquel día, en dejar ir á Jesucristo Nuestro Señor á comer tan lejos, á Bethania, después de tan gran recibimiento; y así ella hacía esta cuenta, que quería convidar á comer al Señor, y que se quedase con ella, y para esto aparejaba su alma lo mejor que podía para hospedarle. Y un día de estos, habiendo ya treinta años que tenía esta devoción, en tomando en la boca el Santísimo Sacramento quedó con tan gran suspensión, que no le podía pasar, y teniéndosele en la boca, cuando volvió un poco en sí, la pareció verdaderamente que toda la boca se le había henchido de sangre, y parecíala que todo el rostro y toda ella estaba cubierta de la sangre misma caliente, como si entonces se acabara de derramar; y era excesiva la suavidad que entonces sentía, y díjola el Señor: «Hija, yo quiero que mi sangre te aproveche, y no hayas miedo que te falte mi misericordia. Yo la derramé con muchos dolores, y gózasla tú con gran deleite, como ves. Bien te pago el convite que me hacías este día (1).

(1) La Santa Madre refiere esta merced, que recibió del Señor el 8 de Abril de 1571, hallándose en el monasterio de Salamanca, con estas palabras. «El día de Ramos, acabando de comulgar, quedé con gran suspensión, de manera, que aun no podía pasar la Forma, y teniéndomela en la boca, verdaderamente me pareció, cuando torné un poco en mí, que toda la boca se me había henchido de sangre; y parecíame estar también el rostro y toda yo cubierta de ella, como si entonces

Un día estando en Sevilla, en acabando de comulgar, la pareció que verdaderamente su alma se hacía una cosa con el cuerpo del Señor, á quien también vió entonces, y quedó de esta visión con grandes efectos en su alma, y con gran aprovechamiento. Decía que cuando ella veía una grandeza tan alta, disimulada en cosa tan pequeña como es la hostia, se admiraba mucho de tan gran sabiduría, y que no sabía cómo la daba el Señor ánimo y esfuerzo para llegarse á Él; y que si el que la ha hecho tan grandes mercedes, no la diese ánimo para detenerse é irse á la mano, no fuera posible poderlo disimular, ni dejar de decir á voces tan grandes maravillas (1). También decía que de todas cuantas maneras quisiere comer el alma, hallará en este Sacramento sabor y consolación, y que no hay necesidad, ni trabajo, ni persecución que no sean fáciles, si comenzamos á gustar de El. Una vez, recibiendo el Sacramento, vió claramente cómo en entrando, apartaba de su alma todos los nublados que había en ella, y la dejaba con grandísima claridad.

Aquellos años que estuvo en San José de Avila, antes de fundar en Medina, los más días que recibía á Nuestro Señor, se quedaba elevada, que no se podía á veces quitar de la ventanica, por donde le recibía, si no la quitaban. Y en Toledo la aconteció á la sacristana, no entendiendo lo que hacía, ponerse con todas sus fuerzas para asentar á la Madre, que estaba en pie arrimada á la pared y fuera de sí, y tomarla por las manos, y era como si fuera de piedra, y no había menearla hasta que volvía en sí (2).

acabara de derramarla el Señor. Me parece estaba caliente, y era excesiva la suavidad que entonces sentía, y díjome el Señor.—*Hija, yo quiero que mi sangre te aproveche, y no hayas miedo que te falte mi misericordia. Yo la derramé con muchos dolores, y gózasla tú con gran deleite como ves; bien te pago el deleite que me hacías este día.* Esto dijo, porque ha más de treinta años que yo comulgaba este día, si podía, y procuraba aparejar mi alma para hospedar á el Señor; porque me parecía mucha la crueldad que hicieron los judíos, después de tan gran recibimiento, dejarle ir á comer tan lejos, y hacía yo cuenta de que se quedase conmigo, y hartó en mala posada, según ahora veo. Y así hacía unas consideraciones bobas, debíalas admitir el Señor; porque esta es de las visiones que yo tengo por muy ciertas, y así para la comunión me ha quedado aprovechamiento.

Antes de esto había estado, creo yo tres días, con aquella gran pena, que traigo, más unas veces que otras, de que estoy ausente de Dios, y estos días había sido bien grande, que parecía no lo podía sufrir; y habiendo estado así hartó fatigada, vi que era tarde para hacer colación, y no podía; y á causa de los vómitos, háceme mucha flaqueza no la hacer un rato antes, y así con harta fuerza, puse el pan delante para hacérmela para comerlo, y luego se me representó allí Cristo, y parecíame que me partía del pan y me lo iba á poner en la boca, y díjome.—*Come, hija, y pasa como pudieres; pésame de lo que padeces, mas esto te conviene ahora.* Quedé quitada aquella pena y consolada, porque verdaderamente me pareció estaba conmigo, y todo otro día, y con esto se satisfizo el deseo por entonces. Esto de decir *pésame*, me hizo reparar, porque yo no me parece puede tener pena de nada. *Cfr.* La Fuente, *Obras*, t. I, pág. 156, 157.

(1) *Vida*, cap. XXVIII.

(2) Julián de Avila, que solía acompañar á la Santa en sus fundaciones, ates-

En Avila, un día de San José, estando en el coro, después de comulgar la vieron levantarse en el aire dos ó tres palmos del suelo. Desde sus principios cuando comulgaba, ni más ni menos que si viera con los ojos corporales entrar en su casa al Señor, procuraba esforzar la fe para creerlo así, y desocupábase de todas las cosas exteriores cuanto la era posible, y entrábase con él; procuraba recoger los sentidos y estarse con su Señor á solas. Considerábase á sus pies, y lloraba como la Magdalena, ni más ni menos que si con los ojos corporales le viera en casa del fariseo. Y estábase allí, aunque no sintiese devoción, hablando con Él. Decía que, pues sabíamos cierto que estaba dentro de nosotros, mientras el calor natural no consumía los accidentes del pan, no habíamos de perder tan buena coyuntura para tratar con el Señor, sino llegarnos á Él, y estarnos con Él, sin ocuparnos en otra cosa un buen rato, y esto encargaba mucho. Y decía que si cuando andaba en el mundo, con sólo tocar su ropa sanaban los enfermos, qué había que dudar sino que hará milagros estando dentro de nosotros, si tenemos fe viva, y nos dará lo que le pidiéremos, pues está en nuestra casa. Y que no suele su Majestad pagar mal la posada si le hospedan bien, ni viene tan disimulado que no se descubra algo á quien le sabe bien recibir, que tiene muchas maneras de mostrarse al alma. Y que este es muy buen tiempo para negociar con el Señor, y para que nos enseñe, porque se sirve Él mucho que le tengamos compañía, y así que en ninguna manera le perdamos; pero que si le dejamos luego en comulgando, y nos vamos á otras cosas, no nos quejemos cuando viéremos poco aprovechamiento en nuestra alma (1).

Tenía grandísima curiosidad en que todo lo que tocaba al servicio de este Sacramento, estuviese muy cumplido y limpio y bien aderezado, como es la iglesia, el altar y frontales y ornamentos y cálices y corporales, como se ve en todos sus Monasterios, por pobres que sean; y cuando estaba con grandes señoras y la ofrecían muchas cosas, á lo que se acodiaba eran pastillas y pebetes para el Santísimo Sacramento, y procuraba fuesen los mejores que había.

De esta devoción que tenía al Santísimo Sacramento venía la grande y entrañable reverencia que tenía á los sacerdotes, por ser ellos los que le consagran. Hincábase muchas veces de rodillas delante de ellos, y pediales la mano y la bendición. Llegando una vez de camino á Malagón y apeándose en medio de la plaza donde estaba el Monasterio, estaba allí el capellán de la misma casa, y con ser de

tigua en los procesos de su Canonización, que: «Casi todos los días le administraba él la sagrada comunión y después de ella quedaba de ordinario arrobada en éxtasis. Durante aquel tiempo le colmaba el Señor de tan singulares favores que los que ella confiesa haber recibido, creo son muy poca cosa comparados con los que Dios se dignó concederla.» (Cfr. Federico de San Antonio: *Vita di Santa Teresa di Jesús*, lib. III, cap. VI.)

(1) *Camino de Perfección*, cap. XXXIV.

no mucha edad, y estar allí mucha gente delante, se puso de rodillas delante de él y le pidió la bendición. De esta misma devoción y de la experiencia grande que tenía de lo que este divino Sacramento obra en las almas que con buena disposición le reciben, vino el ordenar que sus monjas le recibiesen tantas veces, como vimos en el libro segundo. Y fuera de aquéllas mandó que cada monja comulgase todos los años el día en que tomó el hábito, y en el que hizo profesión. Y aunque esto no estaba en las constituciones, quiso que tuviese la misma fuerza que si en ellas estuviera, y para que se supiese su voluntad, una vez que se lo preguntaron, pidió tinta y papel, y lo escribió y firmó de su nombre. Y es esto ciertísimo, y ahora muchas lo saben; pero para que no lo ignoren las que vinieren adelante, me pareció dejarlo escrito aquí.

---

## CAPÍTULO XIII

### De la gran devoción que tenía con los santos, y cómo fué muy favorecida de ellos

La devoción de los santos es sin duda ninguna un gran don de Dios nuestro Señor, y una muy señalada merced que hace á quien se la da, y una de las buenas prendas que en esta vida los hombres tienen de su salvación. Porque los santos son muy amigos de sus amigos, y Dios lo es mucho más de ellos; ellos no se olvidan de rogar por la salvación de los que se les encomiendan, ni Dios, á tan grandes y fieles amigos suyos, dejará de oír. Pues no faltó este don de Dios en esta bienaventurada alma, á quien El había dado otros muchos, antes resplandeció maravillosamente en ella desde sus principios. Sus vidas leía de muy buena gana, y se consolaba y animaba mucho con ellas, y en su breviario traía una lista de aquellos á quien tenía más particular devoción, la cual pondré aquí por la orden que ella la traía escrita, porque sé que habrá quien guste de saber esta particularidad.

Nuestro padre.	San José.	El Sto. Job.
San Alberto.	Sta. María Magdalena.	San Gregorio.
San Cirilo.	Los diez mil mártires.	Sta. Clara.
Todos los santos de nuestra orden.	San Juan Bautista.	Sta. María Egipciaca.
»	San Juan Evangelista.	Sta. Catalina de Sena.
Los ángeles.	Stos. Pedro y Pablo.	Sta. Catalina Mártir.
Y el de mi guarda.	San Agustín.	San Esteban.
Los Patriarcas.	Santo Domingo.	San Hilarión.
	San Jerónimo.	San Sebastián.
	El Rey David.	Sta. Ursula.
	San Francisco.	Sta. Ana.
	San Andrés.	Sta. Isabel de Hungría.
	San Bartolomé.	El santo de la suerte (1).
		San Angelo.

(1) Es decir: El Patrón de mes. Sabida es en efecto la piadosa costumbre,



No se pone en estos santos nuestra Señora, como ni Cristo Nuestro Señor, porque eso no era menester, por ser cosa tan clara y sabida, y la devoción que tenía con nuestra Señora era particularísima y tiernísima. Túvola ésta desde su primera edad, porque como dijimos al principio del libro primero, cuando se murió su madre, quedando ella niña, se fué á una imagen de nuestra Señora, y la duplicó mucho que ella fuese su madre, y creció siempre la devoción con los años, porque siempre halló en ella madre verdadera. La de San José fué también siempre muy tierna, y así en sus libros se ve con cuánto gusto hablaba de él, y con cuánto agradecimiento, y cuánto encomienda á todos la devoción de este santo (1).

muy generalizada en las comunidades religiosas, y aun en las familias cristianas, de repartir cada mes, á los diversos miembros que las componen, una cedulita que contiene el nombre de algún Santo, al cual ha de honrar de un modo especial aquel á quien ha cabido en suerte.

(1) Véase, como prueba de lo que dice el P. Ribera, el siguiente pasaje tomado de su *Vida*, cap. VI. «Tomé, dice, por abogado, y señor al glorioso SAN JOSÉ, y encomendéme mucho á él. Vi claro, que así de esta necesidad, como de otras mayores, de honra y pérdida de alma, este Padre y Señor mío me sacó con más bien que yo le sabía pedir. No me acuerdo hasta ahora haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer. Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio de este bienaventurado Santo; de los peligros que me ha librado, así de cuerpo como de alma: que á otros Santos parece les dió el Señor gracia para socorrer en una necesidad, á este glorioso Santo tengo experiencia, que socorre en todas, y que quiere el Señor darnos á entender, que así como le fué sujeto en la tierra, que como tenía nombre de padre siendo ayo, le podía mandar, así en el cielo hace cuanto le pide. Esto han visto otras algunas personas; á quien yo decía se encomendasen á él, también por experiencia: ya hay muchas que le son devotas de nuevo, experimentando esta verdad. Procuraba yo hacer su fiesta con toda la solemnidad que podía, más llena de vanidad que de espíritu, queriendo se hiciese muy curiosamente, y bien, aunque con buen intento; mas esto tenía malo, si algún bien el Señor me daba gracia que hiciese, que era lleno de imperfecciones, y con muchas faltas: para el mal y curiosidad y vanidad tenía gran maña y diligencia; el Señor me perdona. Querría yo persuadir á todos fuesen devotos de este glorioso Santo, por la gran experiencia que tengo de los bienes que alcanza de Dios. No he conocido persona que de veras le sea devota, y haga particulares servicios, que no la vea más aprovechada en la virtud; porque aprovecha en gran manera á las almas que á él se encomiendan. Paréceme ha algunos años que cada año en su día le pido una cosa, y siempre la veo cumplida: si va algo torcida la petición, él la endereza, para más bien mío. Si fuera persona que tuviera autoridad de escribir, de buena gana me alargara en decir muy por menudo las mercedes que ha hecho este glorioso Santo á mí, y á otras personas; mas por no hacer más de lo que me mandaron, en muchas cosas seré corta más de lo que quisiera, en otras más larga que era menester; en fin, como quien en todo lo bueno tiene poca discreción. Sólo pido por amor de Dios, que lo pruebe quien no me creyere, y verá por experiencia el gran bien que es encomendarse á este glorioso patriarca, y tenerle devoción; en especial personas de oración siempre le habían de ser aficionadas. Que no sé cómo se puede pensar en la Reina de los Angeles, en el tiempo que tanto pasó con el Niño Jesús, que no den gracias á San José por lo bien que les ayudó en ellos. Quien no hallare maestro que le enseñe oración, tome este glorioso Santo por maestro, y no errará en el camino. Plega al Señor no haya yo errado en atreverme á hablar en él; porque aunque publico serle devota, en los servicios y en imitarle siempre he faltado. Pues él hizo como quien es, en hacer de manera que pudiese levantarme, y andar, y no estar tullida; y yo como quien soy, en usar mal de esta merced.

En las fiestas de los Santos tenía particular devoción, y celebrábalas con alegría, y solía algunas veces hacer coplas en loores de ellos para que las cantasen las hermanas, y holgaba que ellas también las hiciesen, aunque ni tenía ni quería que tuviesen mucha cuenta con el rigor de los consonantes, porque aquel cuidado no las estorbaba para la devoción. El día de San José hacía gran fiesta, y con gran solemnidad desde sus principios en la Encarnación. La devoción de nuestra Señora y la de este Santo, cuán grande haya sido, cuando no hubiera más, se echa bien de ver en los Monasterios que fundó, que todos ellos eran del hábito y orden de nuestra Señora, y para gloria suya se hacían, y la advocación de casi todos era del glorioso San José (1). Pero con todos los santos dichos la tuvo muy grande, y esto se vió bien en los grandes favores que de ellos tuvo. De las veces que vió á nuestra Señora y á San José, y cuánto la agradeció nuestra Señora la devoción que con su Santo esposo tenía, dijimos ya en el libro primero.

San Pedro y San Pablo la prometieron que no la dejarían engañar del demonio, y se la aparecían muchas veces. Santa Clara también se la apareció, y la dijo que fuese adelante, que ella la ayudaría. A San Alberto, santo de su orden, vió también muchas veces. Los diez mil mártires, de quien era muy devota, se le aparecieron un día, y la dijeron que la vendrían á acompañar á la hora de su muerte, para que gozase de la misma gloria que ellos, como lo dijimos al fin del libro tercero, y esto se supo de boca de la misma Madre.

El Santo Padre Fray Pedro de Alcántara hartas veces se le apareció después de su muerte, y la avisó de cosas que había de hacer.

Saliendo de San José de Segovia para venir á Avila, quiso visitar primero el Monasterio de los Padres de Santo Domingo, que se llamaba Santa Cruz, porque hay en él una capilla donde el glorioso Padre hizo penitencia, y derramó mucha sangre. Entró en ella acompañándola el Padre Prior y el Padre Fray Diego de Yanguas, con quien entonces se confesaba, y llegándose á hacer oración al altar, echóse en tierra y quedóse en grande oración, y en ella vió á su lado izquierdo al glorioso Padre Santo Domingo. Viendo esto el Padre Fray Diego de Yanguas, llamóla, y ella se levantó bañada en lágrimas, aunque disimulándolas lo mejor que pudo, como solía en casos semejantes. Confesóla el mismo Padre, y dijo misa, y comulgóla, y después quedándose ella en oración, vió, como primero, á Santo Domingo á su lado izquierdo, y preguntóle que por qué se ponía allí. Respondió el santo: «Este otro lugar es para mi Señor.» Y luego vió á la mano derecha á Cristo Nuestro Señor, y después

(1) De los 17 monasterios de Religiosas que fundó la Santa Madre, 12 llevan la advocación de San José. En todos solía colocar, sobre la puerta de entrada, las imágenes de la Virgen Santísima y de su virginal esposo.

de haber estado un poco con ella, apartóse el Señor diciéndola: «Huélgate con mi amigo.»

Estúvose allí la Madre como dos horas, y el Santo siempre con ella, diciéndola lo mucho que se había holgado con su venida, y contándola los trabajos que había padecido en aquella capital, y las mercedes que Nuestro Señor en ella le había hecho, y asíóla de la mano prometiéndola de ayudarla mucho en las cosas de su orden, y diciéndola otras palabras de mucho consuelo y regalo. Decía después la Madre que la había hecho Dios allí tanta merced, y que había tenido tan gran consuelo, que no quisiera salir de aquella capilla. En una carta suya hállanse estas palabras: «Es hoy día de San Martín, de quien soy devota, porque en esta octava he recibido algunas veces hartas mercedes del Señor, no sé qué lo hace.»

---

## CAPÍTULO XIV

### De la gran confianza y fe que tenía en Dios, y de la grandeza de su ánimo

Estas dos virtudes me parece poner juntas, porque ellas lo andan, y la una ayuda á la otra, y de ellas salen efectos maravillosos. Estas resplandecieron notablemente en la Madre Teresa de Jesús, y vense muy claras en las grandes obras que emprendió, á juicio de los hombres, imposibles, y en el gran ánimo con que las prosiguió y acabó. ¿Quién pensara jamás que una mujer sola, metida en un Monasterio con tantas ataduras de su religión y de la obediencia, sin favor humano, sin dineros; y fuera de eso, con tantas contradicciones, había de ser Madre de tantas y tan buenas hijas, y fundadora de tantos Monasterios y renovadora de una orden que tantos años había que estaba en aquel estado en que ella la halló? ¿Qué hombre hubiera tan fuerte que osara á prometer cosas tan grandes? ¿Quién las osara emprender? ¿Quién no desmayara, después de emprendidas, con tantas dificultades y estorbos y desvíos y persecuciones?

Cuando fundó la primera casa en Avila, ni la espantó la gran contradicción que la habían de hacer en su Monasterio y orden, ni los castigos que la podían dar, ni la tempestad que se levantó en la ciudad, juntándose contra ella lo seglar y lo eclesiástico. Nada temía, sino la ofensa de Dios. Respondiendo á unas personas graves, que la amenazaban que no la habían de ayudar en sus negocios, si no hacía cierta cosa que la pedían, escribió estas palabras: «Para acabar conmigo lo que me piden, habíanme de decir que había escrupulo en no lo hacer, porque no lo habiendo, nada temo.» Y no era mucho no temer á los hombres, porque ni á los demonios temía, poco ni mucho. Decía que si ella servía á Nuestro Señor, á quien los demonios y todas las criaturas están sujetas, ¿por qué había de temer á nadie, y por qué no había de tener fortaleza para combatir con todo el inferno? Y la acontecía desafiar á todos los demonios, y decir que viniesen á ver qué la podían hacer.

Ningún trabajo ni dificultad la espantaba, de manera que dejase de acometer cualquier cosa, como en ella viese mayor servicio de Dios; y si después de haber trabajado mucho en ella, entendía que Nuestro Señor se servía más de que se dejase, la dejaba con tanta facilidad y tan sin pena, como si no hubiera hecho nada en ella. Por grandes trabajos que la viniesen, y persecuciones, no lloraba (con ser esto tan ordinario en mujeres), ni decía palabras de aflicción ni de dolor. En la fundación del primer Monasterio, como ya dijimos en su lugar, hacía obras en que se gastaban muchos dineros, sin tenerlos, sin saber de dónde los podría haber, con la confianza que tenía en Dios. Sólo un cuarto tenía en casa cuando comenzó la obra de acomodar la iglesia, que tuvieron antes de la de ahora, y eran menester para ello muchos reales. Lo mismo fué en la casa que compraba en Medina, y en otras de los Monasterios que hizo. Cuando entró en Sevilla á fundar, no entró más que con una blanca, no conociendo á nadie que la ayudase; mas no desmayó por eso, ni dejó de ir adelante, y antes que de allí saliese, dejó comprada casa de seis mil ducados.

Cuando salió de Avila á la fundación del segundo Monasterio, para dejarlas acomodadas de huerta y casa, no dudó de adeudarse en nueve mil reales. Estaba tan firme en que no podía faltar Dios á quien le sirve, y en que sus palabras jamás faltarían, que no podía temer la pobreza, y se afligía por eso de que la dijese que tuviese renta. No hacía caso de las ayudas del mundo, para poner en ellas la esperanza: decía que eran como unos palillos de romero seco, que echando algún peso encima, luego se quiebran. Y que el verdadero amigo, en quien se había de esperar, era Cristo Nuestro Señor. Y con esto hallábase con un señorío que la parecía podría resistir á todo el mundo que fuese contra ella, como no la faltase Dios. Cuando andaban las cosas de su orden en gran riesgo, y la venían nuevas de que los negocios iban perdidos, y verdaderamente lo parecía, estaba con un ánimo y confianza tan grande, que no sólo no era menester que á ella la consolasen, sino que ella las consolaba á todas, y las decía que no tuviesen pena, que todo se haría muy bien; y cuando á todos parecía que ya no había esperanza, ella salía con mucha confianza, y decía que todo aquello era por mejor.

Caminando con aguas y nieves, y grandes trabajos, y con muy mala comodidad de todo, animaba á todos los que iban con ella, y decía que tuviesen buen ánimo, que aquellos días eran muy ricos para ganar el cielo. Si había algún paso peligroso, holgaba de pasar ella la primera, como lo contamos en la fundación del Monasterio de Burgos. Viniendo una vez desde Avila á Medina, anochecióla junto á un río, y vino una terrible obscuridad, de manera que los que iban con ella, no se atrevían á pasar, y estando suspensos dijo: «No sería bien estarnos aquí al sereno; comiencen á pasar y encomién-

dense á Dios.» En entrando ella les pareció una luz como de hacha que estaba un poco lejos, y les alumbró hasta que pasaron el río y el peligro.

Con esta gran confianza que tenía en Dios, salía con cuanto quería, y hacia cosas muy grandes, porque aunque la fuesen contrarias personas muy poderosas, y hubiese en los negocios grandes dificultades, se animaba y animaba á los demás, diciendo que no bastaba todo el mundo á deshacer lo que Dios hacía, ó para que se dejase de hacer lo que El quería que se hiciese. Para esta confianza decía, que la había ayudado mucho conocer las mercedes grandes que Dios la había hecho, porque á no conocerlas, no tuviera ánimo para ponerse en las grandes cosas que se puso, y así decía que no era buena humildad dejar de conocer las mercedes que de Dios habíamos recibido. Llegando una vez á una aldea, ofrecíasele una duda muy dificultosa, que para desatarla era necesario tener letras y espíritu; y como se hallaba donde no había lo uno ni lo otro, ni sabía qué se hacer, puso en Dios su confianza, y determinó consultar al cura del lugar y seguir lo que la dijese, esperando cierto que aunque no tenía letras, la hablaría el Señor por él, pues no tenía otro á quien acudir. Y así fué, porque lo que el cura la respondió, fué lo que después la respondieron grandes teólogos.

---



## CAPÍTULO XV

### De la profunda humildad interior que tenía

Cuán grande y cuán profunda haya sido su humildad interior y exterior, puédesse bien conocer por lo que habemos dicho de cuán alta la puso Dios, porque no vienen á estar tan altos sino los que se humillan mucho. Esta virtud fué en ella tan aventajada, y echóse siempre tanto de ver, que nunca acabaría quien hubiese de decir todo lo que de ella hay. Pero repartiré lo mucho que en este caso sé en dos partes, hablando primero de la interior y después de la exterior. Humildad interior llamo la baja opinión que ella tenía de sí, como por sus palabras se manifiesta bien, y exterior la que mostró en otras obras. Esta humildad interior se muestra harto en lo que tantas veces habla de sus pecados, y con tanto encarecimiento, habiendo sido tan pequeños y tenido tantas razones para excusarse. Y no se contenta con llorarlos y encarecerlos, sino que dice de esta manera en el capítulo diez de su vida, queriendo comenzar á escribir lo que nuestro Señor la dió: «A quien suplico por amor del Señor, que lo que he dicho hasta aquí de mi ruin vida y pecados lo publiquen. Desde ahora doy licencia á todos mis confesores, que así lo es á quien esto va, y si quiesieren, luego en mi vida, porque no engañe más al mundo, que piensan hay en mí algún bien. Y cierto, cierto, con verdad digo, á lo que ahora entiendo de mí, que me darán gran consuelo. Para lo que de aquí adelante dijere no se la doy: ni quiero, si á alguien lo mostraren, digan quién es, por quién pasó, ni quién lo escribió, que por esto no me nombro, ni á nadie, sino escribirlo he lo mejor que pueda, para no ser conocida, y así lo pido por amor de Dios.»

Lo que dice aquí ella lo hiciera, que era escribir sus pecados; sino que no la dieron licencia para ello, como lo dice al principio del mismo libro. Lo mismo hizo siempre con sus confesores y con sus Prelados, en confesión y fuera de ella, y esto decía que hacía porque supiesen quién era, y no anduviesen engañados con ella, ni hiciesen de ella más confianza de la que se debía hacer. En el fin del

mismo libro dice que, osa decir con verdad, que ha sentido más en escribir las mercedes que el Señor la había hecho, que en escribir sus pecados. Por humildad (aunque no era aquella verdadera, pero, en fin, nacía de corazón humilde, y que sentía de sí bajamente) dejó un año de tener oración, teniéndose por indigna de tenerla, y recibir de Dios las mercedes que recibía, sirviéndole tan mal. También á los principios, como veía que entendía todo lo que los libros espirituales dicen de la oración, por alto que fuese, no los leía, porque juzgaba ser poca humildad pensar ella que había llegado á aquellos grados de oración que allí se ponen; y quería más leer en las vidas de los santos, porque con los ejemplos de ellos se confundía (1). Atormentábala mucho ver que hacían mucho caso de ella, especialmente personas principales, y cuando pensaba que las mercedes que Dios la hacía se habían de saber en público, érala un dolor intolerable. Y por esto se quiso ir de Avila, y dotarse en otro Monasterio de su orden, muy lejos, por estar donde nadie la conociese; pero no la dejaron sus confesores, porque la tenía Dios guardada para más. Y no sólo deseó esto, sino salir á ser freila, y servir como tal en los oficios más bajos y trabajosos de casa; y lo hiciera, si la dieran lugar para ello.

Dió un tiempo en suplicar á Nuestro Señor, y hacía oración particular para ello, que cuando á alguna persona le pareciese algo bien en ella, le descubriese su Majestad los pecados que ella había hecho, para que se viese cuán sin merecimiento suyo la había Dios hecho aquellas mercedes; y ella, en fin, por rodeos ó como podía, daba á entender sus pecados á quien veía que pensaba bien de ella, y no descansaba hasta hacer esto, y duró en ello hasta que los confesores la pusieron grande escrúpulo (2). A un confesor escribió una vez una carta, y en ella, al cabo, estas palabras: «Yo digo á V. m. que aquí hay una gran comodidad para mí, que yo he deseado hartos años ha, que aunque el natural se halla solo, sin quien le suele dar alivio, el alma está descansada. Y es que no hay memoria de Teresa de Jesús más que si no fuese en el mundo. Y esto me ha de hacer no procurar irme de aquí, si no me lo mandan, porque me veía desconsolada algunas veces, de oír tantos desatinos, que allá en diciendo que es una santa, lo ha de ser sin pies ni cabeza. Riense porque yo digo que hagan allá otra, que no les cueste más de decirlo.»

Cuando la mandaron ir á Toledo para consolar á doña Luisa de la Cerda, dice ella que iba con grandísima confusión de ver el título con que la llevaban, y cómo se engañaban tanto, y esto la había hecho importunar mucho al Señor para que no la llevasen (3). Cuando estaba delante de personas santas, había gran vergüenza de estar allí.

(1) *Vida*, cap. XXX.

(2) *Vida*, cap. XXXI.

(3) *Ibíd.*, cap. XXXIV.

Oficios honrosos en la orden, aborrecíalos y huía de ellos cuanto podía. Decía que no había de desear vivir, pues no vivía conforme á lo que debía á Dios, y que había servido al Señor con tanta flojedad, y se veía tan llena de imperfecciones, que algunas veces quisiera estar sin sentido, por no entender tanto mal de sí, y que con algunas en tres meses, y con otra en tres días, había acabado el Señor lo que con ella no acabó en muchos años, y así las daba de muy buena gana la ventaja, y que no sabía tener obediencia hasta que sus monjas se lo enseñaron. También decía que se maravillaba de quien la daba crédito en lo que hacía, y que á su parecer era disparate pensar que ella tenía entendimiento para acertar en cosa, y por eso holgaba de pedir su parecer á la más pequeña monja que hubiese, y todo lo hacía por consejo de sus confesores.

Hallaba en sí tantas faltas y encarecíalas de manera, aunque parecían y eran muy pequeñas, que quien lo entendía veía bien que eran miradas aquellas faltas, no sólo con gran humildad y amor de Dios, sino también con gran luz del cielo. Decía que jamás había oído decir tanto mal de sí, que no viese claro que quedaban cortos los que lo decían. De las fundaciones de los Monasterios, en que tanto hizo y padeció, hablaba siempre con tan gran humildad, que casi al principio del libro de ellas dice así: «Esté muy lejos de quien lo leyere atribuirme á mí ninguna alabanza, pues sería contra la verdad, sino pidan á su Majestad que me perdone lo mal que me he aprovechado de todas estas mercedes. Mucho más hay de que quejarse de mí mis hijas por esto, que de que me dar gracias de lo que en ello está hecho. Una Ave María pido por su amor á quien esto leyere, para que sea ayudada á salir del purgatorio, y llegar á ver á Jesucristo Nuestro Señor.» Y deseaba mucho que diese Nuestro Señor á entender á todos, que lo que ella había hecho era casi nada. Decía que había recibido de Nuestro Señor grandes mercedes de muchas maneras, y que el no la tener ya en el infierno, según sus grandes pecados, era grandísima, y que no sabía por qué razón la tenían por buena, y que traía al mundo engañado, que si la conocieran, todos la arañaran y escupieran en la cara.

Rogaba á sus hijas con mucha humildad que la encomendasen á Dios después de muerta, porque decía que temía que, como habían dado en aquella bobería de que era santa, no lo habían de hacer, y la habían de dejar pasar mala ventura en el purgatorio. En los veintidós años primeros tuvo grandes sequedades, y jamás en ellos la pasó por pensamiento desear más, porque se tenía por tal, que la parecía que aun pensar en Dios no merecía, sino que la hacía su Majestad mucha merced en dejarla estar delante de sí. Visiones ó revelaciones nunca las pedía, ni que la declarase el Señor cosa ninguna en la oración, sino lo que era menester para servirle, y no ser

engañada: con toda la familiaridad que Dios tenía con ella, nunca le preguntaba cosa ninguna, aunque la rogaban que lo hiciese. Algunas veces la quitaban sus confesores la comunión por probarla, y aunque lo sentía muy tiernamente, por otra parte deseaba más la honra de Dios que la suya, y no hacía sino alabarle, porque había despertado al confesor para que mirase por la honra de Dios, y no entrase su Majestad en tan ruin posada. Y con estas consideraciones obedecía con gran quietud de su alma, aunque con pena tierna y amorosa, mas por todo el mundo junto, no fuera contra lo que la mandaban. Sufrió muchas veces con gran humildad reprensiones de los Prelados, y postrábase en tierra hasta que el mismo Prelado la mandase levantar, y no hablaba hasta que la mandaban que diese cuenta de sí, y entonces lo hacía con tanta brevedad y verdad y llaneza y claridad, que el Prelado quedaba no sólo satisfecho, sino también á veces confuso.

Reprendióla una vez un Prelado, y debía de ser por probarla, diciendo que por qué consentía que la escribiesen y llamasen fundadora de las Descalzas. Respondió que mandase él que no se lo llamasen, que ella no lo echaba más de ver que si la llamaran Teresa de Jesús. Andaba con tan gran cuidado de encubrir las mercedes que Nuestro Señor la hacía, y todo lo que podía ser causa de que la estimasen, que aun sus mismas hijas procuraba cuanto podía no las supiesen. Cuando fué á Veas á la fundación de Sevilla, recogióse en una ermita de Écija á pasar la siesta, y allí y en Sevilla recibió de Nuestro Señor muchas mercedes grandes, y con estar en la misma ermita sus compañeras, y andar siempre con ella, y ser gente muy escogida, como ella lo dice, cual era menester para los trabajos que habían de pasar, nunca supieron nada, hasta que mucho después lo hallaron escrito en sus papeles. Bien es verdad que no daba lugar el Señor todas veces á que tan grandes tesoros estuviesen tan escondidos, y así hacía que se descuidase algunas veces, y dijese algo por donde los que la oían tuviesen mayor conocimiento de sus virtudes para gloria de Dios y provecho suyo. Porque está claro que un fuego tan grande como el que ella traía en su corazón, si no era con muy demasiado cuidado, no era posible dejar de echar luz y resplandor por cualquier resquicio que se ofreciese. Pero cuando ella descuidadamente había dicho alguna palabra semejante, luego volvía sobre sí, y procuraba deshacerla cuanto con verdad podía, y glosarla. Díjola bien una vez un siervo de Dios haciendo ella esto: «Madre, ya está dicho, no nos dé más satisfacción, que peor lo para.»

Llegando una vez á comulgar, sintióse elevar de manera que se levantaba también el cuerpo de la tierra; y como comenzó á sentir esto, asióse con entrambas manos á la reja para tenerse fuertemente, porque la dió gran pena que la vieses así, y suplicó á Nuestro Señor, que si mercedes la quería hacer, no fuesen en público, y costóla

mucha oración alcanzar del Señor que se lo quitase. Los arrobamientos dábala pena tenerlos delante de sus hijas; pero como eran tantos, no era posible dejar ellas de saberlo, y ya pasaba con esto; pero si alguno de fuera lo veía, sentíalo mucho y disimulábalo cuanto podía, y decía para encubrirlo que era enferma del corazón, y aun á veces pedía luego algo de comer, porque no se viese lo que era. Levantándola muchos falsos testimonios en Sevilla, dijo: «Bendito sea Dios, que en esta tierra conocen quien soy, que en otras todos están engañados, y me tratan como ellos piensan que soy, y aquí como merezco.»

Don Alonso de Quiñones, caballero principal, siervo de Dios, vínola una vez á hablar sin querer darse á conocer y djóla, deseando ver qué respondía, que se acordase de Magdalena de la Cruz, persona á quien la gente había tenido por muy santa, y el demonio la tenía muy rendida y sujeta. Ella no se alteró poco ni mucho de aquella comparación, antes con mucha humildad respondió: «Nunca vez me acuerdo de ella, que no tiemble.» En fin, duróla esta virtud y el menosprecio de sí hasta la muerte, pues entonces pidió perdón de sus faltas á las monjas, y las encomendó que guardasen muy bien la regla, y no mirasen á aquella mala monja, que así se llamaba á sí.

Mucho durara esta materia, si se hubiera de decir todo lo que hay en ella. Pero bastará decir dos cosas. La primera que tuvo á Nuestro Señor muy particularmente por Maestro en esta virtud, y así no era mucho que saliese bien con ella; muchas veces la daba á conocer y á sentir su poquedad y sus faltas, y era de manera que ordinariamente cuando la había de hacer alguna merced señalada, la reprendía primero mucho las faltas que tenía ó había tenido, y cuando la daba los dones, la daba con ellos mayor conocimiento de Dios, y mayor menosprecio de sí misma. Y una vez estando pensando cómo no traía á Cristo Nuestro Señor en su vista interior tan vivamente como solía, la dijo allá muy adentro: *Aquí estoy, sino que quiero que veas lo poco que puedes sin mí.* Y cosas de esta manera la decía muchas veces. Así, que siendo el Maestro tal, y el discípulo tan aplicado á aprender, no era mucho que saliese tan bien con lo que aprendía.

La segunda es, que en toda su vida, con cuanto la honraron con obras y palabras en presencia y en ausencia, no tuvo vanagloria ni hipocresía, ni tuvo jamás qué confesar en esta parte (1). Decía ella que como había hecho tantos pecados, no sentía vanagloria, y que veía

(1) «Páreceme dice ella misma en la Relación II, n.º 16, que aunque con estudio quisiese tener vanagloria, que no podría, ni veo cómo pudiese pensar que ninguna de estas virtudes es mía.»

Es realmente encantadora la respuesta que dió, en cierta ocasión la Santa Madre, según lo testimonia en los procesos de su canonización, la M. Isabel de Jesús.

Como la avisara con insistencia cierto sacerdote que procurara guardarse de

claro que lo que tenía lo ponía Dios en ella, y era suyo. Y que aunque de propósito la quisiese tener, no podría, porque sabía cuál se había visto primero, y antes, cuando Dios Nuestro Señor la hacía estas mercedes grandes, la daba mucho más á conocer sus faltas, y que no hacía sino recibir mercedes sin servir.

la vanagloria, contestóle ella modestamente: «No me acuerdo haberla tenido jamás, aunque hartó mal me parece no tener de qué la tener.»

Yendo á la fundación de Burgos, dos Carmelitas Descalzos iban platicando entre sí por el camino sobre la fama de santidad que se había esparcido por todas partes, acerca de la Santa Madre. Oyóla ella y con rostro severo se limitó á decirles estas concisas palabras: «Tres cosas he oído que se han dicho de mí. 1.<sup>a</sup> que en mi juventud era de buen parecer. 2.<sup>a</sup> Que soy prudente; y 3.<sup>a</sup>, lo que algunos van ahora propalando de mí: que soy santa. Las dos primeras me las creí quizás demasiado en otro tiempo, pero ya me confesé de esta vanidad. En cuanto á la tercera, no soy tan boba que ni siquiera una sola vez me la haya creído, aunque no sea más que un tantico.»

---



## CAPÍTULO XVI

### De la humildad exterior que tuvo, que es de cuánto se ejercitó en esta virtud, y de su mortificación

No sería menos largo este punto que ahora se toca, si se llevase bien al cabo, y si se pudiera decir todo lo que hizo. A lo menos, déjase entender, porque una humildad tan profunda y tan verdadera no podía dejar de mostrarse, ni era posible dejar de salir de ella admirables obras y ejemplos. Desde que Nuestro Señor la comenzó á abrir los ojos, comenzó á dar muestras de esta virtud. Cuando estaba en el coro y se le ofrecía alguna duda en el rezo ó en el canto, por muy pequeña que fuese, aunque la supiese, si no era tan enteramente, allí luego la preguntaba á las novicias y á las niñas, para humillarse. Y porque la parecía que todas las demás se aprovechaban y ella no, en saliendo ellas del coro, iba á coger los mantos de todas.

Estando ya en San José de Avila, parecióla al principio que no hubiese freilas, sino que las monjas sirviesen á semanas; después mudó de parecer en lo de las freilas, porque decía que era aquello demasiado trabajo y que ahogaba el espíritu. Pero mientras duró, servía su semana con mucha alegría, y de noche estaba pensando cómo guisaría los huevos y el pescado, y cómo haría el caldo que fuese diferente de lo ordinario, para dar algún regalo á aquellas siervas de Dios, y aquella semana era la casa bien proveída. Decía ella que condescendía el Señor con su deseo, que como le tenía de darlas bien de comer, la enviaba con que lo hiciese, y así que no era poca ganancia andar ella en la cocina, aun para lo corporal. Pero no se descuidaba ella, con el oficio, de andar siempre con Dios, ni su Majestad se olvidaba de consolarla en él, porque allí la acontecían muchas cosas, y particularmente una vez, entrando en la cocina, la hallaron con la sartén en la mano puesta sobre el fuego, y toda elevada y fuera de sí con su rostro muy hermoso, y la sartén tan fuertemente apretada, que no se la podían sacar de la mano.

En los oficios más bajos era ella la primera; las otras barrían allí cosas particulares de la casa, y ella barría el corral y le limpiaba. Y acontecíale, estando haciendo esto, sentir gran suavidad de olor, lo cual las demás no sentían. Acostumbraba mucho usar estos oficios en las casas donde estaba, fregando y barriendo y haciendo cosas de esta manera. En Malagón, con andar con muchas indisposiciones, se animaba algunas veces á levantarse antes que las demás á coger la basura. Y en el mismo Monasterio, cuando se hacía la casa en que ahora están, desde que amanecía hasta casi la media noche, andaba con los oficiales, y la primera que tomaba la espuerta y la escoba era ella, y después de venidas las monjas y la Priora, las pedía perdón de las faltas que en el día había hecho en aquel oficio, y se echaba á sus pies como si fuera la menor de ellas. Y esto no lo hacía solamente con las Prioras, sino si había reprendido á alguna hermana, y veía que no lo tomaba á bien, y que le duraba algún día la pena, la pedía perdón, y se echaba á sus pies, diciendo que no había mirado lo que había dicho.

Si diciendo alguna lección en el coro erraba algo, luego se postraba en el medio del coro, confesando con aquello su yerro; y acontecía, viéndolo, ser tantas las lágrimas de las monjas, que casi no podían decir nada. Sentábase entre las menores, y cuando había de decir alguna lección, siempre dejaba las postreras para la Priora y Supriora. En Villanueva de la Jara, hecho el Monasterio, andaba en los oficios como las demás, y no se pudiendo aprovechar más que de un brazo, por tener el otro malo, barría y servía en refitorio y andaba lo que podía en la cocina. A las Prioras, así las dejaba hacer su oficio, cuando venía á alguna casa, como si no estuviera allí, y las daba siempre el mejor lugar. Y si había de salir del coro, había de pedir licencia á la Priora, con mucha reverencia; y si acontecía entrar la Priora en el refectorio estando ella sentada, en asomando por la puerta, se levantaba hasta que ella se hubiese sentado. Estaba una vez hablando con un Guardián en Alba, y llegó la Priora á hablarle, y levantóse de la silla y hizola sentar, y ella se estuvo un rato en pie, hasta que viendo la pena que la Priora sentía, se sentó por darla contento. Era esta Priora la madre Juana del Espíritu Santo.

Si veía á alguna hermana que por enfermedad natural tenía cosas asquerosas, ejercitando juntamente la mortificación y la humildad, se llegaba á ella y la regalaba y besaba las manos, ó comía de lo que ella estaba comiendo, y hacía cosas semejantes. Salfía otras veces al refectorio á decir sus culpas, y algunas comía en el suelo. Una vez salió al refectorio andando con pies y con manos como bestia, con un serón de piedras y una soga á la garganta, y una hermana que la llevaba de diestro, diciendo, según creo, sus faltas. Otra vez salió cargada con unas aguaderas llenas de paja, diciendo sus culpas con

gran humildad, como si fuera una novicia que por su aprovechamiento hubiera pedido aquella mortificación á la Priora, porque estas cosas no las hace ninguna, sino cuando las desea y las pide á la Priora con humildad y fervor. En esto de las mortificaciones digo aquí poco, porque por estas se podrán entender otras; y para quien sabe qué cosa es mortificación, no era menester decir nada, pues en todas las virtudes que tratamos se ve cuán mortificada estaba, y cuán señora era de sí, y con cuánta fortaleza vencía todo lo que estorbaba para hacer los heroicos actos de las virtudes que hizo, que en esto consiste la verdadera mortificación, en pelear con su natural, y con las tentaciones, y sujetarlo todo á Dios, y no dejar por eso de hacer lo que pide el servicio y amor de Dios.

Llegando una vez á comulgar, díjola el Prelado con severidad por mortificarla, que se quitase de allí, y ella lo hizo luego con grande serenidad y humildad, con tener siempre ansia de recibir aquel divino manjar. En los postreros años de su vida, estando tan enferma que no podía seguir la comunidad, díjola la Priora de la casa donde entonces estaba, si había de ir aquel día á refitorio, y no sólo no se turbó de esto, sino todos los días que allí estuvo fué siempre allá. Estando ella con una hermana en la celda de ella, díjola una Priora con alguna manera de libertad: Jesús, Madre, si habemos de poder hablar á V. R., que tanto está aquí; ella abrió luego la puerta, sin responder palabra, con semblante alegre y humilde. Cuando partía de los Monasterios, solía á la monjas pedir perdón del mal ejemplo que decía las había dado, como lo hizo también al salir de esta vida, como ya queda dicho, y esto con una humildad y ternura que las hacía á todas llorar. De esta virtud estaba ella enamoradísima, y decía que lo estaba Nuestro Señor; y si querían saber por qué Dios amaba tanto la humildad, era porque *amaba mucho la verdad, y la humildad es verdad*, que es conocer lo poco que somos, y que no tenemos cosa buena de nosotros.

Encomendaba mucho esta virtud á las monjas, y decíalas que no diesen á entender á los de fuera sus obras, ni quisiesen que el mundo las tuviese por santas, ni contentar á los hombres, aunque fuese con fin que hiciesen bien á la casa, que si por ahí fuesen morirían de hambre, sino que guardasen lo que están obligadas; que aunque el mundo no las conociese, metidas ellas en un rincón tras paredes, las publicaría Dios en las plazas y haría que las proveyesen sus necesidades.

Encargábalas mucho (1), que cuando las culpasen ó reprendiesen, no volbiesen por sí ni se excusasen, si no fuere cuando la caridad ó otra justa causa lo pidiese; y que Dios volvería por ellas. Y cuando

(1) *Camino de Perfección*, cap. XV.

veía á algunas hacerlo así, sentía gran gozo y estimábalas en más. Y que en las cosas pequeñas se habían de ejercitar, para salir con las grandes, y que para esto de no disculparse, ayudaría mucho traer cada uno consideración de lo mucho que gana por todas vías, y que por ninguna pierde; y que bien mirado, nunca nos culpan sin culpas, pues andamos llenos de ellas, y si no son aquellas que nos dicen, serán otras muchas; y harta honra nos hacen en dejar aquellas que tenemos; y que el verdadero humilde ha de querer con verdad ser tenido en poco, y perseguido y condenado, aunque no haya hecho por qué; porque si quiere imitar al Señor, ¿en qué puede mejor que en esto?

En esta virtud decía que fuese su estudio, porque aquí no hay que temer que dañe al alma ó al cuerpo: para todo aprovecha, tanto, que aun las visiones ó revelaciones falsas, á quien fuese humilde, no le dañarian. Y que no había cosa que así hiciese rendir á Dios, como la humildad; que esta le trajo del cielo á las entrañas de su Madre, y con ella la traeríamos nosotros de un cabello á nuestras almas; y que quien más de ella tuviese, más tendría de Dios, y quien menos menos: porque no podía entender cómo pudiese haber humildad sin amor, ni amor sin humildad, que estas dos virtudes no podían estar en gran perfección sin gran desasimiento de todo lo criado (1). No aprobaba la humildad que nos quitaba el conocimiento de los dones que vamos recibiendo de Dios, porque es bien conocerlos, conociendo juntamente que no los merecimos; y si estos dones no se conocen, estará siempre el alma cobarde para emprender cosas grandes (2). Tampoco

(1) «Creed, hijas, dice, que quien no sabe concertar las piezas en el juego de ajedrez, que sabrá mal jugar, y si no sabe dar jaque, no sabrá dar mate. Aun aquí me habéis de reprender porque hablo en cosa de juego. Aquí veréis la madre que os dió Dios, que hasta esta vanidad sabía: mas dicen que es lícito algunas veces; y ¡cuán lícito sería para nosotras esta manera de juego, y cuán presto, si mucho lo usamos, daremos mate á este Rey divino, que no se nos podrá ir de las manos, ni querrá! La dama es la que más guerra le puede hacer en este juego, y todas las otras piezas ayudan. No hay dama que así haga rendir al Señor, como la humildad. Esta le trajo del cielo en las entrañas de la Virgen, y con ella, le traeremos nosotras de un cabello, á nuestras almas. Y crean que quien más tuviere, más le tendrá, y quien menos, menos. Porque yo no entiendo, ni puedo entender, cómo haya, ni pueda haber, humildad sin amor, ni amor sin humildad.» *Camino de Perfección*, cap. XVI.

(2) «A mi parecer, dice, jamás nos acabamos de conocer, si no procuramos conocer á Dios; mirando su grandeza, acudamos á nuestra bajeza, y mirando su limpieza, veremos nuestra suciedad; considerando su humildad, veremos cuán lejos estamos de ser humildes. Hay dos ganancias en esto. La primera está claro, que parece una cosa blanca, muy más blanca cabe la negra, y al contrario la negra cabe la blanca. La segunda, es, porque nuestro entendimiento y voluntad se hace más noble y más aparejada para todo bien, tratando, á vueltas de sí, con Dios. Si nunca salimos de nuestro cieno de miserias, es mucho inconveniente; porque nunca saldremos de temores, de pusilanimidad y cobardía, de mirar si me miran y no me miran; si yendo por este camino me sucederá mal, si osaré comenzar aquella obra, si será soberbia, si me tendrán por mejor, si no voy por el camino de todos; que no son buenos los extremos, aunque sean en virtud; que como soy tan pecadora será caer de más alto, quizá no iré adelante y haré daño

quería humildad que nos apartase de la oración, por decir que éramos indignos de estar ante Dios, ni la que deja el alma desmayada para obras buenas, y turbada. De donde, como quien tenía experiencia de todo, sacaba que había humildades falsas, que podían fácilmente engañar, y de éstas quería mucho que se guardasen (1).

á los buenos. ¡Oh váleme Dios, qué de almas debe el demonio haber hecho perder mucho por aquí! Que todo esto les parece humildad y otras muchas cosas que pudiera decir, y viene de no acabar de entendernos. Tuerce el demonio el propio conocimiento. Por eso digo, que pongamos los ojos en Cristo nuestro bien y allí aprenderemos la verdadera humildad; y en sus Santos, y ennoblecerse ha el entendimiento, como he dicho, y no será el conocimiento ratero y cobarde. Terribles son los ardidés y mañas del demonio, para que las almas no se conozcan, ni entiendan sus caminos.» *Moradas*, I, cap. II.

«Una vez, añade en otra parte, estaba yo considerando por qué razón era Nuestro Señor tan amigo de esta virtud de la humildad, y púsoseme delante (á mi parecer sin considerarlo, sino de presto) esto: que es porque Dios es suma Verdad, y la humildad es andar en verdad; que lo es muy grande, no tener cosa buena de nosotros, sino la miseria y ser nada; y quien esto no entiende, anda en mentira. A quien más lo entiende, agrada más la suma verdad, porque anda en ella. Plega á Dios nos haga merced de no salir jamás de este propio conocimiento, Amén.» *Moradas*, VI, cap. X.

(1) Véase con qué maestría describe, nuestra mística Doctora, la humildad verdadera y la falsa.

«En la verdadera humildad, dice, aunque se conoce el alma por ruin, y da pena ver lo que somos, y pensamos grandes encarecimientos de nuestra maldad, no viene esto con alboroto, ni desasosiega el alma, ni la obscurece, ni da sequedad; antes la regala, y es todo al revés, con quietud, con suavidad, con luz. Pena que, por otra parte, conhorta de ver cuán gran merced la hace Dios en que tenga aquella pena, y cuán bien empleada es. Duélele lo que ofendió á Dios, por otra parte la ensancha su misericordia; tiene luz para confundirse á sí, y alaba á su Majestad porque tanto la sufrió.»

«En la otra humildad que pone el demonio, no hay luz para ningún bien, todo parece lo pone Dios á fuego y á sangre; represéntale la justicia, y aunque tiene fe que hay misericordia, es de manera, que no consuela. Es esta una invención del demonio de las más penosas y sutiles y disimuladas, que yo he entendido de él. Inventa el maligno espíritu esa humildad falsa, para desasosegar y probar si puede traer el alma á desesperación.» *Vida*, cap. XXX.

«Mirad mucho en este punto que os diré; porque alguna vez podrá ser humildad y virtud tenernos por muy ruin, y otra grandísima tentación. Porque yo he pasado por ella la conozco. La humildad, por grande que sea, no inquieta ni desasosiega, ni alborota al alma, sino viene con paz y regalo y sosiego. Aunque uno de verse ruin entienda claramente merece estar en el infierno, y se aflige, y le parece con justicia todos le habían de aborrecer, y que casi no osa pedir misericordia; si es buena humildad, esta pena viene con una suavidad en sí y contento, que no querriamos vernos sin ella: no alborota ni aprieta al alma, antes la dilata y hace hábil para servir más á Dios. Estotra pena, todo lo turba, todo lo alborota. toda el alma revuelve; es muy penosa. Creo pretende el demonio, que pensemos tenemos humildad, y si pudiese, á vueltas, que desconfiásemos de Dios.» *Camino de Perfección*, cap. XXXIX.

## CAPÍTULO XVII

### De la paciencia que tuvo en los trabajos, y cuánto gustaba de padecer por amor de Dios

Había de hablar ahora de la obediencia, hija legítima y verdadera de la humildad; pero si no hablo primero de lo mucho que padeció por Dios, no habré cumplido enteramente con lo de la humildad, porque hay en ello muchas cosas en que se descubrió notablemente cuán arraigada estaba en su alma esta virtud. Mucho sería menester para poder decir lo mucho que padeció, pero antes se diría esto, que la mucha paciencia y alegría con que lo padeció. Y este padecer fué de todas las maneras que parece que hay de padecer en el cuerpo, en el alma y en la honra.

En el cuerpo padeció grandes enfermedades desde su mocedad, que parecía no sería de provecho en su vida, como contamos en el primer libro; y aquellos vómitos, que aunque se le quitó el de la mañana, el de la noche le duró siempre; y con éstas, otras muchas enfermedades, con grandes dolores; y hartas de ellas la duraron hasta el fin de su vida: como mal de corazón, dolor de ijada, un temblor recio, que á tiempos la daba en la cabeza y en el brazo, y á veces en todo el cuerpo: y los vómitos de la noche que acabamos de decir, tanto, que cinco años antes que muriese escribió en las *Moradas* (1), que había cuarenta años que no se le pasaba día sin dolores. Estos, aun siendo principiante, los pasó con maravillosa paciencia, y haciéndose gran fuerza para no mostrar la gran tristeza y dolor interior que tenía, por no dar pesadumbre á las que la entraban á ver.

Ayudábase para esto mucho de la historia del Santo Job, que había leído, y decía con él: «Si recibimos los bienes de la mano del Señor, ¿por qué no recibiremos los males» (2)? Y con todo esto, en el

(1) *Moradas*, VI, cap. I.

(2) Job. II, 10.



lugar que he dicho de las *Moradas*, dice, que considerando las penas que había merecido, todo se le hacía poco. Y cuando la parecía que eran los dolores intolerables, acostumbraba á hacer actos de paciencia y conformidad con la voluntad de Dios, entre sí, como podía, suplicando á Nuestro Señor que, si de ello se servía, la diese paciencia, y se estuviese ella así hasta el fin del mundo.

También en los caminos pasó extraños trabajos, caminando con fríos, que la dañaban mucho, y con aguas y nieves, y con grandes calores; y esto con enfermedades tan ordinarias y con tantos dolores, con pobreza y con incomodidades grandes, de posadas y comida y cama y otras cosas, que cuerpo tan flaco no había de menester, y por caminos ásperos y peligrosos. Acontecía algunas veces ser todo el día de agua ó de nieve, y caminar sin hallar poblado en algunas leguas, ni llevar defensa para no se mojar, y después llegar á posada donde ni había lumbre, ni con qué la hacer, ni qué comer; y el abrigo de la cama y aposento era verse el cielo y lloverse, y hallar á las veces los vestidos calados del agua que allí caía. Pero en todas estas cosas andaba con un espíritu y alegría, que se veía cuánto gustaba de padecer. Una noche de estas que vamos diciendo, llegó á una posada, bien necesitada de abrigo, porque de la mucha humedad de los vestidos la había dado dolor de ijada y perlesía, y estaba con grandes temblores. La hermana Ana de San Bartolomé, su compañera, viendo cual estaba, salió á buscar lumbre para calentarla un paño. Viendo esto una persona de bien, que estaba en la posada, comenzó á decir cosas bien pesadas á la Madre, y tales, que de persona de su estado no se pudiera creer que habían de salir, si no fuera moviéndole la lengua el demonio, para ver si podía hacerla perder la paciencia: ella lo llevó con mucha alegría, pareciéndola que no merecía oír otras cosas de sí, sino aquellas, que eran bien malas. Mas era tanto el contento que con estas y otras cosas semejantes tenía, que el mismo contento parecía la sanaba.

Estando muy enferma en Burgos, diéronla en el hospital un aposento muy desabrigado y frío, y compadeciéndose de ella sus compañeras, las decía que demasiado bueno era, que no le merecía ella, y que de ellas la pesaba á ella, y no de sí, que tenía más que merecía. Y cuando la hacían una pobre camilla, decía: «¡Oh Señor mío, qué cama tan regalada es ésta, estando vos en una cruz!...» En ese mismo tiempo, cada vez que comía, la salía sangre de una llaga que se le había hecho en la garganta, y como la habían compasión, decía: «No me hayan lástima, que más padeció mi Señor por mí, cuando bebió la hiel y vinagre.» Había pedido á Dios que nunca la faltasen dolores, y así nunca la faltaron, ni las que la trataban la vieron jamás con salud. Solamente cuando se ofrecía alguna fundación, ó cosa en que mucho se sirviese al Señor, la aliviaba de las en-

fermedades, y se esforzaba ella de manera que parecía que no tenía mal, y así lo decía ella; y las monjas deseaban que se ofreciese algo de esto, para verla buena.

Y porque aun todo esto que padecía era poco, para la corona que Dios la tenía aparejada, dió el Señor licencia al demonio para que la atormentase algunas veces, como se la dió para que llagase al Santo Job. Y así, como arriba dijimos, ordinariamente cuando por ella se libraba algún alma del poder del demonio, ó se mejoraba mucho, luego la atormentaba reciamente. Cinco horas la estuvo una vez apretando con tan terribles dolores, y tanto desasosiego interior y exterior (porque estaba dando grandes golpes con el cuerpo y brazos y cabeza, sin poderse resistir), que la parecía ya no podía sufrir. Pero entretanto estaba pidiendo á Nuestro Señor paciencia, y ofreciéndole, como solía, que si El se servía de ello, la durase aquella fatiga hasta el día del juicio. Al cabo de estas cinco horas, entendió quién la hacía aquel daño, porque vió cabe sí un negrillo muy feo, regañando porque adonde pretendía ganar, perdía, y con agua bendita le echó de sí.

Muchas cosas de estas pasó; pero diré una sola que se echó más de ver que otras. Después de haber fundado la casa de Sevilla, vino de Toledo á Avila, y estuvo allí dos años. En éstos padeció la orden mucho, como ya queda dicho, y ella desde allí consolaba con cartas á los Monasterios. De esto pesaba mucho al demonio, y procurólo estorbar de esta manera. Iba la Madre á completas con su luz en la mano, y después de haber subido toda la escalera, estando para entrar en el coro, quedó de presto como desatinada de la cabeza, y volvió atrás, y cayó, y quebróse el brazo izquierdo (1). Fué grande el valor que tuvo de presente, y mayor el que tuvo después con la cura; porque pasó mucho tiempo sin haber quien se le concertase, por estar á la sazón mala una mujer de cerca de Medina, que tenía esta gracia. Y como no pudo venir, envió á decir que la pusiesen algunas cosas, entretanto que ella iba. Y ya cuando fué, estaba el brazo añudado y manco. Y con todo eso se puso en sus manos, para que hiciese lo que quisiese, con el deseo que tenía de padecer. Para esto mandó la Madre á las monjas que se fuesen todas al coro á encomendarla á Dios, y quedóse sola con la mujer, y con otra labradora su compañera. Las dos, que eran grandes y de muchas fuerzas, comenzaron á tirarla fuertemente del brazo, hasta hacer dar un estallido á la choquezuela del hombro, como estaba ya el brazo añudado, y hiciéronla pasar intolerables dolores. En éstos estaba ella considerando el que Nuestro Señor había sufrido, cuando le estiraron los brazos en la cruz (2). Cuando volvieron las monjas, la hallaron

(1) Era esto la noche de Navidad de 1577.

(2) La Santa en su carta al P. Gracián, fecha 7 de Mayo de 1578 le dice: «Te-

como si no hubiera pasado nada, antes muy contenta, y decía que no quisiera haber dejado de pasar aquello por todas las cosas de la tierra. Duróle harto tiempo, que casi no le pudo menear, y en fin, quedó manca de él, y en toda su vida pudo vestirse ni desnudarse, ni ponerse un velo sobre la cabeza. La caída fué tal, y tan sin pensar, y tan sin ocasión, y tan grande, que todas las de casa tuvieron por cierto haber sido el demonio el que se la hizo dar, y pareció más claro, porque, diciéndola una hermana que el demonio debía de haber hecho aquello, respondió la Madre: «Más mal quisiera aún él hacer, si le dejaran.»

En el alma padeció veintidós años grandes sequedades y desconuelos, y otros algunos tuvo de miedos grandes, no fuese engañada del demonio, y una persecución grande y larga, de los que la decían que lo andaba, y ésta sintió mucho, porque la apretaban y affligían, y los que la causaban eran buenos y deseaban su bien. Pasó también terribles tentaciones y malos tratamientos, que el demonio interiormente la hacía, y estaba muchas veces de manera que, ni sentía al parecer favor de Dios, ni amor suyo, ni se acordaba de las mercedes que de su mano había recibido, más que si nunca las recibiera; ni podía ver á nadie de la tierra, ni descansar con nadie, ni leer, ni orar, antes todo y todos los que la hablaban la enfadaban mucho. ¿Pues qué diré de lo que pasó en la fundación del primer Monasterio, y aun en la de otros hartos, y de las persecuciones que padeció cuando su orden estuvo en tanto riesgo, que aunque hice mención de ellas en el libro tercero, si hubiera de decir todo lo que había que decir, hubiera sobrado harto para aquí? ¿Qué padecería, con el deseo tan encendido que tenía de verse con su Esposo en el cielo y gozar de El, que tantos años se le dilató, y con estar atada á comer y dormir y negociar y escribir cartas, quien no tenía otro descanso en esta vida, sino estarse á solas conversando con el que tanto amaba, y ocupándose toda en entenderle y amarle? En el apartarse de sus hijas, que tanto la amaban, y dejarlas, no padecía poco, por más que se esforzaba á disimular, especialmente cuando veía que no las había de tornar á ver más.

En la honra padeció muy mucho, aunque ella no quería otra honra sino la de Dios, y la que era menester para gloria de su santo nombre, y para su servicio. Ya vimos cuántos hicieron burla de su oración y revelaciones, y cómo la quisieron conjurar por endemoniada, en lo cual pasó harto. Llegando un día á un lugar de la Mancha, que se llamaba La Puebla, fuese á apearse junto á la iglesia, para oír misa y comulgar; viéndola los que estaban en la iglesia, comen-

nia perdida la muñeca y así fué terrible el dolor y trabajo, como había tanto que cal. Con todo me he holgado, por probar lo que pasó Nuestro Señor, en algún poquito.

zaron á decir que parecía que aquella mujer traía malos pasos, y que sería bien prenderla. Y como la vieron recibir el Santísimo Sacramento, llegaron á ella muy escandalizados, diciendo que ¿cómo había comulgado? y que primero que de allí saliese, se haría probanza de quién ella era. Ella se alegró de aquello, y no les respondió palabra. Había en la iglesia tanto ruido sobre esto, y estaba la gente tan alterada, que con ser el día mismo de la vocación de la Iglesia, que era la Encarnación, y haber grandes fiestas, todo estaba suspenso. Y á no venir allí el Padre Fray Antonio de Jesús, que era conocido en aquella tierra, pasara muy adelante el alboroto. Y con cuantas satisfacciones él les daba, no bastó, sino que habían de enviar un hombre con aquellas mujeres para ver á dónde iban. Y á todas estas cosas, nunca la Madre respondió palabra. Dijéronse de ella cosas muy pesadas, y había grandes murmuraciones, tocando casi en cuanto se puede tocar, y no se la daba nada, ni las sentía más que si no se dijeran de ella, y así decía que no tenía allí nada que ofrecer á Dios. Y diciéndola la madre Isabel de Jesús (como quien sabía cuán contra la verdad era todo aquello), que no podía sufrir que tales cosas se dijeren de ella, respondió con un semblante apacible: «Hija, no hay para mis oídos música más suave; porque, hablando la verdad, ellos tienen razón; y pues no me dan de palos, ¿qué mucho es que digan eso?» Siempre respondía así; culpándose á sí, y defendiendo y abonando á los que decían mal de ella.

Partiendo de Pastrana á Toledo, dióla la princesa de Eboli un coche en que viniese, y cuando llegó, vióla un clérigo que estaba loco, y fuese al convento, y llamóla y díjola: ¿Vos sois la santa que engañáis el mundo, y os andáis en coches? y á esto añadió todo lo que le vino á la boca. La Madre, no sabiendo que era loco, le oyó con mucha humildad sin disculparse, y hablando con un siervo de Dios dijo: «No hay quien me diga mis faltas, sino éste.» Y aunque le dijeron la falta que aquel hombre tenía de juicio, quedó desde entonces tan mal con los coches, que aunque señoras principales se los daban, no quería ir en ellos, sino hacía que la buscasen un carro de los comunes.

Al tiempo que la llevaron á la Encarnación para ser Priora, hubo allí un gran alboroto, como queda dicho en su lugar, por ser aquello contra la voluntad de las más del convento; dijéronla muchas cosas, y aun no faltaron algunas palabras muy injuriosas, y había tanta cólera, que una que quería bien á la Madre, andaba siempre cabe ella, temiéndose no llegase el negocio á más que palabras. La Madre en todo esto estaba con mucha paz, y con un rostro sereno, disculpábalas cuanto podía; decía que no se maravillaba, que era recia cosa hacer fuerza á nadie, y cosas de esta manera. En fin, estuvo

siempre tan sosegada, que á la mañana, sin confesarse, fué á recibir el Sacramento, de que las monjas quedaron muy edificadas.

Cuando iba á la fundación de Sevilla, dos siervos de Dios la dijeron en el camino que había de padecer allá mucho, y fué tanto, que decía ella, que después de lo que sufrió en la fundación del primer Monasterio, todo cuanto había pasado en su vida era nada en comparación de aquello. Allí la levantaron falsos testimonios de cosas gravísimas, y pudo tanto el demonio, que aun tocaron en cosas del Santo Oficio de la Inquisición, y por su parte, se vino á hacer información de la Madre, y de algunas de sus monjas. Y según tenía de mucho crédito quien había encendido aquel fuego, y de favor, con verse sin culpa ninguna, estaban esperando cada día si las habían de llevar á la Inquisición. Con ser este negocio tan grave, y de tanta infamia, y de donde tanto daño podía venir á las fundaciones de los Monasterios, y al servicio de Dios, y á toda la orden, que poco antes había comenzado, estaba la Madre con un ánimo tan fuerte, y con una alegría de padecer sin culpa por el Señor, como se verá por las palabras que aquí pondré, las cuales saqué de la carta misma de su letra, que estando allá escribió á la madre Bautista, y son estas: «Bendito sea el Señor, que de todo se sacará bien; ya yo de ver tanto junto, he estado con un contento extraño. De mí la digo que me hizo Dios una merced que estaba como en un deleite; con representármeme el gran daño que á todas estas casas podía venir, no bastaba, que excedía el contento. Gran cosa es la seguridad de la conciencia, y estar libre. Buena estoy, aunque no lo he estado mucho; este jarabe me da la vida. ¡Oh qué año he pasado aquí!»

Después que de ahí vino á Castilla, hartos la levantaron también de otras cosas; pero ella hacía tan poco caso de ellos, y refería las cosas y hablaba en ellas con tanta gracia y alegría, que ponía admiración á los que la oían. Pero no paró el negocio en palabras; á las manos se llegó algunas veces.

Estando en la fundación de Toledo, antes de tener á donde se poder pasar á vivir, fué con sus compañeras al Monasterio de San Clemente á oír misa: fueron disimuladas, para no ser conocidas, y acompañadas de mujeres devotas y honradas.

Sentáronse cabe la reja de las monjas, por ser lugar más recogido, y la Madre con una de aquellas mujeres fué á comulgar á una misa que salió; pero cargó después tanta gente, que no fué posible volver á donde había dejado á las compañeras, y quedóse en medio de la iglesia, con harta incomodidad. Al tiempo de irse la gente, una mujer que estaba cabe ella, no hallaba un chapín, y dió en decir que la Madre se lo había tomado, y de tal manera se amohinó porque ella no se levantaba de presto para buscarle, que descargó sobre ella muy buenas puñadas, con toda la fuerza que tenía, para apartarla,



porque como estaba muy cubierta con su manto, y él era tan pobre, parecióle que era mujer baja. Hecho esto, vino la Madre á sus compañeras, poniendo las manos en la cabeza, y decíalas riéndose: «Dios la perdone, que harto mala me la tenía yo;» y después en casa lo reía con mucha gracia.

En la fundación de Burgos la aconteció otro tanto, porque estando en una iglesia el Jueves Santo, queriendo pasar unos hombres por donde ella estaba, como no se levantó tan presto como ellos quisieron, diéronla de coces para echarla á la otra parte, y derribáronla. Cuando su compañera, Ana de San Bartolomé, fué para ayudarla á levantar, hallóla con mucha risa y contento de lo que había pasado. De esta manera pasaba todas las cosas que contra ella se hacían ó decían, sin que jamás nadie la viese enojada ni alterada, sino con alegría, haciendo gracia de muchas de ellas. Y en todo tenía tanto ánimo, que viéndose en unos trabajos harto grandes, dijo á las hermanas, que parecía que tenía una tablilla delante del corazón, en que descargaban los golpes, sin tocarla en él.

Cuando la quitaron el salir á fundar, y la dijeron cosas muy graves, que habían dicho de ella al General, tomóla un gozo tan grande, que no cabía en sí, y acordábase cómo había danzado David delante del arca del Señor, y quisiera ir delante del Sacramento, y hacer otro tanto. Todo lo que padeció era nada para lo que deseaba padecer; y así, aunque el natural contradijese, la determinación de ponerse á cualquier trabajo, siempre estaba firme, y decía á Nuestro Señor que no hiciese caso de aquellos sentimientos de su flaqueza, para mandarla lo que fuese servido, que con su favor no lo había de dejar de hacer. Decía que no había para qué vivir, sino para padecer por Dios, y eso era lo que más de gana pedía á Nuestro Señor. Decíale algunas veces: «Señor, ó morir ó padecer: no os pido otra cosa para mí.»

Tenía grande envidia á los santos que habían padecido más trabajos por Dios. Y así en Toledo, estando una noche, dichos los maitines de San Pedro y San Pablo, la tomó un impetu grande, y un llanto muy extraordinario, que parecía que tenía ansias de muerte, y que el corazón se le salía del cuerpo; y decía con esto unas palabras muy encendidas, de la dicha tan grande que habían tenido estos santos Apóstoles en morir tales muertes por Nuestro Señor. Y jamás en la oración podía pedir á Nuestro Señor descansos, ni desearlos, ni decía que podía, aunque lo procurase, sino trabajos, porque veía que el Señor siempre había vivido con ellos. Deseaba mucho, muchos años había, que toda la vida que hubiese de tener, fuese llena de trabajos y persecuciones; y decía que, pues no era para aprovechar, deseaba ser para sufrir, y que cuantos trabajos hay en el mundo, pasaría, por cumplir un poquito más la voluntad de Dios.



Gustaba menos de las fundaciones que se habían hecho sin contradicción y trabajo, y las que la habían costado mucho la daban gran contento, y tenía más confianza de que habían de durar.

Á todas las virtudes animaba mucho á sus hijas, pero señaladamente á esta de padecer por Dios. Decíalas que habían de tener por afrenta ir por otro camino que por el que había ido su Esposo. Y que la monja que no sintiese en sí deseos de esto, no se tuviese por verdadera Descalza, porque sus deseos no habían de ser de descansar, sino de padecer, por imitar en algo al Señor. No se espantará tanto de lo dicho quien considerare que también en esta virtud fué el Señor muy particularmente su maestro, como en la humildad, el cual una vez la dijo estas palabras: «¿Piensas, hija, que está el merecer en gozar? no está sino en obrar, en padecer y en amar. No habrás oído que San Pablo estuviese gozando de los gozos celestiales más de una vez, y muchas que padeció. Y ves mi vida toda llena de padecer, y sólo en el monte Tabor habrás oído mi gozo. No pienses cuando ves á mi Madre que me tiene en los brazos, que gozaba de aquellos contentos sin grave tormento. Desde que la dijo Simeón aquellas palabras (1), la dió mi Padre clara luz para que viese lo que yo había de padecer. Los grandes santos que vivieron en los desiertos, como eran guiados por Dios, así hacían graves penitencias; y si en esto tenían grandes batallas con el demonio, y consigo mismos, mucho tiempo se pasaban sin ninguna consolación espiritual. Cree, hija, que á quien mi Padre más ama, da mayores trabajos, y á estos responde el amor. ¿En qué te le puedo más mostrar que en querer para ti lo que quise para mí? Mira estas llagas, que nunca llegarán aquí tus dolores; este es el camino de la verdad» (2). Y así, si alguna vez se acobardaba su natural, el Señor, como buen maestro la reprendía, como lo hizo en febrero de 1571, diciéndola: «Siempre deseas los trabajos, y por otra parte los rehusas. Yo dispongo las cosas conforme á lo que sé de tu voluntad, y no conforme á tu sensualidad y flaqueza. Esfuézate, pues ves lo que te ayudo.»

(1) Las palabras á que alude son estas: Mira, este Niño que ves, está destinado para ruina y para resurrección de muchos en Israel, y para ser el blanco de contradicción de los hombres. Lo cual será para tí misma una espada que traspasará tu alma. (Luc., II, 34, 35).

(2) Relación III. *Obras*, t. I, pág. 154.

## CAPÍTULO XVIII

### De la penitencia que hizo

Para acabar de decir lo que padeció, y cuán grande fué su humildad, nos es necesario hablar de su penitencia, y de su pobreza y de su obediencia. De la penitencia fué siempre muy amiga, y tenía deseos muy grandes de ella, como se dice bien en sus constituciones, y en la mucha penitencia y aspereza que quiso que hubiese en su orden, la cual guardaba ella siempre, mientras que por sus enfermedades no se lo quitaban; y muchas veces más de lo que convenia para su salud, porque le era de grandísimo consuelo. Y así muchas veces se afligía con sus enfermedades, y lloraba por el estorbo que la hacían para la penitencia. En el tiempo que estuvo en la Encarnación con algún alivio de sus enfermedades, era tan áspera la penitencia que hacía, que fué necesario que los confesores la fuesen á la mano. Antes que comenzase á fundar, estuvo como tres años en casa de una señora amiga suya, y ésta la vió tomar en este tiempo muchas y muy largas disciplinas, y traer cilicio, y tener grandísimo cuidado de la limpieza de su alma, y darse tanto á la oración, que casi en todo el día no podía gozar de ella, sino era un poco después de comer, y á la noche otro poco. Estando en San José de Avila tomaba también grandes disciplinas de sangre, y de las otras; pero todas la parecían que dolían poco, porque la venían algunas veces unos deseos tan grandes de penitencia, que quisiera despedazar su cuerpo, si fuera conforme á la voluntad de Dios. Por eso usaba disciplinarse con ortigas, hasta venirle á hacer llagas con materia, y tornaba á refrescarlas con tornarla á tomar de las mismas ortigas. Por más mala y llena de dolores que anduviese, no se olvidaba de la penitencia. Estando en Segovia, con grandes calenturas, la Semana Santa, envió las monjas al coro, y no quiso que nadie quedase con ella, y levantándose de la cama tomó una muy buena disciplina. Esto hacía hasta que se le quebró el brazo, que con aquello fuéla forzoso sujetarse más á las necesidades de su cuerpo.

Dormía en un jergón de paja sin colchón ninguno. Su comida era

muy poca siempre. No bebía vino. Después de fundado el primer Monasterio, cuando la apretaban las enfermedades, era la comida unas poleadas de harina, y un huevo con algunas pocas acenorias ú otra cosilla de legumbres, y con esto ayunaba de ordinario. Nueces también solía comer, y pasas, y algún huevo ó algún poco de pescado. Mandábanla los médicos que comiese carne, pero no lo hacía sino con muy grande necesidad. En Salamanca, purgándose un día, la trajeron, para comer, de una gallina, y aunque mucho se lo rogaban, y la decían que más las edificaría comiendo de ella, no se pudo acabar que la comiese, sino de un poco de carnero cocido.

Ordinariamente traía túnica de lana, y aun algún tiempo, túnica y sábanas y almohadas las trajo de esta jerga basta, de que hacen mantas para los caballos, y en ese tiempo la aconteció una cosa de gran maravilla. Fué de esta manera: como había tan gran fervor en aquel primer Monasterio, la Madre María Bautista, habiendo oído decir que el Papa Pío V, de santa memoria, traía la túnica muy grosera, parecióla que era poca penitencia traerla ella de estameña, y conciertase con otra hermana, y las dos van á pedir licencia á la Madre para traer túnicas de jerga muy basta. La Madre respondió que lo quería ella probar primero, á ver si era cosa que convenía, y así lo hizo. En fin, se trajo jerga, y todo el convento hizo de ella túnicas, y lo demás que solía hacer de estameña, con gran consuelo. Duró esto algún tiempo; pero fué tanto el daño que á todas hizo, que no las dieron licencia, ni médicos ni confesores, para pasar adelante con ello. El primer día que se vistieron estas túnicas comenzaron á congojar algo con temor que en la jerga no podría haber limpieza, y no se podrían defender de lo que se suele criar en los vestidos, y hacen á la noche una procesión desde el coro hasta la celda de la Madre con un crucifijo, pidiendo á nuestro Señor las librase de aquel miedo.

Acabado esto, y vueltas las monjas al dormitorio, la Madre lo debió de suplicar á Nuestro Señor brevemente, y salió á ellas por consolarlas, dándolas esperanza que se las concedería lo que deseaban. Fué el negocio de manera que desde entonces hasta hoy, ni en aquellas túnicas ni en las de estameña ni en los demás vestidos, criaron nada de esto, antes hay en ellas una limpieza, en esta parte, cual nunca jamás se vió ni halló. Y no solamente las antiguas, pero las novicias también lo alcanzan muy en breve, sino es algunas veces si andan tentadas para no proseguir en la religión. Y hase visto en San José de Ávila otra cosa aún más notable, que las novicias á quien esto no se las quita, al cabo no quedan en casa. Esto de la limpieza es general en todos los Monasterios de monjas, porque con cuidado me he informado de algunos, como del de Ávila y Salamanca y Alba y Valladolid y Sevilla y Lisboa, y de personas

antiguas, y todas dicen lo mismo, y tienen por llano que es lo mismo en todas las casas. En un Monasterio de los que he nombrado sé yo que estuvieron unos días por huéspedes unas religiosas de otra orden, pobres, y mientras ellas estuvieron, faltó en las camas esta limpieza, y desde el mismo día que salieron, tornó como antes, y nunca más vieron la inmundicia que antes veían (1).

El deseo que tenía de hacer penitencia era grandísimo, porque como estaba ardiendo en amor de Dios, y deseaba tanto hacer y padecer mucho por El, fuérala grande alivio para estos deseos el hacer grandes penitencias, y así las que hacía la daban gran consuelo y la aliviaban mucho sus trabajos, y si se dejara á su voluntad, hiciéralas terribles y extraordinarias; pero como ella por una parte tenía tantos deseos de asperezas y penitencias, y por otra sus Prelados y confesores se las quitaban, por las muchas enfermedades con que siempre andaba, y por la mucha necesidad que de su vida había, y ella con todo eso se congojaba mucho, quiso su Maestro (que así llama ella á Cristo Nuestro Señor) darla á entender también en esta parte su voluntad, como lo vemos en papeles escritos de su mano. Uno dice así: «Estando una vez pensando en la pena que me daba el comer carne, y no hacer penitencia, entendí que algunas veces era más amor propio que deseo de ella.» Otro dice: «Estando pensando una vez en la gran penitencia que hacía doña Catalina de Cardona (2), y cómo yo pudiera haber hecho más, según los deseos que me da algunas veces el Señor de hacerlo, si no fuera por obedecer á los confesores; que si sería mejor no les obedecer de aquí en adelante en eso; me dijo: *Eso no, hija; buen camino llevas, y seguro. ¿Ves toda la penitencia que hace? en más tengo tu obediencia.*»

Sé yo también que escribió ella una carta al Padre Martín Gutiérrez, Rector de la Compañía de Jesús, de Salamanca, en que decía que había parecido entonces una mujer muy santa y de gran penitencia, que era esta doña Catalina de Cardona, de quien arriba hicimos mención; y contando sus virtudes, decía: que de todas aquellas cosas la tenía envidia, pero que de una sola no se la tenía, que era no querer dejar nada de aquella penitencia, aunque los confesores la decían que era demasiada. Y por ser esta palabra tan cuerda, y de persona de tanta santidad y autoridad, el Padre Gutiérrez leyó á todos los de su casa en recreación la carta. Y así, con estimar en tanto la penitencia, y ser tan aficionada á ella, y encargarla mucho á sus hijas, las reñía si excedían, y no quería que la hiciesen sino con consejo de sus confesores y de sus Preladas.

(1) Sobre este hecho maravilloso véase lo que dice la *Reforma de los Descalzos*, lib. VI, cap. XXIII.

(2) Narra extensamente la vida de esta mujer extraordinaria por su penitencia, la *Reforma de los Descalzos*, lib. IV, cap. I al XX.

## CAPÍTULO XIX

### De cuán amiga fué de la santa pobreza, y juntamente cuán larga y liberal

No sabré yo encarecer, ni aun decir cuán amiga fué siempre de la santa pobreza, y lo mucho que con ella se holgaba, porque cuanto otros se huelgan con los dineros, se holgaba ella con la pobreza, y cuando menos había en casa que comer, estaba más contenta, y cuando mucho sobraba, estaba más descontenta que cuando faltaba. Ya vimos en las fundaciones del primer Monasterio, cuánta instancia hizo en que se viviese en él solamente de limosna, hasta hacer traer breves de Roma para ello. Y si á su querer fuera, ni él ni los demás que fundó tuvieran renta alguna, sino que, contra su voluntad y parecer, hubo de obedecer en esto como en todo lo demás. Así hacía mucha resistencia en las fundaciones que habían de tener renta, y á las que eran de pobreza se animaba mucho.

Cuando fué á la fundación de Toledo, habíanla prometido doce mil ducados, y estaba resfriada en ella y dudosa; y cuando eso se desbarató y el gobernador la dió licencia para que fundase, pero con condición que fuese el Monasterio de pobreza, holgóse en tanto extremo como otro se holgara si hubiera hallado un muy gran tesoro, y llena de alegría dijo á sus compañeras: «¡Oh hijas mías, qué segura va nuestra peregrinación, pues nos ha ya derribado el Señor este ídolo!»

En los oratorios de las casas que hacía, ponía cruces hechas de cañas y palillos toscos sin labrar, y jamás pedía á nadie, ni quería que sus monjas lo pidiesen, sino era lo que en ninguna manera se podía excusar para acomodar la casa, y así dejaba estar la casa y la Iglesia con grandísima pobreza, hasta que los de fuera por su devoción lo daban; pero tenía tanto aseo en todo, que con nada que hubiese, lo ponía tan bien, que parecía mucho, porque en todo lo que tocaba al culto divino, era muy cuidadosa é ingeniosa.

Cuando no tenía casa propia, no tenía pena, antes decía que era gran contento estar en casa de donde la pudiesen echar, porque se acordaba que el Señor del mundo no había tenido ninguna. Y porque en estas fundaciones está ya dicho cuánta pobreza pasó y con cuánta alegría, no seré en este capítulo tan largo.

Era muy amiga de traer muy ruines hábitos, viejos y rotos, pero siempre procuraba fuesen muy limpios, porque era muy aficionada á toda limpieza de cuerpo y de alma y de vestidos, y descontentábala si veía á alguna traer el hábito sucio. Y parecía que la gran limpieza de su alma salía al cuerpo y al vestido; porque las tocas y túnicas que dejaba, no oían á sudor como las de otras personas, sino antes tenían bueno y apacible olor. Acontecióla vestirse los hábitos viejos que otras dejaban, yendo en esto contra la natural inclinación que tenía á la limpieza; y cuando á ella la dejaban con un hábito roto, andaba la más rica y contenta del mundo.

Con todas sus enfermedades era muy amiga de trabajar, y lo hacía siempre que las ocupaciones forzosas la dejaban, y ó hilaba ó devanaba lo que otras habían hilado, ó cosía ó hacía otra cosa semejante, y no estaba un punto ociosa. A la red iba á negociar con personas muy graves, y con confesores, y llevaba allí algo que hacer, de que no poco se edificaban algunos, cuando lo sentían. Y así decía que era de gran provecho hallar las rejas cerradas, porque podían estar negociando y acabándose de tocar, ó haciendo algo de manos. Y como ella en esto era muy cuidadosa, no había nadie que se osase descuidar, ni estar ociosa. Tanto, que habiéndosele acabado á una monja lo que había de hacer, tomó un ovillo, y pasando el hilo de él á otro, cumplió con su ocupación, y quitó la vergüenza que la venía de estar sin hacer algo delante de su madre; de lo cual ella se contentó mucho, y se lo agradeció á la monja. Todos estos oficios hacía con mucha gracia y perfección, y cuando veía que de su trabajo y del de las hermanas se había sacado algún dinero, gustaba mucho de ello. Cuando la mandaban escribir algún libro, decía que la pesaba por las ocupaciones que tenía, y porque la estorbaban de hilar.

En todas las cosas quería que se viese la pobreza. Las casas deseaba que tuviesen huerta por la salud, y ermitas en ella para la oración y devoción, pero en lo demás quería que fuesen pequeñas, y todo tosco sin labrar. Y en el capítulo XIII de las *Fundaciones*, dice: «¡Oh, váleme Dios, qué poco hacen estos edificios y regalos exteriores para lo interior! Por su amor os pido, hermanas y padres míos, que nunca dejéis de ir muy moderados en esto de casas grandes y suntuosas. Tengamos delante nuestros fundadores, que son aquellos Santos Padres de donde descendimos, que sabemos que por aquel camino de pobreza y humildad gozan de Dios. Verdaderamente he visto haber más espíritu y aun alegría interior, cuando parece que



no tienen los cuerpos cómo estar acomodados, que después que ya tienen mucha casa, y lo están. Por grande que sea, ¿qué provecho nos viene, pues sólo una celda es lo que gozamos continuo? Que ésta sea muy grande y bien labrada, ¿qué nos va? Sé que no habemos de andar mirando las paredes. Considerando que no es la casa, que nos ha de durar para siempre, sino tan breve tiempo como el de la vida: por larga que sea, se nos hará todo suave, viendo que mientras menos tuviéremos acá, más gozaremos en aquella eternidad, adonde son las moradas conforme al amor con que hemos imitado la vida de nuestro buen Jesús.»

Esto mismo encomienda mucho en el capítulo II del *Camino de perfección*, y se lo pide por amor de Dios y de su sangre, y dice que si con conciencia puede decir que el día que hicieren suntuosos edificios se tornen luego á caer, y que las mate á todas, yendo con buena conciencia, lo dice y lo suplicará á Dios. Todo esto y más decía, porque estaba ella muy cierta ser la voluntad de Dios, y confirmóselo el santo Fray Pedro de Alcántara, el cual, en vida, la encomendó mucho la pobreza, y después de muerto, se le apareció con mucha gloria, y la avisó de una cosa muy menuda, que por tocar á esta virtud, la tuvo él por de mucha importancia. Estando haciendo una cerca del Monasterio de Avila, fué cuando se le apareció, y la dijo que no la revocasen de cal, poniéndola gran estima en la pobreza. Y respondiéndole ella que se caería, dijo él: «Si se cayere, no faltará quien la levante.»

Decía que por amor de sus monjas la había dado Dios á entender los bienes que hay en la santa pobreza, y que las que lo probasen lo entenderían. «Es un bien, dice, que todos los bienes del mundo encierra en sí, es un señorío grande, es señorear todos los bienes de él. La verdadera pobreza, tomada por solo Dios, trae consigo una gran honra. No ha menester á nadie, sino á él, y luego tiene muchos amigos en no habiendo menester á nadie.» Decía que era un muro con que la religión estaba muy bien guardada, y encargábalas mucho que no anduviesen contentando al mundo para por esa vía tener de comer, porque morirían de hambre; sino que pusiesen su cuidado en contentar á Dios, y guardar muy bien su regla, y responder á su llamamiento, y luego las proveerá Dios; y aunque no quieran, las darán de comer los que menos devotos suyos eran. Y esto las repetía muchas veces, y nunca se hartaba de decir alabanzas de esta virtud.

Con ser tan amiga de la pobreza, era en gran manera, no solamente misericordiosa con los pobres en lo que ella podía, sino también larga y liberal, como lo pedía la grandeza de su ánimo; con personas provechosas para el bien de las almas, gastara, y gastaba de muy buena gana, cualquier dinero que fuese menester, como ya queda dicho.

Topando en un camino al Padre Fray Diego de Yepes, de la orden de San Jerónimo, á quien ella amaba mucho, la dijo que le parecía que llevaba poco dinero para el camino que había de andar, y dióle cien reales de lo poco que ella traía; pero dijo que se los daba prestados, hasta que pidiese licencia á su Prelado. El Padre los recibió, por ser de tan buena mano, y tornóselos después con el debido agradecimiento, porque no los había menester.

Visitando una vez á la duquesa de Alba, doña María Enríquez, la duquesa la dió mil reales de limosna, y ella los llevó, y diólos todos al Monasterio de la Encarnación, donde entonces era Priora, aunque sus Monasterios tenían harta necesidad. Para proveer á las enfermas, y aun á las sanas, de lo que verdaderamente habían menester, no tenía duelo al dinero, por poco que tuviese.

## CAPÍTULO XX

### De la gran obediencia que siempre tuvo

Maravillosamente se aventajó en esta virtud de la obediencia; que la estima en tanto San Gregorio, que dice: «Sola la obediencia es una virtud que mete en el alma todas las virtudes, y después de metidas las conserva» (1). Bastaba para esto decir así en suma dos cosas, que se entienden bien de lo que queda dicho en el primero y segundo libro, que son sin duda maravillosas. La primera es que obedecía á sus confesores, sin haber otra obligación para ello más de serlo. Que no solamente no se meneaba sin ellos en cosa, pero aun en las mismas cosas que Nuestro Señor la mandaba que hiciese, aunque ella no dudaba ser Nuestro Señor, si su confesor no se las mandaba, no las hacía, y si la mandaba al contrario de ellas, hacía lo contrario; y decía al Señor que la perdonase, que por obedecer á los que tenía en su lugar lo hacía. Llegó en esto á hacerse fuerza para resistir á las mercedes sobrenaturales que Dios la hacía en la oración, y hacer cruces, y darle higas cuando se le aparecía, yendo en ello contra su voluntad é inclinación. Y el Señor aprobó esta tan alta obediencia, mandándola que hiciese lo que ellos la dijese, que El los enseñaría la verdad, y así se la venía á enseñar.

La segunda es, que en cuanto duró aquello de la fundación de San José de Avila, con deseárselo ella tanto, porque lo quería el Señor, jamás en tanto tiempo, y en tantos sucesos como hubo, y tantas ocasiones, faltó un punto de la obediencia, sino siempre lo consultaba con buenos teólogos, y sólo aquello hacía que ellos la aseguraban que podía hacer sin faltar un punto de la perfección. Y así, cuando la mandaron que no pasase adelante, lo dejó del todo sin ninguna pesadumbre, con haberla costado mucho trabajo lo que hasta entonces estaba hecho; y después de haberle fundado, enviándola á llamar la Priora de la Encarnación, dejó sus monjas y su Monasterio, y se fué

(1) *Moral*, lib. XXXV, cap. X.

allá á sujetarse á que hiciesen de ella lo que quisiesen; y allí se estuvo hasta que, con licencia y bendición de su Provincial, se volvió á su casita. Cosas verdaderamente que me espantan cuando las considero, porque son de altísima perfección, y no sé quién las imitase. Para mí harto maravilloso es la tercera que dije en este libro, quemar cosas tan lindas como tenía escritas sobre el libro de los Cantares, por sólo una palabra de un ignorante confesor. Decir el respeto que tenía á sus Prelados no será menester, pues el Padre Maestro Baltasar Alvarez, de la Compañía de Jesús, dijo á una señora principal, con quien podía tratar así: «¿Veis á Teresa de Jesús, lo que tiene de Dios y lo que es? Pues con todo eso, para cuanto yo la digo, está como una criatura.»

Siendo Provincial el Padre Maestro Fray Jerónimo Gracián, díjole la Madre cómo se había de hacer cierto negocio de importancia, y para eso era menester detenerse en la casa donde ella entonces estaba; respondió el Padre, ó por mortificarla, ó por parecerle otra cosa mejor, que á él le parecía todo lo contrario, y que se partiesen luego. La Madre, aunque tenía entendido de Nuestro Señor que el negocio se había de hacer, y á lo que entonces juzgara quien no tuviera el juicio tan rendido á la obediencia, parecía que se desbarataba por allí, sin replicar palabra, y sin proponer nada, respondió que fuese así, y luego se partió. Habiendo después caminado un día ó dos, díjola el Padre Gracián: «¿Pues no decía, Madre, que tenía revelación de Dios que este negocio se había de hacer? Sí tenía, dijo ella, pero en la revelación me podré yo engañar, y en obedecer á vuestra Reverencia, que es mi Prelado, sé cierto que no voy engañada. Ahora, pues, mire en ello, dijo el Padre, y encomiéndelo á Nuestro Señor.» Y pasado un día tornóla á preguntar qué había entendido en aquel negocio. Dijo la Madre: «Díjome Nuestro Señor que se haría como antes me lo había dicho; pero dice, que por el medio que la obediencia me muestra, se hará muy mejor que por el que yo quería tomar» (1). Esto era una cosa no de menos maravilla que las que habe-

(1) Pone aquí el P. Gracián una nota marginal que dice así:

«Estando en Veas, ofrecíase fundar convento de monjas en Madrid y en Sevilla y hacíase gran dificultad á qué parte acudiría la Madre. Díjela que lo comunicase con Nuestro Señor; hízolo tres días, y al cabo dijo que el Señor la había declarado que fuésemos á Madrid. Yo la dije que luego fuese á Sevilla y así obedeció. Tornándola yo á preguntar ¿por qué no había replicado? pues muchos hombres doctos la habían asegurado que su espíritu era de Dios, y lo que yo había dicho me movía sólo mi opinión, y que aun no lo había encomendado á Dios, dijo: —Porque la fe me dice, que lo que vuestra reverencia me mandare, es voluntad de Dios, y de cuantas revelaciones hay no tengo fe que lo serán.»

«Muchas veces me acacó tratar algunas cosas con ella y ser de contraria opinión, y después á la noche mudar de propósito, y tornando á ella, á decir que lo hiciera como á ella le parecía, sonreíase; y preguntándola yo qué era, decía: que habiendo tenido revelación de Nuestro Señor que se hiciese aquello que ella decía, como el prelado la decía lo contrario, se iba á Nuestro Señor diciéndole: Se-

mos dicho, que con tener tantas revelaciones, y enseñarla el Señor muchas veces cosas muy menudas acerca de lo que había de hacer, ni se casaba con su parecer, ni estimaba las revelaciones, por claras que fuesen, ni decía: más luz tengo yo de Dios y más razón es creer lo que Dios me dice, que lo que me aconseja un hombre; sino esto era lo que decía: que más caso hacía ella de una palabra de su Prelado ó confesor, que de mil revelaciones, y que por donde ella se había de regir, eran los dichos de los que tenía en lugar de Dios. Y aunque lo decía muy bien, lo hacía mejor. Decía también que ninguna cosa la mandaría su confesor, ó sabría ella que él quería que la hiciese, que la dejase por cosa del mundo; y que si la dejase, pensaría andaba muy engañada.

Yendo á la fundación de Sevilla, y estando en una ermita de Eciija, día de Pascua de Espiritu Santo, vínola deseo de hacer algún gran servicio al Espiritu Santo, en agradecimiento de una gran merced que había recibido antes en el mismo tiempo; y buscando en qué, ofreciósele que sería bien para esto: hacer voto de obediencia muy particular al Padre Gracián, que entonces era provincial de los Descalzos en Andalucía. Sentía en esto gran dificultad, como ella lo significa en un papel, donde lo dejó escrito con estas palabras: «Año de 1575, en el mes de abril, estando yo en la fundación de Veas, acertó á venir allí el Maestro Fray Jerónimo de la Madre de Dios Gracián. Comencéme á confesar con él algunas veces, aunque no teniéndole en el lugar que á otros confesores había tenido, para del todo gobernarme por él. Estando yo un día comiendo, sin ningún recogimiento interior, se comenzó mi alma á suspender y recoger de suerte, que pensé que me quería venir algún arrobamiento, y representóseme esta unión con la brevedad ordinaria, que es como un relámpago. Parecióme ver junto á mí á Nuestro Señor Jesucristo de la forma que Su Majestad se me suele representar, y hacia su lado derecho estaba el mismo Maestro Gracián. Tomó el Señor su mano derecha y la mía, y juntólas y díjome: *Que éste quería tomar en su lugar toda mi vida*, y que entrambos nos conformásemos en todo, porque convenía así. Quedé con una seguridad tan grande de que era Dios, aunque se me ponían delante dos confesores, que había tenido en veces mucho tiempo, y seguido, y á quien he debido mucho: en especial el uno, á quien tengo gran voluntad, me hacía terrible resistencia. Con todo, no me pudiendo persuadir á que esta visión era engaño, porque hizo en mí gran operación y fuerza, junto con decirme otras dos veces, que no temiese, que El quería esto, por

ñor, si queréis que se haga, moved el corazón de mi prelado, y haced que me lo mande, que yo no tengo de pasar de su obediencia.»

«Por esta causa, decía de ella el padre fray Bartolomé de Medina, que nunca hacía cosa, sino lo que el prelado le mandaba.»

diferentes palabras, que en fin me determiné á hacerlo, entendiendo era voluntad del Señor, y seguir aquel parecer todo lo que viviese; lo que jamás había hecho con nadie, habiendo tratado con hartas personas de grandes letras y santidad, y que miraban por mi alma con gran cuidado; mas tampoco había yo entendido cosa semejante para que no hiciese mudanza, que el tomarlos por confesores, de algunos había entendido que me convenía, y á ellos también.

»Determinada á esto, quedé con una paz y alivio tan grande, que me espantaba, y certificada lo quiere el Señor; porque esta paz y consuelo tan grande del alma, no me parece la puede poner el demonio: y así, cuando se me acuerda, alabo al Señor, y se me representa aquel verso: *Posuit fines suos in pace*, y quería deshacer en alabanzas de Dios.

»Debía ser como un mes después de ésta mi determinación, segundo día de Pascua de Espíritu Santo, viniendo yo á la fundación de Sevilla, oímos misa en una ermita en Ecija, y allí nos quedamos la siesta. Estando mis compañeras en la ermita, yo me quedé sola en una sacristía que había en ella. Comencé á pensar una gran merced que me había hecho el Espíritu Santo, una víspera de fiesta, y vínome gran deseo de hacerle un muy señalado servicio, y no hallaba cosa que no la tuviese hecha, al menos determinada; que hecho, todo debe de ser falto y acorde, que puesto que el voto de la obediencia tenía hecho, y que se podía hacer con más perfección; y representóseme que le sería agradable prometer lo que ya tenía propuesto, de obedecer al Padre Maestro Fray Jerónimo. Por una parte me parecía que hacía en ello nada, porque ya estaba determinada de hacerlo; por otra se hacía una cosa recísima, considerando que con los prelados que se hace voto, no se descubre lo interior, y se mudan, y si con uno no se halla bien, viene otro; y que creí quedar sin ninguna libertad exterior y interiormente toda la vida, y apretóme esto harto para no lo hacer. Esta misma resistencia, que hizo mi voluntad, me causó afrenta, y parecerme que ya se ofrecía algo que hacer por Dios; que si no lo hacía, que era cosa recia, para la determinación que tengo de servirle. El caso es que apretó de manera la dificultad, que no me parece que he hecho cosa en mi vida, ni el hacer profesión, que me la hiciese tan grave, salvo cuando salí de casa de mi padre para ser monja. Y fué la causa que se me olvidó lo que le quiero, y las partes que tiene para mi propósito, antes entonces, como á extraño le consideraba (que me ha espantado), sino un gran temor, sino era servicio de Dios; y el natural, que es amigo de libertad, debía de hacer su oficio, aunque ya ha años que no gusto de tenerla. Mas otra cosa me parecía era por voto, como á la verdad lo es. Al cabo de gran rato de batalla, díome el Señor una gran confianza, pareciéndome era mejor mientras más sentía, y que pues yo hacía aquella promesa por



el Espíritu Santo, obligado quedaba á darle luz para que me la diese, junto con acordarme que me lo había dado Nuestro Señor. Y con esto me hiqué de rodillas y prometí hacer cuanto me dijese toda mi vida, por hacer este servicio al Espíritu Santo, como no fuese contra Dios y contra los Prelados que tengo más obligación. Advertí que no me obligaba á cosas de poco momento, como si yo importuno una cosa, y me dice que lo deje, y me descuido y torno, ó en cosas de mi regalo. En fin, que no sean cosas de naderías, que se hacen sin advertencia: y de todas mis faltas y pecados ó interior, no le encubriría cosa á sabiendas, que esto también es más que lo que se hace con los Prelados: en fin, tenerle en lugar de Dios exterior é interiormente. No sé si es así, mas gran cosa me parecía haber hecho por el Espíritu Santo, á lo menos, todo lo que supe, y bien poco para lo que le debo.»

«Alabo á Dios, que crió persona en quien quepa, que de esto quedé confiadísima, que le ha de hacer Su Majestad grandes mercedes, y yo tan alegre y contenta, que de todo punto me parece había quedado libre de mí, y pensando quedar apretada con la sujeción, he quedado con muy mayor libertad. Sea el Señor por todo alabado» (1).

También esta virtud de la obediencia se la enseñó Cristo Nuestro Señor particularmente, porque muchas veces la dijo que no dejase de comunicar toda su alma y las mercedes que él la hacía con el confesor, y que le obedeciese. Y mostróla, que aunque más padeciese, no había de desviarse de la obediencia, diciéndola: «No es obedecer, si no estás determinada á padecer; pon los ojos en lo que yo he padecido, y todo se te hará fácil.»

Esta virtud estimaba en mucho, y encomendábala mucho á las monjas; declaraba en una palabra el valor y necesidad de ella, diciendo: «Que no tener obediencia, era no ser monja.» Y ésta quería que la hubiese, no sólo en la voluntad, para querer lo que se ordena, sino también en el juicio, creyendo que está bien ordenado. Y por eso, como dijimos en el libro segundo, ejercitaba á las monjas en la mortificación del juicio ó entendimiento, como cuando mandó á una sembrar el cohombro que la traían para cenar, y á otra cargaba de oficios, que parecía imposible hacerlos, y cosas de esta manera.

Decía que la oración y todo lo demás que una monja hiciese (como no fuese de obligación), se había de dejar de buena gana por acudir á la obediencia; y que cuando una anda desabrida porque no la dan el

(1) Cfr. La Fuente, *Obras*, I, p. 160.—Mármol (*Excelencias, vida y virtudes del P. Fr. Jerónimo Gracián*, parte 1.<sup>a</sup>, cap. XVII), dice que se halló entre los papeles que tenía la Santa de su letra, uno que estaba doblado como carta, y en lugar de sobrescrito decía: *Es cosa de mi alma y conciencia; no lo lea nadie, aunque me muera, sino dése al Padre Maestro Gracián*, y firmado de su letra al cabo, *Teresa de Jesús*. La copia que él nos ha conservado ofrece algunas variantes con la que acabamos de transcribir.

lugar que quisiera para la oración, empleándola la obediencia en otras cosas, la causa principal de esto era un amor propio muy delicado, que se mezcla sin dejarse entender, que es querernos más contentar á nosotros que á Dios. Y que no se desconsolasen por eso, porque si la obediencia las ocupaba en obras exteriores, en la cocina y entre los pucheros hallarían á Dios, ayudándolas en lo interior y en lo exterior.

Decía que no había cosa que más presto llevase al alma á la suma perfección que la obediencia, y que por ver eso el demonio pone en ella tantos disgustos y dificultades debajo de color de bien. Porque la suma perfección no está en visiones, ni en revelaciones y regalos de Dios; sino en querer, con toda nuestra voluntad y con alegría, lo que El quiere, ora sea amargo, ora sabroso. Y porque para esto nos hacen gran contradicción el demonio y nuestra sensualidad, decía que como acá en un pleito muy dudoso se toma un juez, y las partes, cansadas de pleitear, lo ponen en sus manos; así nuestra alma, por escaparse de pleitos con la sensualidad y con el demonio, tome un juez, que es el Prelado ó el confesor, con determinación de no hacer más de lo que él dijere, creyendo al Señor, que dijo: «Quien á vosotros oye, á mí oye» (1), y con esto quitarse de pleitos y descuidar de su voluntad. «Esta, dice, es la verdadera unión, hacer mi voluntad una con la de Dios. Esta es la que yo deseo, y querría en todas, que no unos embebecimientos muy regalados, á quien tienen puesto nombre de unión. Y será así, siendo después de esta que dejo dicha; mas si después de esa suspensión queda poca obediencia y propia voluntad, estará unida con su amor propio, me parece á mí, que no con la voluntad de Dios (2).»

Decía más, que las personas religiosas eran esclavos de Dios, vendidos, por su amor y de su propia voluntad, á la virtud de la obediencia, y así por ella deben dejar de gozar del mismo Dios, dejando la oración y la soledad, por acudir á las obras de la obediencia; y aunque en ellas haya ocasiones para hacer más faltas, y aun algunas quiebras, es sin comparación muy mayor ganancia que la soledad; porque en el ejercicio de estas obras, conocemos quién somos y hasta dónde llega nuestra virtud; y quien está en la soledad y recogido, no sabe si tiene paciencia ni humildad, ni tiene cómo lo saber, como no sabe el esfuerzo que tiene, el que nunca se ha visto en batalla. Y así decía que era gran bien que se ejerciten en obras de obediencia, para que por esa vía se conozcan, y que es mayor merced de Dios un día de humilde propio conocimiento, que muchos de oración. Cuanto más, que el verdadero amante, en toda parte ama y siempre

(1) Luc., X, 16.

(2) *Fundaciones*, cap. V.

se acuerda del amado, y entre las mismas obras que hace, puede orar y levantar el corazón á Dios (1).

Esto que la Madre dice, que la verdadera unión está en tener nuestra voluntad conforme con la de Dios, se lo enseñó el mismo Señor un día, diciéndola, como ella lo cuenta: «No pienses, hija, que es unión estar muy junta conmigo, porque también lo están los que me ofenden, ni los regalos y gustos de la oración, aunque sea en muy subido grado; aunque sean menos, medio son para ganar las almas muchas veces, aunque no estén en gracia. Entendí que era la unión, el espíritu limpio y levantado de todas las cosas de la tierra, no quedar cosa de él que quiera salir de la voluntad de Dios, sino que de tal manera esté un espíritu y una voluntad conforme con la suya, y un desasimiento de todo, empleado en Dios, que no haya memoria de amor en sí, ni en ninguna cosa criada.» Lo que dice: «porque también lo están los que me ofenden», es porque Dios está en todas las cosas, y de esta manera general está también en los mismos que le ofenden.

(1) Ibid.

---

## CAPÍTULO XXI

### De la fuerza que tenía en sus palabras

Declarando el bienaventurado San Gregorio aquellas palabras de San Marcos (1): «Ellos, partidos de allí, predicaron en todas las partes, obrando con ellos el Señor, y confirmando sus palabras con los milagros que se seguían», dice: «¿Qué habemos de considerar en estas palabras, qué habemos de encomendar á la memoria, sino que tras el mandamiento fué la obediencia, y tras la obediencia los milagros?» (2). Así es ello muchas veces, que los muy obedientes son obedidos; y no solamente quiere Dios que les obedezcan las criaturas, sino aun El mismo gusta de hacer la voluntad de ellos, como lo dice David (3): «Hará la voluntad de los que le temen, y oirá su oración.» Por esto vendrá bien, habiendo hablado de su obediencia, hablar de la virtud que tenía en sus palabras, con Dios y con los hombres. Esto habemos ya visto cuando tratamos de la fuerza de la oración de la Madre, y lo mucho que podía con Dios, y cuántas enfermedades de cuerpos y almas fueron curadas por ella.

Una señora estaba en Burgos, que había algunos años que deseaba tener hijos, y encomendóse en las oraciones de la Madre, y por ella los tuvo muy en breve, y de ella quedó harto agradecida. De aquí venía que su palabra tenía maravillosa fuerza y virtud con las criaturas. Venían á ella algunas con tentaciones, y con dudas y escrúpulos, y á veces no se podían declarar; ella las entendía, y se lo decía, y las sosegaba maravillosamente. Venían muchas personas, de cerca y

(1) Marc. XVI, 20.

(2) Homil. XXIX in Evang.

(3) Ps. CXLIV, 19.

de lejos, á tratar con ella cosas de espíritu, y otras á consolarse de trabajos que tenían, y no solamente personas ordinarias, sino grandes letrados, y á todos enviaba satisfechos y consolados, porque en esto del consolar tenía particular gracia de Dios.

Á los señores y señoras grandes trataba con una llaneza alegre y amable; y como estaba hecha á tratar tan familiarmente con el Rey del Cielo, no la espantaba el hablar con los señores de la tierra. Decíales lo que habían menester para el bien de sus almas, y algunas veces los reprendía con la misma llaneza y con humildad; pero tenían tanta fuerza aquellas llanas y humildes palabras, que ellos, no sólo no se alteraban, sino que se lo agradecían, y la tomaban grande amor y se enmendaban. Con todos negociaba muy bien lo que había menester, como habemos visto tratando de las fundaciones, porque su trato era tan dulce, y las palabras, por una parte humildes, por otra fuertes y prudentes, que hacía lo que quería. En los negocios de su orden, cuando escribía al rey (1), más hacía su carta que la intercesión de cuantos le hablaban.

Ya dijimos de sus cartas cómo aprovechaban para quitar tentaciones. A una monja vino una tentación, que en mucho tiempo no podía rezar el oficio divino, sin tener enfermedad ninguna que lo impidiese, más, que en comenzando á rezar, la daba un tan gran mal, que la forzaba á dejarlo y irse del coro. Llegó la Santa Madre al convento donde ella estaba, y hablóla, y mandóla que poco á poco rezase á solas una vez ó dos, y después de esto, mándala que vaya al coro con las demás, sin detenimiento ninguno: y luego se le quitó la tentación, y pudo rezar como antes que la tuviese. Dos oficiales que trabajaban en un convento donde ella estaba, riñeron con tanta furia, que se pensó viniera el negocio á mucho mal. Ella les habló, y estando muy bravos, quedaron mansos como unos corderos, con las palabras que les dijo.

Yendo á la fundación de Sevilla, estaba con sus monjas en un gran campo junto á la venta de Alvino, y en el mismo campo estaban unos soldados, gente desgarrada, y algunos otros hombres, y comenzaron á reñir y acuchillarse unos con otros. Las monjas hubieron miedo, y fuéronse á favorecer á su Madre, como los pollos suelen acudir á las alas de la gallina. La Madre les dijo: «Hermanos, miren que está Dios aquí que les ha de juzgar.» Y en ese punto se hundieron no sé dónde, que nunca más los vieron.

Venían algunas veces personas á tentarla, porque no creían lo que de ella se decía, con intento de cogerla, si pudiesen, en algo. Y ella les hablaba en su lenguaje acostumbrado, que era tratar cosas de donde

(1) Felipe II, á quien dirigió varias cartas, cuando las disensiones entre Calzados y Descalzos.

las almas saliesen con ganancia. Vinieron de esta manera dos man-  
cebos, y antes que de ella se apartasen, les tocó el Señor de manera,  
con las palabras que les dijo, que la confesaron allí su culpa y la mala  
intención con que habían venido, y se fueron aprovechados y muda-  
dos y mejorados.



## CAPITULO XXII

### De la gracia de sanidades que tenía

No era esta virtud solamente con palabras: sus manos también estaban llenas de virtud, y por ellas hizo el Señor muchas maravillas, sanando enfermos; porque no solamente quiso que la obedeciesen las criaturas de razón, sino también los humores desconcertados y descompuestos. Hagamos principio de aquel tan manifiesto é ilustre milagro que hizo cuando tomó en los brazos á su sobrino D. Gonzalo de Ovalle, siendo muy niño, estando, ó muerto verdaderamente, ó tal, que á todos lo parecía; teniéndole sobre sus rodillas, y tocándole con su huelgo, le volvió bueno y sano. Estando en casa de doña Luisa de la Cerda en Toledo, una dueña suya había mucho tiempo que andaba muy mala de dolor de muelas y de un oído, que no había remedio para ella. Pero como conocía la santidad de la Madre, llegóse á ella, rogándola mucho que la hiciese la señal de la cruz sobre la parte mala. La Madre, con un gracioso desdén la echó de sí con la mano, diciendo: «Quítese allá, hágasela ella, que la santa cruz no tiene la virtud de mi mano, sino de sí.» Y cuando la echaba de sí, tócala en la misma parte que la enferma pedía. Y fuese de propósito, ora acaso, el tocar, ella quedó luego buena; quien la conoció y trató, nunca más la vió con aquel dolor.

Estando la Priora del Monasterio de Medina, que entonces era, con una gran calentura y dolor en un lado, con mucho peligro de su vida, llegó allí la Madre, y sabiendo cuán mala estaba, fuéla luego á ver; y en abrazándola, se sintió sin el dolor, y el día siguiente se levantó buena del todo (1). Otra hermana padecía un mal de pecho muy grande, más había de tres años, con muy recia tos; y consolándola la Madre, díjola que no tuviese pena, que ella la encomendaría á Dios, y luego estuvo buena del todo.

(1) En el proceso para la canonización fué admitido este milagro como de tercer orden.

Estando en Valladolid y habiendo de partir el día siguiente para Salamanca, cayó mala al anochecer su compañera Ana de San Bartolomé, y después de maitines, vínose á la hermana y díjola: «No tengas pena, hija, que ya yo tengo quien vaya conmigo; y á la Piora dejo encargado que te envíe luego adonde yo estuviere, en estando tú para ello:» que de esta manera la hablaba, por el amor que la tenía. Y aunque la consolaba, la pesaba de irse sin ella, y apartóse, y suplicó á Nuestro Señor la diese salud, y después de haberlo hecho, llamóla y preguntóla cómo se sentía. Ella se sentó en la cama, y dijo que no sentía calentura, y que si quería que iría allá para que lo viese; mandóla venir, y vino buena, y á la mañana se levantó, y se vino buena y sana con la Madre. La misma hermana tenía un terrible dolor de muelas, y cuando ya no lo podía sufrir, rogaba mucho á la Madre que la santiguase, y ella lo hacía, viéndola padecer tanto; y, en haciéndolo, se le quitaba el dolor. Esto fué tres ó cuatro veces, en Avila, poco antes de partir para la fundación de Burgos. Después en Burgos la dió otra vez este dolor, y las hermanas, habiéndola mucha lástima, rogaban á la Madre que la santiguase; ella, con la gracia que tenía en todas las cosas, decía: «Anda, anda, no pienses que soy yo santiguadera,» y no lo hacía: en fin, por la importunación de todas, echóla la bendición, y luego se le quitó el dolor, y no la volvió más mientras la Madre vivió; hasta que, después de su muerte, se le quitó del todo, como diremos en el libro siguiente.

Una hermana en el Monasterio de Medina tenía una erisipela, y particularmente en las narices, las cuales traía siempre tan hinchadas y enconadas, que pensaban los médicos que se le habían de cancerar. Y un día en que estaba más mala y con calentura, por gozar de la Madre, que estaba en casa, levantóse, y ella húbola lástima, y comenzóla á traer la mano por el rostro, diciendo: «Calle, mi hija, que yo confío en Nuestro Señor que la ha de sanar.» Y luego la hermana se sintió mejor; y antes que se apartase de allí, quedó del todo buena, sin que jamás le haya vuelto esta enfermedad. La Madre no la dijo más que diese á Nuestro Señor muchas gracias, porque la había querido sanar.

Partiéndose de Palencia llegó un clérigo siervo de Dios á pedirla la bendición, con un gran dolor de muelas, y á la hora se le quitó. Bien puede entrar aquí otra sanidad, aunque no fué corporal. La postrera vez que salió del convento de Salamanca, ibanse con ella las monjas hasta la portería, y mirando atrás vió á la hermana Isabel de San Jerónimo, que venía algo más lejos que las otras, y díjola: «Venga acá mi hija, ¿por qué se queda ella allá?» y abrazóla, y tocando con su cara en la de la hermana, se la quitó una tentación que entonces traía, y la daba pesadumbre, y nunca después la sintió más.

## CAPÍTULO XXIII

### Del agradecimiento que tenía

Todas las virtudes que he contado tenía la Santa Madre en un grado muy alto y con gran perfección, como lo saben bien y lo dicen todas las personas que la trataron más en particular, aunque por no haber tenido éstas la cuenta que fuera menester para notarlas, ni haber hecho memoria tan de propósito de lo que notaron, se han perdido muchas cosas que fueran de gran provecho. Pero ésta, de ser agradecida, echábase tanto de ver, que nadie lo podía dejar de notar, por poco que mirase; porque en toda su vida fué muy agradecida á todos: hasta en la postrera enfermedad, cualquiera cosa que las monjas hacían, así se lo agradecía, como si ella fuera una mujer extraña, á quien no debieran nada. Para contar todos los ejemplos que de esto hay, era menester contar toda su vida, y todos los bienes grandes y pequeños que otros la hicieron. Pero algunos diremos brevemente. A Nuestro Señor, aun antes que de veras le comenzase á servir, tenía tanto agradecimiento, que como veía que no hacía con El enteramente lo que debía, éranla tan penosas las mercedes que de su Majestad recibía, que había menester, para sufrirlo, la grandeza de ánimo que la había dado, y aun no se podía valer. A los confesores que tenía amó siempre mucho, y por agradecimiento, guardó esto toda su vida; que jamás dejó á ninguno de ellos, hasta que, ó ellos se mudaban á otras partes, ó ella iba á alguna fundación.

Contaba muchas veces, y con mucho agradecimiento, las buenas obras que la hacían, y tenía gran memoria de ellas. A un hombre, porque yendo de camino en un lugar la dió un jarro de agua, tuvo cuidado de encomendarle á Dios algunos años. Cuando vivía en la Encarnación, estando fuera, en casa de doña Guiomar de Ulloa, estuvo malo, de una larga enfermedad, un padre con quien las dos se confesaban, y lleváronle á un lugar cerca de Lebesma para regalarle y curarle. En todo este tiempo la Madre le curó, con el cuidado y cari-

dad que si fuera su mismo padre, guisándole lo que había de comer, y velándole muchas noches, y sirviéndole en todo lo que una mujer muy ordinaria pudiera servir, sin cansarse; y de aquellos trabajos y malas noches que pasó, se entiende cobró buena parte de las enfermedades que tenía.

Estando en la fundación de Sevilla, diéronla un frontal de red en que estaba labrado el sacrificio de Abraham, muy grosero, pero por la pobreza que había, le hubieron de poner en el altar de la iglesia. Y estándole poniendo, dijo una hermana por gracia: que el ángel, que estaba allí puesto, parecía disciplinante. Ello era así, y á todas las cayó mucho en gracia; pero la Madre volvióse á ella con un rostro severo, y dióla una muy buena reprehensión, diciendo, que si era aquél el agradecimiento que tenía á la limosna que las hacían, y otras muchas cosas á este propósito, con tanto peso y con tantas veras, que todas quedaron muy maravilladas y con propósito de guardarse, de allí adelante, de semejantes gracias.

Muchas cosas se pudieran decir, si se hubiera hecho memoria de ellas; porque como era tan humilde, cualquiera cosa, por pequeña que fuese, la agradecía como si fuese muy grande, por todas las vías que podía, y más por la que ella podía más, que era por la oración; y así hizo Nuestro Señor grandes bienes á las personas que la ayudaron é hicieron bien. Pero no dejaré de decir una, por donde se pueden bien entender las demás. En uno de sus Monasterios tenían un clérigo que las confesaba, y por otra parte las hacía mucho daño, y las era muy contrario. La Priora dió cuenta á la Madre Teresa de Jesús de lo que pasaba, pareciéndola que convenía despedirle. A esto la respondió la Madre estas palabras: «Por amor de Nuestro Señor, la pido, hija, que sufra y calle, y no traten de que echen de ahí ese Padre, por más trabajos y pesadumbres que con él tengan, como no sea cosa que llegue á ofensa de Dios; porque no puedo sufrir que nos mostremos desagradecidas con quien nos ha hecho bien. Porque me acuerdo que cuando nos querían engañar con una casa que nos vendían, él nos desengañó, y nunca se me puede olvidar el bien que en esto nos hizo, y el trabajo de que nos libró, y siempre me pareció siervo de Dios y bien intencionado. Bien veo que no es perfección en mí, esto que tengo de ser agradecida; debe de ser natural, que con una sardina que me den, me sobornarán.»

---

## CAPITULO XXIV

### De la gran prudencia que tenía

De esta virtud parece que no era menester hablar aquí, porque, por las cosas que quedan ya contadas, y por lo que todos ven en sus Monasterios, bien claro está, haber sido su prudencia más que humana. ¿Cómo se pudieran fundar tantos Monasterios, con tanta pobreza y con tantas contradicciones, si no tuviera una extraordinaria y divina prudencia quien los fundaba, y más siendo mujer y pobre y encerrada, y viviendo debajo de obediencia? ¿Quién pudiera vencer tantas dificultades, llevar tantas condiciones, ganar tantas voluntades, huir tantos inconvenientes, en fin, acertar en los medios, que para tan grandes cosas eran necesarios? Todo esto, con ser tanto, se me hace á mí poco, cuando miro lo que es, haber conservado y gobernado los mismos Monasterios ya fundados, una mujer tan enferma y ocupada en otras cosas y teniendo tanta pobreza. A muchos, que con sentido humano miraban estos Monasterios, les parecía que era desatino hacer más, y que los hechos se habían de deshacer presto. Aquella su amiga de la Encarnación, Juana Suárez, casi riñendo la solía decir: que hartos palomares había hecho, que lo dejase y no hiciese más. Pero con toda la pobreza y estrechura que en éstos había, y con todas las persecuciones, no sólo estuvieron en pie, y lo están los que fundaba, sino cada día iba fundando más.

Y lo que más me espanta es, la enseñanza que dejó de todos los Monasterios, cuán bien las puso en oración, y cuán acertado camino las mostró en ella; cuán acostumbradas las dejó á la obediencia verdadera, y á la mortificación y humildad, y al silencio y recogimiento, y á todas las demás virtudes. Quien esto no sabe, vea lo que pasa hoy en estos Monasterios, y verá bien cuál fué la maestra, pues tan bien amaestradas dejó sus discípulas. Vese en estas cosas, el gran entendimiento y juicio que tenía, y la alta prudencia de que fué dotada en lo natural, y cuán enseñada fué sobrenaturalmente de Dios; porque

prudencia humana yo no sé cómo para ellas podía bastar, y por eso dije, que la que ella tuvo, fué más que humana.

Tenia á sus hijas mucho amor (1), y mostrábasele por todas las

(1) Basta hojear la correspondencia de la Santa Madre, para ver al punto cómo brotan á cada paso de su pluma ó mejor dicho de su corazón, chispas encendidas en ese amor puro, cariñoso, maternal, en toda la extensión de esta palabra. Pondré sólo unas pocas muestras.

*A la M. Ana de la Encarnación.*

«Hágame saber cómo está, y todas, y déles mis encomiendas, que bien quisiera poder gozar de las de allá y de las de acá... A Juana de Jesús que me haga saber cómo está, que tenía muy chica cara, el día que me vine.»

*A la M. M.<sup>a</sup> Bautista.*

«¡Oh qué deseo tengo de poder ir ahí algún día, pues no estamos lejos! mas no veo cómo. No se enoje conmigo, hija mía, que ya le digo lo que hay, en querer ir: sería mentira decir, no quiero. Harto, pues, me ha de cansar, si voy, tanta señoría y baraunda, mas todo lo pasaré por verla.»

*A la Priora de Medina.*

«Bendito sea Dios que han llegado acá cartas suyas, que no las deseaba poco: y en esto veo que la quiero más que á otras muy parientas; y siempre me parece escribo corto.... ¡Oh madre mía, cómo la he deseado conmigo estos días! Sepa que á mi parecer han sido los mejores de mi vida, sin encarecimiento.

Dígalés á esas mis hijas, que Dios les pague el regocijo: mas que me crean, y nunca pongan su contento en cosas que se pasan, que se hallarán burladas. A la mi Casilda diga lo mismo.»

*A la M. M.<sup>a</sup> de S. José.*

«¡Oh cómo quisiera escribir muy largo!... Por caridad le pido, que me escriba por todas las vías que puidere, para que yo sepa siempre cómo están... Mire que me regale á San Gabriel (la madre), que estaba muy boba en mi venida... A la hermana San Francisco, que sea buena historiadora, para lo que pasare... Teresa ha venido, especial el primer día, bien tristecilla: decía que de dejar á las hermanas. En viéndose acá, como si toda su vida hubiera estado con ellas, que de contento casi no cenó aquella noche que venimos. Heme holgado, porque creo es muy de raíz el ser aficionada á ellas.»

*A la misma.*

«Yo les digo, que si alguna pena tienen por mi ausencia, que me lo deben bien. Plega al Señor se sirva de tantos trabajos y penas, que dejar hijas tan queridas, dan.»

«Yo le digo, que le pago bien la soledad, que dice tiene de mí. Heme holgado tanto con su carta, que me enterneció, y caído en gracia sus perdones. Con que me quiera tanto, como le quiero yo, le perdono lo hecho y por hacer... Por cierto que á trueco de que quede V. R. y otras hermanas con algún descanso, doy por bien empleados tantos trabajos, aunque fueran muchos más. Y créame que la quiero mucho... ¡Oh, lo que se ha holgado mi hermano con sus cartas! No acaba de decir de su discreción. Ellas venían buenas, sino que V. R., cuando quiere hacer mejor letra, la hace peor.»

*A la misma.*

«Yo le digo en verdad hija mía, que me hacen tanto consuelo sus cartas, que como leí una, y no pensé que había más, cuando hallé la otra, me lo dió, como si no hubiera visto ninguna; de manera que yo me espanté de mí. Por esto entienda que siempre me serán recreación sus cartas... ¡Oh, lo que nos ha caído en gracia la carta de las mis hijas! Yo le digo que viene estremada: encomiéndemelas mucho... El Señor me las guarde, mis hijas, y haga santas.»

*A otra priora.*

«Acá dicen que quiero más á las de esa casa que á ningunas, y cierto que no sé qué lo hace, que yo las cobré mucho amor, y ansí no me espanto que V. R. me le tenga, que siempre se le tuvo, aunque me es regalo el oirlo.»



vías que convenía, y así era muy querida de todas, y hacía de ellas lo que quería. Tenía gran cuenta de proveerlas de todo lo necesario, para que, cuanto fuese posible, no faltase á nadie nada, y especialmente á las enfermas.

Gustaba de que anduviesen alegres, como ella lo andaba, y reíase con mucha gracia de los que, en teniendo un poco de devoción, andaban luego encogidos, y como ella decía, encapotados, y no osaban hablar, pensando que luego se les había de ir la devoción; y quería que tuviesen cada día su tiempo señalado para recreación, y que cantasen en las fiestas de los santos, é hiciesen coplas al mismo propósito, y se holgasen de la manera que allá se sufre; pero todo esto había de ser con religión, y sin perder un punto de la observancia que había de haber.

El amor que la tenían estaba junto con una gran reverencia, y con un extraordinario respeto, causado de la gran santidad y prudencia y sabiduría que en ella veían. Y así, con amarla tanto, y ser ella tan alegre, acontecía no osar alzar los ojos á mirarla las que estaban con ella, y cuando las llamaba, ir casi temblando. Miraba algunas veces de manera que parecía que veía los pensamientos.

Tenía, en reprender, mucha gravedad, y unas razones con que, la

*A la M. Ana de S. Alberto.*

«Sepa que no pensé que le quería tanto, que me da mucha gana de verla, quizás lo ordenará Dios.»

*A Ana de Jesús.*

«Hija mía y corona mía, no me harto de dar gracias á Dios, por la merced que me hizo en traerme á V. R. á la religión.»

*A las religiosas de Sevilla, atribuladas con una persecución.*

«Hijas y hermanas mías: Sepan que nunca tanto las amé como ahora, ni ellas jamás tanto han tenido qué servir á nuestro Señor, como ahora que las hace tan gran merced, que puedan gustar algo de su cruz... Animo, ánimo, hijas mías. Acuérdense que no da Dios á ninguno más trabajos de los que puede sufrir... Saquen con honra á las hijas de la Virgen y hermanas tuyas, en esta gran persecución.

Hallé á la mi Isabel muy gordita, con unos colores que es para alabar á Dios.»

*A la M. Ana de Jesús.*

«A tener mi mala cabeza y negocios, vuestra caridad, tuviera disculpa en haber tanto que no me escribe; mas no habiendo esto, yo no sé cómo me deje de quejar de vuestra caridad y de mi querida hermana Catalina de Jesús. ¡Pues cierto que no me lo deben! que si pudiese yo, las escribiría tan á menudo, que no les dejase dormir, en olvidarme tanto.»

*A la M. María de S. José, que andaba enfermiza.*

«Agora no la queremos penitente, sino que la dé á todas, con sus enfermedades; y que me sea obediente, y no me mate... no sé cómo la quiero tanto. Yo no sé qué tentación me ha dado de quererla tanto. ¡Oh Jesús y qué soledad me hace verlas tan lejos! Plega El que estemos juntas en aquella eternidad, que, con que todo se acaba presto, me consuelo...»

Un gran recaudo á la mi Gabriela.»

*A la hermana Leonor de la Misericordia.*

«Jesús sea con vuestra caridad, mi hija y me la guarde, dé la salud que yo deseo, que harto me ha pesado no la tenga. Hágame la caridad de regalarse mucho.»

que había hecho la falta, quedaba confusa y deseosa de enmendarse, y no enojada ni tentada, sino antes agradecida y con amor. Disimulaba pocas faltas, y á unas trataba con amor, á otras con aspereza, mortificándolas y probándolas, como veía que cada una lo había menester. A una hermana trataba muchas veces con semblante severo y riguroso, y diciéndola otra monja, que cómo trataba así á aquella hermana, que era tan buena y quería tanto á la misma Madre, respondió, que lo entendía así, pero que tenía aquella hermana un natural que había menester aquello para no salir de orden con las demás. Otras veces, decía á cada una en particular la falta que tenía, con amor; con las humildes y obedientes era muy piadosa, y muy rigurosa, si veía alguna que mostrase libertad.

En acabando de reprender, volvía luego con semblante alegre y apacible, cuando veía humildad y conocimiento de la falta, en quien la había hecho.

Quería que las que no estaban por oficio obligadas á mirar las cosas de casa, dejasen ese cuidado, y procurasen mirar las virtudes que viesen en cada una, para amarla por ella y aprovecharse, y descuidasen de las faltas que en las otras vieses. Y eso decía que la había hecho á ella gran provecho. Sentía mal de algunas (que á su parecer tenían tanta perfección) que todo lo que veían en las otras, las parecía falta, y decía que éstas son las que más faltas tienen, y no las ven en sí, sino en las otras; y no quería que las diesen crédito, en las faltas que dijese de otras, hasta informarse de las demás. Pero el decirlas á los Prelados, con caridad y con discreción, aunque fuese de las mismas Prioras, decía que era muy necesario; y el pensar algunos, que hacer esto era falta ó bajeza, tenía por simpleza grande.

A las que veía que andaban en la oración muy embebidas, de manera que las venía daño á la salud, procuraba que las divirtiesen otras en la recreación, y que las ocupasen en oficios y cosas semejantes.

A las enfermas animaba y consolaba, y si veía que andaban desconsoladas porque ocupaban á las demás, y ellas no hacían nada, reñíalas amorosamente, y decíalas que antes se habían de holgar, en dar ocasión á las demás que mereciesen y se ejercitasen en obras de misericordia, dentro de casa, pues no podían ir las á hacer á los hospitales.

El vestido y tocado de las monjas, quería que se mirase mucho, que fuese conforme á la constitución; y decía que si en algún tiempo (lo que Dios no quisiese) hubiese alguna cosa que pareciese curiosa, ó no de tanta edificación, se quemase delante de todas, para que las demás escarmentasen, y quedase de ello memoria para las que después viniesen.

La manera de hablar de las monjas, deseaba que fuese con simpli-

cidad y llaneza religiosa, y que llevase más estilo de ermitaños y gente retirada, que de curiosidades y cortesánias, y que más se preciasen de groseras, en esta parte, que de curiosas.

No quería que añadiesen nada las Prioras, ni al rezo ni á las penitencias, si no fuese, ofreciéndose alguna necesidad, por algún día; porque no teniéndose esta cuenta, callarian las monjas, pareciéndolas poca devoción hablar en aquello, y andando cargadas, acabaríaseles la salud, y no podrían hacer lo que estaban obligadas.

El oficio divino mandaba que se dijese con pausa, y cantado en voz baja. Y decía que en ser alta, había dos daños: el primero que parecía mal, como no iba por punto; el segundo que se perdía la modestia y espíritu, de la manera de vivir que habían tomado.

En el recibir monjas, decía que se mirase más á los talentos de las personas que á lo que traían, y que por ningún interés del mundo se recibiesen las que no son conformes á las constituciones, especialmente si tenían alguna falta en la condición; y mucho menos el darlas la profesión. El recibir más del número que estaba señalado en las constituciones, decía que no era menos daño que destruir los Monasterios. Antes quería que nunca estuviese el número cumplido, porque si alguna se ofreciese que estuviese muy bien, hubiese lugar para recibirla. También las freilas quería que fuesen muy pocas, y solamente las que no se pudiesen excusar; y que en esto era menester ir á la mano á las Prioras, que suelen ser amigas de muchas freilas, y cargan las casas, y muchas veces, de personas de poco provecho.

Procuraba mucho que no se recibiese ninguna que fuese melancólica, porque son embarazosas, y aun dañosas hartas veces, para la religión; y con las que hubiese, quería que las Prioras tuviesen mucha cuenta, mirando por ellas y proveyéndolas de lo necesario, y ensanchándolas el corazón. Pero no por eso quería que las dejasen salir con sus desordenados antojos, ni las consintiesen palabras desconcertadas, ni libertades ni desobediencias; sino que, con penitencias y muestras de rigor, las fuesen á la mano; porque, en la guarda de la regla y constituciones, siempre tuvo mucha entereza, y por cosa ninguna sufría relajación en esto, á sanas ni á enfermas, por más que fuesen en la religión, ni por más que hubiesen sido en el siglo; antes, con grande ánimo y con rigor, lo reprendía.

Ponía diligencia en que las Prioras fuesen personas muy discretas y de mucho ejemplo; pero no se contentaba con eso, antes quería y encargaba mucho á las súbditas que las advirtiesen de las faltas que tuviesen, con humildad y con el debido respeto; y decía que si las Prioras no lo tomasen bien, y las mostrasen desabrimiento por ello, que lo sufriesen con paciencia por amor del Señor, que su Majestad las daría el premio. Decía que entendiesen las Prioras que lo principal para que las daban el oficio, es para que hagan guardar la regla

y constituciones, y no para que quiten ó pongan de su cabeza; y que cuando otra cosa hicieren, lo había de saber el Prelado. Decía también que tenía por imposible hacer bien su oficio la Priora, que hacía cosa alguna que no quisiese que la supiese el Prelado; porque antes eso la había de dar contento, pues con eso la ayudan á hacer bien su oficio.

Quería que tratasen más con las monjas que entendían mejor y eran más discretas, pero guardándose mucho, en lo de fuera, de tener amistades particulares con algunas, haciendo por ellas más que por otras, porque esto era ocasión para inquietar á las demás.

Decía que cada día entendía más, que el sosiego de estos Monasterios estaba en las Prioras, porque en cobrándolas amor las súbditas, hacen de ellas lo que quieren: mas que era menester estar las Prioras mortificadas, para sufrir las faltas y tentaciones de las súbditas. Una de las cosas que más deseaba y que con más encarecimiento pedía en las Prioras, era el talento para gobierno que es necesario, y que á eso se mire más que á la santidad, porque muchas serán santas y no serán para Preladas. Y que cuando el Prelado viere que se elige alguna que no le tenga, por pasión ó pretendencia de algunas, las case la elección, y las nombre Priora de otros Monasterios. Y que cuando se hallase alguna de estas, que no tienen partes para el Gobierno, por de muy gran virtud y religión que sea, la quiten luego del oficio, y no pase del primer año; porque decía que en un año podía hacer mucho daño, y si pasan tres, puede destruir el Monasterio, con hacerse costumbre de imperfecciones. En esto no quería que hubiese piedad ninguna, porque adonde se trata tanta mortificación y hay tantos ejercicios de humildad, ninguna tendrá por agravio que la quiten el oficio. «Y si lo tuviere, por ahí, dice, se ve que no es para él; porque, no ha de gobernar almas que tanto tratan de perfección, la que tuviere tan poca que quiera ser Prelada.» Razón verdaderamente digna de tan alto entendimiento y de escribirse en la memoria de todas las personas de religión.

En lo temporal quería que hubiese muy gran concierto, porque decía que era importantísimo para lo espiritual, y mandaba que en las casas de renta se ordenase el gasto conforme á la renta, aunque se pasase necesidad, y que se quiten gastos y cumplimientos demasiados; porque, si las Prioras eran gastadoras, podrían dejar á las monjas sin comer, por darlo; y en las de pobreza, no se hiciesen deudas, porque en unas y en otras, si se comenzaban á adeudar, se irían perdiendo, porque luego á los Prelados parecerá inhumanidad no las dar sus labores, y que á cada una provean sus deudos; y decía que sin comparación quería ella más ver deshecho el Monasterio, que verle venir á este estado. Mas, con todo esto, quería que se diese bastante lo necesario, y decía que para eso nunca faltará, si

hay fe y diligencia en la Prelada. Deseaba que el Visitador mirase la labor que se hacía en cada casa, y aun contase lo que cada una había ganado, para agradecersele á las que hubiesen hecho mucho, y animarlas, y para decirlo en otras casas donde se hace poco.

Para las fundaciones también buscaba monjas escogidas, y reñíalas mucho si las veía hacer alguna falta, y decíalas que mirasen la obligación que tenían á la perfección y que no sólo las había Dios de pedir cuenta de lo que ellas faltasen, sino también de las faltas que hiciesen, con su mal ejemplo, las que venían á la religión.

De este rigor que habemos dicho, había ya al cabo quitado harto, como la escribió á la madre María Baustista, por estas palabras: «Sepa que no soy la que solía en gobernar, todo va con amor, no sé si lo hace que no me hacen por qué, ó haber entendido que se remedia así mejor.»

Hacía cuanto podía para que las monjas estuviesen del todo desasidas del amor de sus deudos y de todas las criaturas; y decía que ver asimiento ó cosa de la tierra, en persona que ella quisiese bien, la entibiaba extrañamente la voluntad.

Las novicias decía que no han menester quien las apriete, sino quien, con suavidad, las haga guardar las constituciones.

Era extrañamente amiga de gente de buen entendimiento (1); y fuera del llamamiento de Dios, lo que más sin comparación miraba, en las que había de recibir, aunque fuesen freilas, era el entendimiento que tenían. Los que conocían su santidad, y cuán amiga era de oración, procuraban alabarla mucho, en las que la traían, la devoción de ellas y el ejercicio que tenían de oración; porque por aquí pensaban que la habían de ganar la voluntad, para que las recibiese; y ella hacía tan poco caso de eso, que todo se le iba en informarse del entendimiento que tenían. Yo fuí uno de estos, y maravillándome de ello, la pregunté la causa, y díjome: «Padre, la devoción acá se la dará Nuestro Señor, y la oración acá se le enseñará; antes á las que allá fuera la han tenido, es menester algunas veces trabajar primero para hacerlas olvidar lo que habían aprendido. Pero si no tienen buen entendimiento, no se le darán acá. Y fuera de eso, una monja devota y sierva de Dios, si no tiene entendimiento, no es más que para sí. Si tiene entendimiento, aprovéchame para gobernar á otras, y para todos los oficios que son menester.»

También daba otra causa: que la que tiene mal entendimiento, ni cae en las faltas que tiene, ni las sabe conocer, aunque se las avisen,

(1) Vease como muestra el siguiente rasgo: «En lo que me dice de las hermanas de fray Bartolomé, me cayó en gracia, la falta que las halla; porque aunque acabara de pagar la casa con ellas, era intolerable. En ninguna manera, si no son avisadas, tome ninguna, que es contra constitución, y mal incurable. *Carta á la Priora de Sevilla*, 28 de Marzo de 1578.



y siempre piensa que acierta, y no hay quién la saque de allí, ni la haga rendir su juicio. Y éste fué un excelente medio, especialmente en los Monasterios donde hay pocas monjas, para poderse valer y conservar, así en lo temporal como en lo espiritual.

Tenía particular cuidado en que siempre sus monjas tuviesen el corazón quieto y sosegado, y por esto y por la edificación, decía que se excusasen pleitos, cuanto fuese posible, y no se tomasen sino á más no poder, porque el Señor las daría por otro cabo lo que perdiesen por éste; y que ningún pleito se pusiese ni se prosiguiese, sin avisar al Prelado, y sin que hubiese para ello mandamiento particular suyo. Para la misma quietud procuraba que ninguna monja pidiese que la mudasen de una casa á otra, ni entendiéndose que eso era cosa posible; porque decía que no podía nadie entender, sino quien lo hubiese visto, los grandes inconvenientes que en eso hay, y la puerta que se abre al demonio para tentaciones. Y así quería que cuando hubiesen de mudar alguna de éstas, se hiciese con algún otro color, sin que ella entendiéndose que se hacía por haberlo ella pedido. Y decía que tal monja nunca asentará en parte alguna, sino antes hará daño á las otras, y que se entienda que de la que esto pidiere, nunca se tendrá crédito para cosa alguna; y que por el mismo caso que pida que la saquen, no se ha de hacer, aunque la hubieran de sacar por alguna necesidad, y que esto se haga así. Y que esta tentación nunca da sino á personas melancólicas ó de tal condición, que no serán para cosa de mucho provecho.

Para la paz y consuelo espiritual, y para que durase y fuese adelante lo que el Señor por ella había comenzado á obrar en esta religión, dió en otro medio provechosísimo, que fué encargar á sus monjas, y dejárselo, fuera de eso, en sus libros, muchas veces encomendado y con mucha fuerza, que tratasen siempre de las cosas de sus almas con muy buenos teólogos, por quien se rigiesen, porque de esta manera irían siempre seguras; porque era en extremo aficionada á las letras; y que si juntamente los pudiesen hallar espirituales, tanto mejor, pero que si no, á lo menos fuesen letrados, porque decía que nunca buen letrado la había engañado, y esto decía que todas lo habían menester, pero más las Prioras. De los que saben poco quería que se guardasen, porque decía que la habían hecho mucho daño algunos medio letrados, que no sabían, y respondían como si supieran. Y para que, cosa en que tanto iba, y que tan necesaria era para gente que trata de oración y de lo interior, no se dejase de hacer, ordenó que pudiesen tratar de esto con cualesquier religiosos ó clérigos, y que para esto hubiese siempre facilidad en las Prioras; porque decía, que estaba el bien de una alma, en tratar con amigos de Dios. Y mientras más mercedes recibía una alma de Dios, quería que tuviese más cuidado de comunicarlas con quien la enderezase



cuando fuese menester, y la librase de los engaños que suele el demonio traer, y así lo hacía ella, como lo veremos presto, al fin de este libro. Y quería tanto que creyesen á su confesor letrado, que dice en las *Fundaciones*, en el capítulo octavo, estas palabras: «Aquí es menester tratarlo con confesor discreto y letrado, y no hacer cosa sino lo que aquél la dijere. Puédelo comunicar con la Priora para que la dé confesor que sea tal, y téngase este aviso, que si no obedeciere á lo que el confesor la dijere, y se dejase guiar por él, ó es mal espíritu, ó terrible melancolia; porque, puesto que el confesor no atinase, ella atinará más en no salir de lo que la dice, aunque sea ángel del Señor el que la habla, porque el Señor la dará luz, ó ordenará cómo se cumpla. Y es sin peligro hacer esto, y en hacer otra cosa puede haber muchos peligros y muchos daños.»

Encargaba mucho que tuviesen con ellos gran claridad. Y de esto dice así: «Lo que es mucho menester, hermanas, es, que andéis con gran llaneza y claridad con el confesor, no digo en decir los pecados, que eso claro está, sino en contar la oración; porque si no hay esto, no aseguro que vayáis bien, ni que es Dios el que os enseña; que es muy amigo, que al que está en su lugar, se trató con la verdad y claridad que consigo mismo, deseando entienda todos sus pensamientos, por pequeños que sean, cuanto más las obras» (1).

Hacía cosas más con prudencia divina que humana, y quien las veía, no hallaba razón por donde la pudiese salvar; mas el suceso mostraba después cuán acertadas habían sido.

A una novicia que tenía ya los votos, y estaba para hacer profesión, dijo ella: «Mañana hará profesión.» Respondió la monja: Esperaré á mi Madre, si vuestra reverencia manda. En diciendo esto, dijo la Madre: «Yo la digo que no profese en la Orden.» Y nunca con ella se pudo acabar que la diese la profesión. Así hubo de volverse á su casa, donde la dió luego una hética, de que murió de allí á pocos días. Otra novicia estaba cerca de profesar, y no la quiso admitir, por más que todo el convento se lo pidió, sin entenderse de ella falta ninguna, ni querer dar la Madre otra razón más que una falta corporal, como yo la oí á la misma Madre; pero tal, que á las que estaban en casa no parecía nada bastante, y tuvieron para sí, que por alguna vía la había Dios enseñado, que no había El escogido para aquella Orden, ni á la una ni á la otra. Y lo de la postrera se pareció después bien claramente, por cosas que sucedieron, y porque no faltó á quien Dios lo quisiese declarar, y diese á entender que había sido bien hecho lo que hizo su sierva. Otro tanto hizo con una sobrina suya, sin dejarse vencer de carne y sangre, ni de ruegos de

(1) *Moradas* VI, cap. IX.

las monjas, que la prometían grandes cosas de la novicia, porque en la verdad tenía muy buenas partes, y con todo eso á cabo de un año la quitó el hábito y se la envió á su padre.

Trayéndola una monja, que era novicia de otra religión y se quería mejorar, no la quería recibir, porque no recibía monjas de otras órdenes, como habemos dicho. Y habiendo despedido á su hermano, que era un padre de la Compañía de Jesús, por esta y otras consideraciones que tenía, subióse á escribir, y luego bajó al torno á ver si era ido aquel Padre; y como no le halló, le envió luego á llamar, y le dijo que á la hora trajese á su hermana, porque la quería recibir. Y así la recibió, y está el día de hoy en el Monasterio de Salamanca, con contento y edificación.

Muchas cosas hubo de éstas, en que claramente se veía no guiarse ella por razones humanas, sino por otras más altas y más acertadas. Sólo una contaré, porque sólo ésta bastaba, para probar lo que digo. Estaban en un monasterio una monja y una freila, entrambas de grandísima oración, acompañada de mortificación y humildad, y muy regaladas de Dios. Comenzáronlas á venir unos ímpetus grandes de deseo de Dios, que no se podían valer; y parecía que se les aplacaban y sosegaban, con comulgar, y así procuraron haber licencia de los confesores para que fuese muchas veces. Vino á crecer tanto ésta su pena, que si no comulgaban cada día, parecía que se iban á morir; y los confesores, aunque el uno era bien espiritual, fueron de parecer que á tales almas y tan necesitadas, no se las podía negar la comunión cada día. Pero llegó el negocio á términos que, sus ansias eran tan grandes, que las habían de comulgar muy de mañana para poder vivir.

Dió la Priora cuenta de todo esto, por carta, á la Madre, y ella calló hasta estar presente, para verlo bien todo, aunque desde luego lo entendió, y también para dar al confesor las razones porque no seguía su parecer. Después que fué allá, diólas muchas razones por donde entendiesen que era pura imaginación aquello de pensar que se morían si no comulgaban cada día; pero ningunas bastaban, como no bastaron tampoco con uno de los confesores, que era el que menos tenía de letras y de espíritu, que el otro luego se rindió á la verdad. Con esto vió la Madre que aquellas enfermas se habían de curar con otra medicina, y dijolas con gran determinación que ella también sentía aquellos deseos, y dejaba de comulgar. «Crean, dice, que no han de comulgar, sino cuando las demás, y así murámonos todas tres, que esto tengo por mejor, que poner semejante costumbre en estas casas, donde hay otras que aman á Dios tanto como ellas, y querrán hacer otro tanto.» Aquel día pasaron con grandísimo trabajo, no comulgando, que parecía verdaderamente que se morían. La Madre, que tampoco había comulgado, mostró gran rigor, porque mientras

ellas menos se sujetaban á la obediencia, por parecerlas que no podían, más claro veía que era tentación. Ya el día siguiente tuvieron menos trabajo, y el otro menos, hasta que aflojó tanto, que aunque ya la Madre se había vuelto á sus comuniones, porque así se lo mandaron, y ellas lo veían, pasaban muy bien por ello, y vinieron ellas y todas á entender la tentación (1). Esto pasó en un Monasterio no lejos de Salamanca, y bien sé yo quién fueron las personas; pero no me pareció poner los nombres. La una goza ya de Dios, y la otra vive todavía.

(1) Este mismo suceso lo narra la Santa Madre en el cap. VI de las *Fundaciones*.

## CAPÍTULO XXV

### Del don que tenía de conocer los espíritus

Paréceme que lo que quiero ahora decir, de la discreción de espíritus que Dios dió á esta su sierva, que es saber conocer en los que veía, si era buen espíritu ó malo el que tenían, acertado ó desatinado; es en cierta manera parte de esta prudencia, que acabo de decir, que más se guía por luz del cielo y conocimiento sobrenatural, que por razones humanas, aunque en alguna manera parece algunas veces frisar mucho con el don de la profecía. Tenía mucho de esto, y conocía qué espíritu tenían los que trataban con ella, y adonde llegaban, y así desengañaba á personas que pensaban estar más adelante. Á una monja dijo que llevaba camino de mucha perfección, mas que la faltaba mucho por andar para llegar á ella. Estando una monja tratando con ella cierta cosa, y mostrando, en el semblante y en las palabras, la humildad que interiormente no tenía, se lo conoció, y con rostro apacible la dijo: «No siente eso interiormente.» Á otra la entendió una tentación interior que tenía, y la escribió que llevaba camino seguro.

Un hombre rústico, tenido por santo, de muchos, no solamente del pueblo, sino también de letrados, la vino á dar cuenta de su espíritu: decía que Dios le hablaba y trataba mucho de cosas espirituales. Ella vió luego que aquel espíritu no era bueno, y así lo dijo á su confesor, pero que no lo decía por no desacreditarle. Y con disimulación procuró su remedio, enviándole á personas santas, que le ejercitasen en trabajo corporal y en la obediencia, pero él nunca asentó; y, desde á poco tiempo, se vió ser todo vanidad y locura. Algunas personas, sin haber falta en ellas, al parecer, las despedía de su orden, como vimos en el capítulo pasado, por entender que no eran para ella, y al contrario, á otras animaba que entrasen, y las quitaba los miedos que, para determinarse, se les ofrecían.

Una monja de otra religión, muy sierva de Dios, con muchas disciplinas y ayunos, vino á mucha flaqueza, y cada vez que comulgaba, ó había ocasión de nueva devoción, luego se caía en el suelo, y estaba ocho ó nueve horas, pareciendo á ella y á todas que estaba arrebatada. Andaba por todo el lugar la fama de los arrobamientos, porque eran muchos. La Madre entendió lo que era, y pesóla que se dijese aquello, porque entendió en lo que había de parar. Vínola á dar parte de esto el confesor de la monja; respondió la Madre que aquello no tenía arte de arrobamiento, sino que era perdimiento de tiempo, y venía de flaqueza, y la quitasen por algún tiempo las disciplinas y ayunos. Hízose así, y como fué cobrando fuerzas, no quedó rastro ninguno de arrobamiento (1).

Otro confesor vino á ella muy maravillado, diciendo que confesaba á una persona á quien nuestra Señora visitaba muchas veces, y se sentaba sobre su cama, y estaba hablándola más de una hora, y diciéndola cosas que estaban por venir, y otras muchas, y acertaba en algunas, y con esto tenía por cierto. La Madre entendió luego lo que era, aunque, por justos respetos que tuvo, no se lo declaró, sino díjole que se esperase á ver si salían verdaderas aquellas profecías, y que la preguntase otros efectos, y se informase bien de la vida que hacía (2). En fin, venido á entender, era todo desatino. De estas cosas, la acontecieron muchas, y remedió á muchas personas que iban muy engañadas.

(1) *Fundaciones*, cap. VI.

(2) *Ibíd.*

## CAPÍTULO XXVI

### En que se ponen unas relaciones que la Madre Teresa de Jesús escribió á unos confesores suyos

Parece que será bien dar fin á este libro con poner aquí una relación que la Madre escribió á un confesor, porque habla en ella clara y sencillamente, como persona á quien tenía en lugar de Dios, y dice lo que sentía, y por esta razón ayudará mucho para confirmar y declarar más lo que en este libro habemos dicho. Y aun cuando no hubiera otro provecho, sino que no se perdieran estas palabras de esta santa, fuera bien ponerlas, y creo me lo agradecerían los que esto leerán. Dice, pues, así (1):

1. «La manera de proceder en la oración que ahora tengo, es la presente. Pocas veces son las que, estando en la oración, puedo tener discurso de entendimiento, porque luego comienza á recogerse el alma, y estar en quietud ó arrobamiento, de tal manera, que ninguna cosa puedo usar de los sentidos, tanto, que si no es oír, y eso no para entender, otra cosa no aprovecha.»

2. «Acaece muchas veces (sin querer pensar en cosas de Dios, sino tratando de otras cosas, y pareciéndome que aunque mucho procurase tener oración, no lo podría hacer, por estar con grande sequedad, ayudando á esto los dolores corporales), darme tan de presto este recogimiento y levantamiento de espíritu, que no me puedo valer, y en un punto dejarse con los efectos y aprovechamientos que después trae, y esto sin haber tenido visión, ni entendido cosas, ni sabiendo dónde estoy, sino que pareciéndome se pierde el alma, la veo con ganancias; que, aunque en un año quisiera ganarlas yo, me parece no fuera posible, según quedo con ganancias.»

«Otras veces me dan unos ímpetus muy grandes, con un deshaci-

(1) Probablemente escribió esta relación en el monasterio de la Encarnación de Avila, hacia el fin de 1560, y es verosímil que iba dirigida á San Pedro de Alcántara. Otros creen que iba dirigida al P. Pedro Ibáñez, Dominicó.



miento por Dios, que no me puedo valer, parece se me va á acabar la vida, y así me hace dar voces y llamar á Dios, y esto con gran furor me da: algunas veces no puedo estar sentada, según me dan las bascas. Y esta pena me viene sin procurarla, y es tal, que el alma nunca querría salir de ella mientras viviese. Y son las ansias que tengo por no vivir, y parecer que se vive sin poderse remediar, pues el remedio para ver á Dios es la muerte, y ésta no puedo tomarla. Y con esto parece á mi alma que todos están consoladísimos, sino ella, y que todos hallan remedio para sus trabajos, sino ella. Es tanto lo que aprieta esto, que si el Señor no lo remediase con algún arrobamiento, donde todo se aplaca, y el alma queda con gran quietud y satisfecha, algunas veces con ver algo de lo que desea, otras con entender otras cosas, sin nada de esto, era imposible salir de aquella pena.»

3. «Otras veces me vienen unos deseos de servir á Dios, con unos ímpetus tan grandes, que no lo sé encarecer, y con una pena de ver de cuán poco provecho soy. Paréceme entonces que ningún trabajo ni cosa se me pondría delante, ni muerte, ni martirio, que no los pasase con facilidad. Esto es también sin consideración, sino en un punto que me revuelve toda, y no sé de dónde me viene tanto esfuerzo. Paréceme que querría dar voces, y dar á entender á todos lo que les va en no se contentar con cosas pocas, y cuánto bien hay que nos dará Dios en disponiéndonos nosotros. Digo que son estos deseos de manera, que me deshago entre mí; paréceme que quiero lo que no puedo. Paréceme me tiene atada este cuerpo, por no ser para servir á Dios en nada; y el estado, porque á no le tener, haría cosas muy señaladas en lo que mis fuerzas pueden: así, de verme sin ningún poder para servir á Dios, siento de manera esta pena que no la puedo encarecer. Acabo con regalo y recogimiento y consuelo de Dios.»

4. «Otras veces me ha acaecido, cuando me dan estas ansias por servirle, querer hacer penitencias, mas no puedo. Esto me aliviaria mucho, y alivia y alegra, aunque no son casi nada, por la flaqueza de mi cuerpo, aunque si me dejase con estos deseos, creo haría demasiado.»

5. «Algunas veces me da gran pena haber de tratar con nadie, y me affige tanto, que me hace llorar harto, porque toda mi ansia es por estar sola. Y aunque algunas veces no rezo ni leo, me consuela la soledad. Y la conversación, especial de parientes y deudos, me parece pesada y que estoy como vendida, salvo con los que trato cosas de oración y de alma, que con estos me consuelo y alegro, aunque algunas veces estos me hartan, y no querría verlos, sino irme adonde estuviese sola, aunque esto pocas veces, especialmente con los que trato mi conciencia, siempre me consuelan. Otras veces

me da gran pena haber de comer y dormir, y ver que yo más que nadie no lo puedo dejar; hágolo por servir á Dios, y así se lo ofrezco.»

6. «Todo el tiempo me parece breve, y que me falta para rezar, porque de estar sola nunca me cansaría. Siempre tengo deseo de tener tiempo para leer, porque á esto he sido muy aficionada. Leo muy poco, porque en tomando el libro me recojo en contentándome, y así se va la lección en oración, y es poco, porque tengo muchas ocupaciones, y aunque buenas, no me dan el contento que me daría esto, y así ando siempre deseando tiempo, y esto me hace serme todo desabrido (según creo), ver que no se hace lo que quiero y deseo.»

7. «Todos estos deseos, y más, de virtud, me ha dado Nuestro Señor, después que me dió esta oración quieta, con estos arrobamientos, y hállome tan mejorada, que me parece era antes una perdición.»

8. «Déjanme estos arrobamientos y visiones con las ganancias que aquí diré, y digo que si algún bien tengo, de aquí me ha venido.»

9. «Hame venido una determinación muy grande de no ofender á Dios, ni venialmente, que antes moriría mil muertes que tal hiciese, entendiendo que lo hago.»

10. «Determinación de que ninguna cosa que yo pensase ser más perfección, y que haría más servicio á Nuestro Señor, diciéndolo quien de mí tiene cuidado y me rije, que lo hiciese, sintiese cualquier cosa, que por ningún tesoro lo dejaría de hacer; y si lo contrario hiciese, me parece no tendría cara para pedir nada á Dios nuestro Señor, ni para tener oración, aunque en todo esto hago muchas faltas y imperfecciones.»

11. «Obediencia á quien me confiesa (1), aunque con imperfección: pero entendiendo yo que quiere una cosa, ó me la manda, según entiendo, no la dejaría de hacer: y si la dejase, pensaría andaba muy engañada.»

12. «Deseo de pobreza, aunque con imperfección: mas paréceme que aunque tuviese muchos tesoros, no tendría renta particular, ni dineros para mí sola, ni se me da nada: sólo querría tener lo necesario. Con todo, siento tengo harta falta en esta virtud, porque aunque para mí no lo deseo, querríalo tener para dar, aunque no deseo renta, ni cosa para mí.»

13. «Casi con todas las visiones que he tenido, me he quedado con aprovechamiento, si no es engaño del demonio. En esto remitome á mis confesores.»

14. «Cuando veo alguna cosa hermosa, rica, como agua, campos, flores, olores, músicas, etc., paréceme no lo querría ver ni oír; ¡tanta

(1) Era á la sazón su confesor ordinario el P. Baltasar Alvarez S. J.

es la diferencia de ello á lo que yo suelo ver! y así se me quita la gana de ellas. Y de aquí ha venido á dárseme tan poco por estas cosas, que si no es primer movimiento, otra cosa no me ha quedado de ello, y esto me parece basura.»

15. «Si hablo ó trato con algunas personas profanas, porque no puede ser menos, y aunque sea de cosas de oración, si mucho lo trato, aunque sea por pasatiempo, si no es necesaria, me estoy forzando porque me da gran pena.»

16. «Cosas de regocijo de que solía ser amiga, y de cosas del mundo, todo me da en rostro, y no lo puedo ver.»

17. «Estos deseos de amar y servir á Dios y verle, que he dicho que tengo, no son ayudados con consideración, como tenía antes, cuando me parecía que estaba muy devota y con muchas lágrimas; mas con una inflamación y fervor tan excesivo, que torno á decir, que si Dios no me remediase con algún arrobamiento (donde me parece queda el alma satisfecha), me parece sería para acabar presto la vida.»

18. «A los que veo más aprovechados y con estas determinaciones, y desasidos y animosos, los amo mucho, y con tales querría yo tratar, y parece que me ayudan.»

19. «Las personas que veo tímidas, que me parece á mí van atendiendo en las cosas, que conforme á razón acá se pueden hacer, parece que me congojan, y me hacen llamar á Dios y á los santos, que estas tales cosas que ahora nos espantan, acometieron. No porque yo sea para nada, pero porque me parece que ayuda Dios á los que por El se ponen á mucho, y que nunca falta á quien en El solo confía. Y querría hallar quien me ayudase á creerlo así, y no tener cuidado de lo que he de comer y vestir, sino dejarlo á Dios.» Aquí estaban añadidas de letra de la Madre estas palabras: «No se entiende que este dejar á Dios lo que he menester, es de manera que no lo procure, mas no con cuidado, (que me dé cuidado digo), y después que me ha dado esta libertad, vame bien con esto, y procuro olvidarme de mí cuanto puedo. Esto no me parece habrá un año que me lo ha dado Nuestro Señor.»

20. «Vanagloria, gloria á Dios, que yo entienda, no hay por qué la tener, porque veo claro, en estas cosas que Dios da, no poner nada de mí, antes me da Dios á sentir mis miserias, que con cuanto yo pudiera pensar, no pudiera ver tantas verdades como en un rato conozco.»

21. «Cuando hablo de estas cosas, de pocos días acá, pareceme son como de otra persona; antes me parecía algunas veces era afrenta que las supiesen de mí, mas ahora pareceme que no soy por esto mejor, sino más ruin, pues tan poco me aprovecho con tantas mercedes. Y cierto por todas partes me parece no ha habido otra peor en el mundo que yo. Y así las virtudes de los otros me parecen de harto

más merecimiento, y que yo no hago sino recibir mercedes, y que á los otros les ha de dar Dios por junto lo que aquí me quiere dar á mí, y suplicole no me quiera pagar en esta vida, y así creo que de flaca y ruin me ha llevado Dios por este camino.»

22. «Estando en oración, y aun casi siempre que yo pueda considerar un poco, aunque yo lo procurase, no puedo pedir descansos, ni desearlos de Dios, porque veo que no vivió El sino con trabajos, y éstos le suplico me dé, dándome primero gracia para sufrirlos.»

23. «Todas las cosas de esta suerte y de muy subida perfección, parece se me imprimen en la oración, tanto, que me espanto de ver tantas verdades y tan claras, que me parecen desatino las cosas del mundo, y así he menester cuidado para pensar cómo me había antes en las cosas del mundo, que me parece que sentir las muertes y trabajos de él, es desatino, á lo menos que dure mucho el dolor, ó el amor de los parientes, amigos, etc. Digo que ando con cuidado considerándome la que era y lo que solía sentir.»

24. «Si veo en algunas personas cosas que á la clara parecen pecados, no me puedo determinar que aquéllos hayan ofendido á Dios; y si algo me detengo en ello, que es poco ó nada, nunca me determinaba, aunque lo veía claro. Y parecíame que el cuidado que yo traigo de servir á Dios, traen todos. Y en esto me ha hecho gran merced, que nunca me detengo en cosa mala que se me acuerde después, y si se me acuerda, siempre veo otra virtud en la tal persona; así que nunca me fatigan estas cosas, sino es lo común, y las herejías, que muchas veces me afligen, y casi siempre que pienso en ellas me parece que sólo este trabajo es de sentir. Y también siento si veo algunos que trataban en oración y tornan atrás. Esto me da pena, mas no mucha, porque procuro no detenerme.»

25. «También me hallo mejorada en curiosidades que solía tener, aunque no del todo, que no me veo estar en esto siempre mortificada, aunque algunas veces sí.»

26. «Esto todo que he dicho, es lo ordinario que pasa en mi alma, según puedo entender, y muy continuo tener el pensamiento en Dios. Y aunque trate de otras cosas, sin querer yo, como digo, no entiendo quien me despierta, y esto no siempre, sino cuando trato algunas cosas de importancia. Y esto, gloria Dios, es á ratos el pensarlo, y no me ocupa siempre.»

27. «Viéneme algunos días, aunque no son muchas veces, y dura como tres ó cuatro ó cinco días, que me parece que todas las cosas buenas y fervores y visiones se me quitan, y aun de la memoria, que aunque quiera, no sé qué cosa buena haya habido en mí, todo me parece un sueño, á lo menos no me puedo acordar de nada, apriétanme los males corporales en junto, túrbaseme el entendimiento, que ninguna cosa de Dios puede pensar, ni sé en qué ley vivo. Si leo no

lo entiendo, paréceme estoy llena de faltas, sin ningún ánimo para la virtud. Y el grande ánimo que suelo tener, queda en esto, que me parece, á la menor tentación y murmuración del mundo, no podría resistir. Ofréceseme entonces que no soy para nada, que quién me mete más de en lo común: tengo tristeza, paréceme tengo engañados á todos los que tienen algún crédito de mí, querríame esconder donde nadie me viese, no soledad para virtud, sino de pusilanimidad. Paréceme querría reñir con todos los que me contradijesen; traigo esta batería, salvo que me hace Dios esta merced que no le ofendo más que suelo, ni le pido me quite esto, mas que si es su voluntad que esté así siempre, que me tenga de su mano, para que no le ofenda, y confórmome con El de todo corazón, y creo que el no me tener siempre así, es merced grandísima que me hace.»

28. «Una cosa me espanta, que estando de esta suerte, una sola palabra de las que suelo entender, ó una visión ó un poco de recogimiento, que dure un Ave María, ó en llegándome á comulgar, queda el alma y el cuerpo quieto; tan sano y tan claro el entendimiento, con toda la fortaleza y deseos que suelo; y tengo experiencia de esto, que son muchas veces, á lo menos cuando comulgo, ha más de medio año, que notablemente siento clara salud corporal, y con los arrobamientos algunas veces, y dúrame más de tres horas algunas veces, y otras todo el día estoy con gran mejoría: y á mí parecer no es antojo, porque lo he echado de ver, y he tenido cuenta de ello. Así que, cuando tengo este recogimiento, no tengo miedo á ninguna enfermedad; verdad es que cuando tengo la oración como solía antes, no tengo esta mejoría.»

29. «Todas estas cosas que he dicho me hacen á mí creer que estas cosas son de Dios; porque como conozco quien yo era, que llevaba camino de perderme, y en poco tiempo, con estas cosas, es cierto que mi alma se espantaba sin entender por dónde me venían estas virtudes, no me conocía, y veía ser cosa dada, y no ganada por trabajo. Entiendo con toda verdad y claridad, y sé que no me engaño, que no sólo ha sido medio para traerme Dios á su servicio, pero para sacarme del infierno, lo cual saben mis confesores á quien me he confesado generalmente.»

30. «También cuando veo alguna persona que sabe alguna cosa de mí, le querría dar á entender mi vida, porque me parece ser honra mía que Nuestro Señor sea alabado, y ninguna cosa se me da por lo demás, esto sabe El bien, ó yo estoy muy ciega, que ni honra ni vida ni gloria ni bien ninguno, en cuerpo ni en alma, hay que me detenga, ni quiera ni desee mi provecho, sino su gloria. No puedo yo creer que el demonio ha buscado tantos bienes para ganar mi alma por después perderla, que no lo tengo por tan necio. Ni puedo creer de Dios, que ya que por mis pecados mereciese andar engañada, haya

dejado tantas oraciones de tan buenos, como dos años ha se hacen, que yo no hago otra cosa sino rogarlo á todos, para que el Señor me dé á conocer si es esto su gloria, ó me lleve por otro camino. No creo permitiera su Divina Majestad que siempre fuesen adelante estas cosas, si no fueran tuyas. Estas cosas y razones de tantos santos me esfuerzan cuando traigo estos temores, de si no es de Dios, siendo yo tan ruin. Mas cuando estoy en oración, y los días que ando quieta, y el pensamiento en Dios, aunque se junten cuantos letrados y santos hay en el mundo, y me diesen todos los tormentos imaginables, y yo quisiese creerlo, no me podrían hacer creer que esto es demonio, porque no puedo. Y cuando me quisieron poner en que lo creyese, temía, viendo quien lo decía, y pensaba que ellos debían de decir verdad, y que yo, siendo la que era, debía de estar engañada. Mas á la primera palabra ó recogimiento ó visión, era deshecho todo lo que me habían dicho, yo no podía más, y creía que era Dios.»

31. «Aunque puedo pensar que podría mezclarse alguna vez demonio, y esto es así, como lo he dicho y visto, mas trae diferentes efectos. Y quien tiene experiencia no le engañará, á mi parecer.»

32. «Con todo esto digo, que aunque creo que es Dios ciertamente, yo no haría cosa alguna, si no le pareciese á quien tiene cargo de mí, que es más servicio de Nuestro Señor, por ninguna cosa: y nunca he entendido sino que obedezca, y que no calle nada, que esto me conviene. Soy muy ordinario reprendida de mis faltas, y de manera que llega á las entrañas; y avisos cuando hay ó puede haber algún peligro en cosa que trato, que me han hecho harto provecho, trayéndome los pecados pasados á la memoria muchas veces, que me lastima harto.»

33. «Mucho me he alargado, mas es así cierto que en los bienes que me veo cuando salgo de oración, me parece quedo corta; después con muchas imperfecciones, y sin provecho, y harto ruin. Y por ventura las cosas buenas no las entiendo, mas que me engaño: empero la diferencia de mi vida es notoria, y me lo hace pensar. En todo lo dicho, digo lo que me parece que es verdad haber sentido. Estas son las perfecciones que siento haber el Señor obrado en mí, tan ruin, y imperfecta. Todo lo remito al juicio de vuesa merced, pues sabe toda mi alma.»

Esta relación estaba escrita de mano ajena, aunque después, como veremos, la misma Madre dice que está como ella la escribió. Lo que se sigue todo estaba de su misma mano, y dice así:



SEGUNDA RELACIÓN (1)

35. «Paréceme ha más de un año que escribí esto que aquí está. Hame tenido Dios de su mano en todo él, que no he andado peor, antes veo mucha mejoría en lo que diré: sea alabado por todo.»

36. «Las visiones y revelaciones no han cesado, mas son más subidas mucho. Hame enseñado el Señor un modo de oración, que me hallo en él más aprovechada, y con muy mayor desasimiento en las cosas de esta vida, y con más ánimo y libertad. Los arrobamientos han crecido, porque á veces es con un ímpetu, y de suerte que sin poderme valer exteriormente, se me conoce; y aun estando en compañía, porque es de manera que no se puede disimular, sino es con dar á entender, como soy enferma del corazón, que es algún desmayo: aunque traigo gran cuidado de resistir al principio, algunas veces no puedo.»

37. «En lo de la pobreza me parece ha hecho Dios mucha merced, porque aun lo necesario no querría tener, si no fuese de limosna, y así deseo en extremo estar donde no se coma de otra cosa. Paréceme á mí que estar donde estoy cierta que no me ha de faltar de comer y de vestir, que no se cumple con tanta perfección el voto ni el consejo de Cristo, como donde no hay renta, que alguna vez faltará. Y los bienes que con la verdadera pobreza se ganan, parécenme muchos, y no los quisiera perder. Hállome con una fe tan grande, muchas veces, en parecerme no puede faltar Dios á quien le sirve, y no teniendo ninguna duda que hay, ni ha de haber ningún tiempo en que falten sus palabras, que no puedo persuadirme á otra cosa, ni puedo temer, y así siento mucho cuando me aconsejan tenga renta, y tórnome á Dios.»

38. «Paréceme tengo mucha más piedad de los pobres, que solía, teniendo yo una lástima grande y deseo de remediarlos, que si mirase á mi voluntad, les daría lo que traigo vestido. Ningún asco tengo de ellos, aunque los trate y llegue á las manos, y esto veo es ahora don de Dios, que aunque por amor de El hacía limosna, piedad natural no la tenía. Bien conocida mejoría siento en esto.»

39. «En cosas que dicen de mí, de murmuración, que son hartas, y en mi perjuicio, y hartos, también me siento mejorada, no parece me hace casi impresión más que á un bobo, y paréceme algunas veces tienen razón, y casi siempre. Siéntolo tan poco, que aun no me parece tengo que ofrecer á Dios, como tengo experiencia que gana mi alma mucho, antes me parece me hacen bien: y así ninguna ene-

(1) No se sabe á quién iba dirigida esta segunda relación ni dónde la escribió. Se conjetura que la escribiría cuando estaba en el palacio de Doña Luisa de la Cerda, en Toledo. Enero-Julio de 1562.

mistad me queda con ellos, en llegándome la primera vez á la oración; que luego que lo oigo, un poco de contradicción me hace, no con inquietud y alteración; antes como veo algunas veces otras personas, me han lástima: es así que entre mí me río, porque parecen todos los agravios de tan poco tomo, los de esta vida, que no hay que sentir, porque me figuro andar en un sueño, y veo que en despertando será todo nada.»

40. «Dame Dios más vivos deseos, más gana de soledad y muy mayor desasimiento como he dicho, con visiones, que se me ha hecho entender lo que es todo, aunque deje cuantos amigos y amigas y deudos, que esto es lo de menos, antes me cansan muchos parientes: como sea por un tantito de servir más á Dios, los dejo con toda la libertad y contento, y así en cada parte hallo paz.»

41. «Algunas cosas que en oración he sido aconsejada, me han salido muy verdaderas. Así que, de parte de hacerme Dios merced, hállome muy más mejorada: de servirle yo de mi parte, harto más ruin; porque el regalo he tenido más que se ha ofrecido, aunque hartas veces me da harta pena. La penitencia es muy poca, la honra que me hacen, mucha; bien contra mi voluntad, hartas veces. Mas en fin, me veo con vida regalada, y no penitente. Dios lo remedie como puede.»

Aquí estaba echada una raya como esta, y luego dice (1):

---

42. «Esto que está aquí de mi letra, ha nueve meses poco más ó menos que lo escribí. Después acá, no tornando atrás de las mercedes que Dios me ha hecho, me parece he recibido de nuevo, á lo que entiendo, mucha mayor libertad. Hasta ahora parecíame había menester á otros, y tenía más confianza en ayudas del mundo, ahora entiendo claro ser todos unos palillos de romero seco, y que asiéndose á ellos no hay seguridad, que en habiendo algún peso de contradicciones ó murmuraciones, se quiebran. Y así tengo experiencia que el verdadero remedio para no caer, es asirnos á la cruz, y confiar en el que en ella se puso: hállole amigo verdadero, hállome con esto con un señorío, que me parece podría resistir á todo el mundo que fuese contra mí, con no me faltar Dios.»

43. «Entendiendo esta verdad tan clara, solía ser muy amiga de que me quisiesen bien: ya no se me da nada, antes me parece en parte me cansa, salvo con los que trato mi alma ó yo pienso aprovechar; que los unos porque me sufran, y los otros porque con más afición crean lo que les digo de la vanidad que es todo, querría me la tuviesen.»

44. «En muy grandes trabajos y persecuciones y contradicciones que he tenido estos meses, hame dado Dios gran ánimo, y cuando

(1) Escrito al parecer en el monasterio de S. José de Avila, á fines de 1563.

mayores, mayor, sin cansarme en padecer. Y con las personas que decían mal de mí, no sólo no estaba mal con ellas, sino que me parece las cobraba amor de nuevo, no sé cómo era esto, bien dado de la mano del Señor.»

45. «De mi natural suelo, cuando deseo una cosa, ser impetuosa en defenderla, ahora van mis deseos con tanta quietud, que cuando los veo cumplidos aun no entiendo si me huelgo; que pesar y placer, sino es en cosas de oración, todo va templado, que parezco boba, y como tal ando algunos días.»

46. «Los ímpetus que me dan algunas veces, y han dado, de hacer penitencias, son grandes, y si alguna hago, siéntola tan poco con aquel gran deseo, que alguna vez me parece, y siempre casi, que es regalo particular, aunque hago poca por ser muy enferma.»

47. «Es grandísima pena para mí muchas veces, y ahora más excesiva, el haber de comer, en especial si estoy en oración: debe ser grande, porque me hace llorar mucho, y decir palabras de aflicción casi sin sentirme; lo que yo no suelo hacer: por grandísimos trabajos que yo he tenido en esta vida, no me acuerdo haberlas dicho, que no soy nada mujer en estas cosas, que tengo recio corazón.»

«Deseo grandísimo, más que suelo, siento en mí, que tenga Dios personas que con todo desasimiento le sirvan, y que en nada de lo de acá se detengan, como veo es todo burla; en especial letrados, que como veo las grandes necesidades de la Iglesia (que estas me afligen tanto, que me parece cosa de burla tener por otra cosa pena), y así no hago sino encomendarlos á Dios, porque veo yo que haría más provecho una persona del todo perfecta, con hervor verdadero de amor de Dios, que muchas con tibieza.»

48. «En cosas de la fe me hallo, á mi parecer, con muy mayor fortaleza, paréceme á mí, que contra todos los luteranos me pondría yo sola á hacerles entender su yerro: siento mucho la perdición de tantas almas.»

«Veo muchas aprovechadas, que conozco claro ha querido Dios que sea por mis medios, y conozco que por su bondad va en crecimiento mi alma, en amarle cada día más.»

«Paréceme que aunque con estudio quisiese tener vanagloria, que no podría, ni veo cómo pudiese pensar que ninguna de estas virtudes es mía, porque ha poco me vi sin ninguna, muchos años, y ahora de mi parte no hago más de recibir mercedes sin servir, sino como la cosa más sin provecho del mundo. Y es así, que considero algunas veces cómo todas aprovechan, sino yo, que para ninguna cosa valgo. Esto no es, cierto, humildad, sino verdad, y conocerme tan sin provecho me trae con temores, algunas veces, de pensar no sea engañada. Así que veo claro que de estas revelaciones y arrobamientos (que yo ninguna parte soy ni hago para ello más que una tabla) me vienen

estas ganancias; esto me hace asegurar y traer más sosiego, y póngome en los brazos de Dios, y fío de mis deseos, que éstos cierto entiendo son morir por El, y perder todo el descanso, y venga lo que viniere.»

49. «Viéntenme días que me acuerdo infinitas veces de lo que dice San Pablo (aunque á buen seguro que no sea así en mí), que ni me parece vivo yo, ni hablo ni tengo querer, sino que está en mí quien me gobierna y da fuerza, y ando como casi fuera de mí, y así me es grandísima pena la vida. Y la mayor cosa que yo ofrezco á Dios, por gran servicio, es cómo siéndome tan penoso estar apartada de El, por su amor quiero vivir. Esto querría yo fuese con grandes trabajos y persecuciones, ya que yo no soy para aprovechar, querría ser para sufrir. Y cuantos hay en el mundo pasaría por un tantito de más mérito, digo en cumplir más su voluntad. Ninguna cosa he tenido en la oración, aunque sea de hartos años antes, que no la haya visto cumplida. Son tantas las que veo, y lo que entiendo de las grandezas de Dios, y cómo las ha guiado, que casi ninguna vez comienzo á pensar en ello, que no me falte el entendimiento, como quien ve cosas que van muy adelante de lo que puede entender, y quedo en recogimiento. Guárdame tanto Dios en ofenderle, que cierto algunas veces me espanto que me parece veo el gran cuidado que trae de mí, sin poner yo en ello casi nada, siendo un piélagó de pecados y de maldades, antes de estas cosas, y sin parecerme era señora de mí para dejarlas de hacer. Y para lo que yo querría se supiesen, es para que se entienda el gran poder de Dios. Sea alabado por siempre jamás. Amén.»

Acabado esto comienza poniendo primero Jesús, como ella lo hacía siempre que escribía, de esta manera.

### IHS

«Esta relación, que no es de mi letra, que va al principio, es que la dí yo á mi confesor (1), y él sin quitar ni poner cosa, la sacó de la suya. Era muy espiritual y teólogo, con quien trataba todas las cosas de mi alma, y él las trató con otros letrados; y entre ellos fué el Padre Mancio (2). Ninguna han hallado que no sea muy conforme á la Sagrada Escritura. Esto me hace estar muy sosegada, aunque entiendo he menester, mientras Dios me llevare por este camino, no fiar de mí en nada, y así lo he hecho siempre, aunque siento mucho. Mire V. m. que todo esto va debajo de confesión, como lo supliqué á V. m.»

(1) Probablemente el P. Pedro Ibáñez, dominico.

(2) De la Orden de Santo Domingo; entró y profesó en el convento de San Esteban de Salamanca, estudió en la Universidad de la Sorbona y después fué catedrático de Prima en la de Alcalá, por espacio de 16 años, y 11 en la de Salamanca.

Hasta aquí son las palabras de la Madre Teresa de Jesús, y aunque me he cansado algo en trasladarlas, heme en extremo consolado de ponerlas, porque me parece que en ellas se dice más que en cuanto yo he dicho, y que cuando este libro no tuviera otra cosa más, por ellas merecía ser sufrido y leído. Hase de notar en ellas una cosa, que todo esto pasó sin duda ninguna estando ella en la Encarnación, antes que comenzase á fundar los Monasterios, y aun lo de la primera relación, que es la que estaba de mano ajena, era bien al principio de su conversión: quiero decir, de cuando con todas veras se dió á Dios, y El la comenzó á hacer las mercedes sobrenaturales, dos años después, como se ve claramente de los números 7, 30, 32, 48, por no lo tornar á repetir.

La segunda relación escribió más de un año después, la otra de allí á nueve meses, como por el principio de ellas parece. Y por estas se ve en aquel poco tiempo á cuanta perfección había llegado, que es cosa que espanta. Pues quien estaba en este puesto á sus principios, ¿adónde llegaría en tantos años como después vivió, con tantas mercedes de Dios, con tantas penitencias y trabajos, con tantos Monasterios fundados, con tantas almas ganadas, con tanta oración y mortificación, con tan incomparable riqueza de buenas obras como después adquirió? Si los principios fueron tales que sobrepujan á los fines de personas muy perfectas, que parece se ve aquí cumplido el proverbio ó dicho común, que andaba, siendo mancebo Quintiliano; «que las fuentes de los grandes ríos se pueden navegar,» ¿cuál será la gloria que tiene en el cielo, pues para merecerla después de todo aquello fué menester tanta más perfección, que se ganó con tanto cuidado y trabajo en tantos años? Y si alguno en sus hijas viere grandes virtudes y cosas sobrenaturales, entienda que ni deben ni pueden ser comparadas con su Madre, porque están muy lejos de llegar á lo que ella llegó, y que á todas juntas las hace mucha más ventaja que una Madre muy cuerda y muy bien dispuesta, hace á unas niñas de pocos años, en la cordura y entendimiento y en la estatura del cuerpo. Esto creo yo confesarán de corazón todas ellas, porque las tengo por humildes; y si alguna lo negase, ésa sería la que mejor lo había de confesar, y de quien menos caso se había de hacer, y más fuera iba de esta cuenta, por estar tan falta, ó de entendimiento, ó de humildad. Otra cosa considero también aquí, el cuidado que tuvo la Madre de que estas relaciones estuviesen muy secretas, y el que ha tenido Nuestro Señor de que salgan á luz, y hayan venido á mis manos, á cabo de tantos años, que la letra estaba ya en algunas partes trabajosa de leer, por haber tanto que se escribió. Alabada sea su grandeza para siempre, que así honra á los que por El dejan la honra.

---





# LIBRO QUINTO

DE LA

## VIDA DE LA MADRE TERESA DE JESÚS

---

### PRÓLOGO

Tanto había que decir de las admirables virtudes de la Madre Teresa de Jesús, que hubo, de necesidad, de ser muy largo el libro pasado: y era menester pulir tanto y perfeccionar este retrato que me puse á pintar, para que llegase al natural (ó, por mejor decir, le representase razonablemente), que con haberme detenido harto más que en los otros libros, no me he detenido mucho. Con todo eso, no me atrevo á decir que le he sacado como era razón: lo uno por no saberlo yo hacer, y lo otro porque la Santa guardó su secreto para sí; y encubrió cuanto pudo los favores que Dios la hizo, y lo mucho que, ayudada de su gracia, trabajó. Y de lo que no se pudo encubrir hase olvidado buena parte; y lo que ha quedado, he yo con todo cuidado recogido, para que por la injuria del tiempo no se viniese del todo á olvidar. Así que, ruego á los que esto leyeren, que no juzguen de las virtudes de la Madre Teresa de Jesús, conforme á lo poco que yo he sabido decir, sino entiendan que hubo mucho más; y que por ventura, lo más alto y que más admiración pusiera, queda por decir. La guardación de este retrato me falta poner, que son los milagros y grandezas con que Dios le ha hermosado y dado mucho lustre, particularmente para los ojos de aquellos que no se pueden persuadir que haya muy gran santidad, si no fuere manifestada y confirmada con

milagros. Y aun para todos aprovechan los milagros, porque, como dice San Gregorio, como la vida del alma que está en el cuerpo se conoce por el movimiento de los miembros, así la vida del alma, salida del cuerpo, se conoce por la virtud de los milagros.

Esto comenzaré luego, porque habiendo de ser el libro pequeño, no conviene que sea el prólogo grande; pero tengo de rogar primero á los que leyeren esta historia (que, quitando las faltas que de mí tiene, por lo demás merece ser de todo el mundo leída y estimada, por las maravillosas obras de Dios que en ella resplandecen), que no se contenten con espantarse de tan altas virtudes y tan diversas, sino que también, con la gracia de Dios, se den á imitarlas; que por eso me he detenido en ellas, y he puesto los avisos que acerca de ellas daba la Madre. Y aunque á todos convenga esto, porque todos hallarán mucho que imitar, de cualquier estado que sean, más conviene á las personas religiosas, y especialmente á las de la misma Orden; pues Dios las quiso poner delante de sus ojos un dechado tan acabado de la vida religiosa, y las mostró por aquí cómo se camina á la perfección con alegría, y cómo se alcanza sin mucho trabajo, y el consuelo y frutos admirables, que se gozan después de haberla alcanzado. Por ésta razón he tenido cuenta con desviarme algo del común estilo de los que escriben vidas de santos, porque á los más de ellos se les va, lo más de la vida, en contar los milagros; y con tener tanto que decir en eso, más cuidado he tenido en describir sus virtudes, porque los milagros no se pueden imitar, y las virtudes sí; y pareciéndonos á los santos en las virtudes, nos podríamos fácilmente parecer á ellos en los milagros; y cuando éstos faltasen, no nos faltaría la gloria que ellos tienen en el cielo, si perfectamente acá los imitamos.

---

## CAPÍTULO PRIMERO

### **De cómo á cabo de algún tiempo fué hallado entero y sin corrupción el cuerpo de la Madre Teresa de Jesús, y cómo fué llevado á San José de Avila**

Al fin del libro tercero dijimos de la manera que aquel santo cuerpo, por quien el Espíritu Santo tantas maravillas obró en su vida, había sido depositado en el Monasterio de las Descalzas de Alba, en el mismo lugar donde la Santa Madre había dicho que se había de guardar el depósito, y así se vino á cumplir en el de su santo cuerpo. Ahora volvamos á él, que si en vida hizo Dios grandes maravillas por su sierva, como ya habemos contado, no hizo menos después de su muerte. Aquel año primero venían las monjas á visitar el cuerpo de su Madre, y si acontecía alguna dormirse cabe él, oía algunas veces un ruido que la despertaba para hacer oración. Sentían muchas veces gran olor que salía de él, con estar debajo de tanta piedra y cal, y particularmente se sentía este olor los días de los santos con quien ella había tenido particular devoción; y en fin, en el sepulcro era el olor casi ordinario. Este era muy suave, y no siempre de una manera: unas veces como de azucenas, otras como de jazmines y violetas, otras no sabían á qué le comparar.

Ponía esto á las religiosas mucho deseo de ver el cuerpo, porque no parecía posible estar corrupto, echando de sí tan suave olor, y éste sentían también personas de fuera; y llegando allí el Padre Maestro Fray Jerónimo Gracián, Provincial, dijéronle lo que pasaba, y rogáronle que se viese aquel Santo cuerpo. Parecióle bien al Padre, y comienzan á quitar las piedras con mucho secreto; pero eran tantas, que estuvieron él y su compañero cuatro días en quitarlas. Algunas de estas piedras echaron sobre unas pajas, y hartos días después, en fundando con ellas un jergón para una novicia que se había recibido, sintió la hermana que le enfundaba un suave olor en las pajas, y ma-

ravillándose mucho, y deseando saber de dónde venía, halló que le habían tomado las pajas de las piedras del sepulcro que cayeron acaso sobre ellas.

Abrieron el ataúd á 4 de Julio de 1583, nueve meses después del entierro, y halláronle quebrado por encima y medio podrido y lleno de moho, con mucho olor, de la mucha humedad que tenía; porque para poner las piedras, habían echado primero cal sobre él, y aquella humedad pasó abajo. Los vestidos también estaban podridos, y oliendo á humedad. El Santo cuerpo estaba lleno de la tierra que había entrado por el ataúd, y también lleno de moho, pero sano y entero como si entonces le acabaran de enterrar; porque como Nuestro Señor en la vida le guardó enteramente de toda deshonestidad, con perfectísima virginidad, así después de la muerte le guardó de toda corrupción, y no quiso que tocasen los gusanos al que los ardores de la deshonestidad habían perdonado. Quitáronle casi todos los vestidos (porque se había enterrado con todos sus hábitos), y laváronle, y quitaron aquella tierra, y era grande y maravilloso el olor que se derramó por toda la casa, y duró algunos días en ella. De la tierra que he dicho tuve yo alguna poca que me dieron, y tenía un muy lindo olor, que nadie podía decir á qué olor se parecía; díjome á mí un Padre de la Compañía, mostrándosela yo, que tenían en el colegio de Avila, donde él estaba, una reliquia buena del mártir San Lorenzo, que tenía el mismo olor. Pero el del cuerpo es grande y fuerte, y tan nuevo que nadie ha visto olor semejante.

Con esto, la pusieron otros vestidos nuevos y la envolvieron en una sábana y la pusieron en una arca, en el mismo lugar donde antes estaba, que ven ahora todos los que entran en la Iglesia, porque está abierta y descubierta. Pero antes de hacerse esto, la quitó la mano izquierda el Padre Provincial, y él mismo la llevó después á Lisboa, y la puso en el Monasterio de las Descalzas, que poco antes allí se había fundado. Quedóse, pues, allí el Santo cuerpo con mucho consuelo de las monjas, y tenífanle puesto lo mejor que podían, y visitábanle con mucha devoción. Después de esto, los Padres Descalzos hicieron Capítulo en Pastrana, por Octubre del año de 1585, y el día de San Lucas, que es á diez y ocho, determinaron que el Santo cuerpo se sacase secretamente de Alba y se llevase á San José de Avila, donde la Madre había comenzado, y de donde era Priora cuando murió. Movíales también á esto que el Obispo de Palencia Don Alvaro de Mendoza, había tratado con ellos de hacer la capilla mayor del mismo Monasterio, y en ella, en el mejor lugar, hacer un sepulcro para la Madre y después otro para sí, por la devoción que la tenía; no queriendo, aun en la muerte, apartarse de ella, y así se le concedió. Dan el cargo de esto al Padre Fray Gregorio Nacianceno, Vicario provincial de Castilla; ordenándole que para consuelo de las monjas de

Alba les dejase allí un brazo; y hácese la patente para que le den el cuerpo, y firmase el mismo día, como á las siete y media de la noche.

Cosa fué maravillosa, pero muy cierta, y que quien quisiere, la puede saber de las monjas de Alba, que aquella misma hora, estando todas en recreación tratando de las cosas que pensaban que se tratarían en el Capítulo, oyeron dar tres golpes juntos recios cerca de sí, y esto por dos veces; y pensaron que era en el torno de la sacristía, y temieron que alguno se había quedado allí. De allí á un poco, haciendo la portera la diligencia que podía, para ver si había quedado alguna persona en la Iglesia, oyó otros golpes de la misma manera, y dijo la Priora: No se nos dé nada, que el demonio nos debe querer turbar. Y otra monja dijo, que sin duda aquel ruido era en el arca donde estaba el Santo cuerpo, que estaba cerca del torno ya dicho, y era así; pero no sabían qué fuese aquello, hasta que después, contándolo al Padre Fray Gregorio, dijo que á aquella misma hora se estaba firmando la patente para sacarle de allí, y entendieron que había sido como aviso ó despedida de la Santa Madre, que las quería dejar. Y así fué, porque luego por Noviembre vino el Padre Fray Gregorio á Alba, y la víspera de Santa Catalina, que es á veinte y cuatro del mismo mes, hizo que las monjas se subiesen al coro alto á decir maitines, y quedóse en el bajo con la Priora y con otras dos ó tres de las más antiguas, y notificólas la patente y mandato que traía del Capítulo, y con mucho secreto y presteza sacaron el cuerpo, que estaba tan entero como al principio, y con el mismo olor que habemos dicho, aunque algo más enjuto, pero los vestidos estaban casi podridos.

Dos milagros, á mi juicio, manifiestos, se vieron aquí entonces, fuera del principal de la incorrupción de aquel purísimo y virginal cuerpo. El uno fué, que, como á la Madre la saltó sangre cuando murió, la pusieron un manteico pequeño de estameña blanca nueva, y éste se hinchó de sangre, y hallaron entonces, á cabo de tres años y dos meses, la sangre en él, con un excelente olor, y de manera que, poniendo alguna parte de aquel manteico entre lienzo, le iba tiñendo poco á poco, y quedaba colorado. Yo ví parte de este paño, y he visto otros muchos que se han teñido con él, sin mojarle ni hacer cosa ninguna, más de tenerlos algún día con él; y es cosa maravillosa, ver un olor tan lindo en aquella sangre. El otro fué, que, como se sacó el cuerpo, el Padre Fray Gregorio Nacianceno, harto contra su voluntad, porque me decía que era aquel el mayor sacrificio que había hecho á Nuestro Señor de sí, por cumplir su obediencia, sacó un cuchillo, que traía colgado de la cinta, para cortar el brazo que había de dejar en el Monasterio de Alba, y púsole debajo del brazo izquierdo, aquel de donde faltaba la mano, y el que se le mancó, cuando el demonio la derribó de la escalera. Fué cosa maravillosa, que sin poner fuerza más que si cortara un melón ó un poco de queso fresco, como

él decía, partió el brazo por sus coyunturas, como si buen rato estuviera mirando para acertarlas. Y quedó el cuerpo á una parte, y el brazo á otra.

Y luego tomó el santo cuerpo, envuelto en una sábana, y se fué con él á la portería. En esto, como salía tan gran olor, las monjas arriba en el coro sospecharon que las llevaban su tesoro, y fueron, por el rastro del olor, á la portería; pero ya el Padre Fray Gregorio había salido, y la puerta estaba cerrada; y así se hubieron de volver harto tristes, quedándose solamente con el brazo y con una parte del paño de la sangre. El Padre, luego sin detenerse, aquella misma noche se partió para Avila, y fué allí el cuerpo, muy alegremente recibido, y puesto muy decentemente donde todas las monjas le gozasen y se alegrasen con él. Tuviéronle al principio en el Capitulo, en unas andas, con sus cortinas muy bien puestas; después hicieron un cofre largo, á manera de tumba, aforrado por dentro de tafetán negro, con pasamanos de plata y seda, y por de fuera, de terciopelo negro, con pasamanos de oro y seda, y la clavazón dorada, como lo son también las cerraduras y llaves y aldabas y dos escudos de oro y de plata, uno de la Orden, otro del santísimo nombre de Jesús. Y encima de esta tumba, un letrero de tela de oro bordado, que dice: «La Madre Teresa de Jesús», ésta vi yo, y aunque no estaba allí el cuerpo, se tenía todavía el olor.

---



## CAPÍTULO II

### De cómo se comenzó á publicar el milagro del santo cuerpo, y cómo fué vuelto á Alba

Procurábase en este tiempo mucho secreto, así en lo del milagro del santo cuerpo, como en haberle traído á Avila, porque por entonces parecía convenir así; pero á algunos de los que lo sabían, les parecía que era razón que entrásen médicos y teólogos, para que le viesen, y juzgasen si podía ser cosa natural, ó si era milagrosa, y se tomase por testimonio. Y para esto pidieron á la Madre María de San Jerónimo, Priora de aquella casa, una relación de todo lo que había pasado; pero ella no la dió, hasta tener licencia de su superior, á quien pareció muy bien lo que se quería hacer; y ésta vino, víspera de año nuevo, en la tarde. Y porque quería Nuestro Señor que esto se abreviase, y se comenzasen á descubrir sus grandezas, á la misma hora llegan á Avila el Padre Fray Diego de Yepes (1), Prior que era entonces de San Jerónimo de Madrid, y el licenciado Laguna, oidor del Consejo Real, y don Francisco de Contreras, oidor que es ahora de Granada, que, con mucho frío y trabajo, venían de Madrid, sólo á ver esta maravilla de Dios. Fuéronse á apearse en casa del Obispo don Pedro Fernández de Temiño, y declaráronle el secreto, y el tesoro que en su ciudad tenía. El se informó enteramente del tesorero don Juan Carrillo, que lo sabía bien, y luego envió á decir á la Priora que irían allá todos el día siguiente á las nueve. Luego al día siguiente, que era día de la Circuncisión, principio del año de 1586, á las nueve fué el Obispo con los oidores y dos médicos y otras personas, que

(1) Hábase el P. Yepes procurado letras comendaticias del P. Nicolás Doría, Provincial de los Descalzos para que se le permitiere, á él y á sus compañeros, observar el santo cuerpo. Discrepa algún tanto del P. Ribera en el designar los cargos que aquéllos ejercían: pues al Licenciado Pablo de Laguna (que más tarde fué Obispo de Córdoba) le llama él, Presidente del Consejo de Indias, y á Francisco de Contreras, Oidor del Consejo Real. Por lo demás, en el Proceso de Canonización, aparecen, estos dos señores, con los cargos que les asigna Yepes.

por todas serían como veinte, y entraron por el santo cuerpo el Padre Fray Diego de Yepes, y Julián de Avila, clérigo, y los dos médicos, y sacáronle á la portería, y pusieronle sobre una alfombra, cerrada la puerta de la calle; y teniendo casi todos hachas encendidas, se descubrió el cuerpo, teniendo el Obispo descubierta la cabeza y todos los que estaban con él, y puestos todos de rodillas le miraron con grande admiración y con hartas lágrimas.

Los médicos le miraron con mucha curiosidad, y se resolvieron en que era imposible ser aquello cosa natural, sino verdaderamente milagrosa, como después, á la tarde, lo tornaron á decir al Obispo, trayendo para ello algunas razones. Pero la cosa estaba tan clara, que eran menester pocas. Porque un cuerpo que nunca jamás se abrió, ni le echaron bálsamo, ni la menor cosa del mundo, estar, á cabo de tres años y tres meses, tan entero que no le faltase nada, y con un olor tan admirable, ¿quién podía dejar de entender ser obra de la mano derecha de Dios, y sobre toda virtud natural? No menos se espantaron de ver el paño teñido en sangre tan fresca y tan olorosa. El Obispo decía á las monjas que era grande el tesoro que tenían, y que no tenían más que desear en esta vida, y encomendó mucho que le tuviesen con gran decencia, y no se tornasen á servir de la alfombra que se había puesto para él. Después de esto puso descomunión para que no publicasen lo que habían visto, pero ellos andaban diciendo: ¡Oh! que habemos visto grandes maravillas; y estaban tan ganosos de decirlo, que en fin, el Obispo hubo de alzar la descomunión, y se publicó por toda la ciudad.

De esta manera andaban las cosas en Avila; pero en Alba andaban muy de otra, porque cuando se sacó el cuerpo de allí, el duque, don Antonio de Toledo, no era venido de Navarra, y el Prior de san Juan, don Hernando de Toledo, su tío, también estaba ausente; y cuando lo supo, tomó grande enojo, así por ser él muy devoto de la santa Madre, como por entender el tesoro que aquella villa había perdido; y parecióle que el agravio se había hecho no tanto al duque como á él, á cuyo cargo estaban todas las cosas del duque. Después vino al Monasterio, y hizo, ante un escribano, un gran requerimiento á la Priora y á las monjas, mandando, debajo de graves penas, que en ninguna manera dejasen sacar de allí el brazo que las había quedado. Y no se descuidó con esto del cuerpo, antes escribió á Roma, y negoció tan bien, que Su Santidad mandó á los Padres Descalzos, que luego volviesen el cuerpo á Alba y se le entregasen á la Priora y al convento, y si algo tuviesen que alegar por su parte, pareciesen por sí, ó por medio de procurador, ante él.

El Padre Fray Nicolás de Jesús María, que era entonces Provincial, como le fué notificado el mandamiento de Su Santidad, sin dilación ninguna fué á Avila, y desde allí, con mucho secreto, envió al

Padre Fray Juan Bautista, que era entonces Prior en Pastrana, con el cuerpo; y él y el Padre Fray Nicolás de San Cirilo, Prior que era del Monasterio de Mancera, llegaron con el cuerpo á Alba, á 23 de Agosto, víspera de San Bartolomé, del mismo año de 1586, pero tan disimulado el cuerpo, que nadie pudiera entender lo que traían; y luego lo metieron en el Monasterio, como á las ocho de la mañana, poco más ó menos.

Bien poco había que ellos habían llegado, cuando yo llegué al mismo Monasterio, y era mi camino á Avila, á visitar el santo cuerpo y verle, que lo deseaba mucho; así que, á llegar poquito antes, le hallara á la portera, y se cumpliera mi deseo. Como esto se supo en Alba, vinieron los clérigos, con deseo de hacer mucha fiesta, con su procesión y con música; pero el Padre Provincial, que no ponía allí el cuerpo para que se quedase, sino como de prestado solamente, para cumplir lo que el Papa mandaba, ordenó que no se hiciese fiesta ninguna, sino solamente se entregase á las monjas, de manera que se llevase testimonio de ello; y el Padre Fray Juan Bautista, cumpliendo en todo su obediencia, no se desvió un punto de la orden que traía.

Pusieron, pues, el cuerpo en el coro bajo, y estando el duque á la reja, y la condesa de Lerín, su madre, y toda la iglesia llena de gente, mostraron el santo cuerpo con luz suficiente; y preguntando el Padre Prior de Pastrana á las monjas, si conocían ser aquel cuerpo, de la Madre Teresa de Jesús, y si se daban por entregadas de él, respondieron que sí; y los de fuera también dijeron que conocían bien ser aquél el cuerpo, y de todo dió testimonio un escribano. Y fué bien menester, estar detrás de reja, porque según era la muchedumbre y devoción y ímpetu de la gente, si estuviera fuera, hiciera pedazos el hábito, para tomar reliquias, y aun el cuerpo corriera peligro. Toda la tarde estuvo la iglesia tan llena de gente, que venía á ver á aquella maravilla, que ni los podían echar, ni los que estábamos más adentro podíamos salir hasta muy tarde, porque no se hartaban de verla.

Los de la Villa, no creyendo que los Padres le querían dejar allí, pusieron guardas para que no le sacasen, y querían hacer, é hicieron también, requerimiento para que las monjas no le diesen, y estaban muy alegres de que le hubiesen vuelto. De todo esto fuí yo testigo, y la vi despacio desde la reja, y después la besé los pies, aunque muy de priesa, porque aun siendo de noche y cerrando las puertas de la iglesia, no nos dejaban los de fuera. Diré también otra cosa, de que soy buen testigo, que pasó por mí. Aquella misma noche, estando de camino los Padres que la habían traído, vinieron á la posada á hacer colación, y yo posaba también en la misma casa; y trajéronles allí el hábito, que había traído el cuerpo de la santa, para volverle á Avila,

porque en Alba le habían puesto otro; y vino cogido y envuelto en una manta, de manera que los dobles de él salían afuera, y llegué á olerle, y tenía excelente olor; estaría allí como tres cuartos de hora, y luego fuéronse los Padres, y yo me pasé á aquella pieza donde ellos habían estado, y de lo poco que estuvo en ella el hábito, cogido de la manera que he dicho, quedó un olor en la cámara, que luego le sentí y conocí muy bien. De allí á un poco, vino mi compañero, y preguntéle si olía algo; respondió que sí, y que se echaba muy bien de ver. Dormí yo en la misma cámara aquella noche, y todas las veces que despertaba sentía el mismo olor, y le conocía bien.

Desde entonces hasta ahora, se ha estado siempre el Santo cuerpo en Alba, juntamente con el brazo, aunque no se muestra sino muy pocas veces. La causa de estar ahí es que el Monasterio de Avila, ayudando á ello la misma ciudad, pretendió que se había de volver el cuerpo allá, y contradiciéndolo mucho don Antonio de Toledo, duque de Alba y condestable de Navarra, y don Hernando de Toledo, Prior de San Juan, por parte suya y del Monasterio y villa de Alba, nuestro muy santo Padre Sixto V cometió el negocio á su Nuncio César Speciano, obispo de Novara; el cual dió sentencia, en que para siempre quedase en Alba, en diciembre de 1588 años. Después se apeló de esta sentencia para Su Santidad. Y el mismo Sixto V la confirmó, con toda la autoridad y gravedad de palabras que era necesario, y con toda la firmeza que se podía desear, á 10 de julio de 1589 años. Y así quedará allí en un muy buen sepulcro que el Prior de San Juan (á quien se debe el quedar el cuerpo en Alba) ha dicho que hará (1).

(1) En 1594 se sacó el santo cuerpo del arca chapeada de hierro en que estaba y se colocó en otra de madera tallada, regalo de la duquesa de Alba. Cuatro años después, tomáronse más precauciones, construyéndole un sepulcro alto, especie de monumento, imitando á alabastro. A derecha é izquierda del coro bajo, se colocaron cuatro columnas apareadas, en un diámetro de 22 pies de ancho por 32 de alto. Sobre estas cuatro columnas corintias había otro segundo cuerpo y un frontón, remedando su conjunto el frontispicio de una iglesia. Al segundo cuerpo y frontón correspondía el coro superior, donde se construyó un hermoso camarín, tapizado de tisú y ricas telas, cerrado con una reja dorada, donde se colocó el arca riquísima, de madera labrada, forrada de terciopelo carmesí y tachonada con clavos y chapas doradas, regalo de D.<sup>a</sup> María de Toledo y Enríquez, duquesa de Alba. A ambos lados del sepulcro, grabáronse las dos siguientes inscripciones latinas:

*Rigidis Carmeli Patrum restitutis regulis, plurimis virorum faeminarumque erectis claustris, multis veram doctrinam docentibus libris editis, futuri praescia, signis clara, coeleste sidus ad sidera advolavit B. Virgo Theresa, IV nonas Octobris MDXXXII.*

*Manet sub marmore non cinis, sed madidum corpus incorruptum, proprio suavissimo odore ostentum gloriae.*

Ignoramos con qué ocasión fueron modificadas estas dos inscripciones con las que existen actualmente, pero probablemente sería con motivo de la beatificación de la santa Reformadora del Carmelo, que tuvo lugar el 2 de Octubre de 1614. Dicen así:

*Antiquis Carmeli Patrum restitutis regulis, virorum ac mulierum plurimis*

No dejaré de decir, cómo antes que el cuerpo viniese, lo quiso Nuestro Señor dar á entender, porque un mes antes, estando una monja en oración, vió claramente una hermosísima estrella en el coro alto, en el mismo lugar donde se puso, y está ahora, el cuerpo, y era tan clara, que en su comparación las otras estrellas no daban luz ninguna. Y la misma religiosa vió otra vez, en el coro bajo, una luz grandísima, de extraña y no vista hermosura; entendió por aquí, que alguna gran cosa había de suceder, y luego, cuando vino el cuerpo, cayó en la cuenta que aquello era.

*constitutis coenubiis, multis vere piis et admirandis confectis libris, futuri praesentia, miraculisque clarissima, idibus octob. anno MDLXXXII.—Theresa Virgo ad coelestes sedes migravit; quam trigesimo secundo post obitum anno in beatorum numerum retulit Paulus V, cujus incorruptum corpus hoc servatur coliturque in marmore, adhuc salutiferum et odoriferum stillans oleum.*

Encima del arco se lee:

*Paulo V Pontif. Max., Philippo Hispaniar. rege catholico, Fr. Joseph ab Jesu M., Reformati Ordinis B. M. Virginis de Monte Carmeli, Generale V.º sacellum hoc, in quo, antea corpus B. Theresiae Virg., ejusdem Reformationis Fundatricis, fuerat humatum, ubi eadem sacra pignora serventur, eidem Virgini dicatum, consecratum, anno Dom. MDCXV.*

Fernando VI mandó construir á sus espensas el sepulcro actual, y la urna primitiva fué incluida en otra magnífica de plata, y ésta en otra de mármol negro, sobre la cual velan dos ángeles de bronce. Revistióse, además, de riquísimos jaspes, el camarín y cerróse con doble reja, dorada la de dentro y la de fuera plateada: pero el piadoso monarca no pudo ya gozar de la vista de sus obsequios, ni visitar, como se proponía, aquel venerando sepulcro, pues la traslación no se verificó hasta 1760, al año siguiente de su fallecimiento.

Cfr. Quadrado, *Salamanca, Avila y Segovia*, parte 1.ª, cap. X.—*La Fuente. Manual*, parte 1.ª, cap. VI.

### CAPÍTULO III

#### En que se da entera noticia de cómo están el brazo y el cuerpo

Paréceme que los que esto leyeren, desearán tener más particular noticia de cómo está el cuerpo, y darécela yo de muy buena gana, porque lo he mirado con mucha atención y cuidado, para poder dar esta cuenta que ahora daré. Mas comenzaré del brazo, que le he tenido muchas veces en mis manos, y después diré del cuerpo. El brazo es todo entero desde la coyuntura del hombro; fáltale la mano, como ya he dicho, que está en Lisboa; y así por ser éste el que se mancó y quebró en la caída de la escalera, como por haberle quitado la mano, y haber por allí salido de la virtud, tiene menos carne que el otro que está en el cuerpo; pero tiene harta, y al principio tenía más, sino que se ha algo enjugado. La color es puramente del dátil, la carne está como cecina, el cuero tiene rugas á la larga, como suele quedar flaco en las personas que han sido gordas y no lo son. Pero está entero, que tiene su vello, yo le he visto muchas veces, y asídole. Siempre le tienen envuelto en un paño limpio, y de allí á poco se hinche el paño de un óleo ó grasa que sale de él, y queda como si le hubieran metido en aceite, ó en cosa semejante; pero tiene este óleo aquel lindo olor que tiene el brazo y el cuerpo.

Son muchísimos los paños que se han teñido de esta manera, y dado por reliquias, y cada día se dan y se tiñen, aunque algo menos, como la carne se va enjugando más. En esta carne, no hay entrar corrupción, en ninguna manera del mundo, más que si fuese de acero, aunque no sea más que media uña; y aunque más calores haga, y la traigan en el pecho, ó en cualquiera otra parte donde haya mucho calor, ni aun perderá su olor, si la traen bien envuelta.

Esto es cosa muy probada y vista, de manera que, tener carne de la Madre Teresa de Jesús, poca ó mucha, es como tener huesos de otros santos, para lo que es el durar y no se corromper. La primera



vez que yo tomé este santo brazo en las manos, era antes de comer, y quedóme en ellas el mismo olor que él tiene, y dábame tanto consuelo, que no me quise lavar, cuando hube de comer, porque no se me quitase el olor. En fin, después me hube de lavar, y no se quitó; porque, aun después de acostado, sentía el mismo olor en las manos. Y fuera de esto, pegóseme de él una devoción, que la echaba bien de ver, y me duró de esta manera como quince días.

El santo cuerpo vi muy á mi contento á 25 de Marzo, que es el día de la Encarnación de Nuestro Salvador y Señor, de este año de 1588; y porque le vi muy bien, como quien pensaba dar este testimonio que aquí doy, podré dar buenas señas. Está enhiesto, aunque algo inclinado para adelante, como suelen andar los viejos, y en él se ve bien cómo era de harto buena estatura. Está de manera, que una mano que le pongan en las espaldas, á que se arrime, se tiene en pie; y le visten y desnudan, como si estuviera vivo. Todo él es de color de dátil, como ya dije del brazo, aunque en algunas partes está más blanco. Lo que más oscura color tiene es el rostro, porque como cayó el velo sobre él y se juntó mucho, y mucho polvo, quedó más maltratado que otras partes del cuerpo; pero muy entero, de tal manera que, ni en el pico de la nariz, no le falta poco ni mucho. La cabeza tiene todo su cabello, como cuando la enterraron. Los ojos están secos, porque se ha gastado ya la humedad que tenían, pero, en lo demás, enteros. En los lunares que tenía en la cara, se tiene aún los pelos. La boca tiene del todo cerrada, que no se puede abrir. En las espaldas particularmente tiene mucha carne.

Aquella parte, donde se cortó el brazo, está jugosa, y el jugo se pega á la mano, y deja el mismo olor que el cuerpo. La mano muy bien hecha, y puesta como quien echa la bendición, aunque no tiene los dedos enteros. Hicieron mal en quitárselos, porque mano que tan grandes cosas hizo, y que Dios la dejó entera, siempre lo había de estar. Los pies están muy lindos y muy proporcionados, y en fin, todo el cuerpo está muy lleno de carne. El olor del cuerpo, es el mismo que el del brazo, pero más fuerte. Fuéme de tan gran consuelo ver este tesoro escondido, que, á mi parecer, no debo de haber tenido mejor día en mi vida, y nunca me hartaba de verle. Quédame una lástima, si le han de partir algún día, ó por ruego de personas graves, ó á instancia de los Monasterios; porque en ninguna manera se debía hacer, sino que esté como Dios le ha dejado, dando testimonio de la grandeza de Dios y de la purísima virginidad y santidad admirable de la Madre Teresa de Jesús. Á mi parecer, no harán como buenos hijos suyos, ni quien lo pidiere, ni quien lo concediere (1).

(1) Creemos oportuno dar aquí suscita noticia de las diversas reliquias del Santo cuerpo que, andando el tiempo, fueron distribuyéndose por diversos con-

ventos y monasterios de la Orden Carmelitana, á pesar de los cariñosos deseos manifestados por el P. Ribera.

Los Carmelitas del monasterio de *Regina Coeli*, en Roma, que más tarde se trasladaron al *Santi-Quattro*, poseen el índice de la mano derecha. Monseñor Julio Rospigliosi, más tarde Cardenal y Sumo Pontífice, con el nombre de Clemente IX, siendo nuncio de España, envió esta reliquia á la princesa Ana Colonna Barberini, la cual, al fundar en 1654 el monasterio *Regina Coeli*, se la regaló.

Otro dedo de la mano derecha, el medio, se venera en el primer monasterio de París. La reina Isabel, hija de Enrique IV y esposa de Felipe IV, rey de España, la envió, en 1625, á la Ven. Madre, Magdalena de San José, priora de aquel Monasterio.

Los Carmelitas de Avila poseen el dedo anular, y los Carmelitas de Bruselas el auricular. Este dedo lo arrancó de la mano derecha el P. Gracián al hacer el primer reconocimiento del cuerpo de la Santa en 1585, y lo llevó consigo hasta su muerte acaecida en Bruselas en 1614. Antes de expirar, hizo donación de esta reliquia, á favor de su hermana, Carmelita Descalza en Sevilla, pero teniendo noticia de ello los archiduques Alberto é Isabel, pidieron con instancia al Papa Paulo V que transfiriera en su favor el dominio de aquella reliquia, como lo hizo por medio de un breve, fechado el 20 de Octubre de 1614. Al año siguiente lo regalaron á las Carmelitas de Bruselas, cuya priora era la Ven. Ana de San Bartolomé.

Los Padres Carmelitas de la misma ciudad poseen la clavícula derecha que les regaló el P. Tomás de Jesús. Custodiada en depósito por las Carmelitas desde 1833, fué restituida á sus antiguos dueños, al restablecerse en Bruselas en 1859.

La clavícula izquierda se venera en el Monasterio de San José de Avila.

Los Carmelitas del convento de la *Scala*, en Roma, poseen, desde el año 1617, el pie derecho.

Las Carmelitas de Sevilla tienen la falange de un dedo.

Varios huesos y fragmentos de hueso venéranse en diversos conventos de Carmelitas, especialmente en Avila, Alcalá, Salamanca y París (primero y segundo monasterio).

También se conservan y veneran en diversos lugares, varios trozos de carne del cuerpo de la Santa, en especial en la basilica de Santa María la Mayor de Roma; en las Carmelitas de Segovia y Venecia; en las Carmelitas de Valladolid, Medina del Campo, Madrid, Salamanca, Malagón, Zaragoza, Nápoles, Tolosa y París (1.º y 2.º monasterio).

Las Carmelitas de Milán poseen una partícula del corazón y otra las Carmelitas de la Puebla, en Méjico.

Sobre el corazón de Santa Teresa, una de las más preciosas reliquias que se veneran en el monasterio de Carmelitas Descalzas de Alba de Tormes, véase la página 140, nota y los apéndices.

Cfr. Vandermoere. *Acta S. T.* un. 1436-1474.—La Fuente. *Manual del Peregrino*, Passim.

## CAPÍTULO IV

### De cómo se ha mostrado muchas veces después de su muerte

Habiendo ya tratado de este gran milagro de la incorrupción de su cuerpo, que encierra en sí otros milagros, como habemos visto, será bien tratar de otros muchos que por él, y por cosas que le han tocado, ha hecho Nuestro Señor, para dar á entender al mundo en lo que él estima á su fiel sierva, y en lo que quiere que la estimen todos; y que hará muchas mercedes á los que acudieren á su sagrada intercesión. Y para esto comenzaré de las visiones que ha habido, y de las veces que se ha mostrado después de su muerte, que han sido muchas, y tantas, que si todas se hubieran de contar, fuera menester para ello muchos capítulos, y aun por ventura, libro entero. Á santa Gertrudis, después de muerta, la mostró el Señor, con mucha gloria, no una sino muchas veces, á sus monjas, para consolarlas de la muerte de tan buena madre. Y de la misma manera quiso también consolar á éstas sus siervas, que tan tiernamente sentían la ausencia de la Madre que tanto amaban. Y más habiendo hecho esto el Señor, no solamente con santa Gertrudis, sino también con algunas de sus hijas ya difuntas, como se ve en algunos de los capítulos siguientes del mismo libro.

En su sepulcro vióse algunas veces luz, y particularmente cuando se moría alguna monja. Y si algunas hablaban en tiempo de silencio, ha acontecido algunas veces oír tres golpes á la puerta de la celda, como que estaba allí la Madre, y las avisaba que callasen. Hanla visto algunos religiosos, y muchas religiosas de sus Monasterios, con gran resplandor y hermosura, y de muchas maneras: y personas tales, y tan cuerdas y espirituales, que se puede bien creer haber sido verdaderas las visiones. Pero porque éstas son tantas, y quien no conociere á las personas, no las dará el crédito que se les debe, contaré algunas de las más provechosas y más ciertas. Poco después de la muerte de la Madre, cayó mala Teresa de Laiz, fundadora del

Monasterio de Alba, y estando ya mejor, á lo que los médicos decían, vió cabe sí á la Madre, con su capa blanca y velo, que la mostraba el rostro alegre y la hacía con la mano señas que viniese. Ella respondió: «Madre, quíerome morir, ¿es ya hora?» y con esto la Santa desapareció, y Teresa de Laiz comenzó á estar peor, y dijo luego que se quería morir, porque la Madre la había llamado, y ordenó su alma, y de ahí á poco murió.

Una persona grave de la orden de los Descalzos Carmelitas, cuyo nombre callo, porque es vivo, escribió á otra persona, que ya no se atrevía á sentir la ausencia de la Madre Teresa de Jesús, porque reñía mucho á quien la sentía, y á quien se afligía por los trabajos, porque ninguna cosa más la premiaron en el cielo que los que acá tuvo; y que si por alguna cosa hubiera de desear volver al mundo, fuera por sufrir más. Luego dice: Á cierta persona (1) que la vió poco ha muy linda y llena de una luz muy blanca, que salía de no sé dónde, que él no veía, le dijo: «Los de acá del cielo y los de allá de la tierra, habemos de ser unos, en el amor y pureza. Los de acá viendo la Esencia divina, y los de allá adorando al Santísimo Sacramento; con el cual habéis de hacer allá vosotros, lo que nosotros acá con la Esencia; nosotros gozando, y vosotros padeciendo, que en esto nos diferenciamos, y mientras más padeciéredes, más gozaréis. Dilo á mis hijas.» Quedóle á esta persona impreso *Sacramento y trabajos*. Cuando murió la Madre, algunas personas creyeron que había sido causa de su muerte la mucha priesa y trabajo del camino de Burgos á Alba. Y á un Padre de los Descalzos se le apareció ella, y le dijo que no pensase nadie que su muerte había sido por otra ocasión, sino por ímpetu de amor de Dios, que la vino tan fuerte, que no le pudo sufrir el natural (2).

En el libro tercero, tratando de la fundación del Monasterio de Veas, dijimos muchas cosas de dos hermanas que le fundaron, y entraron en él: la mayor se llamaba Catalina de Jesús, mujer de gran santidad, que después murió siendo Priora del mismo Monasterio. Estando esta sierva de Dios mala en la cama, otro día después de la muerte de la Madre, apartáronse á hablar dos ó tres, como á hablar en secreto, y ella dijo que no se apartasen, que si era de la Madre el secreto, que ya lo sabía. Con esto fueron á ella, y rogáronla que lo dijese, y dijo cómo la Madre se había muerto el día antes, y que ella la había visto. Después apareciósele otra vez, y ella estaba como temerosa, no osando llegar á la Madre, ni creyendo que fuese aquella visión verdadera. Díjola la Madre: «Bien me parece que no creas fácilmente, porque yo más quiero que se haga caso en estos Monas-

(1) Yepes (lib. III, cap. XXXIX) dice que esta aparición fué á un Carmelita Descalzo; probablemente sería el mismo que aquí lo refiere en tercera persona.

(2) Véase lo que dijimos al fin del cap. XV, del libro III.

terios de verdaderas virtudes, que de visiones y revelaciones; pero para que veas que esta visión no es falsa, llégate acá.» Y diciendo esto, llegó la mano á una postema ó llaga, que tenía debajo de un pecho, que nadie se la había podido curar, y tocóla en una mano donde tenía una señal bien grande, redonda y negra, que tampoco se podía quitar, y desapareció la Madre, y ella quedó sana de su postema, y quitada del todo la señal de la mano, que no causó pequeña admiración á las personas que la habían visto primero cual estaba, y la veían después.

Un año después de la muerte de la Madre, una hermana del Monasterio de Alba, llamada Catalina de la Concepción, mujer de gran caridad y muy espiritual, estaba al cabo de su vida, y estando las monjas en maitines, vino á una de ellas un gran recogimiento, y vió salir del sepulcro á la santa Madre, con una cruz muy hermosa, torneada, en una mano, y de la otra llevaba una monja que ésta no conoció, entrambas con gran resplandor, y entró la Madre en la celda donde estaba la enferma, y echóla la bendición, y de allí á poco expiró.

Deseó mucho la Madre que doña Beatriz de Ovalle, hija de doña Juana de Ahumada, su hermana, fuese monja Descalza, y nunca con ella por entonces se pudo acabar. Pero una noche, entre sueños, parecióla que la veía en el ataúd donde la pusieron, y que alzando el medio cuerpo, la llamaba muy amorosamente, y la llegaba á sí y la regalaba, como solía hacer cuando era viva. Y entre otras cosas que la Madre la dijo, fué una ésta: «¿Hasta cuándo piensas de estarte sin meterte monja?» Ella respondió que ya lo trataba, y que presto lo sería. Y era verdad que había comenzado á hablar en ello; pero no con propósito de hacerlo tan presto, hasta que Dios la diese deseo para ello y seguridad que se había de hallar bien. Y así dijo á la Madre, que en esto reparaba mucho, y que había mucho miedo que no se había de hallar bien. Respondió la Madre que no lo temiese, que ella se lo aseguraba, que se hallaría bien, y que se determinase y acabase ya de hacerlo. Mandóla también que no diese parte de ello á nadie, sino á un siervo de Dios con quien ella trataba. Y con esto se acabó el sueño, aunque hubo otras muchas razones más.

No hiciera yo caso de él, ni le pusiera aquí, si los efectos grandes que se vieron de él, no me hicieran fuerza á creer que era más que sueño, como lo hizo á muchas personas, que sabían cuán lejos estaba su voluntad de aquella religión. Pero ella quedó mudada y aficionada á lo que antes aborrecía, y deseosa de verse en lo que tanto temía; y la persona con quien la dieron licencia que lo tratase, la ayudó mucho para ello, y dentro de muy pocos días entró en el Monasterio, donde siempre ha tenido gran contento, y sólo un descontento la ha quedado, que es de no haber venido antes. Esto mismo deseaba mu-

cho una monja del mismo Monasterio, y habiendo oído cosas por donde parecía no llevar camino de hacerse, fuese al sepulcro de la Madre, y pidióselo mucho, y queriéndose acostar, vió á la Madre con su hábito, como cuando era viva, y con el rostro alegre, y díjola: «Madre, ¿ha de venir ésta por quien os pido?» y la Madre con la cabeza hizo señal que sí, y desapareció. Y la monja quedó muy satisfecha de que aquello se haría, y desde á pocos días se hizo.

Lo que ahora diré es cosa más fresca y muy cierta, aunque de propósito callaré el nombre. Andaba una monja de esta misma Orden muy afligida, por parecer que nunca acababa de darse á Nuestro Señor, tan enteramente como Él lo quiere. Y estando una vez bien descuidada, la vino un gran recogimiento interior con gran conocimiento de sí, y con un temor lleno de paz y amor; y sin poderlo resistir, aunque lo procuró harto, porque estaba en parte donde se podía ver, fué arrebatada, sintiendo un gozo tan grande, que en su comparación no le parecía había gozo ninguno, y vióse en medio de una luz muy clara, y en ella veía á la Madre Teresa de Jesús en un arco de hermosísimas flores, y tenía un libro abierto en las manos, arrimado á su pecho, que tenía unas letras más lindas que de oro, y díjola: «Lee, hija.» La monja estaba muy encogida, y como quien no osaba abrir los ojos para leerlas. Entonces la Madre, como sonriéndose, extendió la mano y trájosela por los ojos, con que ella sentía gran consuelo, y parecía se los renovaba estando ciegos; luego levantó la cabeza, y pudo leer las letras, que decían: «Mi Esposo tiene tu voluntad para usar de ella conforme á la suya, y siempre contradiciéndote á ti.» Dijo la monja: Madre, ¿cómo pensaré yo que he de tener fortaleza en cosa tan grande, que en las chicas me veo tan flaca? Respondióla: «Cuando no lo pienses, se te dará, y padeciendo en vencer lo poco, se alcanza fortaleza para vencer lo mucho. Dijo la monja: Madre mía, ¿cómo agradaré yo á mi Señor? ¿voy bien por el camino que llevo? Respondió la Madre: Por donde tú quieres, no; huye la singularidad, y déjate llevar por donde quiere el que trata tu alma, y acertarás.»

La misma, la vió otra vez dentro de una gran luz, con extraña hermosura, y echó de allí, con mando y autoridad, al demonio, que pretendía hacer mal á esta monja, diciéndole que no tenía allí parte. Y á la monja la allegó á sí con mucho amor, y la animó, prometiéndola que todo aquello era para mayor bien suyo, y dándola orden de lo que se había de hacer, para que en aquel Monasterio fuese adelante la paz y conformidad de los corazones; y declaróla cierta cosa que había de venir en aquella casa, y se vió después.

Otra monja la vió gloriosa, y traía una cinta de pedrería con muchos rubíes. Maravillándose esta religiosa, y preguntándola qué significaba aquella cinta tan hermosa, respondió que aquella la habían dado, por el celo de las almas que siempre había tenido.



No faltarán algunos que me digan, que ¿por dónde han de creer ellos lo que en este capítulo está dicho, pues no se puede saber sino de personas particulares, á quien, con la afición que tenían á la Madre, se pudo todo esto antojar? Y á estos respondo que no crean más de lo que ellos quisieren, pues yo ni quiero ni puedo forzarles á más; pero si quieren considerar desapasionadamente las razones que hay para creerlo, vendránse por ventura á desengañar. Y para esto lean lo que al mismo propósito dije al fin del libro tercero. Y tornen á pensar aquella razón, que conmigo tiene mucha fuerza, que pues no tenemos de dudar, sino que algunas visiones habrá verdaderas de personas particulares, ¿cuáles es más razón que lo sean, que las que van enderezadas á acreditar algún gran siervo de Dios, que ya ha pasado de esta vida?; pues esto el demonio no lo suele hacer, antes desearía, si pudiese, quitarles todo el crédito y escurecer su memoria, porque no fuese Dios glorificado, y estas almas aprovechadas. Y si la razón, que ellas hacen para no creer esto, que es decir que son testigos singulares, y que con afición se pudieron engañar, vale algo, habrán de dejar de creer muy muchas cosas de esta manera, de que están llenas las historias de los santos antiguos y modernos.

San Gregorio dice en el libro segundo del Diálogo, en el capítulo XXXIV, que San Benito vió subir al cielo el alma de Santa Escolástica, su hermana, en figura de paloma; y en el capítulo siguiente dice, que vió también subir al cielo el alma de Germano, Obispo de Cápua. Claro está que se podía engañar San Benito, por más santo que haya sido, en alguna revelación; pero en estas que eran para crédito y aprobación de estas santas almas, nadie dirá que se engañó. Y lo mismo diremos de otros, no tan santos como él. En el capítulo XXXVII dice: que dos monjes vieron un camino resplandeciente que iba desde la celda de San Benito hasta el cielo, y que les fué dicho, que aquél era el camino por donde había subido al cielo el alma del santo Padre. ¿De quién se supo esto, sino de los mismos monjes que le amaban mucho? ¿O quién dirá que se les antojó con la afición?

San Buenaventura, en la vida de San Francisco, capítulo XIV, escribe que en muriendo el santo, uno de sus frailes vió ir su alma al cielo, en figura de una estrella resplandeciente, en una nube blanca. Y de otro fraile, que, estando enfermo, vió subir al cielo la misma alma, y rogándola que le esperase, expiró y se fué tras ella. También dice que se apareció aquella noche San Francisco al Obispo de Asís, y le dijo que se iba al cielo. Otro tanto cuenta San Antonino, en la vida de Santo Domingo, de frailes particulares, que en revelación, vieron subir al cielo el alma de este santo Padre. En la vida de Santo Tomás, cuenta lo mismo del alma de este santo, por revelaciones hechas á frailes, y particularmente de un Fray Alberto, que en una visión vió á él y á San Agustín, y le fué revelado que tenían los dos

igual gloria. El mismo dice, que el alma de San Francisco apareció á Fray Rufino, su discípulo, estando para morir. Y San Buenaventura cuenta de muchas veces que San Francisco, después de muerto, se apareció á diversas personas, hombres y mujeres. Cirilo, Obispo de Jerusalén, en la vida de San Jerónimo, que escribió á San Agustín, cuenta de veces que se apareció San Jerónimo. Severo Sulpicio, en la vida de San Martín, cuenta que le vieron subir al cielo glorificado, y que se oyeron cantar los ángeles en su muerte.

San Paulino, Obispo de Nola, en la vida de San Ambrosio que escribió á San Agustín, dice que muchos niños, recién bautizados, vieron el alma de San Ambrosio, unos como sentado en su silla, otros como subiendo al cielo, y tras esto cuenta, cómo algunas veces se apareció el mismo santo á personas particulares, de quien él lo supo. No quiero ser más largo en cosa tan clara; sino que no hay nada claro, para quien quiere porfiar y no creer. Todas estas cosas y otras infinitas que hay en historias muy auténticas de santos, no las vieron sino personas particulares, y de ellas se supieron, y ningún hombre cuerdo dirá que con afición se les antojaron; y lo mismo vemos en estos tiempos, en la *Historia del santo Fray Luis Beltrán* que escribió el Maestro Fray Vicente Justiniano, de la orden de Predicadores, y en la del *santo Fray Pedro Nicolás*, que escribió el Padre Fray Cristóbal Moreno, Provincial de la provincia de Valencia, de la orden de los Menores, donde se cuentan visiones semejantes, que tuvieron personas particulares: en la de Fray Luis Beltrán, en el capítulo XX y XXI: en la de Fray Pedro Nicolás, en el capítulo L, LI y LII.

---

## CAPÍTULO V

### De los milagros que se han hecho con reliquias de su cuerpo, y con los pañitos teñidos de la sangre

Muchos son los milagros que ha habido, y cada día los hace el Señor nuevos, por muchas vías, con el deseo que tiene de honrar á quien tanto le honró, y tan fielmente le sirvió. Dejaré cosas más menudas, y diré los más principales, y que más claramente se muestran ser milagros; y para reducirlos á alguna orden, me parece repartirlos en cuatro capítulos. En el primero se pondrán los que se han hecho con cosas de su cuerpo, como con el mismo cuerpo, ó la mano, ó la sangre. En el segundo los que se han hecho con reliquias de sus vestidos. El tercero los que se han hecho con su imagen. En el cuarto los que se han hecho por encomendarse á ella, sin haber otra cosa ninguna más; aunque muchos, ó casi todos los otros, se han hecho también encomendándose á la misma Madre: pero ahora hablo de los que solamente se han hecho por medio de la oración. Los milagros que el santo cuerpo hizo, antes de sepultarle, no será necesario decirlos aquí, pues quedan ya dichos en el capítulo postrero del libro tercero, adonde se trató de su muerte y sepultura, y por eso diré solamente los que se han hecho después.

El Padre Baeza, fraile de San Francisco, de Alba, tenía un oído que le manaba materia, y oía mal de él, y fué un día, después de vísperas, al Monasterio, y con mucha fe llegó á su oído el santo brazo, y aquella misma tarde se le sanó del todo, de lo uno y de lo otro; y contándolo de allí á algunos días, daba mucha priesa que se tomase por testimonio, como muy claro milagro.

Francisco Gómez, carpintero, vecino de Alba, estuvo más de mes y medio tan malo de los ojos, que no podía hacer nada, y con las muchas medicinas que le hicieron, le pusieron peor; porque le dió tan gran dolor, especialmente en el uno, que (como él dice) más le parecía rabia que dolor. Estando con este trabajo, llegó al torno de las

Descalzas de la dicha villa, pidiendo que le encomendasen á Dios, y le diesen alguna reliquia de la Madre Teresa de Jesús. La portera le dijo que en aquel punto estaban en la iglesia mostrando el brazo de la misma Madre, que fuese allá luego, y que pidiese se le pusiesen sobre la cabeza y ojos. Hízose así, y, como él ahora lo confiesa, al punto que le tocaron sintió mejoría; porque se le quitó lo recio del dolor, y de allí á cinco ó seis días fué á trabajar en su oficio, bueno ya del todo, sin haberse hecho otra cosa alguna. Y el que antes estaba con miedo de cegar, ahora dice que, por los merecimientos de esta santa, le han quedado los ojos muy claros y buenos.

En el Monasterio de las Descalzas de Lisboa había una novicia que en toda su vida había oído, ni sabía qué cosa era olor bueno ó malo. Un día la Madre Priora, María de San José, estando todas las hermanas juntas, sacó la mano que ella tenía de la Madre, como arriba he dicho, y fué tan grande la suavidad del olor que de ella salió, que todas se enternecieron, y sintió cada una particular novedad en sí, de la suavidad, y comenzaron á alabar á Dios. La novicia, congojada de no gozar de lo que gozaban las demás, tomó la santa mano, y llególa á las narices, diciendo: Por cierto, Madre mía, no tengo de quitar de aquí vuestra mano hasta que sienta lo que mis hermanas, para que con ellas alabe al Señor. Y en este punto comenzó á decir que la subía por las narices un humo caliente que se las abrió, y olió la mano, y cobró aquel sentido, y para prueba de esto la trajeron diferencias de olores, y decía cuál era bueno ó malo, y siempre se le ha quedado.

A la misma hermana, ya profesada, la dió una noche, estando todas reposando, un accidente tan recio, que se hacía pedazos, y no bastaban á tenerla, tres ó cuatro hermanas. Decía que la parecía que la quebraban los huesos y la arrancaban el corazón. Pareció ser esto del demonio, porque jamás había tenido cosa que á esto se pareciese. Estando todas suspensas y congojadas con aquella novedad, trajeron la mano de la Madre y se la pusieron, y al punto que la tocó, quedó luego libre, como si nunca hubiera tenido mal ninguno.

Al mismo Monasterio se recogieron por mandato del Príncipe Cardenal (1) unas monjas flamencas, que habían pasado grandes trabajos entre herejes, y estaban allí hasta que se les diese casa propia. Entre ellas había una castellana, Catalina del Espíritu Santo, hija de

(1) Era este, Alberto de Austria, hijo del Emperador Maximiliano II, que en 1577 fué creado Cardenal, por Gregorio XIII, y en 1583, nombrado virey de Portugal por Felipe II: más tarde, enviado de Gobernador á Bélgica, como no estaba ordenado *in sacris*, renunció al cardenalato, para contraer matrimonio con Isabel Clara Eugenia, hija de Felipe II. Véase la obra *Vitae et res gestae Pontificum Romanorum et S. R. E. Cardinalium ab initio nascentis Ecclesiae usque ad Clementem IX*, escrita por Alfonso Chacón, O. P. y completada por el P. Agustín Oldoini S. J. Tomo IV, col. 51 y sig.

don Luis Carrillo, y sobrina del Cardenal Granvella (1), por parte de su madre, y había más de veinte años que ni un día solo había tenido libre de dolor de estómago, y así ni comía casi nada, ni la quedaba casi cosa en el estómago, y de esto daban testimonio sus compañeras, y la gran flaqueza que ella tenía. Trajéronle la mano, y pusiéronse en el estómago, y así como se le puso, dióla un dolor tan grande, que no le podía sufrir, y luego se le quitó, y quedó del todo sana sin haberla vuelto más. Y para prueba de esto, comía, delante de sus compañeras, de manjares que sabían ellas que la solían hacer grandísimo daño, y no la hacían ya ninguno.

Sale de esta santa mano siempre muy buen olor, mas no siempre de una manera, sino más y menos, y según las fiestas; y de esto hay grande experiencia; pero cuando por ella se ha de hacer algún milagro, sale con mayor fuerza y suavidad. Uno grande se ve en ella, que en llegando á ella alguna cosa olorosa, luego esta cosa pierde el olor que tenía. De esto se hizo experiencia en presencia de don Alonso Coloma (2), inquisidor de Lisboa, y de algunos caballeros de la cámara del Príncipe Cardenal. Tomaron con la punta de un cuchillo un poco de algalia, y con tener olor tan fuerte y que tanto se pega, en refregándola en la santa mano, luego quedó sin olor. La Priora, que tiene agudo entendimiento, deseó saber si venía aquello de alguna causa secreta, que se perdiese aquel olor, por llegar á cosa muerta. Informóse de un médico de su Alteza, y respondió que no, sino que antes, para que estas cosas olorosas se conserven, las ponen en los sepulcros de los muertos que más mal huelen. Dióle al médico deseo de hacer también él prueba de esto, y sacó unos guantes que traía de ámbar, muy olorosos, y metiendo la mano santa en ellos, quedaron del todo sin olor. Y otro día que volvió á visitar á una enferma, los tornó á mostrar, cómo estaban aún sin él. Esto no se puede ya probar, porque está metida dentro de una mano de plata, y no se ve sino por unos veriles, y por ellos aun sale todavía un suavísimo olor. Hay en aquella ciudad mucha devoción con ella, y pidenla muchas personas graves en sus necesidades. A dos señoras la han llevado, después de lo dicho, que estaban de parto, con gran aprieto, y luego parieron; y la una de ellas, como ella después lo certificó, sin ningunos dolores.

En la misma ciudad había un caballero que por sospechas, que el demonio le debía de haber puesto, de su mujer, estaba determinado de matarla una noche; y el día antes fué al Monasterio de las Descal-

(1) Véase en la misma obra (tomo III, col. 925 y sig.) la biografía del Cardenal Antonio Perrenot Granvella.

(2) Fué más tarde en 1599 nombrado Obispo de Barcelona y asistió al Concilio Tarraconense, celebrado en 1602; al año siguiente fué trasladado á la sede de Cartagena. Aymerich S. J. *Nomina et acta Episcop. Barcinouensium*, pp. 415-418.

zas, y vino á declarar la congoja y mal pensamiento que traía. La Priora le rogó que no fuese aquella noche á su casa, sino que se quedase en el Monasterio de los Padres Descalzos, de la misma Orden, para que le consolasen y aconsejasen en lo que había menester. Viendo la Priora que él no salía á ello, ni su ira se aplacaba, ni se le quitaba el mal deseo, saca la mano de la Madre, y pónesela sobre el corazón, y quitósele aquel mal deseo, y quedó sosegado y bueno.

En el Monasterio de las Descalzas de Sevilla, había una monja, llamada Isabel de San Jerónimo, que después llevaron á Lisboa por Superiora, y tenía una enfermedad, que la solía dar muchas veces, y poner en mucho trabajo, y á veces estaba tullida de un lado, que, si no la meneaban, no se podía revolver. Y un día de San Miguel, dióla tan recio, y con tan gran dolor, en un brazo, que en más de veinte y cuatro horas no dejó de quejarse, ni le podía menear, ni mudarse de un lado á otro en la cama, por dos ó tres días. Acertó entonces á estar allí el Provincial, que era el Padre Maestro Fray Jerónimo Gracián, que llevaba un dedo de la Santa Madre, y hácela poner el dedo encima, sin saber ella, ni las demás, que fuese de la Madre. En el punto que el dedo llegó á la mano de la enferma, la meneó, quedando maravillada de la ligereza con que luego sintió subir, por el brazo arriba, la virtud de aquella santa reliquia. Y así se le fué poniendo por todo el lado tullido, y quedó libre y sana hasta hoy día, que jamás le ha vuelto, y ha más de cinco años que esto pasó.

Por Medina pasó el Padre Presentado Fray Juan de las Cuevas, de quien ya otra vez he hablado, y visitó á la Priora de las Descalzas, y mostróla un pedazo de dedo que traía de la Santa Madre por reliquia. Ella le pidió licencia para mostrársele á las demás hermanas, y una de ellas, llamada Juana del Espíritu Santo, en quien ya se había hecho un milagro, como diré en el capítulo siguiente, tornando á sentir algunas reliquias de sus enfermedades, fuése al dedo con mucha fe, y del todo quedó sana.

Un Padre de los Descalzos Carmelitas fué á Alba, y tomando el brazo de la Madre en la mano, y besándole, cortó con los dientes un poquito, como una telita muy seca que estaba levantada, y púsolo en un papel; y mirándole á cabo de ocho días, halló en ello una gota de sangre muy viva, que había pasado tres dobleces del papel. Y espartado mucho de aquello, quitó aquel papel y puso otro, y salió otra gota de sangre. Esto vieron muchas personas religiosas, y está guardado para memoria del milagro.

Inés de San Alberto, monja Descalza en el convento de Caravaca, había dos años que estaba tullida en la cama, de manera que, para oír misa y comulgar, la llevaban cuatro monjas. Y en esta enfermedad tenía grande ansia por haber un poquito de carne de este santo brazo, y juntamente gran fe que por ella había de sanar. Enviáronlo



á pedir al Monasterio de Alba, y antes que llegase, pasó un Padre por allí, que traía un dedo de la misma Madre; pusiéronsele, y estuvo siete días con grandísimos dolores, y el primero con un temblor y sudor recísimo, y al cabo de estos días, habiéndosele quitado el dedo, con un poquito de carne que la enviaron de Alba, se levantó buena, y anda y sube y baja las escaleras, sin cojear poco ni mucho.

Por medio también de los pañitos teñidos de la sangre de la Madre, ha sido Nuestro Señor servido de hacer algunos milagros. Una mujer principal de Alba (á quien la Madre quería mucho, y ella tenía gran fe con sus cosas), había dos años que no oía de un oído, y traía en él gran ruido, y la cabeza también tenía mala. Púsose sobre él un pañito de estos, de la sangre, y luego oyó, y ha quedado sana y buena; y nunca se harta de contar la merced que Nuestro Señor la hizo, por su sierva.

A una monja Descalza de Alba, la dió una muy fuerte melancolía y aprieto de corazón, que la duró ocho días; y aunque algunos estaba un poco mejor, la volvía luego. Habíanla hecho hartas medicinas, y no aprovechaban, y púsose un día, uno de estos pañitos, y quedó buena.

Al licenciado Juan de Medina, vecino de Alba, estando tan malo de cólico, que estaba ya desahuciado, pusieron un pañito de éstos, y desde entonces comenzó á mejorar, y muy presto estuvo bueno del todo; y de esto como de lo demás hay hartos testigos.

El licenciado Vallejo, oidor del Consejo del duque de Alba, tenía un niño de dos años, y estaba tan al cabo, que no había esperanza de su vida, y su padre muy afligido, porque no tenía otro. Envió á llamar á Antonio de Zamora, clérigo y capellán del mismo Monasterio, para que le dijese un Evangelio y le encomendase á Dios; y fué á una iglesia á oír misa, por no ver la muerte de su hijo, y su madre hizo otro tanto. Vino Antonio de Zamora, y pónese un pañito de la sangre sobre la cabeza, y luego el niño revivió, y echó la mano al paño, holgándose mucho con él, y daba priesa que le levantasen de la cama, y el ama tomóle en brazos, y llevóle á su padre. Pero antes de entrar en la iglesia, oyó el padre la voz de su hijo, y pensando ser de otro niño, no quiso volver la cabeza por no quedar con más lástima, viendo que no era el suyo; y entró el ama, y dióselo bueno y sano; y llevaba el pañito en la mano, que á nadie le quería dar, y lloraba mucho si se le quitaban (1). De esto hay muchos testigos en Alba, porque ha poco que pasó, y fué muy público.

A Isabel Hernández, natural de Alba, dió un dolor de costado

(1). Después de narrar Yepes, lib. IV cap. IV este milagro, añade que siendo este mismo niño de 5 años de edad, en la mañana de la fiesta del Corpus, sintióse atacado de violenta calentura, y aplicándole á la frente el mencionado pañito, curó repentinamente.

muy recio, y estando ya desahuciada, daba mucha priesa que la llevasen alguna reliquia de la Madre Teresa de Jesús; y lleváronla un pañito de sangre, y en poniéndosele sobre la cabeza, luego comenzó á mejorar; y se le quitó del todo la calentura, delante del que la puso el paño, que fué un sacerdote, y, en levantándose, vino á la iglesia á visitar el brazo de la Santa Madre. También hubo muchos testigos para esto, y fué día de los Reyes, año de 1588.

En el mismo lugar, don Alvaro de Bracamonte tenía una niña de tres años, que tenía una gran calentura y vómitos de sangre; y una noche, estando tan fatigada, que pensaba se moría ya, Antonio de Zamora, clérigo, hizo traer un pañito de la sangre, que él tenía, y delante de los padres de la niña y de hartas personas que allí se hallaron, se lo puso sobre la cabeza, y luego al punto la niña abrió los ojos, y comenzó á hablar con los que estaban allí, y se dejó de quejar, y estuvo buena, que puso á todos grande admiración. Pasó esto á ocho de marzo de 1587.

Doña Magdalena de Toledo, monja en Alba, en el Monasterio de dentro, había dos días y más que tenía una calentura muy recia, y púsose un pañito de estos al cuello, y en ese mismo punto se le quitó la calentura.

Más fresco es lo que ahora diré, porque debe de haber como un mes nada más, ó menos, que pasó, cuando esto escribo. A la hermana Ana de la Trinidad, monja Descalza de San José, de Salamanca, dió un dolor de corazón, que ella nunca había tenido, porque tiene buena salud, y apretábala tanto, que casi se desmayaba, y con él la crecía la calentura. Hiciéronla remedios y no la aprovecharon; y después pusieronla sobre el corazón un paño de la misma sangre de la Madre, y ella rogó á la Santa Madre, que la alcanzase de Nuestro Señor, que la quitase aquel dolor, y la hinchiese el corazón todo de sí mismo. Como se le puso, de allí á un poco, dióla mucha congoja con un sudor en el mismo lugar, y antes de media hora se le quitó el dolor, y nunca más le ha sentido; y en lo interior, también sitió la misericordia del Señor, por la intercesión de su sierva. De esto tengo yo buena información, porque fué el que dijo que se le pusiesen.

A mí me aconteció esto: habiendo tenido un mes entero muy grandes dolores en los pies, que no podía casi andar, sino muy poquito, y con mucho trabajo; y no me sirviendo ya los remedios que antes me le solían aplacar, determinéme una noche, que fué víspera de los gloriosos Apóstoles san Simón y san Judas, de acudir á la reliquia de esta santa, y dejar del todo las medicinas corporales; aunque, por lo que antes había visto, entendía que me ponía á peligro de pasar una muy mala noche, dejando aquellas medicinas; y desde que me determiné hasta la hora que se escribe esto, que es á 14 de mayo de 1589 años, no tuve más dolor recio; porque cuando comen-

zaba á arreciar, llegaba allí una cajita que tenía, con un poco de carne de la Madre, y sosegábase el dolor, y he quedado tan bueno desde entonces, que no tengo dolor que me dé pena, ni me estorbe á andar cuanto he menester. También había dos días que traía un gran dolor en una pierna, y andaba buscando remedios para él, porque me daba harta pesadumbre; y llegué la misma caja, y nunca más sentí dolor ninguno. Esto fué á fines de abril del mismo año de 1589. Y de allí á quince días ó algo más, torné á sentir, en la misma parte, algún poco de dolor, y volvíme al mismo remedio, y quedé del todo bueno, y nunca más me volvió; y todo esto dura hasta cuando esto se imprime, que es á principio de julio de 1590 años.

Francisco de Cárdenas, vecino de Alba, tenía, dos años había, la cabeza abierta, é ibasele pudriendo el casco, y estaba de manera que más parecía muerto que vivo: los dolores de cabeza eran tan grandes, que de día y de noche no cesaba de quejarse. Pusiéronle un pañito, del olio que salía del brazo, sobre el casco que se le pudría. Y con esto saltóle de la cabeza un pedazo de casco, como una mano, y quitósele el dolor de la cabeza, que nunca más le vino, y comenzó á estar bueno. Y aquel humor de la cabeza bajó después á los brazos, y le causaba mucho dolor; pero fregándoselos con el mismo paño, se le quitó, y estuvo después muy bueno.

---

## CAPÍTULO VI

### De los milagros que se han hecho con hábitos y vestidos de la Madre Teresa de Jesús.

Muchos milagros se han hecho, con algunas partecitas de hábitos ó vestidos de esta santa, porque éstos se han comunicado más y por más partes. Una hermana, del Monasterio de Alba, tenía grande enfermedad del hígado y flemas saladas, y quemábasele la boca, de manera que, con tomar tragos de agua fría, de rato en rato, se sustentaba de día y de noche; y parecía que, no sólo la boca, sino también la garganta y las entrañas, se le estaban quemando, y cuantas medicinas se hacían no eran de provecho, y duróla esto muchos días. Y un día tomó un poco de una manga de la Madre, y púsoselo sobre la garganta, y luego sintió la mejoría, y se le fué quitando del todo, y no le ha vuelto más.

La misma hermana, después tuvo muy gran mal en la cabeza, que se andaba casi cayendo de dolor, y algunas veces la quitaba el sentido. Púsose en ella otro paño, y quitósele, y hase hallado buena.

Otra hermana se dió un golpe en la boca, é hincháronse luego la boca y las narices, y tenía gran dolor de dientes; púsose un poco de un manto de la Madre, y al punto quedó buena del todo.

Otra tenía gran mal de estómago y otros achaques, de suerte que algunos días ninguna cosa le paraba en el estómago; y la acontecía estar tres días sin comer. Tenía este mal otra cosa, que ordinariamente la daba los días de fiesta, y la quitaba las comuniones; y las dos postreras veces que la dió, pensó morirse y pidió confesión. Púsose un poco de una faja de la Madre, y luego se le fué quitando, de manera que, cuando yo supe esto, habían ya pasado más de tres años, y nunca en este tiempo la había vuelto, con no se haber guardado de nada, sino antes haber hecho cosas bien contrarias.

Otra anduvo una semana con gran dolor en un pecho, y con temor que era zaratán, porque se le había hecho una dureza en él,

con unos rayos, que llegaban al brazo, y púsose un poco de manto de la Madre, y luego se le quitó todo el dolor, y no la volvió más.

Otra traía mal de ojos, y en uno de ellos particularmente, gran dolor, que á veces la parecía que se le quería saltar de la cara, y en poniéndose algo de la Madre, luego se le quitaba. Y esto la acontecía muchas veces, tanto, que algunas no se lo quería poner luego, por padecer algo, porque tenía experiencia que, en poniéndoselo, se le quitaba.

Otra, teniendo un gran dolor de cabeza y no pudiendo leer, que era hora de lección espiritual, arrimóse á un cajón en que estaban guardados los vestidos de la Madre, sin mirar en ello; y quitósele luego el dolor, y salió un olor tan grande del cajón, que entendió bien que, por haberse arrimado allí, había quedado buena.

Un clérigo de Alba, llamado Oviedo, estaba muy malo de pintas, y estando sin sentido, le trajeron una sábana en que había estado envuelto el cuerpo de la Madre; y en poniéndosela, volvió en sí, como quien despierta de un profundo sueño, y apretóle más el mal, y desde entonces fué mejorando siempre.

Doña Juana Pacheco de Mendoza, hija del conde de la Puebla de Montalván y mujer de don Alonso de Bracamonte, señor de Peñaranda, había más de un año que tenía gran mal en la garganta, que algunas veces la apretaba muy recio; y había hecho muchos remedios de sangrías y unguentos, y jamás tuvo mejoría. Y sabiendo que en el Monasterio de Descalzas, de Mancera, tenían una camisa de la Madre Teresa de Jesús, púsose un poco de ella á la garganta, y trájola quince días; y después que se la puso, sintió mucha mejoría, de tal manera, que no siente pasión alguna de las que antes tenía. Esto se tomó por testimonio en la misma villa de Peñaranda, á 14 de marzo de 1587, ante Miguel Pérez, escribano público. Y entonces dijo esta señora, lo que aquí va dicho.

Doña Bernardina de Toledo, monja del Monasterio de dentro, en Alba, estaba con muy grandes calenturas, y púsose un jubón de estameña blanca, que había sido de la Madre, y luego la vino un ardor con que se terminó su enfermedad; y quedó desde entonces con notable mejoría, con admiración de los médicos y de todas las monjas que no la esperaban.

Doña Mayor Megía, en el mismo Monasterio, estaba tullida de ciática y gota, y muy fatigada. Pusiéronla un socrocio, y de allí á media hora, viniéronla unos grandísimos dolores; y queriendo sacar el socrocio, estaba tan pegado, que por ninguna manera era posible. Pusiéronla un escapulario de la Madre, y al punto se la aflojaron los dolores, y la dió un tan gran sudor, que la hubieron de mudar ropa; y luego la pudieron quitar el socrocio.

Estando del mal de muerte, doña Bernardina de Toledo, de quien

ahora hablábamos, dióla un sueño muy profundo, que no la podían despertar, sino á poder de garrotes y de tormentos, y cuando despertaba, estaba muy desvariada. Todas las monjas estaban con grande ansia de ver que en tal tiempo estuviese así, y así muriese. Llegó entonces doña Mayor de Megía, del mismo Monasterio, y púsola una toca de la Madre, y luego despertó, y estuvo en su juicio, y no le perdió hasta la muerte. De estas cosas que he dicho, dan buen testimonio, el día de hoy las monjas del mismo Monasterio.

A Juan de Ovalle, en Alba, le dió un dolor terrible de la gota, que le apretaba mucho; hizo á doña Juana de Ahumada, su mujer, que le trajese alguna reliquia de la Madre; y sacando el pie, para que se la pusiesen donde sentía la fuerza del dolor, comenzóle á dar un temblor en todo el cuerpo, diferente de otros temblores que suelen dar, y con esto reparó en que era poca reverencia poner aquella reliquia en el pie, y púsola al rostro. Y con este temblor estuvo un poco, y luego se le quitó él, y el dolor, y sosegó y durmió bien. Esto fué á 13 de enero de 1587 años, y contándome él á mí esto, este junio pasado de 1588, me dijo que nunca más le había venido aquel dolor.

El día de la Circuncisión, principio del año de 1586, hizo nuestro Señor por su sierva un muy manifiesto y gran milagro (1). Estaba en el Monasterio de las Descalzas, de Medina, una novicia llamada Juana del Espíritu Santo, que había casi un año y medio que estaba enferma de calenturas continuas; pero el medio año postrero tenía otros males mayores, porque estaba tullida de gota ciática, y todos los miembros impedidos, de manera que un plato que la pusiesen en las manos no le podía tener; ni menearse, si no la llevaban dos religiosas. También tenía mal de corazón muy recio, y muy ordinarios desmayos. Pedía muchas veces esta hermana, cuando la apretaban los dolores, alguna cosa de la Madre Teresa de Jesús, pero siempre se le olvidaba á la enfermera. El día de la Circuncisión dicho, á las tres de la tarde, la pusieron, en fin, un poco de una faja de la Madre; y al punto que se la pusieron, la comenzaron los dolores á apretar tan fuertemente, que ella pensó ser ya llegado el fin de su vida; y habiendo estado allí un rato, pedía que se lo quitasen, porque no podía sufrir tan recio trabajo. Respondiéndola otra hermana: Hermana, tenga fe y pruebe á levantarse (que estaba vestida, porque la habían llevado aquel día á comulgar). No hubo dicho esto, cuando la asió de la mano y la probó á levantar, y ella se tuvo en sus pies; y sintiéndose con fuerzas para andar, se bajó ella sola, por unas escaleras bien agrias, llamando á la Priora, y convidando, con lágrimas de devoción, á todas, que diesen gracias á Dios y á la santa Madre, porque ella estaba sana. Y todas estaban admiradas viendo cosa tan maravillosa,

(6) Cfr. Vandermoere S. J. *Acta S. Teresiae*, pág. 265, n.º 1157 y sig.



y pareciéndolas como que lo soñaban. Pero desde entonces quedó sin calenturas y sin desmayos, y andaba muy bien, sin ayuda de nadie. Y yo pasé por allí, como ocho meses después, y para certificarme de esto, hablé á la misma Juana del Espíritu Santo, y me dijo cómo había quedado buena de la manera que he dicho, y lo estaba entonces.

En el mismo Monasterio de Medina estaba otra novicia, llamada María de la Concepción, con unas tercianas dobles, tan peligrosas, que el médico dijo, después de haberla hecho todos los remedios que supo, que si Dios no la enviaba la salud, ella iba su camino. Purgóla con todo eso, y quedó peor; porque la calentura se le hizo continua, de manera, que se alcanzaba la una terciana á la otra, con muchas congojas. La enferma, viéndose así, pidió alguna cosa de la Madre, y pusiéronla un poco de una manga que ella tenía puesta cuando murió. Al punto que se le puso, que fué cuando había de venir el frío, se le quitó tan del todo la calentura, como si no la hubiera tenido; y así el médico, que á la mañana la había dejado tan peligrosa, como á la tarde la halló buena, vió claramente el milagro, y alabó al que le había hecho, por su sierva.

En Palencia, una persona que tenía una calentura muy recia, en poniéndose una toca de la Madre, mejoró.

Otro estaba con un dolor muy grande, y con la misma toca, se le quitó luego.

En el Monasterio de las Descalzas de Palencia, con sus reliquias, se ha quitado dos veces, dolor de muelas; y un dolor de oído, bien recio, otra vez.

Una monja de la misma Orden, tenía mal de ojos y muy grande; y tan recio dolor en ellos, que no podía reposar. Púsose en ellos un poco del hábito de la santa Madre, y luego al punto se sintió buena, sin que haya tenido más semejante mal.

Otra había nueve ó diez años que padecía un muy grande dolor en una espalda y en un brazo, y el brazo tenía tan sin fuerza, que no podía hacer nada con él. Estando un día las hermanas aderezando un hábito que había traído la Madre, ella tomó una manga y púsose la aquella noche sobre el lado malo, y el día siguiente se sintió buena; y probando si podía hacer algo con el brazo, le halló con las fuerzas que solía tener cuando estaba bueno, y nunca más le volvió el mal.

Una hermana, en el Monasterio de Alba, se hincó un clavo en el pie, é hinchósele mucho: el cirujano la puso defensivo, para que la hinchazón no pasase arriba; pero en saliéndose de allí la enfermera, se los quitó, é hincándose de rodillas en la cama, con mucha fe y con harto trabajo, porque tenía gran dolor, dijo: Si yo tengo fe, ¿qué menester he de otra cura sino ésta? y púsose un paño de la Madre, y luego se le quitó toda la hinchazón, y con sólo aquél sanó. Esta

misma es aquella que había perdido el sentido de oler, y le recobró cuando murió la Madre, como ya se dijo.

Otra, en el mismo Monasterio, había tres ó cuatro días que tenía un gran dolor en una espalda, y no bastando cuantos remedios se la hacían, púsose unos cueros de la Madre, y al punto se le quitó el dolor.

Otra hermana tenía, desde un año antes que la Madre muriese, un fuego tan grande, que la parecía tenía ceñido el cuerpo con una cinta muy ancha de hierro ardiendo, y no bastaban remedios. Después que la Madre murió, la apretaba más, y púsose un poco del manto de ella, y luego se le quitó aquel mal.

Este junio pasado de 1588 años, un hermano de la Compañía de Jesús, que vivía en Salamanca, y se llamaba Martín Gastiatigui, vizcaíno, habiendo de ir á su tierra, pidióme á mí algunas reliquias de la Madre Teresa de Jesús, y dile un poco del hábito y de la túnica, y de un paño en que había estado envuelto el brazo. Pidiéronle á él allá reliquias si las traía, en el lugar de Manaria, media legua de Durango; porque estaba allí un hombre llamado Joanes de Goitia, que había tres años que estaba cuartanario, y á la sazón estaba muy peligroso y desahuciado de los médicos. El dijo que no traía otras sino aquellas que le habían dado, y que eran de la Madre Teresa de Jesús, que se encomendasen á ella. Pusiéronselas al cuello, cuando le había de venir la calentura, y ni le vino entonces ni después; antes le dejó este hermano, cuando de allá se partió, con salud y con mucha devoción de la Santa. Como esto se supo, acudían muchas personas á este hermano para que les diese de aquellas reliquias, pidiéndoselas con lágrimas y mucha devoción; algunas más particularmente, que estaban fatigadas de tentaciones grandes del demonio para que se matasen. El se las dió, y después vinieron á él, cinco ó seis personas, agradeciéndole el bien que les había hecho, y diciendo que nunca más habían sentido aquellas tentaciones.

En Durango salió á él, en la plaza, doña María de Galarraga, mujer de un regidor de aquella villa, rogándole mucho que le diese de aquellas reliquias de aquella Santa, porque estaba su marido muy peligroso y desahuciado de los médicos; y decía que pues habían dado tanta salud á otros, también la darían á su marido. Dijo este hermano que no le había quedado sino un poco del hábito, y que lo quisiera para sí. Ella se lo pidió con muchas lágrimas, y en fin, se lo dió. De allí á treinta días volvió el hermano por Durango, y salió la misma á él, en la calle delante de mucha gente, dando voces y diciendo, que por aquellas reliquias había sanado su marido; y que otro día después que se las puso, comenzó á comer y á hablar y estar mejor, de manera que los médicos se espantaron de ello, y á cabo de cuatro ó cinco días estuvo sano del todo; y el hermano le vió muy bueno y

muy sano. Todas estas personas decían, que oían mucho aquellas reliquias, y han quedado en aquella tierra con mucho deseo de tenerlas. Y el mismo hermano Martín Gastiatigui, por la instancia que de allá le hacen por ellas, me dejó un paño, para que esté envuelto en él, unos pocos días, el brazo de la santa, y se le envíe á Vizcaya. Esto hace él con cuidado, porque en sí mismo ha visto también de cuánto valor sean estas reliquias; porque después de todo esto, teniendo gran dolor en una quijada, hasta el ojo, acordóse que tenía tantico de una túnica de la Madre, que le habían dado en Burgos, y púsosele, y luego se le quitó el dolor. Todo esto me contó él, en viniendo de su tierra, de la manera que aquí lo he yo escrito.

Un regidor de Palencia estaba muy malo de dolor de ijada, y habiéndole hecho el médico grandes remedios, sin que nada le aprovechasen, pidió un poco de un hábito de la Madre, que le habían en el Monasterio de las Descalzas, y en poniéndoselo, al punto se le quitó.

Una hermana, en Alba, tenía un fuerte dolor de muelas, y púsose un pañito de la Madre, y no se le quitó; y como no sosegaba, dijo: Nuestra Madre debe de querer que yo padezca, y quitóse el paño; y luego dió un estallido la muela, que sonó y quitósele el dolor.

En la misma villa una mujer, casada con Pedro Rodríguez de San Jorge, había estado tres días de parto y no podía acabar de parir, aunque la habían hecho todos los remedios que habían podido, y llevádola reliquias. Después de esto, fué su marido al Monasterio de las Descalzas á pedir un pañito de la Madre, y en poniéndoselo, parió luego, quedando buena la mujer y la criatura del todo.

En la villa de Piedrahita, María López, mujer de Alonso López, estaba, mucho había, mala de un pecho, que se le encanceraba y hacía otra postema en la espalda: temían mucho no llegase el cáncer á la espalda, y ninguno, de muchos remedios que se habían hecho, había sido de provecho, hasta que se puso un pañito de una faja de la Madre, que la habían dado en Alba, y luego quedó sana.

Otra, en la misma villa, estaba á punto de morir de parto, porque había echado una criatura y habíale quedado otra, y con cuanto se hacía, no era posible echarla. Pusiéronla el mismo pañito de la faja, con que la otra había sanado, que era su parienta, y al punto echó la criatura y quedó buena.

En las Navas, tierra de Peñaranda, una mujer, casada con Francisco Blázquez, había casi año y medio que tenía tullidas las manos; de manera, que no podía comer sino con mano ajena. Vino á tener una novena, al sepulcro de la Santa; y quedó tan buena, que hace cuanto ha menester con sus manos, y cuenta á todos este milagro.

En Salamanca, el año pasado de 1587, Ana de Matanza, mujer devota y de crédito, estaba tan mala de una pierna, que no se podía menear, ni pensaba ya poder oír misa, si no buscaba cómo la llevasen

á la iglesia; y en poniéndose en ella unos pañitos de la Madre, que la habían dado sus monjas, luego se la quitó aquel dolor y enfermedad, y nunca más la ha vuelto; antes, con ser mujer de edad, anda, sana y recia. Después dió estas mismas reliquias á doña Maria de Salaya, que había muchos días que tenía un gran dolor en un lado, y poniéndoselas quedó sana.

Las mismas dió al licenciado Guillén, colegial del colegio de San Millán en la misma ciudad, que había tenido una muy peligrosa enfermedad, y de ella le habían quedado muchos dolores en el cuerpo, particularmente en la cabeza y brazos y piernas: en poniéndose estas reliquias, luego quedó sano; y en señal de agradecimiento, fué con mucha devoción á Alba, á visitar el santo brazo.

En Cayo, cerca de Santiago de Galicia, este año de 1588, vinieron á una mujer dolores de parto, y tenía un niño bien grande, muerto en el cuerpo, días había. Envióla entonces doña Beatriz Bermúdez de Castro (porque era, ésta mujer, su vasalla) un poco de unas reliquias de la Madre; y en poniéndoselas sobre el vientre, dentro de media hora echó la criatura, que fué cosa de gran maravilla echarla, por estar muerta.

Una criada de doña Luisa de la Cerda, teniendo un recio dolor de muelas, pidió á su señora una cofia que tenía, de la Madre Teresa de Jesús, y púosela; pero crecióle tanto el dolor, que se la quitó. Y tornando otro día á fatigarla el dolor, tornóse á poner la cofia con más fe, y á la hora, se le quitó el dolor y no la volvió más.

Juan de Tapia, alguacil mayor de Alba, de un gran catarro, que le duró mucho tiempo, perdió el sentido del olor, y había casi dos años que no olía cosa ninguna, buena ni mala. Pusiéronle sobre la cabeza un pañito que había tocado al brazo de la Madre, y á cabo de cuatro días que le traía, llegándole á las narices un poco de tomillo y de póleo, lo olió muy bien, maravillándose mucho los de su casa; y después acá, huele cualquiera cosa.

Una moza de Naharros del Castillo, dos leguas de Peñaranda, que se llama Isabel Martínez, hija de Bartolomé Martínez, tenía una buena calentura, y una mujer del mismo lugar, tenía un pañito de estos, que la había dado una hija suya, religiosa de la misma Orden; lavóle y dió á beber á la enferma el agua en que le lavó, y luego se la quitó la calentura, y el día siguiente salió al campo á trabajar.

Pudiera contar cosas menudas y de lo que á mí me ha acontecido, pero déjolas porque no parezca que de todo quiero hacer milagro. Concluiré este capítulo con una cosa que yo supe del mismo á quien aconteció; y de él lo supieron otras personas hartas, porque gustaba de contarlo. Un Prior de los Descalzos Carmelitas puso, entre otras reliquias de santos que traía consigo, unas de la Madre Teresa de Jesús. Y un día, vistiéndose para decir misa, vínole gran escrúpulo